Un pacto con el libertino



Scarlett O'Connor

Un pacto con el Libertino

SCARLETT O'CONNOR

©Lune Noir, 2026

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

Lo verdadero es siempre sencillo, pero solemos llegar a ello por el camino más complicado.
George Sand.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Últimas publicaciones
Serie Prometheus
Síguenos en las redes sociales
- Cuenta oficial de Scarlett O'Connor
- Cuentas de Lune Noir

Otras obras de Scarlett O'Connor
- Serie Señoritas de Shakespeare
- Tú, mi deuda pendiente
- Serie Señoritas Americanas
- Serie Señoritas británicas
- Serie Familia Evans
- Serie Floreros y Canallas
- Serie Caballeros desdeñados
- Serie Corazones de Escocia
- Contemporáneo
- Serie Shell Island
- Contemporáneo

Otras obras de La editorial Lune Noir

CAPÍTULO 1



Londres 1876

—¿Quiénes son los equivocados, madre? —Francie alisó una arruga imaginaria en su amplia falda—, ¿ellos o nosotros?

—En esta ocasión, mal me temo que nosotros.

Melissa Plageman observó a sus hijas y suspiró. Se lamentó del error de cálculo; tendría que haber preguntado ese detalle. Aunque llevaba poco tiempo en Inglaterra, y aún menos en la gran ciudad de Londres, la poca experiencia le había valido para averiguar que el diablo estaba en los detalles.

Sus hijas detestaban Londres, pero para Melissa no había gran diferencia. Nueva York no era distinta en esencia, era distinta en lenguaje. Lo que allí era de mal gusto, aquí era aceptado, y lo que aquí era aceptado, allí era considerado un insulto. Eso podía dar la sensación de gran cambio; no lo era. En la base se asemejaban: reglas.

Absurdas reglas para ordenar la vida de las personas y hacer sentir a los ciudadanos tan fuera de lugar que no se necesitara de la policía para controlarlos, bastaba la mirada de una matrona, un susurro y conseguido: todos se comportaban como en un ballet bien ensayado. Vestían iguales, hablaban iguales, reían iguales...

Y aquí ellas eran las distintas. ¡El mayor pecado posible!

—Siempre me pareció absurda esa regla neoyorquina —coincidió Tracie, miró sin disimular su envidia a la mujer que pasó delante de ella—. ¡Detestaba tener que guardar mis vestidos nuevos una temporada!

—Ya lo ves —la animó su madre—, ya has encontrado algo que te gusta de Londres.

—¡Vaya! A este ritmo seremos más inglesas que la reina —ironizó Noreen —. ¿Qué más nos gusta de estas hermosas tierras?

—¡El clima! —aseguró Francie.

—¡La comida! —se burló Noreen.

Melissa rodó los ojos.

—¡La moda! —aseveró Tracie, que no había captado que sus hermanas hablaban con sarcasmo.

—Pues por lo visto, algo sí les gusta a ustedes dos —reprendió Melissa a las mayores—. ¡El sarcasmo inglés! Pero si lo han afinado a la perfección.

—¡Jamás! —aseguraron las muchachas.

—Seguiré siendo franca así me quede a vestir santos —puntualizó Francie. Melissa esperó la respuesta de Noreen, la mayor permaneció en silencio.

—¿No dices nada? —la pinchó.

Noreen fingió que le atraía el empapelado de la señora Joicey, su anfitriona. Su madre sabía muy bien que ella no tenía intenciones de casarse, ni con un inglés, ni con un americano ni con el zar de Rusia. En sus veintitrés años de vida, tal vez no sabía de moda o de cómo coger una taza a la hora del té, pero algo había aprendido muy bien: felicidad y matrimonio no venían de la mano. Más aún, eran antítesis.

Melissa lamentaba que su hija tuviera esa visión de la vida, pero la respetaba. Las había criado para que pensaran por sí mismas, incluso si pensaban algo con lo que ella no estaba de acuerdo.

—Igual no venimos a buscar marido —terció Tracie, la menor de ellas—, venimos a ayudar a nuestro primo a encontrar una esposa.

—Ay, las locuras que dices, hija, no venimos a eso... —Melissa imitó en gesto a su hija, se alisó una arruga imaginaria. Empezaba a ponerse nerviosa por su atuendo. ¡Estaban tan anticuadas con sus vestidos de la temporada anterior! ¿Por qué nadie le dijo que ahora se estilaban los meriñaques más pequeños? No solo no estaban a la moda, sino que sus vestidos eran tan amplios y llenos de volados que no había mirada que no se posara en ellas. En ellas en un rincón. En ellas sin haber saludado aún a la anfitriona. Elevó el mentón como gesto de seguridad, no se dejaría amedrentar—. Lord Brett tiene apenas diez años.

—Claro, porque aquí no se pactan matrimonios a los diez años —siseó Noreen.

—En esa *moda* sí que tenemos razón nosotros —dijo Francie. Las hermanas chocaron sus palmas por detrás de sus amplias faldas. ¡Punto para los americanos! Al menos esos enormes meriñaques servían para algo.

—¡No casaré a su primo a los diez años! No digan locuras. Que sea la tutora de un vizconde no me quita lo sensata.

—¡Por eso eres la tutora del vizconde! —clamaron las tres Plageman a coro.

—¡Chitón! Que la señora Joicey se acerca.

La señora Joicey se tomó su tiempo. Se detuvo a conversar con cada persona que se cruzó en su camino; Melissa suspiró, pero mantuvo la compostura. Estaba pagando ser la forastera, la americana que se hacía cargo no solo de un niño inglés, ¡de un lord!, y su fortuna.

Las muchachas Plageman tenían razón, por su sensatez era que estaba inmersa en esa locura. ¿Era posible tamaña ironía?, la respuesta era sí. Los Plageman eran americanos, ella, apellidada Morgan de soltera, provenía de la que se había elevado como la *aristocracia* del nuevo mundo. Grandes fortunas plebeyas cuyas influencias digitaban el devenir de la economía. Pero, como mientras más cambian las cosas, más siguen igual, algo era inamovible en la sociedad: el esnobismo. Y los Morgan, para pulir su buen apellido, hicieron algo que se estilaba en aquel entonces: casar a una de sus hijas con un noble británico para darle una pátina de oro a sus apellidos modernos. La más bella de las hermanas era Irene Morgan, por lo que fue la elegida para *pescar un lord*. Huelga decir que lo consiguió, quien cayó rendido a sus pies fue el vizconde de Kinloss, con quien tuvo a su hijo Brett y fueron felices por sus corta vidas. Melissa, por su parte, se casó con Plageman, un industrial de la cerámica americano. Había sobrepasado a su hermana en longevidad y en cantidad de hijos, no así en felicidad conyugal.

Al enviudar, Melissa se hizo cargo de la industria de su marido —siempre con un hombre a la cabeza para no asustar a la sociedad— y empezó a vivir de verdad. Hasta que una carta cruzó el océano. Su hermana, como último deseo, había pedido que fuese quien tutelara a Brett. Solo a ella le confiaba a su hijo bienamado, la fortuna que lo sostendría en el futuro y la educación en los principios que ambas profesaban.

Y como en Melissa solo la lealtad prevalecía sobre la determinación, no pudo negarse a ese último pedido de su hermana. ¿Lo demás?, lo demás era historia en curso.

Tres muchachas vestidas a la moda neoyorquina, molestas por no entender las formas de ese país y con una responsabilidad que les caía del cielo por transitiva: su fracaso social era el fracaso de Lord Brett, pues eran su familia. Y el fracaso de Lord Brett era el de Melissa, pues era su lealtad con su hermana muerta la que estaba en juego. De modo que las cuatro mujeres cuadraron los hombros, soportaron el desplante de la señora Joicey y, cuando al fin esta se acercó, dibujaron cuatro enormes y falsas sonrisas en sus labios, se inclinaron con gracia y soltaron coordinadamente:

—Gracias por la invitación, señora Joicey, es un gusto estar aquí.

—El gusto es mío, se lo debo a la memoria de Lady Irene —respondió la dama. Noreen extendió la sonrisa y la ladeó en dirección a su madre. Melissa apretó los dientes y el intercambio mudo se dio por zanjado.

A Noreen no le pasó por alto el verdadero significado de esas palabras, la mujer las invitaba por la vizcondesa muerta y su heredero, ellas... ellas no merecían la cortesía.

—Es muy amable, señora Joicey.

La mujer hizo un gesto de falsa humildad. Un «sí, lo sé, muy amable».

—Espero que pasen una agradable velada y que... se familiaricen con las formas.

Las mujeres Plageman se sonrojaron, la anfitriona pensó que de pudor. Se equivocaba. Eran pura ira. Una furia que se manifestó en sonrisas aún más amplias. Cuando la mujer se marchó, invitándolas al fin a socializar con los demás, las mujeres aflojaron las comisuras de los labios y arquearon las cejas en reemplazo.

—¿Esta mujer se cree que lo de lamer botas es solo en Londres? —preguntó Francie, molesta. Esos intercambios eran tan comunes en América como en cualquier otro sitio.

—Esta mujer lo que cree es que no le haremos nada. Pues yo ya mismo le escribiría a nuestro administrador para que tenga en bien averiguar sobre sus finanzas —dijo Noreen.

—Pues las dos cerrarán el pico porque nada de eso va a suceder. No somos vengativas.

—¿No lo somos? —preguntó Tracie, confundida—. Yo pensé que lo que le hicimos a la señora Saleman, en Chicago...

—¡Chitón! —la silenciaron las tres a coro—, dijimos que nunca íbamos a volver a hablar de lo que le hicimos a la señora Saleman.

—¡Pero si se lo merecía! —Tracie hizo como que se cosía los labios ante la mirada asesina de sus hermanas y su madre—. Mmm-mmm-mmm. —Fingió hablar entre sus labios sellados.

—Mantenlos así —advirtió su madre.

Como seguían de pie en el vestíbulo, casi invisibles, decidieron ingresar y socializar con los demás. Al fin de cuentas, era la primera vez que asistían a un evento social en Londres desde que habían llegado, y pese a la mala predisposición de la anfitriona, al menos le había abierto las puertas. La dama no merecía venganza alguna.

Pero en América ellas eran Las Plageman, aquí aún tenían un nombre por forjar y no empezarían con el pie derecho si le hacían creer a la anfitriona que la araña de Tracie, su amada mascota, había escapado de la pecera y estaban seguras de que se había colado en la habitación principal.

Melissa rio por lo bajo.

—¿Recordando la araña? —susurró Noreen.

—¡Claro que no! No somos ni rencorosas, ni vengativas. Somos mujeres maduras, serias y educadas.

—Sí tú lo dices...

Las dos contuvieron la sonrisa a la vez.

El evento era casual, fuera de temporada, por eso fueron incluidas. La presentación en sociedad requería de hacer algunos contactos antes y esperaban poder tejerlos allí. De momento, se valdrían de lo que tenían a mano: unas semanas en la casa londinense de la señora Joicey, en la cual tendrían lugar tardes de té, juegos en el hermoso parque que rodeaba la propiedad, un baile inaugural reducido y un baile de cierre con unos pocos invitados.

Lo cierto era que la señora Joicey tampoco era muy popular, aunque pretendiera que sí, y pocos asistían a sus eventos. Las mujeres Plageman fueron tenidas en cuenta para abultar la concurrencia.

—Vaya, que baile tan ostentoso —dijo Francie al ver a los pocos caballeros y damas—. ¡La envidia de Nueva York!

—A mí me parece bastante humilde —dijo Tracie.

—¡Era sarcasmo! —clamaron las otras tres.

—Pues no me gusta el sarcasmo. Se siente a que te toman el pelo.

—Es porque te toman el pelo, cariño.

—Pues no lo hagan —se quejó.

—No te estaba tomando el pelo a ti, Tracie —se defendió Francie, puso los ojos en blanco—. Les estaba tomando el pelo a ellos. —Alzó el dedo que no llegó a lo alto. Melissa lo bajó de un manotazo.

—Compórtense. Y como al parecer, no pueden hacerlo si están juntas, dividiré las tropas. Francie, ve hacia la zona del piano, eres la única que puede dar a la tecla si alguien es tan desafortunado de pedirnos que toquemos. Noreen, tú ve junto al ponche y, si te dicen de bailar, baila.

—Madre...

—Ni ma ni dre. Ve. Y tú...

—Yo puedo bailar un vals... —propuso Tracie.

—Tú te quedarás pegada a mí como percebe a la ballena.

—No estás tan gorda, mamá —la animó su hija menor. Las otras dos se echaron a reír por la ocurrencia de Tracie, como no se le daba el sarcasmo, sabían que su observación buscaba ser genuina.

Noreen se alejó presurosa, antes que la carcajada le granjeara otra reprimenda de su madre. Melissa rara vez las castigaba, pero no quería incrementar su nerviosismo. Era importante ser bien recibidas en la sociedad, el futuro de su primo Brett dependía de ello. Ninguna dama de buena cuna se uniría a él, por muy vizconde que fuese, si tenía una familia desastrosa a cargo. Cualquiera que hubiera leído Orgullo y Prejuicio lo sabía muy bien.

—Oh, Darcy, ¿cómo te has propuesto de una manera tan desastrosa? —murmuró llegando a la zona del ponche. Se sirvió una copa, solo para tener la mano ocupada, y aguardó por una invitación que dudaba que llegara.

Un vistazo al ecléctico grupo le bastó para asegurar que todos eran sapos de otro pozo. Un caballero se situó a su derecha y Noreen lo estudió con disimulo. No podía ladear la cabeza sin delatar su interés, por lo que fingió que estiraba un poco sus cervicales para lanzar miradas furtivas. Había deducido que era joven por su andar enérgico, aunque no lograba precisar si rondaba la veintena o la treintena. Por el atuendo concluyó que era adinerado. Por el hecho de estar en la fiesta de la señora Joicey dedujo que no era un lord. Lord más dinero era igual a ser la crema y nata de Londres, y sin duda, la nata allí estaba algo rancia. Le faltaba echar un vistazo a su rostro, del que apenas conseguía vislumbrar el cabello negro como ala de cuervo. ¡Oh! Y no llevaba guantes, vaya

osadía. Contuvo la sonrisa. Ya eran dos los que habían insultado a la moda esa velada. El caballero tenía las manos bronceadas por el sol. Eso alimentó más su curiosidad. Eso y que la fiesta era la más aburrida a la que había asistido jamás.

Francie se hallaba al otro lado del salón, al parecer, su hermana hallaba más interesante las lámparas colgantes que los invitados, podía jurar que estaba concentrada contando las gotas de la araña del techo. Sí, eso hacía, y acababa de perder la cuenta.

Su madre y Tracie tuvieron más suerte, un señor con bastón se acercó a ellas y conversaba. La señora Joicey le pidió a una dama poco agraciada que *los deleitara con el piano*. A Noreen le empezó a doler la cintura de estar de pie y el siguiente estiramiento no tuvo como objetivo mirar al hombre. Aunque, pensó, ¿por qué no? Giró su tronco de lado a lado, primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha...

Y crac.

—Rayos —maldijo por lo bajo. No había contado con que sus huesos crujieran. Tampoco con que el hombre fuera tan guapo.

Su silencioso acompañante arqueó una ceja y la observó con mucho menos disimulo. De pies a cabeza y de cabeza a los pies. Noreen tardó en recomponerse del impacto. Ojos verdes, piel bronceada, una boca llena y una mandíbula que parecía tallada con cincel. Intentó apartar la mirada, pero en última instancia decidió que eso sería peor, lo mejor era mostrarse firme, como si no estuviera ante una obra de arte del género masculino.

—No nos han presentado, pero supongo que, si estamos aquí, en este lugar tan... reducido... podemos saltarnos esa norma. Soy la señorita Plageman.

—O'Rourke —dijo él.

El silencio tras esa presentación no oficial fue tensa. Tanto que se escucharon sus suspiros aburridos.

—Ya que nos hemos saltado la primera norma, podemos saltarnos otra. ¿Baila? —preguntó Noreen.

O'Rourke frunció el ceño, volvió a evaluarla de pies a cabeza. Para Noreen era imposible deducir sus pensamientos, tal vez porque era bueno disimulando, o tal vez porque era tan guapo que a ella le costaba mantener la mirada en su rostro por más de un segundo.

—No con debutantes —respondió el hombre—, ni con solteronas.

Al demonio con lo guapo, era un idiota a toda regla. Noreen se observó el vestido, los volados, el color pastel...

—No soy debutante.

—Ya lo he notado —replicó el tal O'Rourke con una media sonrisa socarrona. Los labios de Noreen se abrieron por la estupefacción. ¡O sea que la llamaba solterona! Ese... ese... ¡papanatas!

Joder, Noreen, ¿no puedes pensar un mejor insulto? No, no pudo, así que cuadró los hombros y se dio un paso firme lejos de él, antes de dar el siguiente, el hombre le capturó la muñeca. ¡Sin guantes!

—Y luego los ingleses nos quieren dar lecciones de decoro —espetó, molesta.

—Por suerte soy irlandés. —Noreen entornó los ojos y maldijo por lo bajo. *O'Rourke, claro que es irlandés, Noreen*—. No pretendía ofenderla, señorita.

—No se preocupe, no lo hizo.

Noreen se zafó del agarre y siguió a paso firme hacia el jardín. Como a nadie le importaba esa americana, nadie se dio cuenta de lo inapropiado de que un hombre la persiguiera fuera del salón.

—Claro que lo hice. Las damas suelen ser muy susceptibles al tema del matrimonio.

Noreen clavó los pies en el césped y se volvió hacia el *para-nada-apuesto* irlandés.

—Pues yo no lo soy, señor O'Rourke. No soy una solterona... aún —especificó—, pero tengo toda la intención de convertirme en una. Al parecer, debo superar los veinticinco años y me coronaré como lo que ya usted dice que soy.

Se giró para marcharse, él volvió a detenerla.

—Ay, no pretenda ingenuidad...

—¿Osa tratarme de mentirosa? —se ofendió Noreen, entornó los ojos con el deseo de que sus pupilas se convirtieran en dagas y se clavaran en él.

—¿Niega que ha coqueteado conmigo?

—¡Yo no he coqueteado con usted!

—¡Me ha invitado a bailar, señorita! Le reconozco el atrevimiento, pero le doy un consejo... —Se acercó a ella y susurró como si aquello fuera a quedar entre los dos—: aquí se estila el juego de la dama delicada, no el de la solterona coqueta.

—¡Que no soy solterona!

—Pensé que no le molestaba el mote.

—¡Agg! No lo invité a bailar porque coqueteara con usted, señor Engreído, lo invité porque estaba aburrida y pensé que entre esta panda de perdedores podíamos saltarnos algunas normas.

—Pues si sigue así en Londres, conseguirá su cometido de ser solterona.

—Bien.

—Bien.

Permanecieron enfrentados, con los ojos entornados, los dos igual de furiosos. Noreen frunció más el ceño y lo increpó:

—¿Y usted por qué demonios está enojado? ¡Es a mí a la que ha no-ofendido!

O'Rourke relajó el gesto.

—Yo no estoy ofendido.

Noreen rio.

—Oh, sí. Usted está ofendido, y ya he adivinado por qué. A mí no me molesta ser solterona, pero a usted sí le molesta que no lo encuentren guapo. Que no haya coqueteado con usted.

—Ja... como si me importara su opinión. Además, sí me encuentra guapo, por eso me lanzaba miradas disimuladas.

—¿Por eso usted respondió con *una broma* que pretendía ser graciosa? ¿Porque pensó que lo hallaba guapo y deseaba espantarme? Pues mala suerte, resulta que su *humor inglés* no hace mella en los americanos.

—¡Soy irlandés!

—Mmm... —Noreen le devolvió el gesto de mirarlo de pies a cabeza y de cabeza a pies—, eso dice usted.

—Sabe ¿qué? Esta conversación con una debutante que busca *pescar un marido* ha finalizado.

—¿Así que ahora soy debutante?

—¡Solterona!

—Que por definición no busca marido.

—¡Suficiente! —se cabreó O'Rourke—. Al menos le reconozco que sus métodos son originales.

—¿Mis métodos? Es usted el que coge mi muñeca... —Se acercó a él, sus rostros a poca distancia—. Sin guantes —agregó con picardía.

O'Rourke la soltó de inmediato, como si quemara. Miró derredor, por si lo habían pescado en esa situación comprometida; no, estaba a salvo.

—Mi consejo, señor O'Rourke, en Inglaterra, en Irlanda, en América y en la India es mejor ahorrarse las bromitas y los comentarios mordaces hacia desconocidos.

—Tiene usted razón, he subestimado la susceptibilidad femenina.

¿Susceptibilidad femenina? Aggg.

—No se va a ir sin tener la última palabra, ¿verdad? Pues se la otorgo. ¡Oh, señor O'Rourke, piense en mi pobre susceptibilidad! —dramatizó, y luego, con seriedad agregó—: Antes de matar a mi pobre corazón...

O'Rourke se alejó, furioso. Oyó la última parte de la frase:

—...de aburrimiento...

Se volvió para responder, pero una voz femenina se sumó al cuadro.

—¡Noreen!, te estaba buscando. Pensé que habías escapado.

—Tranquila, madre, no me perdería esta hermosa velada por nada en el mundo.

Pasó junto a O'Rourke camino al encuentro de su madre.

—Salvada —le susurró él.

—¿Eso cree? —respondió entre dientes ella.

—Claro...

—¡Oh, ya! —masculló—, admita que perdió.

—Jamás.

La vio irse y, cuando supo que estaba a solas, se mesó el cabello. Sí, estaba frustrado, molesto, cabreado... Pero divertido. Y que supiera, era la primera vez que le pasaba en una fiesta de la señora Joicey. Sintió curiosidad por la señorita Plageman, una curiosidad que ahogó de inmediato. No había mentido, en su vida no había lugar para debutantes... ni solteronas de menos de veinticinco años. En su vida solo cabían las amantes experimentadas y la diversión.

Sería una pena que hallara a la excéntrica americana tan divertida, ¿verdad?

—¿Quién era ese hombre? —preguntó su madre, de regreso al salón.

—Oh, nadie... Un irlandés borracho, creo. —Fingió pensar—. O'Raily... O'Rawson. Mmm, no sé, no le entendí el nombre, el pobre apenas podía hablar.

Si Melissa se olió la mentira, no pudo ponerlo en palabras, porque al caminar por el corredor, oyeron a la anfitriona lamentarse.

—¿Qué haré ahora? ¡No puedo ofender a Lord Banbury! ¡Es el único lord de toda la fiesta!

—Señora, no se preocupe —dijo el ama de llaves—, reordenaremos a los invitados...

—¿Qué sucede, señora Joicey? —Melissa se acercó a socorrer—, ¿podemos hacer algo por usted?

—Lo dudo. ¡Ha ocurrido una tragedia! Lord Banbury ha decidido asistir a última hora. Su esposa está invitada, claro, y como es la baronesa la ubiqué en una habitación para ella sola. ¡Pero una habitación en la que no entra más que ella sola! ¿Y ahora?

—La habitación del ala este es más espaciosa... —mencionó el ama de llaves.

—¡Pero tiene camas separadas! Lord Banbury insiste en pasar la noche con su esposa —la anfitriona bajó la voz—, estoy segura de que sospecha que la baronesa tiene un amante. ¡Pero yo jamás permitiría un encuentro así bajo mi techo!

—Nuestra habitación tiene una cama doble —comentó Noreen. Sonrió en dirección a Melissa, quizá si le hacían este favor, la mujer las ayudara a congraciarse con otros miembros de la sociedad.

—¿Y cómo...?

—Pues mi madre puede ocupar la habitación de la baronesa, y nosotras tres nos acomodamos en la del ala este.

La señora Joicey lo analizó, en sus ojos brilló la esperanza. La habitación que le había dado a las americanas era amplia, poco lujosa, pero amplia. Podían decorarla con jarrones, flores y buenas mantas y bastaría para el barón.

—Solo hay un problema —carraspeó el ama de llaves. Su señora solo tenía pensamientos para el barón.

—¡¿Cuál?! —clamó.

—La señorita Tracie Plageman es muy joven para estar sin supervisión. De hecho...

Iba a decir que era demasiado joven para estar en una fiesta, pero prefirió no mencionarlo. Melissa se adelantó antes de que remarcaran su falla.

—Pues entonces que Noreen duerma en la habitación de la baronesa y yo con mis hijas menores.

—¡Perfecto!, ¿lo ve? —dijo Joicey a su ama de llaves—, te quejas de todo. Pon a los criados a trabajar, yo propondré una partida de backgammon para

entretenerlos y cuando el barón llegue, estará todo listo. —Una vez que el ama de llaves se marchó, la señora Joicey se volvió a Melissa—. Gracias, señora Plageman, es usted tan generosa como su hermana. No me olvidaré de este detalle.

Le cogió las manos y Noreen le sonrió a su madre por encima del hombro de la anfitriona. ¡Lo habían conseguido! Su primer contacto social en Londres.

CAPÍTULO 2



¡Por Dios!, pensó Gail O'Rourke, hastiado, ¿hasta cuándo se extendería esa tortura? Era un hombre que disfrutaba de la noche y sus placeres, podía soportar estar de pie hasta el alba. Lo que no soportaba era hacerlo jugando backgammon con la señora Joicey.

Lo peor no era eso, el gran problema era que su mente aburrida lo conducía una y otra vez al único entretenimiento del salón: La señorita Plageman. No había querido ser descortés con ella, lo juraba. Jamás era así de desconsiderado con una dama; por el contrario, tenía fama de ser muy... muy considerado con ellas. Lo que pasó fue que el atrevimiento de ella lo tomó por sorpresa; siendo él un hombre que escapaba al matrimonio como a la peste, y habiendo vivido en carne propia un montón de encerronas para casarlo, no pudo evitar pensar que la extraña señorita Plageman buscaba eso de él.

Sí, la había confundido con una debutante por su atuendo. Luego, cuando la observó en más detalle y se percató de su *madurez*, el chiste fuera de lugar salió de sus labios como un dardo envenenado y dio en el blanco.

—¡Ya quisiera yo tener esa puntería en el mundo real! —masculló.

—¿Cómo dice? —preguntó la señora Joicey.

—Que es usted muy hábil en este juego.

—Lo sé —alardeó la mujer—. Se me da muy bien.

Gail contuvo el bostezo. Era amable con la señora Joicey por lo mismo que los demás presentes, porque cuando nadie te abría la puerta, ella era la primera. Que sí, era esnob; que sí, lo hacía porque quería convertirse en una dama de

sociedad y no le alcanzaba la estirpe; pero, como fuera, abría sus puertas a los descarriados. Y un irlandés adinerado pero de familia plebeya era, por definición, un descarriado. Para desgracia de la señora Joicey, uno que seguía siendo paria social. De sus amigos, Lord Wayne Sinclair y Lord Hayden Kensington tenían un buen nombre; Lord Leopold VIII Audley, por el contrario, era el hijo de un afamado libertino y próximo a alcanzar la misma fama.

—Ya repuntaremos, señora Joicey —le prometió. La mujer pensó que hablaba del juego y le sonrió.

En ese contexto, se sentía doblemente imbécil ante la señorita Plageman. ¡Por supuesto que su educación no se *ajustaba* a la sociedad londinense!, de ser así, no necesitarían del favor de Joicey.

Suspiró, hizo un nuevo movimiento y la buscó con la mirada. Al verla, rodó los ojos. La animadversión regresó a él de inmediato. Ya no lo ofendía pensar que ella hubiera querido *cazarlo* con una actitud directa, casi agresiva, ahora lo ofendía que ella ni siquiera lo hubiera pensado. ¿Quién demonios se creía? ¡Un hombre tenía su ego! Y para colmo de males, la muchacha no se había conformado con aceptar una disculpa y mantener su desaire para ella, como hubiera hecho cualquier dama inglesa de buena cuna... ¡No!, Noreen Plageman se había asegurado de dejarle bien en claro lo que pensaba de él.

—¡Vaya osadía! —El enojo regresó a su organismo.

—¿Se encuentra bien, joven O'Rourke? —le preguntó la señora Joicey—, parece hablar solo.

—Creo que ha bebido —susurró Melissa Plageman al oído de la señora Joicey. Era lo que le había dicho Noreen.

Gail contuvo las ganas de gruñir de frustración. Sabía lo que necesitaba para dejar de pensar en la molesta señorita Plageman y en el hecho de ser él quien actuara como una *dama educada inglesa que ha sufrido un agravio*. Pero no podía recurrir a su medicina si la condenada fiesta no terminaba: para ciertos remedios es recomendable la oscuridad, la discreción y que los posibles testigos estén en las garras de Morfeo.

—Señora Joicey —el ama de llaves se acercó a su señora—, entiendo que espere al barón, pero los invitados empiezan a incomodarse.

Gail no escuchó lo que dijo la mujer al oído de su señora, pero sí le agradeció mentalmente cuando la anfitriona se puso de pie y declaró:

—Sé que están pasando una hermosa velada y nadie desea ponerle fin, pero me temo que, si nos extendemos más, mañana no tendremos ánimo para

las actividades de la tarde.

El suspiro de alivio se hizo oír. La señora Joicey se sonrojó al notar su metida de pata. Melissa la animó:

—Fue un suspiro de decepción —le prometió. Clavó en Gail sus ojos de madre y él supo de dónde sacaba Noreen su temperamento.

—Exacto, señora Joicey —se sumó a la mentira—. Pero cuando mañana disfruten de lo que ha planeado para entretenernos, agradecerán su sentido común esta noche. —Gail hizo una reverencia y se marchó, el fin de la fiesta era el principio de su noche.

La dama sonrió satisfecha. Miró a sus invitados que se marchaban y los saludó con afabilidad. Tras lo cual, le pidió a una criada si podía traerle un café. Melissa ordenó uno para sí.

—Es para esperar al barón, ¿verdad? —preguntó la matriarca Plageman.

—Sí, no quiero ofenderlo.

—Le haré compañía.

La señora Joicey miró a su nueva aliada y lamentó haber sido esnob con esas mujeres americanas.

—No exageraba, es usted tan buena como su hermana.

—No hay halago mejor para mí —respondió Melissa, y mientras las jóvenes Plageman se dirigían a sus aposentos, ella se quedó junto a esa mujer que fue la primera en echarle una mano en Londres.

Gail aguardó con la vista en el techo hasta que el movimiento en los pasillos terminara. Era hora de hacer aquello por lo cual había aceptado la invitación de la señora Joicey: el encuentro con su última amante, la baronesa Lady Constance Banbury. La conoció en la ópera semanas atrás. Una mirada, un roce y el juego de amantes dio inicio. Encontrarse en diversos sitios, hablar en código, enviarse obsequios anónimos.

Lo reconocía, a veces ese juego era más divertido que la consumación. En el caso de la baronesa, todo apuntaba a ese final. La hallaba atractiva, sí, no recordaba una mujer que le pareciera fea. Cada una de ellas era poseedora de un encanto que él, como un renombrado Casanova, se encargaba de descubrir. Por ejemplo, la honorable señora Jonson; la sociedad decía que era poco agraciada, pero él sabía que debajo de esas amplias faldas se hallaban unas largas y torneadas piernas. Que esa boca de labios finos era capaz de besar como la más

experimentada cortesana francesa, y que, pese a no poseer la angelical figura de moda, tenía el don de hacer arder a un hombre en las llamas del incendio.

Era una pena que la honorable señora Jonson hubiera querido darle una nueva oportunidad a su marido. A veces sucedía eso en su mundo, él se convertía en un simple aliciente para una pareja aburrida. Las mujeres lo elegían para una aventura que alimentara el fuego, que despertara una libido dormida o para recordarle a sus maridos que otros deseaban lo que ellos tenían... y hasta luego, Gail.

¿Se lamentaba por ello? ¡Claro que no! Era un partícipe feliz de esa dinámica. Más aún, se alegraba de ser un fiel servidor a los matrimonios ingleses. Pero por eso mismo nadie podía juzgarlo de detestar esa hipócrita institución.

De momento, su trabajo era encender la dormida llama de la baronesa. Dudaba conseguirlo, ya presagiaba una dama culposa que moriría de vergüenza cuando alcanzara el orgasmo.

—Pero eres un caballero, Gail O'Rourke —se dijo en voz alta, se incorporó para ir a su encuentro—, has dado tu palabra de hacerla conocer el cielo, y eso harás. No eres de los que se echan atrás.

Ni de los que admiten que una de las razones por la cual se te ha aguado el juego es por un encuentro inesperado con una damita americana. Que de pronto te preguntes si ese fuego de temperamento será igualado entre las sábanas, ni que lamentes que haya decidido ser una solterona, porque sería un desperdicio.

—Chitón —se dijo para acallar su conciencia. Volvió a calzar sus zapatos de gala y, vaciando su cabeza de pensamientos intrusivos, caminó con sigilo por el pasillo en busca de la habitación señalada—. Busca la mesa con un florero bajo el cuadro del difunto señor Joicey padre, de allí cuenta dos puertas y entra —se repitió el mapa dado por la baronesa.

Echó una mirada a los ojos juzgadores del señor Joicey, ¡demonios!, parecían seguirte por el corredor. Contó las puertas y entró sin más. Llamar podía despertar a los vecinos, alguno podía asomar sus curiosas narices y pescarlo infraganti.

No se equivocó. La mirada tardó en adecuarse a la oscuridad, pero los demás sentidos lo guiaron. Tantos años de ser un libertino le daban experiencia. Se olía el inconfundible perfume de la feminidad; a lociones de baño, flores y ese aroma propio que despertaba su lado primitivo. Su oído detectó la respiración pausada en el centro de la habitación y hacia allí se encaminó. Las cortinas

estaban corridas, apenas una hendija dejaba pasar la luz tenue de la luna londinense. Lo suficiente para que Gail viera el seductor contorno de su amante en la cama.

—Tal vez te prejuzgué —susurró, acercándose a ella—, tal vez sí eres dueña de un fuego dormido.

Maldijo a la señora Joicey por extender tanto la velada. La baronesa no había conseguido aguardar a por él despierta, la venció el cansancio. Él se sentó al borde de la cama y le acarició el hombro desnudo con el revés de la mano. Una sensación de placer inmenso lo atravesó como un rayo, la piel era suave al tacto, tibia.

La mujer suspiró. Gail sonrió.

—¿Pretendes que te despierte, milady? —preguntó. Un nuevo suspiro fue la respuesta. Gail continuó con la caricia, algo dudoso de que su amante estuviera jugando a hacerse la dormida o lo estuviera de verdad. Probó posar los labios en la piel desnuda del hombro y el suspiro fue mayor.

La dama se desperezó apenas, aún tenía los ojos cerrados o quizá a media asta. La luz de la luna no le alcanzaba para percibir la diferencia y él, además, la observaba desde detrás. Se recostó a su lado, con la espalda de ella en su pecho. Le apartó unos mechones para acceder a su cuello. Enredó algunos dedos en los sedosos cabellos, tenía unos adorables rizos, pensó, era una pena que no los dejara libres y que insistiera en recogerlos tan tirante.

Le recordaron a los rizos de la americana. Se maldijo por el camino que tomaron sus pensamientos y los encaminó a fuerza de voluntad y de sentidos.

—Vivir el presente —le dijo a su amante. Eso valía para los dos. Un encuentro, una noche de pasión; el pasado no importaba: ni su esposo ni las otras amantes. El futuro no era de ellos. Solo ese momento. ¡Sin malditas americanas que se lo aguaran!

La mujer emitió un sonido de placer, como el de un gatito que ronronea, y pegó su trasero a la pelvis de Gail. Conseguido. Cualquier distracción se evaporó y solo permaneció la hermosa sensación de ese trasero redondo contra su pelvis.

Gail apartó las sábanas para que menos capas de tela se interpusieran entre los dos. Una vez develado el perfecto cuerpo de su amante, más perfecto de lo que fantaseó, posó su palma en la cadera y comenzó a subir su camisón.

—Joder —gruñó cerca de su oído—, eres tan bella. Eres tan... —Se le cortó el aliento. No le gustaba hablar mucho durante el sexo, era de la idea de que se confesaban más cosas de las deseadas. Por ejemplo, si en ese momento le decía a

su amante por qué le gustaba tanto, diría más de él que de ella. Le gustaba que su camisón fuera de algodón y no de seda, porque hacía parecer al acto más íntimo y menos preparado. Le gustaba los suspiros que emitían, que eran sinceros y no fingidos. Le encendía el modo en que se retorcía, aún en duermevela, como si follar con él fuera un sueño que por fin se hacía realidad.

Estaba excitado, muy excitado. Condujo su mano hacia delante, hacia el vientre femenino. Hizo presión para que ella llevara el trasero más atrás, más pegado a él.

Una corriente eléctrica lo atravesó desde el centro mismo de su deseo hasta la espina dorsal. Unos pasos al otro lado del corredor le hicieron sonreír, condimentaron el momento con su riesgo. Le besó el cuello, sacó la lengua y la pasó por la zona del pulso y...

Y ella se giró, despertó de su sueño erótico entre excitada y sorprendida.

Llamaron a la puerta, una voz femenina soltó un nombre.

Una brisa movió las cortinas y la luz de la luna develó el rostro de su amante.

Y Gail rodó y cayó de trasero sobre el suelo al darse cuenta de que estaba besando, acariciando, admirando a...

—¡Señorita Plageman!

—¡Noreen! —la voz de Melissa al otro lado se lo confirmó. Noreen miró a Gail en el suelo, primero sin entender y luego comprendiéndolo todo.

Su sueño, la humedad en su centro, el palpitar odioso e insatisfecho. ¡Había pasado en el mundo real!

—Noreen, ¿ya te has dormido, cariño? —El pomo se movió. El pánico de Noreen enfrió la pasión de su no-sueño erótico. Corrió hacia la puerta y detuvo la acción de su madre.

—Mamá, aguarda un segundo. Sí, me había quedado dormida. —Abrió una hendija. A sus espaldas, Gail reptaba para esconderse bajo la cama.

—¿Te encuentras bien? Te noto sonrojada.

—Eh... Sí. Sí, mamá, es que me cubrí con las mantas y la noche es... es más cálida de lo esperado.

—Me pareció oír un ruido.

Noreen palideció. Adiós, calor; hola, frío.

—Ah, eso. Sí, hay un gato.

—¿Un gato? —Melissa frunció el ceño.

—Sí, ehem. Achís... Achís... —Tarde recordó que ella era alérgica a los gatos. Su cabeza no funcionaba muy bien.

—Deja que lo saque yo, hija, que si lo coges estornudarás hasta el año próximo.

—¡No! No hay problema, mamá. Ya se ha ido por la ventana. Eso fue lo que oíste y... y por lo que tardé en abrir. Estaba sacándolo por la ventana.

Melissa ladeó la cabeza. Primero hacia un lado, luego hacia otro. Sabía que su hija ocultaba algo, pero también sabía que si era importante se lo diría. Confiaba en ella, en todas sus hijas, cuando deseas que tus niñas sean mujeres de pensamiento libre y crítico no queda más remedio que correr ciertos riesgos, como que tomen sus propias decisiones y se equivoquen.

—Noreen, si te pasara algo grave, ¿me lo dirías? —insistió. Las mejillas de la joven ardieron.

—Sí, mamá. No ha pasado nada grave.

—¿Solo un gato?

—Solo un gato. —Tragó saliva.

—Bien. Solo quería saber si descansabas bien en tu habitación a solas, si te han traído todas tus pertenencias o necesitas algo de nuestros baúles.

—Estoy perfectamente.

—Que descanses.

—Tú también, mamá.

Cerró la puerta y se posó en la madera. Soltó el aire y sintió que las piernas no la sostenían.

—¡Tú, maldito degenerado, sal inmediatamente de ahí! —clamó en lo que podría decirse como un grito susurrado. Gail reptó hasta aparecer de nuevo en la alfombra—. ¡Qué demonios! —Se acercó a él para patearlo en el suelo. Gail por instinto se defendió, capturando el tobillo de la dama.

Noreen perdió el equilibrio y cayó sin fuerza sobre la alfombra.

—Lo siento, lo siento —se lamentó Gail. Era un capullo, un libertino, pero no lastimaba mujeres. Noreen lo pateó en esa ocasión con precisión. Su pie desnudo dio de lleno en el pecho del irlandés. Su camisón se elevó hasta los muslos, y O'Rourke suplicó clemencia—. No me mates —pidió.

No por los puntapiés, sino porque, joder, esa americana era puro fuego y él estaba que ardía. Su pasión no se había enfriado como la de ella, el aliciente de ser atrapado funcionó como una chispa. Era un granuja después de todo, disfrutaba de portarse mal, de ser pícaro y caminar en la cuerda floja.

—¿Qué demonios hace en mi habitación? —Noreen se puso de pie y buscó su salto de cama.

—¡No sabía que era su habitación!

—¿Y entra en habitaciones al azar a tocar damas?

—Al azar no... —Él también se puso de pie.

—Pero sí a tocar damas.

—Solo las que lo piden.

—¡Yo no se lo pedí! —espetó Noreen.

—Pero es que no debía ser usted.

—¿Y quién si no?

—¡La baronesa! —dijeron a coro. Él como si fuera obvio, ella como si fuera Arquímedes gritando Eureka.

—¡Pero si ella está casada! —lo reprendió Noreen. Gail ladeó la cabeza y ella tuvo que aceptar que tenía un punto. Compartían la visión negativa de esa institución, con la salvedad de que la señorita Plageman se conformaba con evitarla, mientras que O'Rourke parecía decidido a destruirla—. ¿Era consensuado? —preguntó en cambio.

—Sí, por supuesto.

Con eso a Noreen le bastaba, lo demás era problema de la baronesa y su conciencia.

—Es la habitación de al lado —especificó Noreen.

—Mierda...

—El vocabulario, señor O'Rourke —lo corrigió ella—, esta noche ya ha cumplido su dosis de mal comportamiento.

—Vaya, sí que se toma en serio eso de ser solterona —bromeó él.

—Muy. —Noreen fijó sus ojos en los de él—. Pretendo ser una redomada solterona, ¿tengo que recordárselo?

—No, por favor, no —suplicó con pena. Esa mujer vistiendo santos era un completo desperdicio, una tragedia para el género masculino; y aunque era evidente que él nunca podría saborearla, Noreen lo detestaba, no era tan egoísta con sus congéneres como para no lamentarlo por ellos.

—¡Váyase!

—Sí, sí, ya me voy. —Alzó las manos en son de paz—. Y si oye algo extraño, usted finja que no pasa nada, ¿sí?

Noreen no pudo evitar soltar una risotada.

—Bueno, bueno, el semental de Inglaterra. Vaya —Le señaló la puerta—, desaparezca de mi vida, que no veo la hora de empezar a olvidar este encuentro.

Gail deseaba irse con la última palabra, rebatir, pero decidió, por esa noche, rendirse. Él también quería olvidar ese encuentro; no porque lo hallara deshonroso, sino porque lo encontraba tentador. Se daba cuenta de que prefería quedarse allí, discutiendo con ella, que cruzar a la alcoba siguiente y desahogar su excitación.

—Me marcho, me marcho. No pretendo tentar a una solterona y desviarla de su camino de santidad.

Noreen rodó los ojos. Gail fue hacia la puerta, la abrió y asomó su cabeza a ambos lados, antes de que pudiera escabullirse, lo regresaron dentro de la alcoba de un tirón.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—¡Me olvidaba! —Noreen cerró la puerta y sin pretenderlo, atrapó el cuerpo masculino, el cual quedó pegado al de ella. Se alejó un paso, Gail lo lamentó—. Después de esto, haremos como que no nos conocemos.

—Pero si nos conocemos.

—¡Pero haremos como que no!

—Eso es absurdo.

—No, no lo es. Usted lo dijo, no mira ni debutantes ni solteronas, ¿cómo explicará que sabe quién soy, que recuerda mi nombre? Tenga presente que no fuimos presentados oficialmente, ¿por qué se acordaría de una americana mal vestida que vio una sola vez en la vida?

—Porque es mujer y yo no discrimino...

Noreen le dio un golpe sin fuerza en el pecho. Gail se quejó con una risa.

—Puede que alguien se crea que yo no la recuerdo, señorita Plageman, pero nadie se creerá que usted no me recuerda a mí. —Arqueó las cejas sobreactuando su papel de Casanova. Noreen tuvo que contener la risa y tener presente que detestaba a Gail O'Rourke. ¡No lo encontraba gracioso!

—Eso no será problema, señor. Pues yo presento la misma indiferencia a todos los ingleses que he conocido.

—Oh, pero ese es mi secreto, señorita Plageman... Yo soy irlandés. —Tiró un beso al aire, como si se lo lanzara a ella. Noreen abrió la puerta de la habitación y lo empujó fuera.

—Buenas noches, desconocido.

—Buenas noches, desconocida.

Y las palabras hicieron eco en la puerta ya cerrada.

Gail dudó en seguir con el plan de la noche o regresar a su alcoba. Como su cerebro estaba embotado por su encuentro con Noreen, la decisión la tomó su anatomía. Siguió hacia la puerta aledaña y abrió sin llamar.

La baronesa esperaba por él.

Despierta.

En camisón de seda.

Dispuesta a las caricias y no a una contienda verbal.

¡Vaya decepción!

Su cuerpo tomó el control y Gail fue fiel a su filosofía de vivir el momento. Se aproximó a ella, la besó en los labios y dejó que la dama se echara, inerte, tal y como lo había imaginado, en la cama a recibir sus atenciones.

Un paso en el corredor, un sonido en el pomo de la puerta y...

—¡No de nuevo! —Se apartó de la baronesa, buscó una salida y la única posible fue el pequeño balcón. Hacia allí se dirigió sin pensarlo dos veces, cerró las cortinas en el mismo momento en que el barón entraba en la alcoba—. No me equivoqué de habitación, ¡la cambiaron porque venía el esposo! —entendió.

¿Y ahora?, pasaría la noche en la intemperie. Miró hacia abajo, calculó la caída, dolería. Miró hacia los lados y...

¡La habitación siguiente tenía un balcón! Si conseguía pasar de balcón en balcón entraría de nuevo en la alcoba de Noreen, y como Noreen pretendía fingir que no se conocían, cubriría su escapada. ¿Verdad?, ¿verdad?

Se encogió de hombros, se subió a la barandilla, midió el salto y...

—¡Mierda!

Lo había conseguido. A medias. Sus pies tocaron la barandilla de Noreen, pero no la sortearon. Sus pies permanecieron del lado equivocado y sus manos lograron a última instancia aferrarse de las molduras de yeso que decoraban la fachada.

El impacto, por fortuna, alertó a Noreen, quien salió a ver.

—Pss... Pss... —la llamó Gail, pendiendo hacia el precipicio.

—¡Tiene que ser broma!

—Ja-Ja. Mire cómo me rio, vaya broma. Ayúdeme.

Noreen rodó los ojos.

—Le juro, señor O'Rourke, que esta noche con usted me he ganado una parcela en el cielo. Puedo mañana convertirme en Napoleón y matar media Europa, que Dios va a considerar que mis pecados están salvados. —Extendió las dos manos hacia él, clavó su cintura en la barandilla y trató de tirar.

Sin embargo, Gail pesaba cerca de ochenta kilos. Noreen unos cincuenta.

El barón, que ya sospechaba, oyó el ruido y pretendía asomarse.

Gail calculó que, dada la situación, lo pescarían, y sus opciones serían: batirse a duelo o condenar a Noreen, su rescatista, a un escándalo.

Pero había una tercera opción. Ser un caballero.

—No llores por mí, Noreen, ya estoy muerto —dijo con dramatismo y se soltó de ella. Noreen extendió las manos y ahogó un grito. El barón se asomó y solo consiguió ver la ligustrina agitada.

—¿Qué ha sido eso? —clamó en dirección a la señorita Plageman.

—Eh... ¿un gato?

—¿Un gato hizo eso? —El cuerpo de Gail estaba cubierto de hojas y era apenas visible en la noche.

—Era un gato grande...

Gail se había doblado el tobillo al caer, quizá incluso fracturado, ya vería cuando visitara a un doctor. De momento, solo restaba esperar acostado entre las ramas filosas de la ligustrina a que el barón desapareciera. ¡Pero el muy maldito quería comprobar que fuera un gato!

Quizá habían hecho reír a la deidad correcta con ese enredo, porque de pronto una gata calico apareció, se lamió la pata y lo miró con curiosidad.

—¿Serías tan amable de maullar? —le preguntó Gail—. Prometo conseguirte pescado.

La gatita pareció entenderlo, porque emitió un suave maullido y dio un brinco fuera de los arbustos.

—¡Ve, ahí está! —clamó Noreen, aliviada.

El barón se conformó con la respuesta y regresó a su alcoba. Gail escuchó el susurro de Noreen:

—Ya puede salir.

Gail probó pisar y maldijo, no se había fracturado, pero cojearía unas semanas. Al alzar la mirada, su salvadora número uno había desaparecido. Quedaba su salvadora número dos, una gatita calico que esperaba su paga en atún.

—Ven —la cogió en brazos. Estaba algo flaca, así que supuso que no tenía dueño. Bueno, los japoneses pensaban que las gatas de ese color traían suerte, él empezaba a creer lo mismo, y como siempre viene bien una dosis de suerte, decidió que harían buena pareja—, ¿atún o pollo?

Un maullido fue la respuesta correcta: ¿por qué elegir? Atún y pollo.

Cojeando regresaron juntos a su alcoba, armarían las maletas y partirían en la mañana. Su misión en la fiesta Joicey terminó siendo un completo fracaso.

CAPÍTULO 3



Seis meses en Inglaterra bastaron para que las Plageman aprendieran una verdad incómoda: en Londres no bastaba con no equivocarse.

Durante ese tiempo habían cometido menos errores, es cierto. Ya no saludaban con demasiada efusividad, no hablaban fuera de turno, ni confundían la ironía con una invitación al debate. Sus vestidos seguían sin ser los más actuales, pero al menos dejaron de parecer una expresión de rebeldía americana para los londinenses. Habían aprendido a sentarse, a callar, a sonreír en el momento justo.

Aun así, Londres seguía sin quererlas.

No las expulsaba —eso habría sido demasiado evidente—, pero tampoco las acogía. Las dejaba en ese limbo educado donde una existe sin pertenecer. Donde las invitaciones llegan tarde, incompletas o con condiciones implícitas. Donde una siempre es «la americana», incluso después de meses de correcta conducta.

—Al menos han dejado de mirarnos como si nos fuéramos a robar los cubiertos de plata —comentó Francie, mientras observaba los arbustos ornamentales recién podados. Nada mejor que una tarde al aire libre en los jardines del condado de Kinloss para distender la mente y alejar las absurdas preocupaciones sociales. Eso de comportarse lo «más inglesa posible» comenzaba a agotarla—. Eso es progreso.

—Ahora nos miran como si ya lo hubiéramos hecho —replicó Noreen, sin levantar la vista del libro que fingía leer. Al igual que a Francie, el esnobismo

inglés la agobiaba. El solo hecho de imaginarse casada con un inglés le retorcía el estómago. Por suerte, su imaginación recibía una bofetada al instante cuando su razón le recordaba que no, no se casaría. Ella sí podía hacer uso del dinero familiar, ella recibiría su propia dote ¡Ja! Y la gastaría a su gusto, no iría a parar a las arcas familiares de ningún esposo—. Tendríamos que andar con los registros bancarios familiares colgados del cuello... así comprueban que nos sobra el dinero para comprar todos los cubiertos de plata que se nos antojen.

—Mamá ya nos ha dicho que no hay que hacer ostentación del dinero, eso es de mal gusto... —les recordó Tracie—. Con ir con nuestros propios cubiertos de plata es suficiente.

Francie dejó escapar una carcajada. Noreen dejó de fingir que leía por unos segundos solo para mirar de reojo a su hermana. Frunció el ceño para sumar un punto más de seriedad a lo que iba a decir, de lo contrario, reiría a la par de Francie.

—Oh, tienes razón, Tracie... ostentar dinero es de mal gusto, llevar nuestros propios cubiertos no.

Melissa las escuchaba con atención desde la mesa de té dispuesta en el porche. El cansancio se le había instalado en los hombros de una forma nueva, más persistente. Le costaba mantener la espalda derecha, quizás porque se erguía con educado orgullo en cada ocasión que recibía miradas de soslayo. Intentar encajar era un trabajo más difícil de lo que había pensado. Lo que sentía en ese momento no era el agotamiento físico de los primeros meses, sino uno más sutil: el agobio mental que implicaba medir cada paso, cuidar cada palabra, adelantarse a cualquier consecuencia.

—Les recuerdo que no hemos venido a gustar —dijo finalmente, dejando la taza en el plato—. Hemos venido a encajar. —Las tres hermanas levantaron la vista en dirección a su madre. Estaban muy cómodas despatarradas sobre el mullido césped. Se adelantó a las réplicas posibles de sus hijas—. Y no, no es lo mismo —continuó Melissa—. Gustar es opcional. Encajar es necesario.

Noreen cerró el libro con suavidad.

—Para Brett —dijo a modo de nota mental para todas.

—Exacto, por y para Brett —confirmó su madre. Por Irene dijo para sí. Lo único que Melissa quería era que el alma de su hermana descansara en paz sabiendo que su niño estaba bien. Que su niño estaría bien. Y eso implicaba que este ocupara el lugar que le correspondía dentro de la sociedad que lo vio nacer.

Lord Brett Grenville, vizconde de Kinloss, seguía siendo un pequeño. Uno inteligente, curioso y con una inclinación peligrosa a hacer preguntas incómodas sobre títulos, herencias y por qué su madre había muerto tan joven. Pero, sobre todo, era un vizconde. Eso lo convertía en una pieza valiosa dentro de un tablero que las Plageman apenas comenzaban a comprender.

En Londres, el futuro de un niño noble no se decidía solo por su título, sino por su entorno. Y ellas eran ese entorno.

—No importa cuán sensatas seamos —continuó Melissa—. Si la sociedad decide que no somos adecuadas, Brett pagará ese precio.

Tracie frunció el ceño.

—Pero ya conocemos gente... a los Audley, por ejemplo.

Eso era cierto. Los Audley habían irrumpido en sus vidas con la naturalidad de una tormenta bienintencionada. Leopoldine, con su mezcla de dulzura y determinación. Leopold VIII, su gemelo, con su terca amabilidad. Greta y Leopold VII, con esa manera tan suya de desafiar las normas sin pedir permiso. Gracias a ellos, las Plageman habían comprendido algo importante: no todas las familias nobles eran iguales.

Pero también habían aprendido otra verdad menos alentadora: los Audley eran una excepción.

—Los Audley no son la norma —dijo Melissa, como si leyera los pensamientos de su hija—. Son... una anomalía encantadora.

—Y peligrosa —añadió Francie—. Si un tercio de Londres se enterara de la mitad de lo que ocurre en esa familia, las damas se desmayarían y los caballeros se atragantarían con sus puros.

Noreen sonrió apenas. Pensar en Leopoldine siempre le despertaba una mezcla de afecto y alivio. Al menos alguien había logrado ser feliz sin pedir disculpas por ello. Bueno, sus padres también. Bah, los Audley en general. Tenían un... no sé qué. Priorizaban la felicidad sobre el qué dirán, y siempre les salía bien. Su madre tenía razón, eran una anomalía. O eran los favoritos del destino o los olvidados por este. Solo por ello tenían el privilegio de escribir su propia vida a su gusto.

Pero la historia de los Audley no era la de las Plageman. Ellas necesitaban algo distinto. Y llevaban más de tres semanas esperando que ese «algo» golpeara a las puertas de la casa.

La invitación llegó dos días después, en un sobre discreto, sin adornos excesivos ni sellos ostentosos. Melissa lo sostuvo entre las manos como si pesara más de lo que aparentaba.

—No es una presentación formal —dijo tras leerla—. Pero tampoco es un evento menor.

—¿Quién la envía? —preguntó Francie.

—Lady Honora Kensington.

El silencio fue inmediato.

—¿«La» Honora Kensington? —repitió Tracie—. ¿La que condenó a Lady Backartt por presentar en sociedad a sus dos hijas a la vez? La pobre mujer se marchó a Escocia después de eso, las tres se convirtieron en exiliadas.

—¡No digas tonterías! —le reclamó Noreen—. ¿De dónde sacaste esa información?, ¿de tu imaginación?

—Tengo mis fuentes —proclamó alzando el mentón.

—La fuente de los deseos no cuenta como base de información, Tracie —se burló Francie, llevándose un scone a la boca. Estaban en pleno desayuno, no perdería el apetito por rumores de la tal Honora.

—Ahora que lo mencionas —rememoró Melissa y clavó la mirada en su hija menor—, el señor Rupert me ha pedido que dejes de lanzar monedas en la fuente de las Nereidas, le tapan el desagote y no puede limpiarla como corresponde. —Noreen y Francie rodaron los ojos para poner más énfasis a lo dicho. Una vez transmitido el mensaje pendiente, Melissa retomó el cauce de la conversación—. Volviendo a lo anterior, sí, es esa Honora Kensington. Y aunque Tracie siempre exagere, la realidad es que la opinión de esa mujer importa y condena.

Noreen se reclinó en la silla.

—Entonces esto no es una invitación —dijo—. Es una prueba.

Melissa asintió.

Lady Honora Kensington no era conocida por su amabilidad, sino por su rigidez. Una mujer que creía que el orden social era una obra de arquitectura delicada, y que cualquier elemento fuera de lugar debía ser corregido... o eliminado.

—Quiere ver si somos... presentables —dijo Francie, haciendo una mueca.

—Quiere ver si somos útiles —corrigió Melissa.

Tracie jugueteó con el borde de su vestido.

—¿Y si no lo somos?

—Entonces Londres nos lo hará saber... y quizás le hagamos compañía a Lady Backartt —bromeó Melissa. Sí, era preferible bromear antes que exasperar.

Estaban con el tiempo justo, porque la invitación llegó con el tiempo justo. Casi al límite, casi adrede. Como quien espera una notificación de ausencia a modo de respuesta. ¡Ja! La tal Honora se metía con las destinatarias incorrectas, si creía que por falta de tiempo y debida organización se echarían atrás, se llevaría una gran sorpresa.

Una gran sorpresa llamada Plageman.

Vestidos extendidos sobre la cama, chales doblados, guantes alineados y sombreros apoyados en cualquier superficie disponible.

—Este es llamativo —dijo Francie, levantando un vestido color ciruela—. Grita americana con dinero desde tres habitaciones más allá.

—Ese es justamente el problema —respondió Noreen, revisando un conjunto más sobrio—. En Londres no hay que gritar nada. Hay que insinuarlo.

Tracie, sentada en el borde de la cama, retorcía un par de guantes entre los dedos.

—¿Y si no lo hacemos bien? —preguntó de pronto—. ¿Y si decimos algo mal? ¿O si no nos sentamos donde corresponde? ¿O si...?

—...Respiras —la interrumpió Francie—. Eso suele ser lo primero que hacemos mal. Respiramos más fuerte que los demás.

—No es gracioso —se quejó Tracie.

Noreen dejó lo que estaba haciendo y se acercó a su hermana menor.

—Tracie —dijo con suavidad—. No tenemos que ser perfectas. Solo... correctas. Y coherentes.

—Y aburridas —añadió Francie.

—Educadamente aburridas —concedió Noreen—. Por una noche.

Tracie suspiró.

—Es que siento que todo depende de nosotras.

—Porque depende de nosotras —dijo Francie sin rodeos.

El silencio que siguió fue breve, pero denso.

—Esto no es por nosotras, pero sí depende de nosotras—remarcó Noreen, debía grabarse en la cabeza de las tres esa premisa fundamental. Recorrió la habitación con pasos lentos y pausados, como quien da una cátedra importante a un grupo selecto—. No importa si nos miran más o menos, tampoco importa si

les agradamos. Se trata de aparentar lo que ellos desean. No debemos estar a su altura, porque eso les incomoda.

—Tampoco debemos estar muy por debajo de ella —agregó Francie ante la mirada atenta de Tracie.

—Exacto... tenemos que hallar el punto intermedio a como dé lugar.

—Por Brett —repitió Tracie en voz baja.

—Tenemos que hacer bien nuestro papel —insistió Noreen—. Aunque no nos guste. Aunque las únicas incómodas seamos nosotras. Cuando eso suceda, pensemos en Brett y su futuro.

—Cuando tengamos ganas de decir lo que pensamos —agregó Francie mirando de soslayo a Tracie. Esa nota mental era fundamental para las tres. Con sarcasmo o sin este, las Plageman tenían la costumbre de hablar sin pelos en la lengua—. Pensemos en él...

—Especialmente entonces —sentenció Noreen.

—¿Decir qué pensamos sobre quién? —preguntó una voz infantil desde la puerta.

Las tres se volvieron al unísono.

Brett, el pequeño vizconde de Kinloss, estaba allí de pie, con una espada de madera bajo el brazo, el cabello revuelto y una expresión de concentración impropia para sus diez años.

—Brett, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —interrogó sorprendida Tracie.

—Lo suficiente para saber que están hablando de mí—respondió con naturalidad—. Y para confirmar que ese vestido es horrible.

Francie ahogó una carcajada.

—Su franqueza mejora con la edad, milord.

—Mi profesor dice que la franqueza es una virtud —replicó Brett—. Y que la espada no sirve si uno duda.

Noreen arqueó una ceja.

—¿Tu profesor de esgrima?

—Sí, él—dijo con orgullo—. Es uno de los mejores de Inglaterra. Tía Melissa lo consiguió. Dice que, si voy a ser vizconde, tengo que aprender a moverme como tal.

—¿Y ya te crees un gran espadachín? —lo pinchó Francie.

—Todavía no —admitió—. Pero lo seré.

Tracie sonrió, algo más relajada.

—Entonces... —dijo, dudando—. Tú vienes con nosotras a Londres, y nos defiendes ¿verdad?

Brett frunció el ceño.

—No.

Las hermanas se quedaron inmóviles.

—¿Cómo que no? —exclamaron casi al mismo tiempo.

—Pensé que ese era el plan —añadió Noreen—. Tú eres el vizconde.

—Justamente —respondió Brett—. Este es el momento de ustedes.

Las miró con una seriedad que no le correspondía por edad.

—Ustedes tienen que ir a Londres y hacer lo que hacen las damas al inicio de temporada —continuó—. Yo me quedaré aquí... haciendo cosas de lores en preparación.

—¿Cosas de lores? —repitió Francie, divertida.

—Sí —asintió—. Esgrima. Latín. Historia. Y aprender a no bostezar cuando los adultos hablan.

Noreen se cruzó de brazos.

—Brett, esto es importante.

—Lo sé, por eso no voy. Si voy, todos me mirarán a mí. Si no voy, las mirarán a ustedes. Y eso es lo que necesitamos ahora.

Tracie sintió un nudo en el estómago.

—¿Y si no lo hacemos bien?

Brett se encogió de hombros.

—Entonces lo intentarán otra vez... y otra vez, y otra vez. Como yo lo intento con la espada.

Las tres se miraron.

—Además —añadió con una sonrisa traviesa—, alguien tiene que quedarse vigilando que no conviertan esta casa en un campo de batalla mientras no están. Les han contagiado a los empleados su espíritu americano... están más rebeldes que de costumbre.

Francie se acercó y le revolvió el cabello.

—Eres demasiado sensato para tu edad.

—Lo sé... Es agotador.

Noreen respiró hondo.

—Está bien —dijo finalmente—. Iremos a Londres por ti, pero sin ti.

—Y brillaremos por ti, pero sin ti —agregó Francie.

—Y respiraremos lento y suave por ti, pero sin ti —concluyó Tracie.

El pequeño vizconde levantó su espada de madera como si sellara un juramento.

—Por mí, pero sin mí—repitió—. Y también por ustedes... háganlo por ustedes. Ahora, si me disculpan, tengo que convertirme en un lord respetable.

Salió de la habitación con paso decidido.

Las hermanas quedaron en silencio unos segundos.

—Bueno —dijo Francie—. Si un niño de diez años puede tomarse tan en serio su papel...

—Nosotras también —completó Noreen—. Empezando por ese vestido... quítalo del baúl de inmediato.

—Vamos a necesitar nuevos vestidos —concluyó Tracie al ver que sus hermanas no solo descartaban el vestido en tono ciruela, también otros dos más en tonos ocres oscuros.

—Lo que sea que necesitemos lo adquiriremos en Londres, casas de modistas sobran en la ciudad. —Noreen resolvía rápido. No tenían mucho tiempo que perder, a más tardar, tendrían que partir pasado mañana.

—Te olvidas un detalle, también sobran damas en la ciudad... y estamos a inicio de temporada —le recordó Francie.

—Es verdad, pero puede que tengamos algo que no todas esas damas tienen.

—¿Qué? —preguntaron Tracie y Francie.

Noreen rodó los ojos. Sacudió la cabeza.

Oh, cierto... cierto. Dinero. Cantidades obscenas de dinero. El idioma que se hablaba a lo largo y ancho del mundo.

CAPÍTULO 4



No era la primera vez que ponían un pie en la ciudad, aun así, en cada ocasión en la que arribaban a Londres, ellas lo vivían como el preludio de un espectáculo.

Siempre experimentaban la misma sensación, la ciudad era como una sensual dama que se dejaba ver de a poco, mostrando sus encantos con sutileza. Y sí, al cabo de unas calles, te convertías en un tonto enamorado. Babeabas al ver las farolas de las calles empedradas, admirabas los carruajes lujosos que recorrían la avenida principal al ritmo de la más evidente ostentación, y el murmullo constante de la rutina citadina se convertía en una melodía que odiabas y amabas en partes iguales.

El carruaje se detuvo frente a un edificio sobrio, elegante en su justa medida, ubicado en Bloomsbury, a pocas calles de Russell Square. No era Mayfair, ni pretendía serlo. Pero tampoco era un rincón olvidado. Tenía parques cercanos, casas de té respetables y una cercanía estratégica a las zonas comerciales más concurridas sin caer en el bullicio vulgar.

—Hemos llegado —anunció el cochero.

La matriarca Plageman descendió primero, inspeccionando el entorno con ojo crítico. Asintió para sí. Buena ubicación. Discreta. No esperaba menos de Lord Grenville, su cuñado había sido siempre un hombre de buen gusto y criterio.

—No es la zona más lujosa —comentó Francie, bajando tras ella—, pero tiene carácter.

—Y muchos árboles —añadió Tracie, mirando hacia el parque cercano—. Eso siempre suma puntos.

—Este apartamento pertenece al condado de Kinloss desde hace décadas —explicó Melissa—. No está pensado para impresionar, sino para funcionar. Y eso, en Londres, dice más de lo que creen.

Ingresaron al edificio. El interior era amplio, bien iluminado, con una escalera central de madera oscura y detalles cuidados sin exceso. El apartamento ocupaba casi toda una planta. Techos altos, ventanales grandes y un mobiliario acorde.

—Es... serio —dictaminó Francie.

—Es inglés —corrigió Noreen.

Melissa dejó los guantes sobre una mesa auxiliar.

—Nos instalaremos aquí unas semanas —dijo—. El tiempo suficiente para cumplir con nuestros compromisos sociales y permitir que la ciudad nos vea... sin que nos examine con lupa.

Tracie ya se había acercado a una ventana.

—Podríamos salir a recorrer —propuso—. Ver las tiendas, el parque, las calles...

Francie y Noreen siguieron los pasos de su hermana. Se deleitaron con la buena vista que les ofrecía ese apartamento en la planta alta.

—Podrían —concedió Melissa—. Pero no hoy.

Las tres se volvieron hacia ella.

—¿Cómo que no hoy? —protestó Francie—. Acabamos de llegar.

—Precisamente por eso... —Se sentó con calma en uno de los sillones individuales junto a la ventana. Observó el mismo escenario que sus hijas. El viaje la había agotado, no eran muchas horas de trayecto, pero viajar en una misma posición en compañía del parloteo constante de sus hijas le consumía una buena dosis de energía—. No estamos en el campo, eso de andar caminando en zancadas no está bien visto —continuó—. Tampoco estamos en Nueva York, en dónde sus comportamientos dejaban de tener peso por el simple hecho de ser Plageman. Aquí cada paso que den será recordado, cada gesto que hagan será comentado y cada error cometido se convertirá en pan tostado que acompañará el desayuno de los londinenses.

—Londres cotillea como deporte nacional —murmuró Noreen.

—Mejor dicho, imposible —asintió su madre—. Y yo no pienso alimentar rumores innecesarios. Espero que ustedes tampoco.

Tracie frunció el ceño.

—Pero solo queríamos dar una vuelta...

—Y la darán —dijo Melissa—. Mañana. Con más horas libres, con propósito y con moderación.

Francie suspiró con dramatismo, se dejó caer en otro de los sillones como si la más grande de las decepciones la hubiese golpeado. ¡Vida cruel!

La única que no emitió queja fue Noreen, aunque sus ojos brillaban de insatisfacción. Apoyó su trasero en el borde de la ventana y se cruzó de brazos.

—¿Todo tiene que ser un grandísimo "ya" para ustedes? —preguntó Melissa, arqueando una ceja—. ¿No pueden esperar unas horas para conquistar la ciudad?

Las hermanas intercambiaron miradas culpables.

—¡No! —exclamaron a la par.

—Bueno, tendrán que hacerlo, porque esta noche tenemos el evento en casa de Lady Honora Kensington, para eso hemos venido hasta aquí —recordó Melissa—. Y es preferible asistir descansadas y con la mente clara.

—En especial con la mente clara, dudo mucho que Honora Kensington nos conceda algún tipo de gracias —comentó Noreen.

—No, no lo hará, la palabra indulgencia no existe en su diccionario —confirmó la matriarca. Mary Elizabeth, la madre de Wayne, le brindó toda la información necesaria con respecto a la anfitriona. De hecho, fue ella quién actuó como contacto para la invitación—. Por eso mismo, no quiero improvisaciones.

Tracie miró en derredor, respiró hondo.

—Entonces, nuestra actividad de la tarde sería... ¿acomodarnos?

—Eso mismo, mi querida —celebró Melissa con una larga exhalación—. Descansen, elijan sus atuendos con cuidado, repasen mentalmente cada norma que conocen y olviden las que no sean imprescindibles.

—Eso es contradictorio —argumentó Francie.

—Muy buena observación, Francie. Estás en lo correcto, es contradictorio. —Se incorporó del sillón con desgano—. En Londres muchas cosas lo son... mientras más rápido lo aprendan, mejor.

Noreen recorrió el salón con la mirada. El apartamento no era lujoso, pero tenía algo tranquilizador. Un punto de equilibrio. Como si, al menos entre esas paredes, pudieran ser ellas mismas sin ser observadas.

—No te preocupes, mamá, conoceremos los alrededores —dijo finalmente —. Pero con cuidado.

—Marcaremos presencia como solemos hacerlo —añadió Francie—. Sin ser escandalosas.

—Y respiraremos lento y suave, aunque esto vaya contra nuestra naturaleza —concluyó Tracie.

Melissa sonrió apenas.

—Así me gusta.

El reloj del salón marcó la hora con un sonido grave.

—Tenemos unas horas —dijo—. Aprovechemoslas bien. Esta noche, Londres nos observará de pies a cabeza.

¡Que nos miren! Pensaron... En perfecta sincronía alzaron el mentón. Eran Plageman, ninguna de ellas pestañearía primero.

La casa de Lady Honora Kensington gritaba a los cuatro vientos quien era la persona que la habitaba. La fachada era la definición perfecta de rigidez social y gusto coherente, acorde con las normas. Los setos del jardín se erguían rectos y severos como si fuesen unos empleados más de la mansión. Eran la custodia personal que te daba la bienvenida. La ausencia casi total de flores —además de deprimir los ánimos festivos— ponía en aviso a los invitados: aquí se acepta solemnidad y modales correctos. Todo lo demás queda afuera.

Sin duda, era una casa que no invitaba: evaluaba. Como su dueña, la viuda de Kensignton.

Las mujeres Plageman descendieron del carruaje con la precisión que habían ensayado. Se tomaban muy en serio eso de la primera impresión Kensignton. Por Brett, se recordaban. Melissa al frente, erguida, impecable. Noreen apenas un paso detrás, seguida por Francie y Tracie. No había nervios visibles, pero sí una tensión contenida que se manifestaba en detalles mínimos: una espalda demasiado recta, un andar medido, una respiración controlada.

Los empleados vestidos con levitas acompañaron los pasos de las recién llegadas con evidentes susurros. Como si ellos fuesen los primeros jueces de la noche. Una mirada de soslayo por parte de Melissa bastó para que los hombres se sintieran avergonzados por su desfachatez. Una mirada de reojo por parte de las hermanas, en especial de Tracie y Francie —especialistas en el arte de pestañear con encanto—, fue suficiente para hacer suspirar a un par de ellos. Los

susurros cambiaron de matiz de manera inmediata, lo que segundos atrás sonó a crítica se convirtió en halago. ¡Oh, las mujeres americanas tienen un no sé qué imposible de imitar por las inglesas!

Así, con el mentón en alto y la satisfacción de saber que eran capaces de moldear los pensamientos de cualquier zopenco atrevido, se lanzaron a la prueba de fuego e ingresaron al hall de la mansión. Lady Honora Kensington las esperaba en el salón principal.

Y sí, la primera impresión es la que cuenta. Las Plageman tragaron saliva a la par. ¡Joder, tendrían pesadillas con esa mujer! Tenía todas las cualidades estéticas necesarias para convertirse en un espectro terrorífico de ultratumba. De tan solo verla, casi sienten un escalofrío.

La anfitriona no era una mujer alta ni imponente, pero tenía ese don peligroso impreso en su rostro de quienes jamás alzan la voz porque nunca lo necesitan. Vestía tonos grises, tan opacos y fríos que parecían parte de su anatomía. El blanco perlado de sus cabellos se mimetizaba con la palidez de sus mejillas y cuello. Al verlas entrar, no sonrió. Solo las observó con mucho detenimiento.

—Señora Plageman —dijo al fin, avanzando un paso—. Bienvenida a mi casa.

—Lady Kensington —respondió Melissa con una inclinación perfecta—. Es un honor.

Honora asintió, como si aceptara el gesto más que la presencia.

—Y estas deben ser sus hijas.

No fue una pregunta. Sus ojos recorrieron a las tres jóvenes con una lentitud obvia y exagerada. Parecía una institutriz evaluando el nivel académico de sus pupilos. Se detuvo primero en Noreen.

El vestido verde oscuro resaltaba su piel marfil cálida, el cabello castaño recogido con delicada elegancia no opacaba su presencia, al contrario, la hacía más notoria, llamativa. Honora ladeó apenas la cabeza.

—Interesante elección de color —comentó en referencia a su vestido—. Muy... decidido.

Muy... decidido. ¡JA! La estaba criticando con sutileza.

—Gracias, Lady Kensington. —Noreen se recordó que debía de mantener las formas.

—No me lo agradezca, no es un halago. En Londres solemos preferir tonos que no compitan con la dama —continuó Honora, como si ofreciera un consejo

—. Pero comprendo que en climas más soleados eso no sea una preocupación.

El golpe fue suave, pero preciso. Climas más soleados. América, tierra del sol. Como si el astro luminoso se encontrara ausente en el resto del mundo. ¡Vaya pecado tener un tono de piel que no sea fantasmal!

Luego pasó a Francie, cuyo atuendo avellano dorado recibió apenas un asentimiento neutro.

—Correcto —dictaminó—. Discreto.

Finalmente, sus ojos «casi» se iluminaron al posarse en Tracie.

El azul claro de su vestido armonizaba con su piel y sus ojos de una manera que Honora consideró... apropiada.

—Ah —dijo—. La menor, imagino.

Tracie se sonrojó.

—Sí, Lady Kensington —Tracie hizo una reverencia muy mal orquestada. La mujer la había puesto más nerviosa de lo esperado.

—Muy bonita —añadió Honora—. Tiene usted una apariencia... prometedora.

El silencio que siguió fue denso. ¡Qué demonios! ¿Acaso era Tracie la única aprobada por la lady?

Honora entrelazó las manos.

—Ahora bien —continuó con su cálido recibimiento—, antes de avanzar, hay ciertos puntos que debemos aclarar.

Melissa mantuvo el gesto sereno. De ser otro el motivo que las llevara a ese lugar se hubiese dado la vuelta al segundo en el que la mujer las evaluó con superioridad y descaro. Pero bueno, el motivo tenía nombre, apellido y diez años. Así que respiró profundo, sonrió con amabilidad, y aceptó ese juego de manipulación social.

—Por supuesto.

—Entiendo que ya han tenido una... presentación social —dijo Honora, con una leve inflexión que dejaba claro que esa palabra le desagradaba—. En casa de la señora Joicey.

Noreen percibió el cambio en el aire. La mujer lanzaría otro golpe.

—Así es —respondió Melissa—. Fuimos invitadas ni bien pusimos un pie en estas tierras.

Honora frunció los labios con un evidente gesto de desaprobación.

—Presentar a tres hijas a la vez no es una costumbre aceptada aquí. De hecho, suele considerarse... imprudente.

Melissa consideró apropiado reservarse un fragmento de información, comentarle que también habían asistido a la fiesta de los Audley haría que la mujer las condenara con un solo parpadeo. Ni mencionar que también habían llevado al pequeño vizconde a la fiesta. Si lo supiera, las expulsaría con una patada en el trasero. No, mejor dicho, haría que sus empleados impolutos con levita lo hicieran, ella no movería ni un dedo. Bueno, uno sí, el índice con el que daría la indicación.

—No fue una presentación formal —aclaró Melissa—. Fue un evento social reducido.

—Aun así —replicó Honora con cierto aire de fastidio—, las normas existen por una razón. —Se volvió hacia Noreen. Si no podía hacer razonar a la madre, lo intentaría con el primer eslabón de su cadena reproductiva. Solo así entenderían la importancia de las jerarquías familiares—. Usted es la mayor, ¿verdad?

—Sí, milady. —Noreen se preparó mentalmente para el discurso que iba a oír.

—Entonces comprenderá que el orden es fundamental —continuó—. Primero debe establecerse usted. Luego su hermana intermedia. Y solo entonces... —miró a Tracie— la menor.

Tracie bajó la vista, fue un artilugio de contención verbal, sino se vería tentada a decir: de ser así, milady, todas quedaremos condenadas a la soltería si respetamos sus normas. ¡Noreen no quiere casarse!

—De lo contrario —añadió Honora—, se corre el riesgo de crear expectativas indebidas. No querrá usted que una hermana menor destaque antes de que la mayor haya cumplido su... función social.

Noreen sintió el peso de esas palabras, pero no se movió.

—Mis hijas no compiten entre sí —intervino Melissa con suavidad—, se acompañan.

Honora la observó con atención.

—Eso es muy... —Chasqueó la lengua— muy americano —dijo al fin—. Aquí la sociedad funciona de otro modo. El honor de una afecta al honor de las otras. A un error siempre le sigue otro error a menos que alguien lo marque.

—Y se lo agradecemos, milady... —Noreen fue la que respondió, veía que su madre se esforzaba por contenerse. ¡Ya quisiera hacer uso del estilo americano! La matriarca Plageman desayunaba mujeres como Lady Honora junto con el café. Pero no allí... allí se bebía té, ¿verdad? Era mejor dar por finalizada la

charla—, gracias por regresarnos al camino correcto y compartir con nosotras su sabiduría.

Le faltó agregar el... ¡Vieja arpía, embajadora de una moral bastante dudosa!

—Tiene que ser cuidadosa, señora Plageman... —continuó sin siquiera pestañear. Por lo visto, la sabiduría se le subió a la cabeza—, se lo digo por el bien de sus hijas y... del legado del vizcondado.

No, no, no... la carta del vizcondado, de Brett, no debía de ser utilizada. La falsa sonrisa que Melissa intentaba mantener se desdibujó y sus mejillas se tiñeron de rojo carmesí. La intensidad del tono y la variación en el ritmo de respiración no pasó desapercibida por sus hijas. Fue Francie la que actuó como mediadora de la temperatura corporal de su madre, desplegó su abanico y lo agitó con fuerza en dirección al rostro de Melissa.

—Lo comprendo —respondió ocultando su ofuscación y sus deseos de homicidio—. Pero también comprenderá usted que... si hubo un error de mi parte —resaltó el «mi» para dejarle en claro que de existir uno, fue de ella, no de sus hijas. Menos aún de Brett—, ya se cometió. No puedo volver atrás y deshacerlo, sepa disculpar a esta... —apretó los dientes y volvió a sonreír a la fuerza—... americana.

Honora arqueó una ceja.

—La disculpo, por eso está aquí... por eso las he convocado, para remediar su error y ayudarlas.

—Oh, milady, es usted un ángel enviado por los cielos —agregó Tracie sonriendo de par en par mientras le hacía una pequeña reverencia.

—Viniendo de unos labios con un rostro tan angelical como el suyo, señorita Plageman, lo tomo como cierto.

Para sorpresa de todas, le acarició el mentón a la menor de las hermanas.

Noreen y Francie tragaron saliva, se miraron de soslayo. ¿Tracie... angelical? ¡Buena broma! Con disimulo, su hermana les guiñó un ojo.

—Espero que podamos avanzar desde aquí con más claridad... gracias a usted —concluyó Melissa.

—Yo también lo espero, un segundo error puede ser imperdonable —sentenció Honora con un tono tan rígido y frío que les heló la piel. Se volvió hacia Noreen una vez más—. Dejemos algo bien establecido —le habló a ella de forma directa—, hasta que usted no esté bien situada en el sinuoso camino del compromiso, sus hermanas deberán... esperar.

La frase flotó en el aire como una sentencia. ¡Vaya tontería! Tracie rodó los ojos, Francie la codeó. Era una estupidez lo dicho, por supuesto, todas coincidían en ello, pero debían de hacerle creer lo opuesto a la mujer.

—Confío en que sabrá estar a la altura, señorita Plageman —finalizó tajante. Ella sería juez y verdugo. Estaban avisadas—. Por el bien de todas.

—Haré lo que corresponda, Lady Kensington. —Noreen inclinó apenas la cabeza—. Sus palabras son mi guía.

Y abracadabra... Honora sonrió por primera vez. No fue una sonrisa amable, fue una sonrisa satisfecha.

Melissa Plageman lo supo, en ese instante, la verdadera temporada acababa de comenzar para sus hijas.

CAPÍTULO 5



Al cabo de una hora, la casa de Lady Honora Kensington estaba en su punto más alto de festejo.

Uno pensaría que, en tales circunstancias, los invitados reirían, se empujarían los unos a los otros y se salpicarían con ponche. Eso solía suceder en las fiestas americanas. Si no te ibas de la fiesta con una mancha en la ropa era señal de que no habías disfrutado. Pero allí, el ritmo festivo era otro, uno bien londinense: cuerpos erguidos dispuestos con precisión a lo largo y ancho del salón, ningún hombro se rozaba con otro. Las conversaciones eran medidas y superficiales, las risas pequeñas como si las hubieran recortado con tijera, y el aire del ambiente confesaba una verdad muy bien disimulada... *nadie está disfrutando esto, pero todos fingimos que sí*.

Las mujeres Plageman desplegaron su fuerza femenina como una unidad táctica de defensa. Mas no de ataque, la premisa mental era: venimos en son de paz.

Melissa se mantenía al frente de su pequeño ejército, con esa sonrisa diplomática que solo usa quien quiere incendiar una casa pero decide no hacerlo. Detrás sus soldados con faldas, alineadas como una trilogía con un destino social asignado por la anfitriona.

Lady Kensington se movía entre sus invitados como si fuese un temido general. Cada vez que alguien hablaba más alto de lo permitido, ella giraba la cabeza, los atravesaba con la mirada, y... ¡zas!... el volumen descendía por pura vergüenza colectiva.

—Bien —murmuró Noreen apenas, mientras caminaban—. Ya tenemos claro quién manda.

—La muerte, la iglesia y Lady Kensington —susurró Francie—, en ese orden.

Tracie apretó el abanico con tanta fuerza que parecía a punto de usarlo como arma.

—No me gusta esta casa —susurró también—. Siento que hasta el aire me juzga.

—El aire te juzga —confirmó Francie—. Y probablemente el empapelado también...

—No te olvides de la alfombra...—sumó Noreen con cierto tono de burla para apaciguar los ánimos.

—Supongo que también me juzgará la vajilla, ¿verdad? —concluyó Tracie.

—Supones bien... —intervino Melissa sin siquiera voltear el rostro hacia sus hijas. Continuó caminando, buscando un refugio para las cuatro—, todas suponen bien. —Era su forma de recordarles que allí, todos tenían media docena de ojos, y con cada uno de ellos serían evaluadas. Las condujo hacia un rincón estratégico: cerca de una mesa con bandejas de bocadillos y lo suficientemente lejos del centro como para hablar sin ser el espectáculo de la noche.

Apenas quedaron fuera del alcance de las orejas ajenas, las hermanas se acercaron dispuestas a conspirar. Era necesario elaborar una estrategia de supervivencia.

—De acuerdo —dijo Tracie en voz baja—. Repasemos la sentencia de la señora espectro.

—No digas «señora espectro» aquí —le advirtió Noreen—. Esta casa tiene paredes con memoria. Después le irán con el chisme a su dueña.

—¿Entonces cómo le digo?

—Lady Kensington —respondieron Noreen y Francie al unísono.

—Está bien... Lady Kensington será —repitió, resignada—. Ahora vayamos a lo importante, ella piensa que... —bajó más la voz— yo soy la hermana «prometedora».

Francie soltó una risita ahogada.

—Eso porque no te conoce —se mofó. Tracie alzó el mentón con orgullo.

—Eso porque te ve como el postre perfecto —Noreen intentó ser clara y objetiva—, que no se puede servir hasta que la sopa no haya sido terminada.

—¡Qué asco esa comparación! —protestó Tracie. No porque la considerara a ella un postre, sino porque su hermana se otorgaba el rol de sopa.

—Es Londres —le recordó, a ella no le importaba considerarse sopa, de hecho, prefería una buena sopa caliente y sabrosa antes que una tajada de pastel con nata. Pero bueno, para gustos, los colores—. Aquí todo es un menú social.

Tracie apretó el abanico de nuevo.

—Entonces... ¿Cuál es el plan?

Francie alzó las cejas con exageración antes de compartir el inicio de un plan que para ella era más que evidente.

—El plan es que tú te conviertas en un objeto.

—¿Qué?

—Mobiliario —aclaró Francie—. Parte del decorado. Como esa lámpara. —Señaló con disimulo una lámpara de pie—. No habla. No opina. No baila. No respira fuerte.

En resumen, el postre no debía de ser revelado todavía porque era momento de la sopa. Así que no había que tentar a los comensales. Listo, entendido, su rol era fingir que ni siquiera existía. Lo aceptaba, pero:

—¡Por lo menos déjenme respirar al estilo americano! —se quejó.

—No, respira estilo *londinense* —dijo Noreen, seria—. Como si el oxígeno fuera caro.

Asintió con desgano.

—¿Y si alguien se me acerca?

—Sonríes —respondió Noreen—. Dices dos frases correctas, y luego vuelves a ser lámpara.

—No aceptes invitaciones de baile —remató Francie—. De hecho... intenta que nadie te invite.

Tracie se encogió de hombros.

—No me quita el sueño no bailar, no es algo que me fascine. Pero... yo... yo no puedo evitar llamar la atención.

—Lo sabemos —dijo Noreen con un suspiro—. Como también sabemos que eres como un inquieto colibrí... no puedes estar quieta.

—Y eso sí es un problema... —agregó Francie como un desafío—. ¿Puedes estar «verdaderamente» quieta?

Tracie apretó los labios, como si le hubieran encomendado una misión imposible.

—Está bien —murmuró poniendo toda su fuerza de voluntad en la respuesta y en la tarea que le fue encomendada—. Seré... mesa auxiliar.

—Muy bien —aprobó Noreen—. Una mesa auxiliar elegante.

Tracie miró la mesa que tenían a su lado, repleta de bocadillos.

—¿Puedo al menos ser una mesa auxiliar con comida?

—Ese es el espíritu —celebró Francie, tomó un petit four y se lo entregó con la alegría de quien encuentra un sentido a la existencia.

Noreen las observó, y la realidad volvió como un ladrillo: sus hermanas podían esconderse, ella no.

—¿Y tú? —preguntó Tracie, volviéndose hacia Noreen con un hilo de culpa. Ella era un postre oculto disfrutando de otros postres, salía ganando. Su hermana, no.

Noreen respiró hondo.

—Yo tengo que hacer lo contrario —dijo—. Marcar presencia con cuidado, lo justo para que esa señora esp... —se detuvo, recordó las paredes— ... para que Lady Kensington me apruebe.

Francie ladeó la cabeza.

—¿Bailarás? —Para Francie, Noreen era la mejor bailarina de las tres. Cualquier hombre que la invitara a bailar se luciría con ella en la pista.

—Esa es la idea —respondió Noreen—. Según la lógica de Lady Kensington... yo debo «situarme». Eso incluye bailes, conversaciones, candidatos.

—Entonces solo tienes que aceptar una invitación —Tracie dijo lo obvio. Como si fuese una tarea muy simple.

Noreen miró hacia el centro del salón. Allí estaban los jóvenes lores con peinados perfectos, posturas estudiadas, y sonrisas de catálogo. Conversando con muchachas de apellido largo y sofisticado. Muchachas que parecían haber sido criadas para eso: para ser elegidas con elegancia.

—Aceptar no es el inconveniente, que me inviten lo es... —sentenció con resignación.

Francie frunció el ceño.

—¿Crees que estos zopencos no te invitarán?

Noreen alzó el mentón con orgullo, pero sus ojos tenían un brillo incómodo.

—Me miran —dijo—, denlo por hecho, siempre nos miran. De ahí a que se acerquen...

—Porque eres americana —murmuró Tracie con fastidio.

—Porque no eres noble —corrigió Francie con más fastidio aún.

—No podemos juzgarlos ni criticarlos... aquí el baile no es un baile —argumentó para que los ánimos furibundos de sus hermanas no aumentaran—, es una negociación... y eso nos lleva al primer obstáculo de la noche. Si queremos obtener las gracias de Lady Kensington debemos mantener nuestra jerarquía, por ende, la mayor... yo, necesito conseguir candidato primero. Pero los candidatos... —Exhaló para brindarse una pausa en su pensamiento y en su nueva estrategia.

Las tres miraron de nuevo a los lores

—Los candidatos quieren lo que les conviene —completó finalmente Francie.

Tracie se metió otro bocado a la boca.

—Entonces lo que necesitas es convertirte en un postre —dijo, masticando con solemnidad.

Noreen la miró.

—Tienes un buen punto... ¿Alguna sugerencia, señorita postre?

Tracie se limpió los dedos con una delicadeza exagerada, como si fuese ella la futura heredera del vizcondado.

—Primero: tú no vas a perseguir a ningún lord. Eso huele a desesperación.

—De acuerdo —asintió Noreen. También Francie.

—Segundo: si ellos te ven, pero no vienen a ti... tú haces que dejen de verte y se acerquen como polillas a la luz.

Francie coincidió con su hermana. Noreen tenía que convertirse en un postre desbordante de miel... así atraería a esos abejorros esnobs.

—Se los he dicho cientos de veces, tienen que dejar de leer esas novelas de folletín. Les daña un poco la mente...

—No, no..., tú tienes que dejar de leer a esos filósofos alemanes. Tracie tiene razón, básicamente tienes que hacer lo mismo que ella, pero con otra actitud...

—¿Y esa actitud cuál sería? No estamos para rodeos innecesarios, hablen —las apuró. Ni ellas dejarían las novelas de folletín, ni ella a los pensadores alemanes. Fin.

—No hables. —Fue la primera sugerencia de Francie.

—No sonrías —continuó Tracie.

—No te esfuerces... —retomó Francie—. Simplemente... —hizo una pausa de suspenso para que Tracie concluyera con la idea.

—Simplemente tienes que existir con peligro.

Noreen soltó una pequeña risa.

—Y cómo sería eso de existir con peligro, no lo estoy entendiendo... es más, suena a amenaza.

—Lo es —confirmó Francie—, tanto para los lores como para las jóvenes ladies. Londres no sabe qué hacer con una mujer que no pide permiso para estar presente.

—Y te recuerdo, que tú, si hay algo que no haces es pedir permiso... —le recordó la menor.

Noreen se quedó pensativa un segundo, miró en derredor, el salón seguía con su coreografía de apariencias. A lo lejos, Melissa conversaba con una dama mayor con cara de haber nacido criticando.

—Sé lo que eres, una americana, pisa fuerte, atraviesa la pista de baile como si fuese tuya... —Esa fue la motivación final de Francie.

Noreen las miró y, por un instante, la tensión se aflojó. Porque, pese a todo, seguían siendo ellas. Plageman. Americanas. Demasiado vivas para una sociedad que prefería lo apagado.

—Haré eso. Me moveré. Saludaré con un gesto cuando una mirada se cruce con la mía... y miraré todo lo demás como si no me importara.

—Perfecto —aprobó Francie.

—¿Y si alguien te invita a bailar? —Tracie la puso a prueba.

—Le digo que no...

Las otras dos asintieron satisfechas. Noreen no era la sopa de nadie. Francie no era el plato principal tampoco. Tracie jamás sería un maldito postre a degustar. No, ellas eran Plageman. Juntas y por separado... ¡Eran el menú completo!

Y entonces, como si el destino tuviera sentido del humor, en ese preciso momento Noreen sintió una mirada atravesándole la espalda.

No una mirada casual, sino conocida. Una mirada que, incluso desde el otro lado del salón, parecía decir: «Oh, por supuesto que estás aquí. Esto se va a poner divertido»

Noreen giró apenas el rostro para hacer contacto con esa mirada que la acosaba: Gail O’Rourke.

Lo de... existir con peligro cobró sentido y naturalidad en ella. Giró sobre sus talones y atravesó el salón obsequiándole su espalda. No tenía deseos de oír el parloteo de Gail, ni de sus planes de conquista de la noche. Porque para eso estaba allí, en busca de su amante de turno.

Sin proponérselo, su piel comenzó a desprender un perfume de sensual provocación. O'Rourke despertaba eso en ella. Era como el juego del gato y el ratón cuando estaban juntos, con la salvedad de que el ratón era un ente imaginario, y ellos eran dos gatos peleándose por ver quien lo atrapaba primero. Como fuese, su sola presencia activó en Noreen la cualidad que ni siquiera sabía que tenía.

—Disculpe, señorita, ¿le apetecería bailar el siguiente vals conmigo?

La invitación la tomó por sorpresa. Lo miró de pies a cabeza con actitud evaluativa y, tal como había establecido con sus hermanas, respondió:

—No, gracias.

Lo dejó con la palabra en la boca y continuó alejándose... ¡Maldito O'Rourke! La alteraba.

Melissa se encontraba, una vez más, conversando con Lady Honora Kensington. Pese a que Noreen no tenía ni deseos ni la paciencia para tolerar otra charla con la señora espectro, la incomodidad de sentirse observada —no por los esnobs londinenses, sino por ese metiche y provocador irlandés—, la llevó directo y sin escalas junto a las mujeres.

Ni bien estuvo junto a estas, se ubicó al lado de su madre con una sonrisa correcta, la espalda recta, y el mentón a la altura justa y requerida por Lady Kensington. Melissa le lanzó una mirada breve, evaluadora: *¿Todo bien?* Sus ojos hablaron por sí solos, notaba la inquietud en su hija, más de la esperada. Noreen respondió con un gesto mínimo que su madre interpretó como un: *Sobrevivo.*

—Ah, justamente hablábamos de usted —dijo Lady Honora, como si Noreen hubiera sido invocada por su mente.

Por supuesto que sí. De qué más podría estar hablando usted con mi madre. Dudo mucho que del clima, pensó.

—¿Ah, sí? —respondió en cambio con dulzura ensayada—. De ser así, me encantaría formar parte de la conversación si lo cree conveniente, milady.

Honora giró apenas el cuerpo y señaló con el abanico a un joven que conversaba cerca del centro del salón.

—No creo que haya tenido el gusto de conocerlo aún...

—No, milady, no he tenido el... gusto —balbuceó Noreen tratando de ocultar la ausencia absoluta de interés hacia el joven espécimen señalado.

Alto, castaño claro, postura impecable, sonrisa fácil, gestos en extremo cuidado. Casi orquestado. El tipo de hombre que parecía haber sido diseñado para agradar. No era difícil entender por qué varias jóvenes lo miraban con descaro apenas disimulado.

—Para su suerte, ya lo tendrá —agregó con aire de triunfo la lady, como si con eso hiciera una declaración de valores—. Lord Hayden Kensington, barón de Sheffield, mi querido sobrino —dijo.

Los altos niveles de orgullo innecesario en el tono impostado de su voz le rasparon la garganta. Carraspeó por primera vez en toda la noche. Noreen lo observó con detalle solo para seguir el juego de la mujer, por lo visto, algo se tramaba. Algún nuevo golpe de desmerecimiento social hacia ella.

—Es muy... solicitado... como puede ver —comentó Honora—. Más de una muchacha ansía conformar parte de su listado matrimonial.

¿Listado matrimonial?, repitió la mente de Noreen y casi deja escapar una carcajada. Fue el rápido pellizco de su madre el que la regresó al momento. Se mordió el labio inferior y respiró profundo. Sus ojos brillaron acordes a lo oído: Oh, sí, la comprendo, su sobrino es un Dios del Olimpo encarnado en el cuerpo de un barón. Oh, no podré dormir por las noches sabedora de que existe un ejemplar masculino como él. Uno que, de seguro, está muy fuera de mi alcance.

—No me sorprende, con una sola mirada basta para reconocer que es un joven prometedor —respondió Melissa con neutralidad. Si su hija hablaba, serían expulsadas de la fiesta.

—No solo él es prometedor, su futuro también lo es —continuó la lady—. Un apellido sólido, relaciones adecuadas, una buena fortuna familiar... —Hizo una pausa calculada, miró de soslayo a la muchacha Plageman—. El tipo de vínculo al que una joven dama de buena cuna debería aspirar... Aunque, claro, no todas las presentes encajan en ese molde.

¡Y ahí estaba! El golpe planeado por la mujer... Noreen lo supo antes de que llegara. Pero no podría culparla, esa era la especialidad de la lady, y ella sola se había colocado en una bandeja de plata cuando decidió sumarse a la charla.

—Supongo que... muchachas como yo —Noreen apretó un poco los dientes, luego continuó siguiendo la línea de pensamiento elitista y arcaica de la anfitriona—, solo podemos permitirnos el disfrute de su presencia... —suspiró

con ganas. No por una añoranza vedada a ese supuesto Adonis, sino porque se le antojó un petit four con nata. ¡Rayos! La mesa con pastelitos estaba al otro lado del salón.

—Debo reconocer, señora Plageman, que ha educado bien a su hija, comprende y acepta su lugar... así se ahorrará desilusiones.

—Mi deseo como madre es asegurar su futuro evitando desilusiones innecesarias, y usted me acaba de confirmar que voy por el camino correcto. Gracias, milady —concluyó Melissa para poner fin a ese tópico de charla. Es más, empujó con delicadeza a Noreen para que esta se marchara. Ella lidiaría con la maldita mujer, podía con sus flechas envenenadas, no era necesario que su hija también pusiera el pecho para recibirlas.

—No me dé las gracias aún, permítame ayudarla —añadió Honora, girando la mirada hacia otro punto del salón. Tanto Melissa como Noreen siguieron la dirección de sus ojos—. Déjenme ser el faro que les ilumine el destino correcto... un destino como... Mmmm...

Su mirada se detuvo en Gail O'Rourke. Conversaba con soltura, copa en mano, rodeado de risas. No parecía esforzarse. No parecía necesitar la aprobación de nadie.

—El señor O'Rourke, por ejemplo —dijo la mujer—. Amigo de mi sobrino, de origen burgués, por supuesto —aclaró con demasiado esmero. Ladeó la cabeza mientras lo observaba—. En el caso del muchacho O´Rourke —prosiguió con su dictamen social—, esa condición lo vuelve más disoluto que la mayoría, no carga con el peso de un legado sobre sus hombros. Los hombres sin título suelen permitirse libertades que la nobleza no puede. —Volvió la mirada hacia Noreen, y esta vez no hubo rodeos ni golpes superficiales. Fue directo al hueso con su flecha envenenada—. Siendo usted americana debe comprender que sus aspiraciones aquí son... limitadas. Un miembro de la nobleza no sería una expectativa razonable.

Noreen le sostuvo la mirada. Tenía ganas de decirle, tiene razón, no sería algo razonable. ¡Ni loca me uniría en matrimonio con alguien como su sobrino! Es más, quizás no lo sepa usted, pero rechacé la propuesta matrimonial del conde Sinclair que pretendía casarme con su hijo Wayne. ¡Por lejos, lo mejorcito de la nobleza! Tan bueno que, gracias a la divina providencia y las buenas amistades, logró casarse con la muchacha que amaba. Pero sí, tiene razón, mis opciones son limitadas.

—Comprendo sus palabras, milady... —dijo en cambio.

—El señor O'Rourke —continuó Lady Honora como si le estuviera ofreciendo el último salvavidas en medio de un naufragio— representa, digamos... el techo de lo posible para usted.

—Por supuesto —intervino Melissa con voz serena. La capacidad para contener su fuego interno alcanza el rango de suprema maestría—, mi hija no está aquí para «aspirar» a nadie ni a nada. No hemos venido a Londres para eso.

Honora sonrió con condescendencia.

—Todos aspiramos a algo, señora Plageman. La diferencia es quien se permite hacerlo.

Noreen inclinó la cabeza con una elegancia impecable.

—Agradezco su franqueza, Lady Kensington.

—Es una de mis virtudes. Prefiero evitar malentendidos.

Para evitar un intento de homicidio por parte de su madre, Noreen se disculpó y se alejó de las mujeres. Solo así podrían retomar una conversación casual, hablar del clima y no del pésimo futuro matrimonial de su hija.

Noreen regresó junto a sus hermanas. Mejor dicho, regresó junto a la mesa de bocadillos para coger ese petit four de nata añorado. Mientras lo degustaba, oyó a Tracie susurrar:

—Hazle una seña... yo no puedo hacerlo, ¿recuerdas? Soy una mesa auxiliar —le hablaba a Francie.

—¿Y cómo quieres que le haga una seña sin ser evidente?

—Agita tu abanico... con eso bastará.

—¿De qué hablan? —Se sumó finalmente Noreen.

—Que estamos aburridas —confesó con desgano Tracie—. Muy aburridas... no se me da bien eso de ser un mueble más.

—Si la intención de Lady Kensington era tensarnos hasta el colapso, lo está logrando—dijo con resignación Francie—. Por suerte la llegada de O'Rourke ha mejorado un poco el ambiente.

Tracie asintió con entusiasmo contenido.

—Sí... —susurró de nuevo—. Por eso te digo, hazle una seña para que venga a hacernos compañía.

—¿Desde cuándo O'Rourke les agrada tanto? —cuestionó Noreen, a ella le costaba encontrar razones para tal sensación. De hecho, la exasperaba bastante, quizás por la primera impresión que habían tenido en casa de la señora Joicey meses atrás. Ahora se había acostumbrado a él porque formaba parte del grupo de amigos de los Audley, sus vecinos en el condado de Kinloss. Solo por eso.

—Nos agrada más que todo el resto, eso ni lo dudes —expresó Francie dispuesta a desplegar su abanico y convocarlo. Se acercaría a ellas sin dudarlo.

—Además es alguien conocido. Y no nos mira como si estuviéramos mal colocadas en una vitrina.

Noreen apretó la mandíbula.

—Yo estoy con ustedes ahora, entreténganse conmigo y no lo incluyan en nuestra conversación.

Francie alzó una ceja.

—¿Por qué no? No es que nos caiga mal. Además, es amigo de nuestros amigos.

—A mí no me cae bien... —replicó Noreen, demasiado rápido. Sus hermanas la evaluaron con detenimiento—. Del todo bien. Bueno, no me cae bien ni mal. Para mí es simplemente un conocido.

Tracie ladeó la cabeza, observando a Gail de reojo.

—Con más razón entonces, más vale malo conocido que bueno por conocer. Podrías bailar con él...

—¡No! —respondió más rápido aún.

—Pero sería perfecto —Francie avaló la idea de su hermana—. No es un lord, así que no rompe jerarquías, y...

—No —repitió Noreen, esta vez más bajo, pero más firme—. No voy a bailar con Gail O'Rourke.

Francie sonrió con malicia.

—¿Por qué no conviene... o porque conviene demasiado?

—No, porque en este momento solo tengo deseos de pastelillos... eso es todo.

Pero estaban en lo cierto... Gail O'Rourke era, por lo menos, un malo conocido. ¡Y conveniente! Muy conveniente en términos Kensington. Si Lady Honora los veía bailar juntos se daría por satisfecha y se consagraría como la mejor arpía celestina de Londres.

Era una buena opción.

No, era la única opción, ¿verdad?

¡Maldición!

CAPÍTULO 6



Un paso hacia atrás, otro paso hacia atrás, hasta que su trasero tuvo contacto con el aire libre del jardín. Los invitados de Honora no tenían los ojos puestos en ella, era Hayden Kensington quien capturaba toda la atención. El hombre, con su seriedad, exponía los detalles pormenorizados de la Ley de los Títulos Reales que elevaban a la reina Victoria al lugar de Emperatriz de la India. ¡El hombre se sabía partes de memoria!, y no temía repetirlas. Incluso llegaba a alzar la vista, buscar en su memoria y regresar con el término exacto que había empleado el parlamento.

Decir que los presentes estaban aburridos era poco. Los ojos de Honora se clavaban en sus presas y ardían ante cualquier atisbo de bostezo. Noreen supo que aquello no era casual, el barón estaba aburriendo a sus invitados adrede, la pregunta era ¿en complicidad con su tía?

No iba a quedarse a averiguarlo. Un paso más hacia atrás y estaba en el jardín. Uno más, y la devoraron las sombras de la noche. Uno más y fue libre de correr hacia el invernadero.

—Ahhhhh —gritó cuando estuvo a solas, al resguardo tras los cristales que protegían a las plantas—. ¡Esto es una tortura! —Se cubrió el rostro con las manos y ahogó el siguiente grito—. Noreen, no puedes casarte con un lord. Noreen, no puedes vestir de ese modo. Noreen, no puedes ahorcar a un británico, eso es de muy mal gusto... —repitió en tono burlón. Antes de que pudiera ahogar el siguiente grito, una voz ronca que conocía muy bien le respondió desde las sombras.

—Discrepo de la última declaración, señorita Plageman, en muchas culturas, ahorcar a un británico es considerado elegante. Pero asegúrese de colocar el meñique de la manera adecuada —dijo Gail O'Rourke.

—Tú... —Lo buscó en las sombras. Entornó los ojos y apenas consiguió adivinar el contornó del hombre—. Claro que eres tú.

—¿Qué implicas con ese «claro que eres tú»?

—¿Quién más podría escabullirse en una reunión? —Noreen soltó un suspiro de censura.

—Tal parece que usted, señorita Plageman.

—¡Sabes a lo que me refiero!

—No; me declaro inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Gail salió de las sombras, tenía un puro sin encender en los labios. La chaqueta reposaba sobre una mesa de trabajo del invernadero, por lo que lucía su chaleco, su corbatín y las mangas de camisa. Ese atuendo resaltaba su figura de espadachín. Sin la mirada de Honora sobre él, se había permitido mayor distensión; no solo su chaqueta fue puesta a un lado, también la rigidez de su peinado. El remolino de su cabello, que formaba un pico en su frente, se rebelaba al aceite de peinar y dos mechones caían por los lados como pequeños cuernitos que advertían a Noreen de estar frente a un demonio.

—Usted e inocencia no suelen compartir oración, señor O'Rourke. —Noreen miró hacia los lados, no quería ser pescada con él. Habían evitado un escándalo una vez, prefería no estar envuelta en otro. Sin embargo, tampoco quería renunciar a su paz momentánea—. Oh, ya lo entiendo... —dijo al caer en cuentas.

—¿Qué entiendes? —Gail dio otro paso al frente, la vista de Noreen se acostumbró a la penumbra.

—Hayden Kensington no estaba complotando con su tía para aburrir a los presentes, ¡estaba complotando contigo!

—¡Vaya! Ahora acusa a dos caballeros de actitudes deshonrosas. Señorita Plageman, tenga cuidado, de ser usted un caballero, terminaría en un duelo.

—¿Y siendo una dama?

—Algo peor... —Gail se acercó más, como si fuera a compartir un escandaloso secreto con ella. Bajó el tono de voz—: Casada por honor.

Noreen dio un brinco alejándose de él. Gail se rio de la exageración.

—Ya veo que coincidimos en algo, señor O'Rourke.

—¿En qué?

—En que un duelo al amanecer sería un destino menos fatal que un matrimonio. ¿Por eso es por lo que solo se involucra con mujeres casadas?, ¿o es por una simple irreverencia a la institución del matrimonio?

—¿De dónde sacas que solo me involucro con mujeres casadas?

—Lo has dicho tú —retomó el tuteo—, nada de debutantes ni solteronas...

—Aún quedan las viudas.

—Y salvo que esta noche pretenda encontrarse con Honora o con mi madre...

Gail soltó una risotada. Noreen lo había pescado y, como el pez por la boca muere, decidió no confirmar ni negar su potencial encuentro. La señorita Plageman caminó por entre las mesas y las flores. No quería regresar aún al salón para soportar otra diatriba sobre comportamiento o una exposición sobre leyes británicas.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó a Gail en cambio.

—¿Cómo hago qué?

—Conseguir cómplices para tus andanzas. Entiendo que nuestro amigo en común, Lord Leopold VIII Audley, se sume. Al fin de cuentas, es un libertino como tú. Pero... ¿Hayden Kensington?

—¿Por qué crees que es mi cómplice?

—Porque está repitiendo de memoria la Ley de Títulos Reales...

Gail no contuvo la carcajada. A Hayden uno podría cuestionarle los métodos, mas nunca los resultados.

—¿Crees ser la única que está harta de la hipocresía, de las normas rígidas y absurdas...? Señorita Plageman, usted lleva en Inglaterra unos meses, nosotros llevamos la vida. —La trató formal para enfatizar su punto.

Noreen se volvió hacia Gail, buscó sus ojos en la penumbra. Se veían negros, al igual que los de ella.

—Y ese es mi problema con todos ustedes: se quejan, se lamentan... ¡Pero no cambian! Tal parece que les gustaran esas normas absurdas, que se sienten superiores por ellas. Disfrutan de imponerlas, de hacer sentir a los demás inferiores por no comprenderlas. ¿No sería más fácil que en lugar de rebelarse puerilmente cambiaran el modo de hacer las cosas?

—¿Abogas por una ley de divorcio nueva? ¡Te llevará a la hoguera! —se burló Gail. Noreen rodó los ojos.

—No se puede hablar en serio contigo.

—Si lo que querías era hablar en serio de leyes, te hubieras quedado con Hayden a debatir por la nueva Emperatriz. —O'Rourke se acercó a ella y la enfrentó—. Tú no quieres hablar en serio, estás harta de hablar en serio. Por eso te has escabullido fortuitamente, por eso corres el riesgo de que te atrapen conmigo...

—Corro el riesgo porque no pienso resignar mis segundos de paz solo porque te me hayas adelantado gracias a un encuentro con una amante, O'Rourke.

Gail miró a ambos lados, como si recién recordara el hecho de que esperaba a una mujer. A una dama que no era Noreen Plageman.

—Tú también te rebelas puerilmente —la desafío Gail—, los americanos no son distintos a los ingleses, solo imponen otras normas y tú, mi estimada señorita Plageman, solo estás acostumbrada a aquellas y no a estas. Si no, dime, ¿cuál es el límite del buen gusto americano?, ¿dónde empieza la ostentación y termina la sobriedad? ¿En un vestido de la temporada pasada, aunque esté confeccionado con las más costosas sedas del mundo y ribetes de oro?, ¿cuántas habitaciones debe tener una mansión americana para dejar de ser práctica y pasar a ser una demostración de dinero?, y hasta hace unos años te hubiera preguntado, ¿cuántos esclavos son de buen gusto?

—Generalizas —se defendió Noreen. Gail sonrió.

—Tú también, Noreen. Y esa es la respuesta a tu pregunta. —Ella lo miró sin recordar cuál era esta—. ¿Por qué Hayden me cubre las espaldas?, porque no todos los ingleses son iguales y cada cual, mi estimada, se rebela como puede.

Noreen aceptó que Gail tenía un punto. Sonrió a modo de rendición:

—¿Lo ves? —le dijo en cambio—. Así se consigue tener la última palabra en una discusión.

—¿Con argumentos? —repreguntó él—. ¡Qué aburrido!

—Pensar es un sano ejercicio, Gail. —Noreen aplastó el miriñaque para sentarse sobre la mesa sin que se le alzaran las faldas.

O'Rourke volvió a olvidar el motivo por el que estaba en el invernadero y la necesidad de discreción. Encendió el cigarro con una cerilla y la luz naranja brilló en la noche. Era arriesgado, jugaba con fuego de manera literal y figurada. En su caso, la pueril rebeldía de la que se lo había acusado era cosa del pasado, en el presente lo que lo motivaba era un profundo aburrimiento.

—¿Y en qué piensas, señorita Plageman? —Le tendió el cigarro. Noreen lo miró con curiosidad—. El tabaco es americano —la incitó.

Ella lo cogió con una mezcla de asco y curiosidad. Nunca había fumado, era un hábito masculino y muy mal visto entre las damas. Tal vez por eso, se lo llevó a los labios.

—¿Y ahora? —preguntó, no sabía fumar. Gail le quitó el cigarro unos segundos, lo colocó en sus propios labios y fue demasiado consciente de que allí se habían posado los de Noreen.

—Primero, con los labios haces una pequeña succión. El humo llenará tu boca, trata de no aspirar a la vez que succionas. Solo cuando el humo ya esté entre tus labios, aspira y exhala por la boca. No lo hagas por la nariz, la sensación puede ser bastante desagradable.

Noreen aceptó el cigarro una vez más. Imitó lo que había hecho Gail y siguió los pasos lo mejor que pudo. Tosió, el gusto amargo del humo no le agradó en lo absoluto.

—No, no es para mí. La rebeldía por rebeldía no funciona, tiene que al menos disfrutarse un poco, ¿verdad?

Gail rio. Apoyó los codos junto a la falda de Noreen.

—Coincido completamente.

—Pero ahora cualquier acto de rebeldía de mi parte puede arrastrar a toda mi familia a la ruina. Incluido Brett. O empezando por Brett.

O'Rourke volvió a reír.

—Señorita Plageman, sin riesgos no es rebeldía. Lo que anhelas es el resultado de la rebeldía, no el proceso...

—¿Qué sería...?

—La libertad, claro. Tú no quieres rebelarte, ni luchar, ni romper las normas. Solo ansías ser libre de ellas.

—¿No es eso lo que queremos todos?

—No, señorita Plageman, algunos disfrutamos del proceso.

Noreen le quitó el cigarro y volvió a probarlo. El resultado fue el mismo: ¡Un espanto!

—Tienes razón. No quiero rebelarme si la osadía tiene este sabor. —Se lo devolvió. Gail soltó una carcajada—. Quiero ser libre ya y para eso, mal me pese, tengo que jugar bajo las reglas.

—Ya ves, tienes más en común con Hayden de lo que pensaba... ¿Qué harás?, ¿aprenderte la declaración de la independencia americana de memoria?

—No, buscaré un prometido.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo cambiaste de parecer sobre el matrimonio?

—No dije un esposo, dije un prometido, señor O'Rourke. Uno que se ajuste a lo que se espera de mí, de modo de que me dejen en paz y mis hermanas puedan también ser libres, en lugar de rebeldes.

—Te ha hecho mal el tabaco. —Gail apagó el cigarro—. Los nativos lo emplean para hablar con sus ancestros, empiezo a pensar que quizá tiene propiedades alucinógenas y...

Noreen descendió de la mesa y lo miró de frente.

—No estoy alucinando. Es una solución brillante. Un prometido me abrirá las puertas de la sociedad, pasaré a ser respetable, no necesitaré asistir como debutante y, lo más importante, mis hermanas podrán hacer lo mismo en lugar de estar presas de mi negativa a casarme.

—Noreen, tu solución no es «brillante», es delirante. ¿Sabes qué sucede con los prometidos?, que luego se convierten en esposos. ¿Quién va a ocupar ese rol sin luego querer casarse?

—Tú.

—Cualquier hombre que le proponga matrimonio lo hará con la int... ¡¿Qué has dicho?!

—Tú serás mi prometido.

Gail se agachó y recogió la colilla del cigarro.

—¿Estaría envenenado?

Noreen le dio una palmada y la colilla voló.

—No está envenenado, Gail. Mi plan es perfecto; según Lady Honora, haríamos una pareja perfecta. Un lord sería escandaloso, un hombre pobre daría qué hablar por la fortuna Plageman. ¡Tú eres perfecto!

—No lo creas, tengo algunos defectos menores...

—¡Perfecto para el rol! Además, sabes que yo no quiero casarme y yo sé que tú tampoco, lo que nos asegurará una sana ruptura una vez que mis hermanas estén presentadas en sociedad y puedan también ser libres...

—Has malinterpretado mis palabras.

—Entonces, no tendré que ser rebelde, romper las reglas para no arrastrar a mi familia a la miseria. ¡Seré libre bajo *sus absurdas* reglas británicas!

—¡A costa de mi libertad!

—Pero sería temporal. Además, me lo debes...

—Yo no te lo debo —rebatió Gail. Se alejó de ella como si hubiera contraído la peste bubónica.

—Sabes que sí, te salvé el pescuezo en el evento de la señora Joicey.

—¡El pescuezo, pero no el tobillo! ¿O te debo recordar que me lancé del balcón?

—¡Y yo te debo recordar que dije que era un gato! Y además mantuve en secreto lo sucedido, jamás se lo conté a nadie. Ni siquiera a mis hermanas, ni a Leopoldine... —Utilizó la carta de la amistad.

—¿Sabes que adopté al gato? —cambió de tema—. Es gata, se llama Suerte.

—Soy alérgica a los gatos.

—Y al sentido común —agregó Gail—. Estás loca, no me casaré contigo.

—Yo tampoco, solo serás mi prometido.

—Es el estadio medio. —Gail le puso el índice en la frente, una invitación a pensar. Noreen se alejó de él, se volvió furiosa y caminó fuera del invernadero.

¡Una vez que hallaba la respuesta a todos sus problemas, su cómplice no cooperaba!

—¿Sabes, O'Rourke? Siempre supe que eras un libertino, pero pensé que tenías códigos de caballero también.

—No juegues a esa... —advirtió él.

—Sabes muy bien que me debes una.

—Dime el monto y te enviaré el cheque.

Noreen volvió el rostro apenas, le sonrió a la sombra de Gail.

—Será doble...

—¿Ah, sí?

—Sí, porque no te cubro las espaldas sobre una amante, sino sobre dos.

Y en la espesura de la noche se recortó la figura de Lady Aalishya Crofton. La mujer vio a Noreen y corrió despavorida de regreso antes de ser pescada en el acto.

—Mierda —gruñó Gail.

—Puede ser mierda o puede ser libertad, señor O'Rourke, usted decide...

Abandonó el invernadero con porte de reina. Claro que no lo extorsionaría para que se prestara a la farsa, la crueldad no era una de sus facetas, pero si Gail aceptaba que estaba en deuda... Bueno, tal vez por fin podría ganar algo de libertad en la rígida sociedad londinense.

CAPÍTULO 7



Era la hora de partir. Los pocos invitados del evento se hallaban en el vestíbulo; aguardaban con calma y conversaciones banales a que los coches se acercaran a la puerta principal, en orden de importancia y título, para recogerlos y regresar a sus respectivas casas londinenses.

Noreen repiqueteó ansiosa. Como americanas no les correspondía marcharse de inmediato, ¿serían las últimas o un irlandés se hallaba en un escalafón inferior? Buscó a O'Rourke con la mirada sin hallarlo. No había regresado del invernadero, tal vez aún aguardaba a su amante o tal vez, como había dejado en claro, él sí rompía las reglas y estaba desafiando a Lady Honora con su ausencia.

Como fuera, Gail había dicho que no a su plan de ser un prometido temporal. ¿Podría hallar a otro dispuesto al juego? Tal vez Lord Leopold VIII se sumara, bien sabía que los Audley amaban los desafíos, pero Leopold era heredero de un condado, en opinión de Lady Honora —y probablemente de toda la sociedad londinense— un candidato muy por encima de sus posibilidades. No era algo que molestara a Noreen, si amase a Leopold no dudaría en enfrentar a la sociedad por él, pero en esa ocasión lo que buscaba era alejarse lo más posible de las habladurías. Un compromiso aburrido, predecible, entre dos burgueses era perfecto. Oteó el entorno, las posibilidades eran pocas.

El único hombre que se les acercaba era Lord Hayden. De hecho, pensó Noreen, ¿no estaba demasiado cerca? Se encontraba un paso detrás de las mujeres Plageman, tan solo un paso. De hecho, si alguien las empujaba al pasar,

caerían en brazos del lord de tan próximo que se hallaba. Ya no recitaba una ley... Ya no hablaba en absoluto. Era tan serio y callado que parecía imposible imaginar una amistad con Gail... o el motivo de su cercanía para con una familia que no dejaba de cuchichear.

—¡Tracie! —la reprendió a su hermana entre dientes. Lanzó los ojos en dirección a Lord Hayden, para advertir a la menor de las Plageman que su conversación estaba siendo oída.

—Oh, milord —se volvió Tracie hacia el barón—, no lo había visto. —Noreen rodó los ojos—. Hasta que mi hermana no lo señaló con gestos disimulados no me había percatado de su presencia.

—Tracie...

—¡Y ahora masculla!

—¡Tracie! —la reprendieron las tres mujeres a coro.

Noreen se sonrojó. Sí, tenía que hacer algo si quería salvar a su familia del escándalo y a Brett del ostracismo social. Sin embargo, Lord Hayden no le lanzó a Tracie una mirada asesina, ni de censura, ni tampoco soltó un comentario mordaz. Simplemente... la miró, como quien mira a un espécimen nuevo y... ¿eso era una sonrisa?

Tracie parecía ajena a su error y a la respuesta que este provocaba. Por el contrario, no dudó un segundo en sumar a Lord Hayden Kensington, barón de Sheffield, a su conversación:

—¿Usted qué piensa, milord?, ¿es el púrpura un color apropiado para una debutante? —El pobre joven pasó de la diversión al espanto, abrió la boca para responder algo, pero Tracie no era de las que necesitaban un interlocutor para seguir hablando—. Yo pienso que sí. ¿No lo cree así? —Hayden consiguió emitir un sonido, aunque no llegó a adivinarse si era de aprobación o negativa—. Los colores son solo colores, ¿verdad? ¿Por qué debería privarme del púrpura? ¡Es mi color preferido! ¿Cuál es su color preferido, milord? —Si Hayden tenía alguna intención de responder, quedó en el olvido—. ¡No me diga!, el azul. ¡No!, el rojo. El rojo de los uniformes, ¿verdad? —Tracie entornó los ojos—. ¡Lo supuse! El verde, definitivamente su color es el verde. Aunque el azul le sentaría mejor, milord, si me permite la amistosa observación...

Noreen admiró el valor del hombre, que no solo no corría despavorido lejos de Tracie, sino que ni siquiera dio un paso atrás.

—Tracie, deja en paz a Lord... —La corrección de Melissa fue interrumpida por un alboroto en la puerta de la casa de Lady Honora.

—¡Ahí está usted! —Una voz masculina tronó con firmeza. Los ojos de los presentes se dirigieron a ese punto. Lo que no había conseguido la charla de Tracie, sí lo logró Lord Fergus Crofton. Lord Hayden pasó al frente y se posicionó delante de ellas.

Francie tiró de la falda del vestido de Noreen e hizo un par de gestos en dirección al barón.

—¿Está siendo amable a su manera? —preguntó en un susurro. Noreen se sorprendió a su vez.

—Tal parece, ¿verdad?

—¡A mí no me deja ver! —se quejó Tracie dando brincos. La única que no emitió juicio fue Melissa, las dos hermanas mayores miraron a su madre y negaron con la cabeza, era evidente que la matriarca Plageman entendía algo que ellas no. De momento, ese misterio podía esperar, porque un escándalo mucho más divertido, ¡y que no las tenía como protagonistas!, estaba teniendo lugar en la entrada de la mansión.

—¿Qué es todo esto, Lord Crofton? —demandó Lady Honora—. ¡Estos no son tonos de hablar en mi casa!

—Que le ofendan más las acciones que las palabras, milady, pues hay otros que no solo ofenden su hogar con improperios, sino con actos viles. —El hombre alzó una nota entre sus dedos. Lady Aalishya intentó detener a su marido, las mejillas ardían por el espectáculo.

—Oh, oh —murmuró Noreen y se posicionó junto a Hayden.

—¿Tú sabes lo que sucede, Noreen? —preguntó Francie.

Hayden volvió la cabeza hacia ella y alzó una ceja, expectante. Él también quería saber.

—Eh... no —mintió.

Francie entornó los ojos, sabía cuando su hermana mentía.

—Esa es una acusación grave, Lord Crofton. —Lady Honora cogió la misiva, no tenía firma, pero el contenido era innegable: una cita en los invernaderos de su propiedad. El rostro de la anfitriona se transmutó.

—Lo es. Y todos sabemos quién es el responsable de tal deshonra.

Los presentes contuvieron el aliento. Noreen buscó con la mirada a O'Rourke, ahora sí lo halló, por primera vez se lo veía tenso, aunque no tanto como debería estarlo un hombre que ha sido descubierto.

—No, milord, no lo sabemos —intervino Lord Hayden. Noreen maldijo, porque las miradas fueron en su dirección y las Plageman, que vaya uno a saber

por qué mal del destino estaban junto al lord, quedaron en el campo visual del escándalo—. Es una nota anónima y solo sugiere un encuentro en el invernadero. Ni siquiera dice a quién está dirigida.

—No lo dice, pero la hallé en las pertenencias de mi esposa.

Un coro de murmullos acompañó su declaración.

—Este hombre no hace más que humillarse —dijo alguien a su derecha.

Noreen buscó el origen del comentario malintencionado, Melissa hizo lo mismo.

—¿El hombre? —rebatió Melissa con su sentido de justicia. Su mentalidad abierta y su tendencia a compadecer a las congéneres no le impedía ver que quien estaba en falla allí era la mujer, Lady Aalishya.

Sin embargo, así era la hipocresía, pensó Noreen y quiso ahorcar a un irlandés en esa ocasión. Había sucedido lo mismo en la familia de Lord Wayne Sinclair, el esposo de su amiga Lady Leopoldine. Fue la condesa madre la humillada por las infidelidades de su esposo, no el marido infiel. Aquí era evidente hacia dónde se inclinaba el platillo: si Lord Crofton no enfrentaba al amante, sería visto como un mequetrefe y su esposa, como una cualquiera. Si, por el contrario, hacía algo estúpido como retarse a duelo, su esposa sería vista como una víctima de un vil seductor y el lord salvaría su hombría.

—¡Qué estupidez! —se le escapó decir en voz alta.

—No puedo estar más de acuerdo —coincidió Hayden. Volvieron a cruzar miradas y comprendieron que estaban en un gran lío; al fin de cuentas, sin pretenderlo, ambos eran cómplices de los amantes.

—Dejaremos esto aquí —dijo Lady Honora—, porque nadie elevará acusaciones sin fundamento. Entenderemos que esta nota sin nombre ha caído en manos equivocadas y...

—¡No es así! —insistió Lord Crofton. ¡Rayos!, ese hombre no cogía la salida de emergencia en un incendio, su nula capacidad de supervivencia social solo podía ser superada por la de Tracie, que directamente apartó a Lord Hayden para ver mejor—. Porque he visto a mi esposa ir al invernadero y, ¿quién abandona luego el invernadero, en las sombras? ¡El señor O'Rourke! —clamó, lanzando su dedo acusador hacia el irlandés.

Noreen ladeó la cabeza, cruzó los brazos a la altura de su pecho y desafió a Gail con la mirada. Disfrutó un poco de la venganza del destino, ¿así que la rebeldía conllevaba riesgos, verdad?, pues allí tiene sus riesgos, señor O'Rourke. ¿No piensas ahora que sea mejor la libertad? Una media sonrisa de satisfacción

cruzó su rostro, los ojos de Gail dejaron de estar fijos en el dedo acusador y viajaron por el vestíbulo hasta encontrarse con los de Noreen.

Y entonces, en el rostro masculino una sonrisa se dibujó.

Dio un paso al frente. Los ojos verdes clavados en su víctima, que no era Lord Crofton ni su infiel esposa. No, el depredador tenía una nueva presa.

Noreen descruzó los brazos, negó con la cabeza y lanzó una mirada que se podía traducir, en todos los idiomas, a un: «No te atrevas».

La sonrisa de él fue más amplia, una respuesta también universal: «No me desafíes».

—¡Me declaro culpable! —dijo O'Rourke y el coro de sorpresa aturdió a los presentes. Hayden, a su lado, volvió a cubrir a Tracie con su cuerpo. Esta se quejó y volvió a dar brincos.

—O'Rourke... —amenazó Hayden. Noreen reconoció que Gail tenía razón, se asemejaba a Hayden pese a que él fuese el epítome del lord inglés. Ambos detestaban el escándalo y preferían pasar desapercibidos, algo que el irlandés parecía detestar.

—¡Lo ven! —clamó el ofendido.

—Me declaro culpable de este horrible error. Milady... —dijo en dirección a Lady Aalishya—, le agradezco su discreción, su afán de proteger este amor que es apenas una flor en sus primeros brotes...

El coro de espanto fue en ascenso. Los únicos que no suspiraban eran Hayden y Noreen, quienes cruzaron miradas aterradas. ¿Qué demonios hacía O'Rourke?

Lady Aalizhya palideció, empezó a balbucear una respuesta que la salvara del escándalo. Su esposo estaba listo para retarse a duelo, más cuando Gail cogió las manos de la lady entre las suyas y las besó con reverencia.

—¡O'Rourke! —Lady Honora no estaba para juegos—. ¡Explíquese ahora mismo o me encargaré, sin criados de por medio, de echarlo a la calle!

—Esta mujer estuvo en el invernadero, milady, pero no para un encuentro fortuito conmigo, sino para ser testigo de mi amor. ¡Pongo a Lady Crofton por testigo de que...! —Hayden y Noreen alzaron las cejas ante el espectáculo, ese hombre podía ser un excéntrico millonario, incluso, como bien sabían, un gran ingeniero naval, pero sin dudas su vocación era el escenario—. ¡Amo a la señorita Plageman!

Y al demonio la obra teatral. Noreen frunció el ceño y volvió a cruzar los brazos. Gail soltó las manos de la condesa y fue al encuentro de *su amada*.

—No sé cómo la nota terminó entre las pertenencias de Lady Aalishya, tal vez la halló en el camino, tal vez, cariño... —dijo en dirección a Noreen—, el destino nos clama que dejemos de callar. ¡Qué gritemos nuestro amor! —Y como si fuese poco, Gail clavó la rodilla en el suelo ante Noreen.

—¿Señorita Plageman? —inquirió Lady Honora.

—¿Noreen? —fue la pregunta de Melissa.

Por un segundo, Noreen imaginó delatando a Gail. Oh, qué maravilla. ¡Al demonio el libertino!, hazte responsable, cariño; ¿no era que disfrutabas del proceso de la rebeldía? ¡Pues esto sucede cuando te involucras con mujeres casadas! También quiso increpar a Lady Aalishya: ¿tiene miedo, milady? ¡Lo hubiese pensado antes de ser infiel a su esposo! Lord Crofton le daba pena, era un hombre corpulento, calvo, algo insulso, pero tenía aspecto bonachón. No merecía la vergüenza, menos cuando él no había hecho nada. ¿Cuál era su error?, ¿casarse con una mujer que no lo amaba? Ese era el error de todos en esa sociedad de matrimonios de conveniencia.

Podían rebelarse, romper las reglas, alzar un escándalo de magnitudes astronómicas y... sufrir las consecuencias.

O jugar con las reglas, coger la salida de emergencia y huir del incendio. Noreen también, ante ella tenía la libertad de cuatro personas, solo tenía que... Dejar pasar su oportunidad de venganza hacia Gail y coger la libertad.

Sus hombros perdieron la tensión cuando dijo al fin:

—Sí. —Gail sonrió, arqueó una ceja y Noreen supo que ceder no era lo mismo que renunciar a su cuota de venganza—. Lo intenté —Le cogió las manos a su *prometido*—. Luché contra mi buen juicio y hasta contra mi modo de ser —citó las palabras de Darcy en Orgullo y Prejuicio—. Me dije, «no puede ser, Noreen, de todos los hombres que has conocido, ¿O'Rourke?», podrán imaginar los presentes el espanto que me asaltó al reconocer los sentimientos que ocupaban mi corazón. Quise resistir, batallar, ¡juro que abracé la eterna soltería como una mejor opción antes que sucumbir al amor por este hombre! —Lo señaló—. Sabe Dios cuánto luché —dijo, como si se rindiera—. Pero esta noche, y Lady Aalishya es testigo, nos hemos encontrado con O'Rourke para tomar una decisión definitiva. ¡Estaba decidida a seguir mi buen juicio!, porque ¿qué mujer podría dar espacio a sentimientos hacia un hombre como O'Rourke...?

—Noreen —masculló Gail, aún de rodillas. La señorita Plageman le sonrió con fingida ternura.

—Pero entonces, nuestra amable anfitriona, Lady Honora, me hizo ver que un matrimonio con O'Rourke, por muy malo que suene, es a lo que una americana como yo puede aspirar. Y me sentí libre de esta pésima decisión. De modo que sí, yo era la destinataria de esa nota, yo fui la mujer escandalosa que se ha reunido con un hombre a solas en el invernadero. Sepan disculpar los modales de esta americana y este salvaje irlandés...

—¿Le propuso matrimonio? —preguntaron Lord Hayden y Lady Honora a coro.

—Sí —respondieron ellos del mismo modo. Hicieron contacto visual, Gail de rodillas, Noreen de pie, y en sus ojos brilló la divertida complicidad.

La anfitriona miró a su sobrino y este, a su vez, le devolvió la mirada. Hayden sabía que era una mentira, Honora lo sospechaba, mas los dos se valdrían de eso para evitar el escándalo.

—Entonces, no hay nada más que hablar. Todo aclarado —dijo Lady Honora—. O'Rourke, por muy salvaje irlandés que sea, espero que mañana mismo anuncie el compromiso en el periódico, como corresponde. Señorita Plageman... —Fue hacia ella y le cogió las manos. Con un ademán de su miriñaque se aseguró de golpear a Gail, que seguía de rodillas, haciéndolo caer de trasero sobre el suelo—, me alegro de que haya considerado mi buen criterio. Será un excelente matrimonio.

Noreen tragó saliva. Honora le palmeó las manos, como si le diera ánimos.

—¡El coche de Lord Crofton está aquí! —anunció Lord Hayden. Ayudó a Gail a ponerse de pie con más fuerza de la necesaria, le palmeó la espalda a modo de felicitación con tanto énfasis que por poco le hace escupir los pulmones y lo acompañó a la puerta—. Por ser esta una ocasión especial, tía, creo que podremos saltarnos algunas normas, ¿verdad? ¡Como adelantar su coche, mi buen amigo!

—Siempre tan correcto, querido sobrino —coincidió Honora. Entre los dos, secundaron al irlandés a la puerta. Gail volvió la mirada, buscó a Noreen, ¡necesitaban hablar! Pero los Kensington tenían otros planes: Evitar el escándalo expulsando el foco de este antes de que volviera a provocar el incendio.

—A mí no me pareció correcto —comentó Tracie—, a mí me pareció inoportuno. ¡Yo quería seguir escuchando la declaración de amor, Noreen!

—¡Chitón! —clamaron las mayores Plageman. Y su reprimenda pareció alcanzar a todos los presentes. El silencio fue total cuando el enamorado dejó el evento.

CAPÍTULO 8



El desayuno en el apartamento de Bloomsbury se convirtió en una especie de coreografía mal ensayada. Como si ninguna de las Plageman recordara como se sostenía una taza o con qué mano se cogía el cuchillo para untar mantequilla. Es más, realmente nadie tenía apetito. Tenían los estómagos repletos de interrogantes... de interrogantes matrimoniales. ¡Joder, menos de tres días en Londres y Noreen ya estaba comprometida!

La mesa estaba servida con té, café, leche, mantequilla, mermelada, pan tostado y una selección de bollos que Melissa había exigido con el único propósito de mantener a sus hijas con la boca ocupada, así se aseguraba de que no dijeran algo inconveniente. Ya bastante inconveniente era la situación... Inconveniente, inesperada, sin mucho sentido. Pero... quién era ella para juzgar el corazón y la decisión de su hija. Debía acompañarla y solo opinar o expresarse en contra cuando hallara razones de peso. De momento, lo único a lo que se oponía era a la mermelada de naranjas que el personal de cocina había seleccionado. ¡Horrible y amarga!

Melissa hizo a un lado la tostada untada y se dispuso a leer la correspondencia recién llegada. Era más beneficioso para ella dedicarse a las misivas, si mantenía la mirada en alto podía ver las expresiones en sus hijas.

Noreen sostenía una taza vacía y, pese a ello, soplaba sobre su borde como si la infusión imaginaria estuviera demasiado caliente. Su mente vagaba tanto en pensamientos que ni cuenta se daba de que se había bebido todo el café.

Francie la miraba de reojo, con esa atención silenciosa que usaba cuando olía a podrido o secretos. Y el silencio forzado de Noreen olía a secreto podrido, allí, en América, y en cualquier parte del mundo. ¡Detestaba que su hermana le ocultara información!

Tracie, en cambio, desbordaba de entusiasmo, mordía un bollo con la satisfacción de quien ha encontrado una historia divertida en medio del tedio londinense. Ya no era necesario recorrer las calles en busca del chisme, el chisme se cocinaba bajo el techo de su casa. ¡Maravilloso!

Una exhalación larga, llena de pesada resignación, escapó de la boca de Melissa al leer una de las notas recibidas.

Francie fue la única que levantó la mirada en dirección a su madre.

—¿De quién es? —preguntó, más por instinto que por curiosidad. Parecía que su madre se enfrentaba a un inminente duelo tras leerla.

Melissa leyó el encabezado mientras sus cejas se curvaban hacia arriba con una lentitud extrema. Una vez que alcanzaron el límite, allí se quedaron, como si pretendieran negar lo leído. Considerarlo una broma. Una noticia al pasar. Pero no... resopló y develó el nombre del emisor de la nota:

—Lady Honora Kensington.

Tracie se atragantó un poco con el bollo.

—¿Por qué siento que ese nombre huele a... advertencia?

—Porque todo lo que venga de esa mujer lo es —confirmó Francie, dirigiendo su mirada inquisidora a Noreen. Lo que fuese, la involucraba—. ¿Qué quiere la señora espectro ahora?

—Francie —advirtió Melissa, con suavidad—, sé más cuidadosa con tus palabras, por favor. —No era un regaño: era un recordatorio de que incluso en ese apartamento las paredes también podían tener oídos.

Francie se corrigió con una sonrisa perfecta.

—Oh, lo siento, mamá... Lady Kensington, entonces.

Melissa siguió leyendo. Sus labios se apretaron apenas, lo justo para que Noreen supiera que a su madre no le gustaba el tono que percibía entre líneas en la carta. Y si a la matriarca Plageman no le gustaba el tono de una mujer británica, era porque ese tono venía con segundas intenciones, unas del tamaño de un carruaje.

—Nos invita... —dijo, y el silencio se estiró más de lo lógico, no era una pausa hecha adrede con tenor dramático, sino de contención de estallido interno — a acompañarla mañana a un paseo diurno al South Kensington Museum.

Habrá «mucha concurrencia de calidad». —Hizo otra pausa exacta antes de pronunciar lo que seguía—. Considera que es una ocasión ideal para... consolidar impresiones.

La taza vacía que Noreen sostenía tembló una fracción de milímetro, y recién allí se dio cuenta que se había bebido todo su café. La rellenó de nuevo.

Francie sonrió. La reacción bien disimulada de su hermana confesaba el olor a secreto podrido. ¡Maldición, ¿desde cuándo entre Plageman existían secretos?!

—¿Impresiones de qué, exactamente? —preguntó, dulcísima.

Melissa bajó la carta con un movimiento lento, tan lento como el de sus cejas, que regresaban a su posición original.

—De su compromiso.

El impacto fue inmediato en todas. No porque fuera una sorpresa nueva, sino porque cada vez que se decía la palabra «compromiso» en voz alta, parecía más real... y más absurdo.

Tracie se llevó una mano al pecho, teatral.

—¡Oh! Pretende hacerlo oficial. Ya no es una frase que soltamos en voz baja como si fuera una blasfemia o una mala broma...

—Ahora es bien real —completó Francie reclinándose en la silla— aunque parezca irreal —carraspeó intentando provocar una reacción en Noreen—. Y como si eso no fuese suficiente, Lady Kensington quiere pasearlos como a dos perritos de exhibición por un museo. ¡Qué romántico! No, viniendo de parte de esa mujer debería decir... ¡Qué caritativo!

—No es caridad —dijo finalmente Noreen apoyando la taza en el plato—. Tú misma lo has dicho, dos perritos de exhibición, eso seremos. Londres adora ese tipo de formato.

—Y tú lo detestas...—Francie ladeó la cabeza—. Por lo menos la Noreen que yo conozco. Las forzadas exhibiciones de índole moral solían... Mmm, te solían causar repudio y rechazo.

—Es verdad... pero eso es tiempo pasado, en este presente, digerí la realidad que nos toca vivir sin la más mínima náusea. Acostúmbrate, porque luego sigues tú...

Francie sintió esas palabras como una bofetada invisible. ¡Y lo era! Noreen tenía razón, la que seguía en la cadena de matrimonios era ella. ¡Maldición!

—¡Vamos, chicas! Tampoco es el fin del mundo...—intervino Tracie—, solo es un paseo con tu prometido. —Le parecía de lo más normal.

—Sabes que después de mí sigues tú, ¿no? —dijo Francie con cierto tono de espanto. No se imaginaba siendo la esposa de nadie.

—Lo sé. —Se encogió de hombros con total naturalidad—. Para cuando eso suceda ya tendré la experiencia de ustedes dos, así que elegiré mejor... sin Lady Kensington de por medio.

—¡Sin nadie de por medio! —exclamó Melissa que hasta el momento había decidido no opinar—. Lady Kensington... mejor dicho, su fiesta, fue solo una circunstancia, no la causa —miró de reojo a Noreen—. Por lo visto, los sentimientos de Noreen hacia Gail O'Rourke estaban muy bien silenciados.

—Como si eso importara, Lady Kensington se cree la celestina de ustedes —concluyó la menor de las Plageman.

—Tracie... —Noreen la miró con una mezcla de advertencia y cansancio. Lo único que le faltaba, tener que dar explicaciones sobre su compromiso repentino falso. Sobre sus sentimientos más falsos aún...

—¡Pero es verdad! —insistió Tracie—. Se piensa que ha hecho un milagro social contigo...

—Tracie tiene un buen punto —agregó Francie—, si hasta puedo imaginarme a la señora espectro haciendo alarde de su logro: Oh, miren, tomé a la americana difícil y la comprometí con el burgués disoluto.

—Debe sentirse una santa —sumó Tracie mordiendo otro bollo tibio.

Francie soltó una risa breve.

—Una santa... con colmillos.

Melissa golpeó la mesa con apenas dos dedos, un gesto mínimo para poner orden y retomar la charla hacia lo importante.

—Lo que Lady Kensington crea de sí misma no es lo relevante. Lo relevante es el efecto: mañana habrá ojos atentos y lenguas dispuestas.

Tracie asintió como quien entiende la importancia... pero igual se divierte.

—Bueno, al menos si nos van a devorar, que sea rodeadas de arte.

Francie volvió a mirar a Noreen y, ahora sí, su tono cambió apenas. Dejó de lado la ironía.

—Yo quiero saber algo —dijo—. ¿Esto... es lo que tú quieres? ¿No era que te caía mal?

Noreen no contestó al instante. No porque no tuviera respuesta, sino porque la respuesta era una cuerda floja.

Tracie la observó con curiosidad genuina, con esa forma de mirar que solo tiene la hermana menor: la que aún cree que el mundo puede ser sencillo. Creía

en el amor... y el amor solía ser como una tempestad, irrumpía sin previo aviso.

Noreen apretó la mandíbula.

—No dije eso. Dije que no me caía ni bien ni mal.

—Ajá... —Tracie sonrió, sí, ahí tenía que haber amor—. Eso suena a "me cae bien" pero con orgullo. Eso suena bien Noreen.

Francie levantó una ceja.

—Quizás...—resopló dispuesta a no provocar más. Levantó las manos, fingiendo rendición—. De ahora en más prometo actuar como una buena londinense... observando y chismeando a tus espaldas.

Melissa ignoró el momentáneo duelo entre hermanas, este no duraría terminado el desayuno.

—Noreen —dijo su madre a modo de punto final—. Necesito que me digas una sola cosa. ¿De verdad quieres estar comprometida con él... así, de repente?

La palabra «de repente» no fue acusatoria, pero sí fue maternal. Noreen se obligó a respirar lento. Estilo londinense, como si el oxígeno fuera caro.

—No es tan de repente —respondió—. Hemos compartido meses en el mismo círculo social. Los Audley. Las reuniones. Las... situaciones.

Tracie sonrió, como si «situaciones» fuera el nombre oficial de las calamidades que ellas provocaban o atravesaban.

Melissa la miró con atención.

—Ah... —dijo al fin, y ese «ah» llevaba dentro una admisión más grande de lo que parecía—. Tienes razón. Quizás... —miró un segundo a Francie y a Tracie, incluyéndolas— quizás no vimos lo que tú viste.

Francie abrió la boca, lista para disparar otra pregunta punzante, pero se detuvo al notar algo en Noreen, una tensión escondida detrás de su férrea compostura. Y Francie era muchas cosas, pero no cruel con su hermana.

—Los sentimientos suelen ser así —continuó Melissa, con una calma extraña—. A veces no los reconocemos... hasta que nos rozan la nariz.

Noreen bajó la vista a su taza. Francie la observó en silencio. Tracie, en cambio, decidió salvar el ambiente con su entusiasmo.

—A mí me gusta Gail —confesó con ganas—. Me gusta como posible cuñado.

Noreen alzó la mirada, casi indignada. ¡Era una farsa! Por suerte...

—¡Todavía no es «cuñado» de nadie!

—Bueno, prometido es como cuñado en borrador —sentenció Tracie, como si fuera una verdad científica.

Francie soltó una carcajada.

—Tracie, por favor, deja de inventar términos sociales. Londres no está listo para tu mente.

Melissa dobló la carta y la guardó en el bolsillo de su falda.

—Entonces —dijo, como quien cierra una reunión diplomática—. Mañana iremos de paseo al museo... con Gail O'Rourke incluído, procura extender la invitación a tu prometido, Noreen.

—¿Quién ...yo?

—¿Hay más prometidas de O´Rourke en esta casa?

Francie se persignó con exageración. Tracie sacudió la cabeza con un gran no.

—No... —dijo Noreen con resignación.

—Entonces coge pluma, papel... y escríbele. —Se incorporó de la silla dispuesta a abandonar el salón comedor. Ella también tendría que coger pluma y papel. Con la salvedad de que no le escribiría a su prometido, sino a la señora espectro que se creía celestina para darle las... gracias.

—Si quieres, podemos ayudarte —dijo Tracie cuando estuvieron a solas—, sabemos que eso del romance no se te da muy bien.

Noreen la fulminó con la mirada.

—No, gracias... yo lo haré. —Se incorporó también—. Supongo que... tengo que acostumbrarme —Y siguió los pasos de su madre.

—Supones bien... —dijo Francie con la voz suficientemente alta para que la oyera.

Y Noreen la oyó, fuerte y claro. Por primera vez, sintió que el compromiso —farsa o no— ya empezaba a hacer el efecto que debía tener en Londres: volverse público. Dar que hablar. En otras palabras, volverse real y peligroso.

CAPÍTULO 9



El carruaje de las Plageman se detuvo frente a la entrada del museo. Melissa descendió primero, con ese porte que había perfeccionado en Inglaterra: ni exuberante, ni contenida. El punto intermedio entre ser quien era y el arte de las apariencias.

Noreen bajó detrás de ella... y lo vio. Aunque esperaba no verlo, al fin de cuentas, se había salvado el pescuezo en lo de Lady Honora, lo de ellos fue un compromiso falso al paso. Un compromiso de una noche. Bien al estilo O'Rourke.

Sin embargo, allí estaba. Aguardaba a un costado de la escalinata, vestido elegante, con una postura más relajada que ella. No parecía un hombre que hubiese sido arrastrado a una farsa social. Parecía alguien que había decidido interpretarla con mucha predisposición.

—Señora Plageman —saludó con una leve inclinación—. Es un placer verla esta mañana.

—Señor O'Rourke —respondió ella evaluándolo con rapidez. Impecable, sonriente, y bien predispuesto. Quizás sí estaban equivocadas al dudar sobre el repentino vínculo, quizás sí existía un sentimiento genuino entre ambos—. Gracias por acompañarnos.

—No habría faltado por nada del mundo —dijo él y miró a Noreen. Le ofreció su brazo para ingresar juntos. Como si hubiese estado esperando por ella toda su vida.

Noreen dudó apenas un segundo, el suficiente para que Melissa no lo notara, y enredó su brazo al de él.

—Tu puntualidad me ha tomado por sorpresa —le murmuró cuando se acercaron lo suficiente—. No, espera, creo que lo correcto sería decir que... me has sorprendido, no contaba con tu presencia.

—Recibí tu nota.

—Lo sé —Arqueó una ceja—, pero creí que la ignorarías.

—No, imposible ignorarla. De hecho, la releí tres veces —confesó en voz baja—. Por puro deleite... y por puro terror. No sé con quien tener más cuidado, si con Lord Crofton o contigo.

Se miraron, la respuesta fue evidente para los dos: *Conmigo... contigo.*

—Entonces funcionó.

—Funcionó demasiado bien.

Noreen no pudo evitar sonreír. Quién iba a imaginar que ser una falsa prometida sería tan fácil.

—¿Le pareció exagerada, señor O´Rourke?

—Señorita Plageman... —susurró siguiendo el juego del trato formal. Algo que ya no tenía sentido entre ellos, funcionaba solo para la puesta en escena—. Cuando una mujer escribe «*Te recuerdo que mi reputación, tu pellejo y la tranquilidad futura de tres hermanas dependen de tu presencia impecable y sonriente. Si decides ausentarte, lo consideraré un acto hostil y actuaré en consecuencia*», uno no se permite llegar tarde.

—Fui amable.

—Fuiste letalmente amable —corrigió él—. Y omitiste mencionar que Lady Kensington estaría presente... aunque supongo que eso entraba en la categoría de amenaza tácita. —Noreen lo miró de soslayo. Él le obsequió una sonrisa ladeada—. Además... no olvidemos el detalle menor, mi pellejo sigue en juego.

—Me alegra ver que empiezas a valorar la estabilidad.

—Me alegra ver que empiezas a chantajearme con elegancia y con la dulzura propia de una prometida.

Antes de que la conversación pudiera escalar, sus cuerpos chocaron con Melissa que había hecho una pausa en su marcha justo antes de ingresar al lugar. Se volvió hacia ellos, quería decirles: si se arrepienten de esto, es ahora o nunca. Huimos o entramos. Luego recordó la verdadera razón que las había llevado hasta allí ... y ese allí no era el Museo, sino las tierras británicas. Entonces, solo se limitó a decir:

—¿Entramos?

—Por supuesto —dijo él y le extendió su otro brazo a ella. Melissa aceptó. Con prometida a un lado, y con futura suegra en el otro, avanzó hacia el interior del Museo.

Lady Honora Kensington aguardaba en el vestíbulo, rodeada de dos damas que parecían haber sido diseñadas solo para asentir con admiración todo aquello que la mujer decía.

—Aquí están... *mis jóvenes comprometidos* —exclamó al verlos.

—Lady Kensington —saludó Gail con una reverencia casi perfecta—. Gracias por la invitación.

—No, por favor, el agradecimiento es mío —respondió en un tono alto y firme. Era imprescindible que todos los que se encontraran en derredor oyeran —. No todos los días se tiene el placer de corregir un destino social con tanto acierto. —Las damas a su alrededor sonrieron con aprobación—. Una americana y un irlandés... la combinación perfecta, un tanto ajenos a nuestras normas... pero dispuestos a ser útiles en la sociedad respetando uno de nuestros valores más importantes, la familia.

—Un honor para nosotros ser tan funcionales y reproductivos a futuro —respondió Gail con amabilidad exagerada—. La señorita Plageman, mi futura esposa, ya ha compartido conmigo sus deseos de ser madre y contribuir con nuestros retoños a esta maravillosa sociedad... —Noreen casi lo pisa para callarlo, pero él no desistió—, la sangre de nuestros hijos no gritará ¡Londres!, pero sí lo harán sus modales y educación.

Melissa tosió y tiró con disimulo de su brazo para acercarlo más hacia ella.

—De un paso a la vez, señor O'Rourke —le susurró, volvió a carraspear—, primero una fecha de boda, luego se habla de las cuestiones reproductivas en privado. —Tosió por última vez y desplegó su abanico.

—Veo que algo le ha irritado la garganta, señora Plageman, permítame ir por un refrigerio para usted.

—Sí, sí, ve, muchacho... —Y casi lo empujó.

Noreen agradeció la intervención de su madre, la conversación entre él y Lady Kensington se estaba yendo de rumbo. Del rumbo de la actuada exageración...

—Querida —continuó Honora fingiendo más confianza, sostuvo entre sus manos las de Noreen—, Londres necesita verlos juntos, ser testigos de los vínculos que se conforman bajo nuestro cielo. Y nada mejor que el arte para ennoblecer una unión.

—El arte siempre suaviza las verdades incómodas —dijo Noreen con una sonrisa perfecta.

Melissa volvió a toser. Miró de soslayo a su hija y la fulminó con la mirada. No sabía qué era peor, si ella o Gail. Sin duda, Noreen. Su boca no podía controlar su temperamento americano.

—¿Dónde se ha metido ese muchacho? —susurró para sí, era preferible que él fuera el vocero de la relación.

—Aquí tiene, señora Plageman —Gail regresó con un vaso con limonada en mano. ¡Vaya inmediatez! Todas las damas se mostraron satisfechas—. Beba, no haga esperar a esa garganta.

—Sí, beba, señora Plageman, así comenzamos el recorrido —sentenció Honora, pasando por alto la respuesta irónica de Noreen.

Tanto el exterior como el interior del museo estaban pensados para impresionar, para educar el ojo y, de paso, recordarle a cualquiera cuál era su lugar en el mundo. Un templo de esnobismo extremo cubierto con un gran manto de solemnidad cultural.

Lady Kensington ingresó con paso firme como si ella fuese la guía turística de ese pequeño e inculto grupo. Su abanico marcaba el ritmo del recorrido, lo movía de un lado al otro, indicando el lugar en el que los ojos debían de posarse. Las dos damas que tenía de escoltas asentían ante cada comentario suyo, aunque era evidente que ninguna estaba prestando verdadera atención a lo que decía. No habían asistido para ver arte, habían ido porque era lo que se tenía que hacer.

—El museo es un excelente espacio para observar —dijo, sin mirar a nadie en particular—. Aquí todo habla sin necesidad de explicarse demasiado, ¿no lo creen así?

Noreen asintió, pese a que en su mente se repetía una y otra vez: *igual que la mayoría de los aquí presentes.*

Gail inclinó apenas la cabeza en dirección a una escultura clásica, pero sus labios se curvaron lo suficiente para que Noreen lo notara.

—Y también para fingir interés con gran convicción —murmuró apenas—. Una habilidad muy útil para los prometidos ejemplares.

—Shhh, cierra tu boca —susurró Noreen sin girar el rostro—. Nos están observando, dos pasos más y nos convertiremos en piezas del museo. Tendremos todos los ojos sobre nosotros.

—Con más razón entonces, debemos parecer... conmovidos ante este momento tan importante, nuestra primera salida como prometidos. —Parpadeó con exageración fingiendo emotividad. Noreen debió apretar los labios para no sonreír por los gestos bobos de Gail.

El grupo de mujeres, incluida Honora y Melissa, se volvió hacia ellos justo en ese instante. Los dos quedaron congelados por unos segundos al sentir todos esos ojos en ellos. Luego se miraron y sonrieron. Ella, con coquetería. Él, con galantería.

—Así es como debe verse una pareja comprometida...—opinó Lady Honora, al parecer, era su deber moral opinar de cada gesto que estos hacían—. Puro entendimiento, sin necesidad de intercambiar palabras.

—Por supuesto, milady —respondió Gail con voz cálida—. Las palabras se intercambian en el lugar y momento adecuado. —Miró de reojo a Melissa, esta le brindó un gesto de aprobación—. Por fuera de ello, una mirada hacia mi amada me basta para comprenderla. Por eso ha conquistado mi corazón, la señorita Plageman y yo compartimos una visión...—¡Demonios! No se le ocurría qué decir. No compartían absolutamente nada, solo un grupo de amigos y la necesidad de mantenerse vivos por el resto de la temporada. Ella apretó apenas los dedos alrededor de su brazo. No intercambiaban palabras, pero sí gestos, apretones y pellizcos.

—Una visión complementaria del mundo —completó Noreen.

—Muy complementaria —repitió Gail con lentitud.

—No me voy a cansar de repetirlo... una americana y un irlandés, sin duda, una combinación muy acertada —insistió la mujer, como si lo quisiera convertir en una proclamación que sentara las bases para las futuras relaciones. Ingleses con ingleses... los demás con los demás—. Independientes, modernos, sin pretensiones nobiliarias, como corresponde. Londres siempre aprecia lo que no amenaza el orden.

—No se preocupe, milady, todos los foráneos somos discretos —añadió Gail con solemnidad—, no pretendemos alterar ningún orden, solo formar parte de él.

Noreen casi se quiebra en carcajadas. ¿Gail O´Rourke discreto? ¡Por favor! No, esperen, eso era lo de menos. ¿Gail O´Rourke un hombre dispuesto a seguir el orden establecido? ¡JA!

Se limitaron a avanzar junto al grupo, deteniéndose frente a vitrinas que exhibían piezas antiguas, mapas, instrumentos científicos. El museo era un escenario perfecto para lo que estaban haciendo: una representación sin aplausos.

—¿Estás disfrutando esto, verdad? —susurró Noreen cuando Lady Honora se adelantó unos pasos.

—Depende de lo que tú consideres disfrute —respondió él—. Si hablas de fingir ser un hombre respetable, no demasiado, no es algo que se me dé tan bien, tengo que esforzarme. —Noreen disimuló una sonrisa, si él no lo disfrutaba, ella sí. Verlo poner todo de sí para aparentar algo que no era la divertía mucho—. Pero si consideramos el hecho de tomar tu brazo frente a todo Londres, la respuesta cambia... lo disfruto bastante, más de lo que admitiría.

Ella lo miró de reojo.

—No confundas el papel, O'Rourke.

—No lo hago. Como tú misma lo has dicho, lo disfruto. —Él también le obsequió una mirada de soslayo—. Y lo disfruto porque sé que lo detestas.

—Vaya, en verdad tenemos una visión complementaria del mundo, señor O'Rourke. Usted disfruta lo que yo detesto...

—Y yo detesto lo que usted disfruta, señorita Plageman —concluyó él. Ambos asintieron con una sonrisa cómplice y muy bien disimulada.

Se detuvieron frente a una pintura de gran tamaño. Y allí se quedaron, sonriendo, sabedores de que podrían llevar a cabo esa farsa sin problemas. Eran un buen equipo, ¿verdad?

—Espero que comprendan —dijo Lady Honora cuando estuvo de nuevo junto a ellos— que este tipo de apariciones públicas tienen una razón de ser. La clave de un buen vínculo matrimonial es la aceptación social, ser excluidos, tarde o temprano, aplaca cualquier tipo de sentimiento. En especial el amor, si es que este existe. —Esto último salió de sus labios con una buena dosis de hastío. Como si odiara al sentimiento—. En el caso de ustedes, la sociedad necesita tiempo para dar su aprobación...

En resumen, al demonio el amor, si una pareja se amaba, pero no eran socialmente aceptados, eran condenados al exilio social. Y ese exilio social tenía

un propósito, dinamitar el sentimiento genuino con el desprecio. ¡Wow... hermoso!

—Somos pacientes —respondió Noreen—, esperaremos el tiempo que sea necesario.

—Somos pacientes y comprometidos —añadió Gail, inclinándose apenas hacia ella—. En todos los sentidos que se esperan de nosotros.

Lady Honora asintió, satisfecha.

—Excelente. Entonces, sigamos. Aún queda mucho por ver...

Mientras retomaban la marcha, Noreen exhaló despacio.

—Esto es agotador.

—Y recién comienza —respondió él—. Pero admítelo... lo hacemos bastante bien.

Ella lo miró, sonrió, esta vez sin disimulo.

—Demasiado bien —dijo—. Y eso me preocupa.

—¿Por qué? ¿Temes terminar creyendo la historia y enamorarte de mí?

—No... —Y fue un «no» cargado de certeza y sinceridad. Gail no pudo evitar reír —. Me preocupa darme cuenta de que nuestra habilidad para el engaño sea tan buena.

Él frunció el ceño, evaluó lo dicho, coincidió con ella... Se encogieron de hombros en perfecta sincronía y continuaron fingiendo.

Fingiendo muy bien. ¡Pura maestría!

CAPÍTULO 10



—¡Ha llegado una invitación! —Tracie correteó por el apartamento con la carta sellada en la mano—. ¿Ya somos aceptadas?, ¿ya puedo ir a un baile?, ¿ya puedo vestir de morado?, ¿ya somos ladies?

Francie le arrebató la misiva en cuanto pasó a su lado. El sello era de los Crofton y, en el reverso, se leía familia Plageman.

—Para ser una lady te debes casar con un lord.

—Lo cual es muy absurdo —se quejó Tracie—. Lady significa dama y una es dama se case o no se case, ¿verdad? ¿o qué soy ahora?

—Una renacuaja —dijo su madre. Tracie croó con gracia.

Francie abrió la carta con cuidado de no romper el sello; aunque se suponía que debía hacerse, a ella le gustaba pasar el abrecartas por debajo y despegar la cera con cuidado.

—¿Pretendes volver a cerrarla? —preguntó Noreen, quien se acercó a la sala alertada por el tumulto.

—Nunca se sabe, puede que desees fingir que no la has recibido para no tener que dar una negativa.

—En ocasiones puedes ser muy retorcida, hermanita.

Francie sonrió.

—Pero en esta puedo ser tu aliada. —Leyó las palabras de la condesa—. La invitación es solo para madre y para ti.

—¿Otra vez? ¡No es justo! —se quejó Tracie.

—No, no lo es —coincidió Noreen y abrió los brazos para recibir a su hermana entre ellos—. Pero pronto todo estará solucionado. Ya estoy prometida, con eso bastará para que la sociedad las considere a ustedes listas para presentarse.

—Esa no es la finalidad de una proposición matrimonial, Noreen —insistió Melissa. Cogió la misiva y comprobó por sí misma la invitación. Negó con la cabeza—. ¿Sabes algo de esto? —le preguntó a la mayor.

—¿Cómo podría? Ni siquiera la he abierto yo. —Contuvo el sonrojo delator. Francie la miró de soslayo e intentaron no mantener una conversación muda delante de su madre.

Melissa tenía un gran olfato para descubrir cuando sus hijas tramaban algo, y la extraña propuesta de matrimonio seguida por la más extraña aceptación de Noreen emanaba un tufillo a complot.

—Supongo que Lady Aalishya desea despejar cualquier duda sobre su reputación —aceptó Melissa—. Y qué mejor forma de hacerlo que celebrando ella misma la primera presentación en sociedad de la pareja.

—Exacto. Debe ser eso —coincidió Francie. Noreen estuvo de acuerdo, aunque no con la idea de que tal plan se le hubiera ocurrido a la lady por su cuenta.

—Algo me dice que la verdadera artífice es Lady Honora.

Melissa sonrió, su hija era lista; en América también pertenecían a la alta sociedad y esta tenía sus propios códigos. Noreen empezaba a leer las semejanzas entre ambas dinámicas y aprendía a navegar esas truculentas aguas.

Le preocupaba que de tanto navegar se perdiera en el mar embravecido.

—Como sea, es una buena oportunidad —dijo Melissa—, mal nos pese, si bien el compromiso con O'Rourke tiene el beneplácito social en lo económico, no es así en lo que respecta a las buenas costumbres. Es necesario demostrar que nada escandaloso los une. Porque... nada escandaloso los une, ¿verdad? —Los ojos de la matriarca se clavaron en su hija como dos cuchillos lanzados al blanco.

—Mnoo...

—¿Lo dices porque O'Rourke es un libertino? —intervino Tracie—. ¿Porque tiene amantes y apuesta fuerte y bebe en tabernas?

—¡Tracie! —la reprendieron las tres mujeres—. ¿De dónde sabes esas cosas?

—Todo el mundo lo sabe. Igual que Lord Leopold, son cómplices de andanzas.

—Pues no se repiten esas cosas —la reprendió Melissa.

—Y menos de tu futuro cuñado —agregó Francie. Noreen la pisó adrede, hasta que la hermana del medio chilló.

—No te preocupes, Noreen —dijo Tracie con un gesto serio, de sabiduría ancestral—, es por todos conocido que, cuando un libertino elige a la indicada, se redime por completo.

—¿Es por todos conocido? —repreguntaron las tres.

—Ya veo a dónde fueron a parar mis novelas de folletín —se quejó Francie. Se puso de pie y correteó a su hermana—. ¡Tracie Plageman, devuélveme mis novelas!

—No...

La menor de las Plageman salió disparada hasta su habitación para ponerlas al resguardo. El griterío en la planta alta divirtió a las mayores, que, una vez a solas, magnificaron lo que esa invitación significaba.

No que fueran al fin aceptadas.

Ni siquiera que Lady Aalishya quisiera limpiar su nombre.

Tampoco que Lady Honora era, de momento, su aliada inesperada en Londres...

No, lo que implicaba era que...

—¡Necesitamos vestidos acordes!

La oferta de Lady Honora de recogerlas en su carruaje fue la comprobación de que la teoría de las mujeres Plageman era correcta: esa invitación tenía como fin acallar las habladurías.

—Tal vez solo esté haciendo alarde de su don casamentero —conjeturó Noreen, poco convencida.

—Lo más probable es que le importe el conde —rebatió Melissa.

Aguardaban en el vestíbulo a que el cochero pasara a por ellas. Francie y Tracie observaban la escena desde el descansillo. Tracie exageraba el malestar, lo cierto era que no se trataba de asistir a bailes, sino de que era presa de un enorme aburrimiento. En América contaba con mayor libertad y, para soportar el desarraigo, había empleado la útil técnica de romantizar. Romantizó Londres, sus bailes, los lores, el Hyde Park... y día a día la fantasía se desmoronaba. Ni los lores eran tan apuestos y el Hyde Park no podía disfrutarse si le impedían corretear.

Francie, en cambio, era más pragmática. Sabía que los bailes llegarían tarde o temprano y que, cuando lo hicieran, no podría escapar de ellos, aunque le dolieran los pies. De modo que no estaba interesada en adelantar ese momento. Se valdría de la única ventaja que tenía ser la hija del medio: no ser la primera en experimentar algo.

Noreen sería la que le brindara un panorama para que, cuando le tocara a ella, estuviera preparada. Solo un aspecto le aterraba del asunto, uno que su hermana jamás podría adelantarle: ¿cómo sería besar a un caballero? Noreen no tenía un prometido real, no besaría a O'Rourke, no sería capaz de contarle si era cierto que las damas sufrían vahídos cuando un caballero las besaba, como decían sus novelas de folletín. Ella creía que no era posible, que algo le ocultaban, porque si no, ¿por qué las mujeres tenían amantes? No le convencía la idea de que las damas estuvieran dispuestas a arruinar su reputación, su matrimonio e incluso sus fortunas por... ¿desmayarse?

Algo escondían los besos prohibidos, algo que Noreen no quería descubrir y no podría develarle a su hermana. Así que, hasta que no le tocara a ella, sería una espectadora, una estudiosa pasiva de las relaciones sociales.

—Señora, señorita... —anunció el mayordomo—, Lady Honora está aquí.

—En marcha.

Noreen se ajustó los guantes, Melissa aprisionó entre sus dedos el bolso de mano y, a la par, abandonaron la casa camino al baile de Lady Aalishya.

Lady Honora las estudió con el ceño fruncido. Pareció aprobar lo que veía, pese a que de su boca salió una crítica:

—Deberías usar colores más claros —le dijo a Noreen—, aún eres una debutante.

—Tengo veintitrés años y...

—Y aún no estás casada. Eso te hace una debutante. —La mujer frunció los labios a su vez, toda su cara era un gran frunce—. Aunque el rosado profundo te sienta bien.

Las mujeres Plageman cruzaron miradas, sorprendidas por el halago.

—Gracias, milady.

—Además, acallará a las malas lenguas.

—¿Las malas lenguas? —indagó Melissa.

—Oh, sí. Esas que dicen que O'Rourke miente sobre el compromiso, que pretendía encontrarse con la condesa en *mi* invernadero. —Remarcó el «mi» con

énfasis, se sentía insultada de que hubieran usado su casa para un encuentro fortuito.

—Vaya, no sabía que aún había sospechas —mintió la señora Plageman. Lady Honora ladeó la cabeza, incrédula ante la actuación de ingenuidad de la americana.

—Como sea, en cuanto la vean a su hija, señora Plageman, entenderán la fascinación de O'Rourke y todo quedará resuelto.

—¿Volvió a halagarme? —murmuró Noreen. Melissa le sonrió, tal vez fuera inesperado de una mujer de opiniones tan fuertes como Lady Honora, pero lo cierto era que la señora Plageman coincidía. Su hija estaba despampanante esa noche, los hombres envidiarían a O'Rourke por ella.

Como asistían en el carruaje de Lady Honora, no debieron esperar demasiado a ser recibidas. La casa de Lord Crofton se alzaba en la zona más lujosa de Londres, con sus beneficios en relaciones y aspecto, y su contraparte en el tránsito. Las callejuelas empedradas formaban filas interminables de coches que buscaban alcanzar la puerta indicada.

—Buenas noches, milady, señora, señorita... —El conde las recibió en la puerta, a su lado, Lady Aalishya las escrutó con mal disimulado desprecio. Repitió el saludo de su marido y aguardó a que las americanas se inclinaran ante ella.

—Sean bienvenidas —dijo cuando las Plageman regresaron a la posición vertical—. Su prometido aún no ha venido, esperemos que no falle. Al fin de cuentas, un libertino siempre será un libertino.

Noreen a punto estuvo de rodar los ojos, Melissa la pellizcó con disimulo para contener el gesto. Lady Honora se valió de su posición y edad para poner a la mujer en su lugar.

—Tal vez solo se demora por esa fila interminable de coches, milady. Debería celebrar sus eventos en la casa de campo, es mucho más apropiada.

Aalishya abrió la boca para protestar, pero el conde se le adelantó.

—Oh, tiene razón, milady. Por desgracia, Dios está en todos lados, pero solo escucha las súplicas en Londres. Mis negocios me han traído hasta aquí, y no podía pensar en separarme de mi esposa ni un segundo más.

Noreen evaluó al hombre, quiso adivinar si lo decía porque también sospechaba de su esposa o porque de verdad lamentaba separarse de ella. Comprendió que se trataba de la segunda opción. Lord Crofton estaba

enamorado de la condesa, el desplante en la casa de Lady Honora había nacido de los celos y la desesperación, no del orgullo.

—Hace bien —coincidió Honora y fulminó con la mirada a Lady Aalishya—, cuando uno contrae matrimonio, lo hace sabiendo que es para toda la vida.

—Como la sífilis —susurró Noreen, incapaz de contener el comentario. No le parecía casual que se usara el mismo verbo para el matrimonio que para las enfermedades: *contraer*.

—¿Cómo dijo?

—Que me parece muy romántico —mintió. Sintió que la mirada de Aalishya le quemaba.

—Eso, querida —dijo una voz ronca, con acento irlandés, a sus espaldas. Allí estaba O'Rourke—, es porque cuando uno sabe con quién quiere pasar el resto de su vida, ansía que la eternidad empiece hoy. Damas... caballero... —Hizo una profunda reverencia.

—O'Rourke, deje de hacer monadas y deme el brazo —demandó Honora—, que, si los presentes me ven entrando apoyada en un bastón, pensarán que estoy vieja.

—¡A sus treinta! ¡Qué desfachatez! —Le dio el brazo, el otro a Melissa y a Noreen le correspondió ir detrás. Él se volvió un instante, le guiñó un ojo, y regresó a su papel de dandi.

El conde sonreía ante el intercambio, una sonrisa sincera que sembró buen humor en todos los presentes salvo una. Lady Aalishya no estaba para nada contenta y ansiaba la hora de tener una charla con su casi-amante.

El evento era a todo lo alto, Noreen esperaba que fuera la puerta definitiva para entrar en la sociedad londinense. Quizá, si cambiaba de perspectiva a la hora de ver la nueva situación de las Plageman, podría empezar a disfrutarla.

—¿Y ahora, mi estimada prometida, qué debo hacer? —susurró O'Rourke en su nuca. La piel de Noreen se estremeció, no de pasión, se dijo, sino de molestia.

—Nada.

—¿Nada?

—¿Qué hacen los prometidos? —preguntó con tono retórico.

—Nada... —coincidió O'Rourke.

—¿Lo ves? Es el plan perfecto. Tú haces nada por allí, yo hago nada por aquí, luego bailamos...

—Eso dejaría de ser nada.

—Y luego vuelves a hacer tu nada en algún salón de caballeros de mala muerte.

—¡No te lo permito! —rebatió Gail con una media sonrisa—. Los salones de caballeros que yo visito no son de mala muerte.

—¿No?

—Son de buena vida. —Arqueó una ceja de modo sugerente. Noreen se mordió el labio, no en respuesta sensual, sino para no reír del desparpajo de su *prometido*—. Si no, pregúntale a tu hermana.

—¿Francie o Tracie? —indagó Melissa, y los falsos enamorados palidecieron.

—Tracie —mintió Noreen, pasando del rojo al blanco—, le he contado a Gail lo que mi hermana menor piensa luego de leer las novelas de folletín.

Los dos soltaron el aire aliviados cuando Melissa pareció satisfecha por la respuesta. La matriarca Plageman dejaba de tener sospechas sobre el compromiso, para empezar a tener nuevas sospechas sobre la duración de este. Reconocía algo que los involucrados parecían no hacer: pasaban demasiado tiempo juntos, cuchicheando por lo bajo, cruzando miradas cómplices, conteniendo sonrisas...

Para ellos, eso los hacía aliados con un fin común.

Para la sociedad, lucían como dos enamorados que no veían la hora de estar a solas.

¡Claro que la sociedad se equivocaba! Como también Melissa al darse por satisfecha con la respuesta de esos dos, de indagar un poco más, hubiera averiguado que su hija del medio, Francie, había asistido a un salón de caballeros vestida de hombre, aliada de Lady Leopoldine.

Las damas también podían ser un poco libertinas. Aunque no fuera el caso de la más seria de las Plageman, Noreen.

Noreen no quería romper las reglas, le bastaba con que las reglas no la rompieran a ella con su rectitud. Por lo demás, ansiaba una vida tranquila en la que las posibilidades no se limitaran a ser esposa, luego madre, luego abuela, viuda y morir. Tal vez había más, tal vez si la dejaban de aplastar con las normas podía averiguarlo, quizá una mujer también podía estudiar botánica y no solo cortar flores para decorar jarrones.

Suspiró.

—Pensar tanto no es lo mismo que hacer nada. —Gail interrumpió el camino de sus cavilaciones.

—Si estás tan aburrido, puedes probar.

—¿Estar a solas con mis pensamientos? ¡Rayos, no!, no le deseo ni a Satán entrar aquí. —Se tocó la sien y se echó a reír. Noreen se esforzó por mostrar censura, pero una sonrisa asomó por la comisura de su boca.

—Satán se aburriría por el silencio de esa cabecita hueca —rebatió.

Lo cierto era que le había picado la curiosidad de saber en qué pensaba Gail O'Rourke cuando estaba a solas. ¿En cómo era la vida siendo un hombre apuesto?, ¿en cuál sería el próximo problema en el que se metería?, ¿cómo encontrarse con su amante? ¿O era un hombre de intereses más profundos?

Noreen lo escrutó con sus ojos avellanas, olvidó dónde estaba y que se suponía que fingía. Simplemente lo miró, tratando de develar qué más había tras la fachada del libertino. Gail tragó saliva, su nuez de adán danzó en su cuello y la respiración se le agitó apenas.

¿Qué demonios había sido eso?

—Tienes razón —dijo con voz ronca—, haré nada por allí y luego te pediré un baile o algo así.

—Bien.

—Bien —repitió Gail sin moverse—. Bien... Eh... Bien. —Una reverencia y se marchó a por algo para beber.

Noreen sacudió su cabeza, para sacarse de allí la idea absurda de estudiar a Gail como si fuera una de sus preciadas plantas. Cuando volvió la cabeza hacia su madre, se encontró con los ojos de la mujer, igual de incisivos que los de su hija, puestos en ella.

Oh, oh...

Eso la distrajo de otros ojos que también la estudiaban a lo lejos, los de la condesa Crofton.

—Esto fue una excelente idea —comentó Melissa a Lady Honora.

La gran dama había finalizado la vuelta por el salón, saludando y dejándose saludar por todos. Tal hazaña le había llevado más de hora y media. Regresaba para supervisar a sus *protegidas*, como empezaba a pensarlas. Le gustaba considerarse una mujer caritativa, y esas pobres ricas americanas necesitaban de su buena guía.

—Mis ideas siempre son excelentes —dijo la mujer.

Noreen asintió con aire distraído, no iba a gastar energía en ofenderse, chillar o discutir. La última vez eso la llevó a estar a solas con O'Rourke en un invernadero.

Se estremeció.

De pavor.

¿O de expectación?

Definitivamente de pavor, ella no era tan osada como Francie ni tan desparpajada como Tracie. Ella no se divertía con los escándalos de un libertino, solo sacaba provecho de ellos.

—Noreen ha captado la atención suficiente, sin volverse el centro —expuso Melissa, con la franqueza que la caracterizaba. No hallaba razón para simular que ese no había sido el plan.

—Lo mismo O'Rourke, que era quien más temía. Ese muchacho... —soltó Honora.

—¿Ese muchacho...? —se atrevió a preguntar Noreen.

Melissa le lanzó una de sus miradas de madre, Lady Honora, en cambio, arqueó las cejas.

—Ese muchacho es escandaloso, le gusta romper las reglas y molestar a la sociedad —sentenció la mujer. Noreen asintió algo decepcionada, la mujer agregó—: Pero es amigo de mi sobrino, así que, tan bueno para nada no será. Lord Hayden tiene un don de gente que heredó de mi hermano. Ve el oro antes de que brille. —Hizo una pausa tan extensa que las mujeres Plageman pensaron que había terminado su intervención—: Pero vaya si a O'Rourke le falta pulir. Espero que sepa sacar brillo, señorita Plageman.

—Pensé que para eso existían los criados.

—¡Noreen! —la reprendió Melissa. ¿A cuento de qué había nacido esa defensa? La muchacha se sonrojó, ni ella se explicaba su respuesta mordaz. Las mejillas le ardieron ante la mirada de dragón de Lady Honora.

Una mirada que se entornó más, y más, y más... Hasta romper en una risotada.

Los presentes se volvieron hacia ellas, ¡al demonio lo de no llamar mucho la atención! Todos los ojos estaban en las mujeres que habían hecho reír a Lady Honora Kensington.

—Le juro, señorita Plageman, que hasta yo pensé que O'Rourke se había montado este numerito para salir del paso de un Lord Crofton celoso. Le pido

disculpas. —Buscó un pañuelo en su pequeño bolso de perlas, se secó las lágrimas de risa—. Solo le daré un consejo, si delega la tarea de pulir en lugar de hacerla usted misma, terminará como los Crofton: en un matrimonio que necesitará siempre ayuda externa. —Entornó los ojos con suspicacia y con esa mirada confesó todos sus conocimientos sociales. Fue el turno de Melissa de sonrojarse—. No se horrorice, señora Plageman, pronto Noreen estará casada y necesitará de estos consejos.

—Se lo agradezco —respondió Noreen, y sonó a interrogación. No estaba muy segura de querer escuchar más de esos consejos sobre como ¿pulir a O'Rourke? Sus mejillas volvieron a arder. ¡Demonios!, si ella no sabía nada del tema, ¿por qué de pronto se imaginó pasando un paño por el cuerpo masculino hasta sacar brillo y...?—. Debo ir a los servicios —dijo con voz chillona.

—Sí, ve... ve... —Melissa por poco la empuja hacia la escalera. ¡Rayos!, prefería a la Lady Honora gruñona y censuradora antes que a la didáctica.

Noreen apuró el paso hacia la planta alta, donde estaban dispuestos los servicios para las damas. Se trataba de un pequeño salón, antesala de otro que contaba con una bacinilla puesta en una tarima de madera para que no tuvieran que agacharse tanto con esos enormes vestidos. No iba a orinar, siempre se aseguraba de beber poco en las fiestas para no tener que hacerlo; optó en cambio por derramar algo de agua del aguamanil en la jofaina y lavarse las manos y el rostro. Le vino bien el frescor para calmar sus mejillas ardidas.

No había contado con *esa* parte de estar prometida, con el hecho de que empezarían las conversaciones informativas. De pensar en su madre hablándole de las obligaciones maritales, su estómago dio un vuelco.

No quería pensar en su madre con su padre, no cuando era evidente que no se habían querido.

Menos ansiaba pensarse con O'Rourke, porque eso sería... espantoso. ¿Verdad?

Se abanicó para secarse la piel húmeda y suspiró aliviada al notar que dejaban de arderle las orejas. Así la encontró Lady Aalishya.

—Señorita Plageman... —la saludó y oteó a ambos lados para confirmar que estaban a solas—. Mis felicitaciones por su compromiso.

Noreen contuvo el gruñido. ¡Sus orejas volvían a arder!, ahora por otra vergüenza, la de ser captada en la mentira.

—Gracias —respondió, manteniendo el temple.

Lady Aalishya cambió de expresión por completo, dio un paso al frente y la acorraló contra el tocador. El aguamanil tembló sobre la superficie de madera. Las faldas de las damas se tocaron, los miriñaques mantuvieron la distancia entre ambos cuerpos.

—¿Hasta cuándo va a durar este numerito? —siseó Crofton.

—Disculpe... —Quiso escapar. La mujer le capturó la muñeca al tiempo que soltaba una venenosa carcajada.

—¿De verdad cree que esto llegará a buen puerto?, ¿con O'Rourke?

—Lo que creo o no creo, milady, no es de su incumbencia. —Si creía que la iba a amedrentar, estaba muy equivocada.

—O'Rourke es un libertino, O'Rourke nunca elegiría a una mujer para toda la vida.

—¿Y por qué ese sería su problema?, yo lo veo como un beneficio para usted, dado que al parecer ansía ser una de las tantas... —La lady alzó la mano, Noreen levantó el antebrazo y detuvo el golpe—. Y luego las salvajes somos las americanas.

—Sin la aprobación de una lady, su vida será un infierno en Londres.

—Si la encontraban con O'Rourke en el invernadero, la de la vida infernal hubiera sido usted. —La sonrisa que le brindó no le llegó a la mirada—. De nada... —agregó, dando a entender que le debía las gracias.

—Entonces, ¿lo acepta?, ¿acepta que esto es una farsa?

—No acepto ni niego nada, pero le haré el favor de transmitirle a mi prometido... sus necesidades aún insatisfechas.

La lady no hizo el intento de dar un nuevo golpe, se limitó a cerrar la mano en un puño junto a su falda. Noreen aprovechó que se oía movimiento en el corredor para abandonar los servicios.

Iba a hablar con O'Rourke. ¡Demonios!, ese hombre era un problema hasta cuando no hacía nada.

—No me arruinarás el plan, O'Rourke, ni tú ni tu insatisfecha amante.

—Tenemos que hablar —masculló Noreen.

—No, cariño, tenemos que bailar. —Gail efectuó una reverencia y arrastró a Noreen a la pista. Había tomado clases de baile solo por ella—. ¿Y ahora?, ¿te beso con pasión?, ¿me rindo a tus pies?, ¿qué hace un prometido cuando al fin tiene en brazos a su amada? —La hizo girar y la falda de tono rosado intenso

brilló ante los ojos de todos. La atrajo hacia sí antes de que la orquesta empezara a tocar el vals.

—Nada.

—¡Y sigues con tu nada! La nada es aburrida, Noreen. Escandalicemos a los presentes.

—¡Basta de escándalos, O'Rourke! He tenido un encuentro con tu amante en los servicios.

—¿Con cuál? —La música comenzó a sonar. Gail cogió la mano de Noreen y llevó la otra a la cintura. La condujo por la pista con bastante gracia.

—¿Hay más de una aquí?

—Conté cuatro.

—¡Por Dios! —se quejó.

—¿Te dije cuánto adoro tu sonrojo, querida?

—Yo empiezo a detestarlo. Por tu culpa he estado sonrojada toda la maldita noche —gruñó.

—Eso mismo dijeron las otras cuatro.

Noreen lo empujó desde el hombro, él la atrajo con más fuerza. Al hacerlo, sus cuerpos se tocaron y un coro de sorpresa y escándalo los coreó. Gail lo disfrutaba, la señorita Plageman estaba que ardía de ira.

—Lady Aalishya Crofton —especificó.

—Oh, pero ella no es mi amante, ¿recuerdas? Mi encuentro fue interrumpido por el amor de mi vida.

—¡Exacto!

—¿Aceptas que esto es amor, cariño?

—¡Exacto que no ha sido consumado! —corrigió ella—. Y Lady Aalishya quiere remediarlo. Así que tú irás y...

—¿Y...?

Noreen forcejeó de nuevo, él la mantuvo cautiva de su agarre y del ritmo del vals.

—¿Y qué, Noreen? —la provocó—, ¿qué debo hacerle a Lady Aalishya para que no arrebate, celosa, a mi prometida?

—Lo que sea que le hayas prometido.

Gail contuvo la sonrisa. Realmente empezaba a adorar las mejillas ardidas de Noreen. Era el balance perfecto entre conocimiento e inocencia; sabía lo que era follar, solo que desconocía cómo era el acto.

Y él empezaba a sentir una incómoda necesidad de volverse profesor.

¡No, nada de debutantes, Gail!, ¿recuerdas?, son las únicas reglas que sigues, se repitió. Y tal vez no le enseñaría a Noreen las mieles del placer, pero no por eso iba a renunciar a otros placeres, ¿verdad? Como el de hacerla sonrojar, el de desafiarla, el de... conversar con ella.

Sí, cuatro examantes estaban en el baile. Cinco si contaban a Lady Aalishya. ¿Y él qué quería?, un segundo más de Noreen reprendiéndolo.

—Eso ya se lo he dado, Noreen.

—¿De verdad? —Casi tropieza, de pronto la señorita Plageman tuvo una visión de la condesa en brazos de Gail y una molesta punzada se apoderó de la boca de su estómago. Seguro era el corsé. Sí, lo aflojaría la próxima vez.

—Claro. —Sonrió antes de apiadarse de la inocencia de Noreen—. Mira al conde. —Noreen ladeó la cabeza para alcanzar la figura del hombre—. Le ha dado a su esposa todo desde que creyó que ella tenía un amante. Ha montado esta fiesta a todo lo alto, la mira con adoración, ¿has observado el vestido de la condesa? ¡Es de París!

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Todo. A veces, los hombres no saben lo que tienen hasta que están a punto de perderlo. Me gusta ser quien se los recuerda.

—¿Y qué pasa cuando las mujeres se dan cuenta de que han perdido algo?, por ejemplo, un potencial amante.

—Ya se le pasará —minimizó Gail.

—¿Y si no?

—Cariño...

—No me llames cariño —siseó ella.

—Amor de mi vida, ¿mejor?

—¡No!

—Luz de mis ojos, corazoncito, luciérnaga de mi noche oscura....

—¡Suficiente!

Sí, pensó Gail, suficiente porque vuelves a sonreír.

—Me miras con ojos de enamorada, por eso crees que soy irremplazable. Y aunque la mayor parte del tiempo coincidiría contigo, realmente la condesa se ha perdido una gran oportunidad... —dijo con alarde—, soy reemplazable en esas lides.

—¿Piensas que eso es humildad? —se rio Noreen.

—¡Claro! Soy un humilde servidor. Solo eso, ¿qué más puede ser un burgués para un noble?

Bromeaba, ¿verdad? Entonces, ¿por qué Noreen detectaba un vestigio de malestar en el modo que había dicho eso?

—¿De verdad piensas que nos dejará en paz?

—Sí, Noreen. Lo hará. Su esposo volverá a prestarle toda su atención y no necesitará otro amante. Eso es lo que pasó con las otras cuatro aquí presentes —agregó con picardía.

Noreen escrutó a las invitadas. Gail rio al verla tan decidida a averiguar quiénes eran.

—Lady Jessica... —murmuró espantada.

Gail carcajeó. ¡¿Cómo demonios lo había averiguado?!

Lady Jessica estaba radiante junto a su esposo, la aventura le había dado la sazón que le faltaba a su matrimonio; una vez descubierto el placer junto a su amante, había volcado ese saber con su esposo. Si la sociedad supiese que Lady Jessica y Lord John acordaban encuentros como si fueran extraños, en posadas o incluso en fiestas, se caerían sobres sus traseros. Más aún si descubrían que Lady Jessica en esos instantes no iba a los servicios, y que su esposo no se escabullía a por un cigarro; que allí, con todos los presentes, a riesgo de ser encontrados en una situación comprometida, marido y mujer se alejaban para entregarse al amor.

Sí, Gail era un fiel servidor.

—¡Deja de buscar a mis antiguas amantes, Noreen! O pensarán que eres una prometida celosa.

—¿Y qué pretendes que piensen?

—Que eres una prometida ansiosa —dijo en tono seductor. Noreen rodó los ojos, pero Gail iba a sacar partido de ese juego. Bajó la mano por la espalda de su *prometida*, hasta colocarla justo en el límite en el que el corsé del vestido se unía a la falda.

Alientos contenidos acompañaron la acción.

—¡Estás dando qué hablar! —lo reprendió ella.

—No... —La atrajo con fuerza contra su pecho—. ¡Ahora estamos dando qué hablar!

Los senos de Noreen estuvieron a medio centímetro de rozar la chaqueta de Gail. ¡Medio centímetro!

La orquesta finalizó, y O'Rourke retuvo a su prometida unos segundos más de lo debido. Le sonrió una última vez antes de dejarla ir:

—Empiezo a disfrutar esto de no hacer *nada*, señorita Plageman.

Y sin esperar respuesta, la acompañó junto a su madre y se marchó. Ya había cumplido su parte, no necesitaba más fingir con Noreen. Porque eso hacían, ¿verdad?

CAPÍTULO 11



—Volveremos al campo —anunció Melissa. Esperaba que las muchachas se quejaran, se suponía que Londres era mucho más divertido—. Empiezan los días de calor y no veo la necesidad de sufrirlos aquí, ¿verdad?

Las muchachas asintieron, sonrieron incluso.

—Además, ya apenas hay eventos, no creo que nos inviten.

Las tres jóvenes Plageman volvieron a asentir.

—Así que, pensé, ¿por qué continuar aquí? Gastaríamos el mantenimiento de dos casas en vano. Podríamos reducir un poco el personal aquí y...

—¡Qué sí, madre! —se exasperó Francie—. ¡Vayamos al campo de una buena vez!

—Francie... —la reprendió Noreen. Todas ansiaban escapar de Londres y sus reglas, pero apreciaban el esfuerzo que hacía Melissa porque se sintieran a gusto.

—Pensé que lo lamentarían... —dijo la matriarca.

—Francie solo lamenta que no estén los Audley —respondió Tracie con voz cantarina.

—Por supuesto, Leopoldine es una gran amiga y está limitada por su embarazo.

—¿Solo a Leopoldine extrañas? —picó Noreen.

Ni un cabello se movió en la cabeza de Francie, tampoco sus mejillas se sonrojaron. En cambio, con un tono neutro, replicó:

—Claro, ¿por qué? No es que tengamos muchas amigas, ¿verdad?

—Ni amigos... —insistió Tracie.

Noreen la acalló con un gesto. Melissa le permitió a su hija del medio actuar.

—Exacto, ni amigos en general. Aunque Lady Honora ha resultado una aliada invaluable, no será ella quien nos haga la estadía amena.

—¡Sin duda! —coincidió Noreen.

—Nos sentiremos más a gusto con Lady Mary Elizabeth y Lady Greta, quienes tampoco pretenden dejar el campo ahora que su hija está encinta.

—Bien —Noreen no tenía intenciones de perder más el tiempo—, empaquemos y marchémonos de aquí.

Francie y Tracie alzaron sus traseros a la par, dispuestas a comenzar con la tarea.

—¡Aguarden! —las detuvo su madre—. Antes haremos algunas compras.

—¡Noooo! —corearon.

—¡Rayos, niñas! Deben ser las únicas jóvenes que no quieren gastar dinero. —Melissa rodó los ojos en una expresión que buscaba ser de resignación, pero en realidad era de orgullo. Provenían de una familia adinerada y a ninguna de ellas les había faltado nada, sin embargo, jamás fueron ostentosas, codiciosas o petulantes con su posición. No la daban por sentado, claro, pero tampoco dejaban que el dinero determinara su personalidad, como pasaba seguido en América—. De todos modos, iremos a hacer compras. Noreen, te casarás en breve, y en cuanto O'Rourke y tú determinen la fecha, se firmará el ajuar y la dote; pero antes, quiero asegurarme de que tú tengas... tus cosas.

El ánimo se aguó al escuchar las palabras de Melissa. Aunque la señora Plageman lo decía con una sonrisa, las hermanas cruzaron miradas de pena.

—No es necesario...

—¡Lo es! —repitió con firmeza Melissa.

Francie se acercó a Noreen para darle un pequeño empujón de ánimo.

—A nosotras no nos importará, Noreen, lo mereces —le susurró su hermana. Noreen se volvió para cruzar miradas, Francie sabía que era una farsa, ¿a qué venía eso de merecer?—, al fin de cuentas, lo haces por nuestro primo y por nosotras —finalizó en el mismo tono murmurado.

A Noreen se le daba mal recibir esa atención.

—No sé qué cuchichean ustedes dos, pero aquí está todo dicho. Iremos a comprar algunas cosas para tu matrimonio.

—En tal caso, mamá —dijo Francie—, Tracie y yo no somos necesarias. Nos quedaremos aquí...

—Mis niñas... —Melissa suspiró—. Brett tiene unos pocos años, al menos deberemos estar en Inglaterra unos siete años más. Es mejor que comiencen a adaptarse.

—Por eso mismo, mamá —intervino Tracie—, si tenemos siete años más, lo que nos sobra es tiempo.

Melissa se resignó a las menores, no así a la mayor.

—Tú vienes —dictaminó a la mayor, sin permitir réplica.

—Bien... iré... —aceptó Noreen con culpa.

Era la parte de su mentira que no había tenido en cuenta. La razón por la que Melissa insistía en *comprarle cosas* para la boda era la misma por la que ella no quería boda en absoluto. Lo que buscaba su madre era proveerla de bienes prematrimoniales que pudiera vender a futuro o le sirvieran de patrimonio si el matrimonio se iba al garete.

Algo que Melissa no había tenido.

Razón por la que la mujer debió mantenerse a merced de su esposo por años, dependiendo económicamente de él.

Motivo por el cual no fue capaz de hacer aquello que sí hacían las ladies, en especial las que terminaban en brazos de O'Rourke, divorciarse sin papeles.

No, Melissa tuvo que ser una *buena esposa*, en todos los aspectos, porque no contaba con más que lo que su esposo le brindaba. Eso era algo que pocos tenían en cuenta: las mujeres ricas eran, después de todo, tan pobres como las criadas.

Las dos mayores Plageman pidieron el coche y se encaminaron a la zona comercial de Londres. Noreen se dijo que repartiría su botín con las hermanas y así diluyó la culpa por recibir esa atención especial. Como bien había dicho Melissa, las muchachas no eran muy lujosas en sus demandas y aquello no sería más que lo que las demás madres gastarían en una temporada londinense normal.

Con ese pensamiento, se dejó llevar y hasta pudo disfrutar del paseo. Londres estaba en la vanguardia, a veces tanto que algunas cosas le parecían horribles sin imaginarse que en dos años las estaría usando. Como esos sombreros inmensos que podían a una quebrarle el cuello y que, encima, se ponían de lado.

—Así me broncearé una mejilla e iré por la vida a dos colores —se quejó frente a una sombrerería.

Melissa rio y avanzaron. Le cogió la mano enguantada a su hija con cariño, y Noreen supo que se avecinaba una charla madre-hija.

—Tú no tendrás un matrimonio como el mío, hija. Es solo precaución. Un poco de patrimonio te dará libertad y...

—Lo entiendo.

—Existen las buenas parejas. Cuando hay amor, las relaciones funcionan. Mira a los Audley...

—También están los Sinclair —soltó Noreen, se refería a la anterior generación Sinclair, no a la actual que conformaban Lady Leopoldine y Lord Wayne.

—Tú estás enamorada y O'Rourke también. Será distinto a mi matrimonio, ¿sí? —la animó. Las mejillas de Noreen ardieron por la vergüenza, que su madre interpretó por pudor—. Me recordaré no dejarlos mucho tiempo a solas. —Sonrió feliz, y la muchacha Plageman sintió una roca caer en la boca de su estómago.

¡Cómo la decepcionaría cuando el compromiso se rompiera!

Antes de que la mala conciencia hiciera de las suyas y se confesara, Melissa arrastró a su hija a una joyería. El brillo del oro, la plata y las piedras preciosas la deslumbró y olvidó todos sus pesares.

Hasta a la más comedida de las personas semejante belleza la tienta y deja sin aliento.

—Si algo pasa, hija —murmuró Melissa—, cambias las piedras preciosas por falsas y vende las auténticas. Así tendrás tu libertad en el bolsillo. —Sonrió y la empujó hacia la zona de exhibición.

Cuando el vendedor escuchó el acento americano, fueron sus dientes (uno de ellos de oro) los que brillaron expectantes.

—Señora, señorita, sean bienvenidas...

—Aquí sí nos reciben como reinas —rieron las dos.

—Aquí hablan nuestro idioma... —dijo Melissa.

—No el inglés americano, el del dinero. —Y en complicidad eligieron las joyas que acompañarían a Noreen en su *matrimonio*.

—No regresemos aún —pidió Melissa. Las joyas serían trasladadas a la casa de campo por cuestiones de seguridad—. Vayamos a comprar uno de esos inmensos sombreros y luego al Hyde Park. —Enredó su brazo en el de su hija—. El día está casi precioso.

Noreen rio.

—Mira —señaló el cielo—, en ese fragmento casi se ve un rayo de sol.

Las dos carcajearon a la vez. Lo peor, pensaron entre risas, era que, en efecto, eso era un *buen día en Londres*. Las calles estaban repletas de gente y, a medida que se acercaban al Hyde Park, la multitud era monumental. A diferencia de los días normales, en que la lluvia podía pescarte desprevenido a cualquier hora, esa tarde tanto damas como caballeros habían elegido ir a caballo. Las monturas se mezclaban con los coches y los transeúntes. Los vestidos coloridos de las damas, sus innecesarios parasoles, en contraste con los trajes negros, grises o marrones de los hombres formaban un escenario que merecía ser retratado.

Las mujeres descendieron en el parque, el coche se mantuvo con los demás y ellas emprendieron un paseo por los caminos marcados entre lagos artificiales, árboles y ardillas.

—¿Has pensado alguna vez, madre, que las ardillas son ratas con buena imagen?

—Las cosas que se te ocurren, Noreen.

—¡Es cierto! ¿qué diferencia hay?

—¡Que las ardillas son adorables y las ratas no!

—Para mí solo es cuestión de título.

Melissa rodó los ojos, y antes de poder esgrimir una defensa hacia las ardillas, las miradas se posaron en ellas.

—¿Qué hicimos ahora, demonios? —gruñó Noreen.

—El vocabulario, jovencita.

—Pero... ¿qué?, ¿mi sombrero está un centímetro fuera de lugar?, ¿mi falda tiene una flor que no está de moda esta temporada? ¡¿Qué rayos he hecho mal?!

—Brillar, querida —respondió una inesperada voz. Noreen contuvo los juramentos entre sus labios.

—¡O'Rourke! ¡Qué imprevista sorpresa! —siseó.

—¿Lo ves, Noreen? Lo que ha llamado la atención es tu prometido. —Melissa carraspeó—. Y su temeraria forma de montar —agregó.

Gail descendió de un salto junto a ellas. Cogió las riendas y se sumó al paseo.

—No montaba de modo temerario —mintió—, solo divertido. —Le guiñó un ojo a Noreen.

—Como sea, ha puesto todas las miradas en nosotras —se quejó Noreen.

—Cariño, las miradas te siguen a donde quieras que vayas.

Melissa contuvo la sonrisa; Noreen, el bufido.

—Por cierto, ¿qué piensa usted de nuestro debate?, ¿son las ardillas iguales a las ratas, pero con mejor aceptación? —lo incluyó Melissa.

—¡Claro! ¡Hay que ver lo que hace la mala prensa! A las pobres ratas se las acusó de la peste, y ahí están, siendo las marginadas de la sociedad roedora de Londres. En cambio, las ardillas, pff... Una cola pomposa y el mundo a sus pies.

La señora Plageman rio.

—Son tal para cual.

La expresión de Noreen se transformó en puro pánico; la de O'Rourke, en mera diversión.

—Somos un par de ratas los dos, acusados vilmente de pecados que no cometimos y opacados por meras ardillas —le dijo Gail a su prometida. Melissa, adrede, había aminorado el paso para darles espacio. No oyó la respuesta de su hija.

—Tú has cometido todos los pecados, O'Rourke, ninguna acusación sería vil.

—He dejado algunos pecados sin cometer. Aún no he matado a nadie...

—¿Aún?

—Me gusta dejar el mundo de las posibles experiencias humanas abierto ante mí.

—¿Y a quién matarías tú? —Noreen sabía que bromeaba, los pecados de Gail se limitaban a los capitales, los mandamientos lo tenían sin cuidado.

—A quien ose interponerse en nuestro amor —respondió con exagerado romanticismo.

—Pues tendrás que empezar a idear el crimen perfecto, O'Rourke, porque la amenaza está aquí. —Noreen señaló con un gesto disimulado de mentón en dirección a Lady Aalishya. La mujer paseaba junto a su marido, pero sus ojos estaban fijos en ellos y, si las miradas mataran, Noreen ya estaría en la tumba.

—Oh, ¡qué mujer aburrida! —se quejó—. Detesto a las personas que no saben jugar.

—¿Y cuáles son las reglas de ese supuesto juego?

—Las mismas que en todos, señorita Plageman: saber perder.

—Supongo que se sentirá halagado por la fijación de la condesa en usted —conjeturó Noreen, no supo por qué su comentario le supo a hiel en la punta de la lengua. Si bien no era de las que se callaran sus observaciones, tampoco era viperina con ellas.

—¡Dios, no! —Gail avanzó a su lado en un paso más lento. Llevaba las riendas de su montura con precisión en la mano izquierda y, el brazo derecho casi rozaba el de Noreen—. No me agradan las personas obsesivas y no entiendo cómo ha llegado la sociedad a romantizar tales actitudes.

—¿No piensa que el amor tiene una dosis de obsesión?

O'Rourke hizo silencio. Noreen lo miró de soslayo, era la primera vez que no se mostraba desafiante, bribón, bromista. Realmente pensaba la respuesta.

—Mmm no. Pienso que si el amor es como dicen, con él es suficiente. No necesita de la obsesión para alimentarse, ni siquiera del deseo, aunque se agradecería —agregó y Noreen sonrió. Hasta allí llegaba la seriedad del irlandés —. Piénselo, la obsesión se termina cuando tienes el objeto ansiado. La pasión se apaga con los años. La belleza es subjetiva y los cuerpos cambian. Si el amor se valiese de esas cosas para existir, no sería un sentimiento tan altruista, ¿verdad?

—Supongo —concedió ella.

—¿Nunca has amado?

—No. ¿Tú?

—¿Tú qué crees? —respondió él, elevando las cejas.

—Que no me has respondido —dijo Noreen. Los ojos verdes de Gail dejaron entrever un mundo de emociones en un segundo para regresar luego al brillo pícaro de siempre.

—De todos modos, hasta el amor se apaga si no se alimenta. De eso sí sé, en ocasiones soy yo el alimento.

—La condesa parece hambrienta —bromeó la señorita Plageman, Gail carcajeó. Aceptó el escape que ella le daba.

—Hay personas que son insaciables.

Quedaron en silencio. No era incómodo, pero sí extraño. Disfrutar de la compañía silenciosa de alguien podía ser mucho más íntimo que hablar. Noreen abrió los labios para decir que, tal vez, su compromiso fuera falso, pero eso no implicaba que no pudieran ser amigos. Las palabras no llegaron a salir, dos cosas ocurrieron en perfecta sincronía:

Gail rozó su brazo derecho con el de ella.

El cielo tronó furioso, soltando un inesperado aguacero.

Gail y Noreen se volvieron, sus rostros quedaron empapados de inmediato. Él compuso un gesto divertido, con su cabello cayendo sobre su frente y la ropa que empezaba a pegarse a su cuerpo.

—¿Lo ve, señorita Plageman?, ratas y ardillas corren por igual cuando el agua arrecia.

—Entonces, es mejor que empecemos a correr —anunció Melissa a sus espaldas y los tres, más el caballo, se apresuraron camino a los carruajes.

CAPÍTULO 12



«Resguárdese en nuestra casa» fue la amable sugerencia de la señora Plageman, una vez que alcanzaron el carruaje. Gail no dejaría a su caballo a la intemperie y el camino hacia su piso en Londres era bastante extenso. Al ser soltero y burgués, se situaba en una zona agradable sin llegar a ser la preferida de los nobles, y mucho menos, en las cercanías del Hyde Park.

El aguacero no parecía querer aminorar; era una de esas lluvias que anuncian verano: gotas inmensas que golpean en los tejados y te invitan a bajar el ritmo del día a día. Los ingleses no le temían al agua, sino a parecer un pollo mojado y que la sociedad descubriese que, como bien había dicho Noreen, no había demasiada diferencia entre ardillas y ratas.

Claro que, al estar a caballo, y siendo su montura un excelente animal criado y entrenado por los mismísimos Audley —regalo por su cumpleaños número veintiuno, cuatro años atrás— arribó a la casa de las Plageman antes que sus anfitrionas.

—¿Señor? —preguntó el mayordomo al verlo. Francie asomó su nariz y lo reconoció.

—Déjalo pasar, Johansen, esa cosa mojada es el prometido de mi hermana.

Gail le sonrió a la joven y dio un paso al frente.

—Creo que aguardaré aquí o les echaré a perder las alfombras —dijo. Su chaqueta estaba empapada, le costó quitársela de lo pegada que estaba al cuerpo.

—Iré a buscar alguna prenda que le valga —anunció Francie. Su cuerpo impactó con el de Tracie, que se sumaba al fisgoneo.

—No es necesario —respondió Gail—, no hace frío, no cogeré una neumonía.

Tracie rio y corrió escalera arriba. Francie, en cambio, puso los ojos en blanco y masculló: *no es por su neumonía, señor O'Rourke*. El problema no era su salud, sino la de toda la población femenina en la manzana. La camisa del hombre se traslucía por completo y lo único que impedía ver cuán definido tenía los pectorales era el chaleco aún pegado a su pecho.

—Tal vez podría quitarse los zapatos, señor —sugirió Johansen—, y acercarse al fuego.

Gail acató la sugerencia. En vano era mostrar remilgo ahora, ¿verdad?, estaba en una casa repleta de mujeres hermosas, ¿por qué de pronto le importaban las etiquetas? No era que ellas lo fueran a censurar socialmente por evitar una neumonía.

Se quitó los zapatos y caminó junto al hogar. Un joven criado agregó un leño al fuego que apenas crepitaba y se alejó tras un gesto amable.

Al momento, regresó con un paño para secar las marcas que los pies mojados de Gail dejaron en el piso.

—Lo siento —se disculpó. Se miró los pies aún envueltos en calcetines—. Ya, lo siento... —repitió ahora con una sonrisa. Alzó su botamanga y buscó la liga que sostenía sus calcetines a la altura del gemelo.

Así lo encontró Noreen al entrar. La mirada de sorpresa merecía ser retratada; a Gail el pudor por el desastre que había hecho en la sala se le evaporó por el calor de un sentimiento inexplicable.

O tal vez, demasiado explicable para su agrado.

Noreen sintió un cosquilleo incómodo. Gail con la ropa al cuerpo, la camisa translúcida y sus piernas al desnudo era demasiado para su inocencia. Casi pudo entender la obsesión de la condesa, empatizar con la mujer a la que ella le había arrebatado el dulce.

Luego recordó que la mujer quiso darle una bofetada y todo volvió a su sitio. El prometido era falso, la condesa era infiel y ella hacía eso por su familia.

—Oh, me alegro de que haya llegado sano y salvo, señor O'Rourke. Ordenaré té —dijo Melissa.

—Yo estoy buscando algo para cubrirlo, ¡pero no encuentro! —gritó Francie—. Somos todas mujeres hace tantos años que no tenemos más que una

manta.

Lanzó lo que parecía un tartán escocés por las escaleras y Noreen lo alcanzó antes de que tocara el suelo.

—Valdrá —sentenció. Se lo alcanzó a Gail y las manos frías del hombre rozaron las de ella. El escalofrío que la recorrió fue por el cambio de temperatura. ¡Solo eso, ¿verdad?!

—Gracias —aceptó Gail y se cubrió.

Sin embargo, era una jodida lluvia de verano, y la temperatura no coincidía con las atenciones. Empezó a reemplazar la humedad del ambiente con sudor.

Y cuando llegó el té, casi se le hizo insoportable el calor. Tracie vino a hacerle compañía mientras Noreen y Melissa se cambiaban. Francie, en cambio, lo observaba desde el umbral del salón. La menor de las Plageman era transparente como un lago de montaña, e igual de refrescante, era incapaz de mantener un pensamiento para ella misma. Todo lo que pasaba por su cabeza terminaba en su boca.

—Ahora que se casará con mi hermana, ¿dejará de ser un libertino? —preguntó.

Francie fijó sus ojos divertidos en él, en lugar de acallar a su hermana, se valió de que estaban sin supervisión para sonsacar un poco de información. Ya sabía que ese compromiso era falso, rara vez no compartían un secreto con Noreen, de igual modo quería saber qué lo llevaba a O'Rourke a estar tan predispuesto al juego. Si Gail hubiera aparecido en una fiesta y ya, Francie podría dejar el asunto. Pero no, estaba entregado en cuerpo y alma a la *actuación* de prometido y eso podía ser peligroso para Noreen.

—No —respondió Gail en tono bromista—, corromperé a tu hermana para que sea una libertina a mi lado.

—Noreen es la más seria de nosotras —insistió Tracie.

Gail buscó en la mirada de Francie un rescate, pero la muchacha solo arqueó las cejas, esperando una respuesta. Todo lo que Tracie tenía de abierta, Francie lo tenía de enigmática. Era quien mejor escondía las emociones de las tres.

—Por eso será todo un desafío.

—¿Le gustan los desafíos, señor O'Rourke? —continuó Tracie.

—Me encantan.

—A mí no. A mí me gustan las cosas fáciles, por eso se me da tan mal las matemáticas. ¿Le gustan las matemáticas?

—Y la física —coincidió Gail.

—Y mi hermana... —agregó Francie.

—¿Se refiere a los problemas? —rebatió Gail, con una sonrisa.

—Noreen no es un problema —defendió Tracie—, es todo lo contrario, es la que soluciona los problemas. Si tienes un ruedo descosido, Noreen. Si tienes un problema con los vecinos, Noreen. Si no se te dan bien las matemáticas, ¡Noreen!

—Si tienes que abrirte camino en la sociedad... —siguió Francie.

—¡Noreen!

Como si la convocaran mediante un ritual, allí estaba ella, luciendo un vestido seco, sencillo. Tan simple que su belleza era el único adorno en su imagen. Gail se puso de pie, lo impulsó una educación recibida que rara vez empleaba en sociedad. Le gustaba ser irreverente, pero Noreen, así, tan ella, merecía reverencia.

Francie rodó los ojos y tiró de Tracie lejos de allí.

—Dejemos a los prometidos a solas —soltó en un tono algo sarcástico—, pero con la puerta abierta, porque ante todo tenemos que mantener las formas.

—Francie... —amenazó Noreen.

Esta se encogió de hombros. Su malestar no lo provocaba Gail, quien en el fondo le caía bien por ser amigo de los Audley, ni mucho menos su hermana. Lo que a Francie le preocupaba era que lo que había empezado como una farsa parecía cobrar forma real.

—¿Le han traído té? —preguntó Noreen, una vez a solas—, ¿prefiere quizá un licor para entrar en calor?

—Rayos, lo último que necesito es más calor —se quejó Gail, con las mejillas sonrosadas por el fuego, la manta y el té—. Pero gracias por el trato, eso sí ha sido un baño helado.

—¿Disculpe?

—*Disculpa*... —la corrigió Gail—. Y sí, seré yo quien se disculpe. —Se apartó la manta, incapaz de soportar el calor un segundo más—. ¡Me estaba asando!

«Y ahora me aso yo» fue el fugaz pensamiento que atravesó la cabecita de Noreen. Con lo sucedido desde el primer encuentro, la amante, el balcón, luego la condesa... Noreen había olvidado por completo la primera impresión que tuvo

de Gail O'Rourke. Ahora regresaba, en el peor de los escenarios volvía a ser consciente de que el hombre era guapo a rabiar. Con su cabello formando un pico en su frente, los ojos verdes refulgentes...

—Como sea... —carraspeó—, ¿quieres un licor?

—Así está mejor —le sonrió. No le gustaba que Noreen pusiera barreras y no iba a indagar por qué—. ¿Cuál es tu licor preferido?

—El de naranja.

—Que sea ese, entonces.

Noreen sirvió las copas de licor y le tendió una a Gail. Se sentó junto al hogar y suspiró.

—¡Rayos! ¡No era un eufemismo lo de asarse! Podríamos cocer un pollo aquí —se quejó y apartó un leño. Gail rio.

Si el fuego no está perfecto, Noreen lo soluciona.

Así que esa era ella, la hermana resolutiva. Él era hijo único de una familia bastante liberal. Su madre pertenecía a la sociedad dublinesa, se desenvolvía allí con soltura, entre intelectuales y actores sociales. No le gustaba Londres, porque, como buena irlandesa de pura cepa, tenía demasiado presente la no-feliz historia que unía a ambos países. Su padre era un hombre de negocios, él sí visitaba Londres y había insistido en que su hijo se relacionara con la sociedad inglesa. Al fin de cuentas, los negocios son los negocios y no hay que permitir que nada se interponga entre ellos. Gail creció en una familia ni feliz ni infeliz, ni cruel ni muy amorosa, ni tradicional ni absolutamente escandalosa... No sabía lo que era tener hermanos, sino amigos, y los amigos se eligen.

Y así, con ese pensamiento, vino el deseo de conocer más de Noreen:

—¿Por qué no quieres casarte? —preguntó sin más. La señorita Plageman dio un respingo en su sillón.

—Perdón...

—¿Por qué no te quieres casar, Noreen?

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿A qué viene que no respondas? Es una pregunta simple. —La muchacha bebió un sorbo de su licor, apenas lo posó en los labios y pasó la lengua sobre ellos para captar el dulzor de la naranja y el calor del alcohol. Gail siguió el movimiento con sus ojos verdes. Al ver que no contestaba, suspiró y agregó—: Tienes pasta de esposa.

—No sé si viniendo de ti es un halago o es una ofensa —dijo.

—Ni lo uno ni lo otro, es una observación. —Gail sonrió, Noreen lo había tomado como una ofensa y eso le divirtió—. Eres práctica, resolutiva, con temperamento. No tienes la cabeza en las nubes, ni sueñas con un lord que te solucione la vida... —Eso lo dijo con verdadera admiración. Tal vez por eso, Noreen cambió su actitud defensiva—. No eres una dama atrapada en una torre que espera que el caballero de la brillante armadura la salve —siguió él—, esos matrimonios son los primeros en desmoronarse. Los maridos dejan de sentirse útiles cuando no tienen una damisela a la cual salvar, y las esposas empiezan a ver cómo el príncipe vuelve a ser rana cuando ya han bajado de la torre. Tú no tejes cuentos de hadas con hilos imaginarios, tú construyes a puro madero y cimiento sólido. —Al darse cuenta de lo dicho, dibujó una mueca pícara en su boca—. Oye... al final sí te estaba halagando, ¿verdad?

Noreen ahogó la risa, dejó solo que una sonrisa asomara por sus labios.

—Fue un buen halago.

—Porque fue práctico —redobló él—. Estoy seguro de que, si me hubiera puesto a cantar alabanzas a tus ojos, los hubieras puesto en blanco.

La sonrisa se convirtió en risa.

—Igual, hasta la más pragmática, en ocasiones, quiere oír que tiene ojos bonitos.

—Lo tendré en cuenta —respondió Gail, sin otorgarle el halago. Algo que hizo, en efecto, que Noreen pusiera los ojos en blanco—. Entonces, ¿por qué no quieres casarte?

Ella hizo silencio, ya no por falta de ganas de responder, sino porque buscaba las palabras.

—Por mi madre —confesó—. El matrimonio de mis padres no fue bueno.

Gail perdió el gesto pícaro, la seriedad fue tal que hizo a Noreen carcajear y enternecerse en partes iguales.

—No, no la golpeaba —dijo, y la forma en que O'Rourke soltó el aire le provocó un vuelco en el corazón.

—Tu madre me cae bien.

—Te mantendré alejado de ella, entonces —rio Noreen—, sé cómo te atraen las viudas.

Gail rio a la par.

—Tu madre es muy guapa.

La señorita Plageman le arrojó un cojín con todas sus fuerzas, pero sin dejar de reír.

—¡Gail O'Rourke, aleja tus libertinas manos de mi madre!

Gail capturó el cojín entre risas. Aguardó con esa sonrisa aún sin desaparecer en los labios a que Noreen terminara su historia.

—Solo eso, fue un mal marido, un mal padre... un mal perdedor. Como has dicho, en todo juego, la primera regla es saber perder y mi padre no la aprendió. —Gail bebió el resto de su licor, luego posó los codos en su rodilla, inclinándose hacia Noreen para poner en ella toda su atención. La muchacha se arrellanó en el sillón—. No soportaba que mi madre fuera más inteligente que él, de modo que la menospreciaba a la primera ocasión. Un error de mi madre bastaba para que mi padre se burlara, la humillara, la tratara como a una inútil. Mientras, no solo mi madre era más lista, sino que nos criaba a nosotras sola, pues el gran señor Plageman era incapaz de tomar una decisión simple, ni cómo seríamos educadas, ni a qué edad seríamos presentadas... Nada. Mi madre estuvo sola mucho antes de enviudar. —Noreen bebió un sorbo más de su licor—. Cuando mi padre murió, vi a mi madre renacer. ¿No es eso triste?, ¿que el mundo sea más brillante con tu ausencia? Mi madre cogió las riendas del negocio de porcelana y le transmitió al administrador todas sus ideas, salvándonos de una potencial quiebra, y nos educó ya con sus valores, sin que nadie esté a sus espaldas repitiendo que esos valores eran una tontería, que no sabía cómo ser madre, que nos haría unas buenas para nada... —Se enderezó en el sillón antes de finalizar—: Eso es el matrimonio para la mayoría de las mujeres, una jaula, una prisión. Tú lo has dicho, yo quiero ser libre, no me interesa romper las reglas, no me interesa casarme para luego serle infiel, ni para divorciarme y hacer una declaración de principios. Quiero ser libre y ya, y para eso debo mantenerme lejos de las rejas.

—¿Si dijera: no todos los matrimonios...? —preguntó Gail.

—Respondería: los suficientes para que las probabilidades no estén a mi favor. ¿Y tú?, ¿por qué eres tan esquivo?

El silencio de O'Rourke fue tan pesado que solo se escuchaba el crepitar del fuego.

—Porque soy un libertino, como dice tu hermana Tracie. —Sonrió, la sonrisa no alcanzó sus ojos.

Noreen dejó que él se saliera con la suya y mantuviera su secreto un tiempo más. Tal vez para siempre.

Gail, al ver que solo tenía dos salidas, o hablar o marcharse, eligió la segunda.

—Ya ha aminorado, será mejor que me vaya y cambie mi ropa, o cogeré una neumonía.

—¿No era que hacía calor? —rebatió Noreen.

—¡Es muy descortés de tu parte remarcarlo! —se quejó él, risueño—. Cuando un cobarde quiere huir, una valiente lo deja escapar.

—Te reconoces cobarde, bien —aceptó ella. Se puso de pie para acompañarlo a la puerta. Una vez allí, no solo le marcó la salida real de su casa, sino también la figurada—. Iremos al campo mañana... Adiós, Londres, adiós fiestas...

—En tal caso, nos vemos en el campo.

—No es preciso que vayas, allí no necesitamos fingir.

—No, no lo necesitamos. —Gail cogió su chaqueta aún húmeda y se la calzó con dificultad—. Y, aun así, allí nos veremos, estimada señorita Plageman.

Se despidió con un saludo militar y se marchó bajo una llovizna que apenas mojaba.

CAPÍTULO 13



El camino de regreso hacia el condado tenía algo que Londres jamás podría comprar: espacio.

No solo espacio entre árboles y colinas, sino espacio *en el pecho*. Como si el aire del campo entrara a tus pulmones con menos requisitos. Sin invitación, sin protocolo, sin una Lady Kensington al acecho dispuesta a corregirte el destino social con solo arquear una ceja.

Las hermanas Plageman lo sintieron al mismo tiempo, aunque ninguna lo dijo en voz alta. Paz, satisfacción, y verdadera libertad, eso experimentaron cuando el carruaje dejó atrás las calles que exigían compostura y modales estrictos.

Una vez que estuvieron en el sendero donde el barro no era considerado un escándalo más, el olor a tierra húmeda y a hierba fresca les inundó los pulmones. ¡No existía mejor perfume que ese en el mundo, el natural y puro que no venía en frascos caros!

Tracie asomó la nariz por la ventanilla y respiró como si le hubieran abierto una jaula.

—Por fin —declaró—. Aire que no juzga.

Francie soltó una risa.

—Ni abanicos que te observan y vigilan.

Noreen apoyó la frente en el marco, viendo pasar árboles, setos, un campo donde unas ovejas pastaban con absoluta indiferencia de la vida citadina que se hallaba a un par de leguas de allí. ¡Y sintió envidia!

—Si alguna vez vuelvo a ver una sala de museo… —murmuró.

—Vas a tener pesadillas con vitrinas —completó Francie.

—Voy a tener pesadillas con todo… con vitrinas, con salones de baile, con el Hyde Park —exhaló con fuerza. Como si su exhalación se llevara consigo el peso de la mentira.

Melissa, en cambio, no se permitió ese lujo. No podía perder la compostura, sentirse liviana, tranquila. Todavía quedaba mucho camino por recorrer, y no era justamente ese que transitaban, se refería a otro. Aun así, cuando la silueta de Kinloss apareció a lo lejos, incluso ella aflojó los dedos sobre el bolso de mano. El campo era donde su familia respiraba, donde el dinero no tenía que brillar como un emblema de presentación y donde Brett, por lo menos, no estaba rodeado de comadronas sociales con colmillos.

El carruaje cruzó el arco de entrada y avanzó por el camino de grava. Las ruedas crujieron con un sonido satisfactorio: adiós, Londres, adiós reglas.

—Estoy segura de que las plantas están más felices de vernos que los lores —dijo Francie.

—Las plantas no preguntan por tu dote —agregó Noreen.

—Ni por tus intenciones reproductivas —susurró Tracie con una seriedad absurda.

Noreen le lanzó una mirada de advertencia.

—Tracie…

—¿Qué? Lo dijo tu prometido. —Sonrió con inocencia criminal. Miró a su madre—. Mamá nos lo ha contado…

Melissa carraspeó. La fulminó con la mirada.

—¡Mamá! —exclamó molesta Noreen.

—¡Ya basta! Hemos venido a casa en busca de calma, no de chismes y cotilleo, eso lo dejamos atrás, ¿de acuerdo? —Miró una por una a sus hijas, la última fue Noreen.

—De acuerdo, señora chismosa —respondió Noreen.

El carruaje se detuvo. La puerta se abrió y…

Y allí estaba Brett.

O, mejor dicho: Lord Brett, porque él insistía en serlo incluso cuando no hacía falta delante de ellas.

Las esperaba en la escalinata principal, rígido como un retrato recién colgado, con esa expresión que intentaba decir «bienvenidas» sin que el rostro

traicionara el entusiasmo que lo embargaba. Llevaba el cabello prolijo, la ropa impecable... y algo nuevo.

Noreen lo notó primero: la altura. El cuerpo. La postura. ¿Cuánto tiempo habían estado en Londres... semanas o meses? ¿Cómo pudo haber crecido tanto?

—Oh —dijo, sorprendida, apenas apoyó el pie en el suelo—. ¿Tú estás más alto?

Brett abrió la boca para responder con un "no, prima", pero Tracie se le adelantó y lo rodeó como si fuera un árbol que necesitaba ser medido.

—¡Está más alto! —declaró—. Y tu espalda... —le dio una vuelta completa —. Tu espalda está más ancha.

Francie se acercó con calma, lo observó, era una especialista en detectar cambios, incluso en un mundo que intentaba permanecer igual.

—Te ves... distinto. —Y el «distinto» sonó a: *maduraste*.

Brett parpadeó. El lord dentro de él se irguió aún más.

—Es posible —respondió, formal—. He estado practicando mucha esgrima.

Melissa subió los escalones con la mirada brillante de alivio. Sus niñas estaban bien, regresaban a casa sanas y salvas. Brett también... seguía siendo el mismo, solo que con una... Mmm, en verdad tenía la espalda más ancha.

—Lord Grenville, mi querido... un gusto volver a verlo.

Él bajó un poco la barbilla, en señal de respeto, como si fuera un anfitrión recibiendo invitados y no un niño reencontrándose con su familia.

—Tía Melissa. —Sus ojos recorrieron a las tres hermanas—. Primas.

Tracie frunció el ceño.

—¿Eso fue todo? ¿Así nos recibes? —protestó—. Te extrañamos... Mucho te extrañamos —soltó con efusividad—. Aunque ahora me arrepiento de haberlo hecho, no sé si se puede extrañar a alguien que habla como si se hubiese comido un manual de esnobismo.

La boca de Brett tembló. No llegó a ser sonrisa... todavía.

Francie lo pinchó, suave, donde sabía que dolía.

—¿Cuánto tiempo estuviste practicando para saludarnos así?

—No estaba practicando —se defendió él—. Solo... me parecía apropiado.

—Apropiado, todo tiene que ser apropiado —repitió Noreen, y por algún motivo ese día la palabra le daba ganas de reír—. Tal parece que Londres te ha contagiado esa enfermedad a ti también.

—Oh, no, no a ti también —exclamó Francie con exageración.

—A ver, ¿qué tal enfermo estás? —Tracie le tocó la frente como si estuviera comprobando su estado febril.

Él se la apartó, tragó saliva. Miró hacia el interior de la casa, como si buscara apoyo en una pared. Fue entonces cuando se quebró. ¡Suficiente! Eso de ser un lord era agotador.

—¡Hice que prepararan pasteles! —Alzó la voz sin reparo alguno. Luego apretó los labios, como si acabara de confesar un crimen. Uno que atentaba contra la etiqueta y los modales—. De limón... de nata y fresas... —enumeró, ya sin retorno. Dejó de ser Lord Grenville, pasó a ser Brett—. Y también... —miró a Tracie con una sonrisa— de nata y chocolate. Como a ti te gusta.

Tracie se llevó ambas manos al pecho, emocionada.

—¡Sabía que me habías extrañado tanto como yo a ti!

—No digas tonterías —replicó Brett, recuperando la rigidez por puro instinto, pero ya era tarde.

—Pasteles, sí, por favor, comamos como se debe, hay que festejar —dictaminó Francie abriéndose paso en la escalinata.

—Claro que hay que festejar —coincidió Tracie—. ¡El regreso! ¡La libertad! ¡La ausencia de Lady Kensington!

Melissa aprovechó esa ola perfecta de alegría para insertar la noticia relevante en el momento exacto.

—Y festejaremos por una razón más, Brett.

Él se enderezó de inmediato. Volvió el lord.

—¿Ah, sí?, ¿ha sucedido algo de importancia mientras han estado fuera de casa?

—Sí, tu prima Noreen se ha comprometido.

El silencio fue repentino. Hasta los pájaros cerraron sus picos. Hasta las ranas dejaron de croar.

Noreen se tensó, la mentira volvía a colgarse sobre sus hombros. Francie también se tensó, porque sabía que cuando el secreto saliera a la luz, estarían en problemas. Mas ahora que su primo era partícipe de la noticia.

Brett se quedó quieto... demasiado quieto. Casi ni parpadeó. Luego, su rostro se movió apenas.

—Veremos —dijo.

Noreen parpadeó.

—¿Perdón?

—Veremos —repitió Brett, con total seriedad—. Háblenme de ese prometido. Veré si apruebo o no el compromiso.

Tracie soltó una carcajada.

—¡Brett!

Francie se apoyó en la baranda de la escalinata. Clavó una mirada cómplice en Noreen, una que decía: Quizás podemos utilizarlo a favor, que sea él quien rompa el compromiso.

—¿Desde cuándo tú apruebas cosas? —le preguntó conteniendo las ganas de reír.

—Desde que soy el lord de Kinloss —replicó él, como si fuera una sentencia natural del universo.

Noreen cruzó los brazos, era la primera vez que se sentía a gusto hablando de su falso compromiso. Con Brett todo era más ameno.

—No sabía que mi compromiso necesitaba el sello oficial de un niño que creció dos pulgadas por practicar esgrima.

Brett no se inmutó.

—¿Quién es tu supuesto prometido? —preguntó, firme—. ¿Lo conozco?

Melissa guardó su sonrisa de madre y la cambió por la de: «esto se va a poner interesante».

—Lo conoces... es Gail O'Rourke.

La reacción de Brett fue inmediata. Asintió con la barbilla.

—Me agrada.

Tracie se quedó congelada.

—¿Así de rápido?

—Sí —respondió Brett, muy serio—. O'Rourke es... útil.

Noreen arqueó una ceja.

—¿Útil?

—Sabe hablar el idioma de los nobles pese a no ser uno —dijo a modo de dictamen—. Y también sabe hablar el idioma de los burgueses... Es útil como esposo para ti, va a saber darte tu lugar en ambos bandos.

Las Plageman se miraron entre ellas. Hasta Melissa quedó boquiabierta ante lo oído.

Francie sonrió, satisfecha.

—¡La esgrima no solo te ha ensanchado la espalda, eh! —Le palmeó el hombro con ganas.

Melissa dio un paso hacia la puerta.

—Entonces —dijo, marcando el final del tribunal—, entremos. Hay pasteles esperándonos... y creo que a todos nos hará bien.

Brett se apartó para dejarlas pasar, pero cuando Tracie lo rozó al subir los escalones, él murmuró en tono bien infantil:

—De verdad hice que prepararan el de nata y chocolate para ti.

Tracie lo miró con embeleso. ¡Solo su primo la consentía como era debido!

—Lo sé —susurró—. No esperaba menos, eres el lord perfecto.

Noreen entró tras ellas, y por primera vez en semanas sintió que el suelo no le pedía que fingiera nada más. Kinloss olía a hogar, a hogar momentáneo. De repente, como si el destino no resistiera la tentación de apretar un poco más la cuerda de su mentira, se le cruzó una idea incómoda por la mente:

Si Brett aprobaba a Gail tan rápido... quizá el problema no era el prometido. Quizá el problema era lo fácil que empezaba a parecer todo. Y eso, en su experiencia, nunca era buena señal.

CAPÍTULO 14



Francie se quitó los guantes antes de que el carruaje se detuviera del todo. Habían sido invitadas a una tarde de té y juegos en casa de los Sinclair, sus vecinos, al igual que los Audley.

—Si Lady Kensington pudiera vernos ahora mismo —murmuró cuando se quitó también el sombrero, decidida a dejarlo dentro del carruaje—, tendría un desmayo de principios morales.

—Más que uno, diría yo —añadió Tracie, estirando las piernas apenas pisaron la grava—. Aquí una puede caminar sin pensar si la falda está aprobada por el manual de conducta de la señora espectro. —Miró de soslayo a Noreen a la espera de que ésta le llamara la atención. Nada, ni una palabra—. ¿Puedo decir señora espectro aquí?

—Di lo que se te plazca, ya no estamos en territorio hostil —dijo con una exhalación. No fingir ser prometida de nadie era liberador. También se quitó los guantes. Es más, se quitó el lazo del cabello como una especie de proclamación de principios.

La matriarca Plageman y Brett habían llegado unos minutos antes que ellas. Por lo visto, ya habían sido recibidos y guiados hacia el interior de las instalaciones.

Para sorpresa de las hermanas, fue el propio Lord Wayne Sinclair quien se presentó para recibirlas.

—Bienvenidas, señoritas Plageman... Me han encomendado la tarea de dirigirlas a su destino sin ningún tipo de demora.

—¿Milord, díganos quién le ha otorgado una tarea de tan bajo rango? —indagó Francie a modo de broma.

—Las demandas de Lady Leopoldine no tienen ningún rango, todas son complacidas a la brevedad —alegó el hombre haciendo un sutil movimiento sobre su vientre.

Oh, cierto, las Plageman se habían olvidado de ese pequeño detalle. ¡El embarazo!

—¡Qué cabeza la nuestra, Lord Sinclair! —Tracie se llevó las manos a la boca. Miró a sus hermanas. Se sentía en falta. ¡Estaban en falta!

—Espero que usted y Lady Leopoldine sepan disculparnos —dijo Noreen con auténtica pena y un poco de vergüenza—, la vida londinense nos ha hecho olvidar de las cosas importantes, y aquí estamos, sin ningún obsequio... —Por los menos en sus tierras, se estilaba eso, ante el anuncio de un embarazo, se entregaban obsequios a modo de buen augurio.

—¡El obsequio son ustedes! —Wayne alzó la mirada al cielo complacido—. La abstinencia de cotilleo social es peor que las náuseas matutinas... ¡Benditas sean! Por favor, síganme, Leopoldine las espera en el jardín. Ha decidido que el césped es más indulgente que los sillones hoy.

La caravana de cuatro se abrió paso por el camino de grava principal y se bifurcó unos metros antes de llegar a la entrada principal, allí, el jardín les daba la bienvenida a las invitadas más esperadas. Al resguardo de un gazebo una mesa estaba dispuesta con delicadeza: porcelana, bandejas con pasteles, teteras humeantes y frutas de todos los colores. También un gran surtido de emparedados, para todos los gustos y paladares.

Leopoldine Audley de Sinclair se encontraba sentada a un costado, con una mano apoyada en el vientre y la otra sosteniendo una taza. Su embarazo, ya evidente, no le restaba elegancia, al contrario, le daba un halo de serenidad. Poco habitual para esa muchacha que solía moverse de un lado al otro como si tuviera hormigas en el trasero.

—¡Al fin están de regreso! —exclamó al verlas—. Cuéntenme todo... —Les indicó los asientos dispuestos para ellas. Estaba ansiosa, por lo visto—. Tú, Noreen, respeta las jerarquías... —dijo con picardía—. Ven, siéntate a mi lado. —Ni bien estuvo junto a ella, la codeó sin disimulo y miró a sus hermanas—. Dime, ¿qué novedades trajeron de la ciudad?

—Oh, por lo que he oído, Londres sigue siendo Londres —respondió de inmediato buscando con su mirada a Francie, le decía: vamos, colabora con esto

—. No es que yo lo conozca mucho, pero eso es lo que suelen decir.

—Sí, esa es la respuesta protocolar —pinchó Leopoldine insatisfecha—, una que has aprendido muy bien y rápido. ¿Qué más?

—Muchas miradas, poco espacio para respirar —agregó Francie para rescatar a su hermana.

Todavía no habían decidido si contarle lo del compromiso. De hecho, le pidieron a su madre y a Brett que lo mantuvieran en secreto momentáneo. El pequeño vizconde accedió al pedido de inmediato, al fin de cuentas, el tal O'Rourke le agradaba, pero quería analizarlo más a fondo. Algo que sucedería solo cuando lo tratara en persona. En teoría, Gail viajaría al campo también. Bueno, eso había dicho. Pero del dicho al hecho, siempre hay un gran trecho. Más aún cuando se trata de un libertino con una fila de amantes insatisfechas que lo reclaman. Primero lo primero, ocuparse de sus damas. Por último, su falsa prometida, ¿no?

—Y una cantidad obscena de normas —añadió Tracie—. Algunas creo que son inventadas.

—Si esas normas fueron citadas por Lady Kensington —intervino Leopoldine—, puede que estés en la cierto, Tracie.

—Vaya, veo que las noticias vuelan —dijo Francie tomando un plato con un trozo de pastel—. Noreen se cansó de repetirnos una y otra vez lo mismo, las paredes oyen... hablan. ¡En verdad lo hacen! El chisme llegó hasta aquí.

—Las paredes oyen, hablan con las cortinas... y estás le cuentan el chisme a los pájaros —comentó Wayne mientras rellenaba la taza de té de su esposa.

—Luego, estos van de condado en condado repartiendo la información —continuó Leopoldine, le agradeció el gesto a su esposo con un beso en la mejilla. Él cogió un éclair de chocolate, lo colocó en el plato de su esposa, y acercó su otra mejilla a la espera de su recompensa.

—¿Y qué información le han dado esos pájaros, milady? —interrogó Noreen con intriga. Ella también quería saber. Solo así podía tergiversar lo oído.

—Que Tracie y Francie fueron relegadas al destierro del apartamento, mientras que tú fuiste lanzada a los lobos bajo la orden de Lady Kensington.

—Bastante acertados sus pájaros, milady. —Noreen se sirvió té—. Y cómo verás... —dijo poniendo fin a la formalidad forzada—, todas hemos sobrevivido. Por suerte, ya estamos de regreso, lejos de la ciudad, de la temporada, de todo...

Leopoldine alzó una ceja.

—¿Nada más? ¿No tienes nada más para contarme?

Noreen negó con la cabeza, sorbió su té. Leopoldine indagó con su mirada en busca de información en las otras dos Plageman.

—Absolutamente nada más —confirmaron las dos, casi demasiado rápido.

Wayne observó el intercambio con una media sonrisa. Su esposa no cedería, no solo los pájaros le habían ido con el chisme... tenía otra fuente de información. Directa y fiel.

—¿Eso es todo? —insistió—. ¿Ni una sola sorpresa?

—Ninguna digna de mención —dijo Noreen, firme.

El sonido de pasos sobre la hierba interrumpió el interrogatorio. Desde el sendero que bordeaba la laguna aparecieron dos figuras masculinas: Leopold VIII y Gail O'Rourke, ambos arremangados, señal de que habían estado haciendo algo práctico.

—Estábamos preparando el terreno para el croquet —anunció Leopold—. El césped está perfecto.

—Y la laguna también se comportó —añadió Gail—. No intentó tragarse ningún aro.

Noreen levantó la vista con una advertencia muda en los ojos. ¡Espero que no les hayas contado!... ¡No te atrevas a abrir esa bocaza tuya!

Gail la ignoró con una sonrisa encantadora.

—Me olvidaba, yo sí les he traído novedades de Londres —continuó, como quien recuerda un dato menor, pero interesante.

Leopoldine y Wayne se giraron al instante, lentos, en coordinación casi ensayada.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, satisfecha.

Gail se acercó a Noreen y posó la mano en su hombro con absoluta naturalidad.

—Nos hemos comprometido. ¿No es así, cariño?

El silencio que siguió fue breve... pero delicioso.

—¿Perdón? —dijo Leopold VIII. Para variar, el gemelo Audley siempre era el último en enterarse de todo. Su sorpresa fue real. Por puro acto reflejo, miró a Francie, como si en esta fuese a hallar la respuesta. Ella se encogió de hombros.

—¿Comprometidos? —repitió Leopoldine, llevándose la mano al pecho con fingida sorpresa—. Me pregunto... ¿cómo ocurrió este inesperado suceso? —Cogió el éclair y lo metió dentro de su boca. Clavó su mirada en Noreen.

—¿Croquet? ¿Han dicho croquet? —salió al rescate Tracie. Su función era siempre la misma, ser el factor disruptivo necesario. Su hermana mayor la miró,

en su mirada pudo leer: Excelente servicio filial, Tracie. Excelente—. Juguemos primero y después charlemos.

—Oh, juguemos y charlemos —sugirió Francie mirando a Leopold VIII que la hostigaba con silenciosas preguntas.

—Tú... —La señaló el gemelo—, juegas conmigo.

Le faltó decir: y me cuentas el chisme como corresponde. Como fuese, al juego se ha dicho. Un, dos, tres... a jugar.

La necesidad de jugar al croquet nació de un instante al otro en Noreen, apareció como aparecen las cosas que están destinadas a suceder... al igual que Gail O'Rourke. Apareció de la nada, allí, en la casa de los Sinclair. En la casa de Lady Honora. En casa de la señora Joicey... En fin, apareció de la nada en la vida de Noreen. Y ella estaba intentando descifrar si eso era una bendición o una condena.

Él le guiñó el ojo con picardía. Luego sonrió con ganas. Todos lo notaron.

Sí, definitivamente no era una bendición. ¡Era una gran condena!

Los arcos ya estaban dispuestos sobre el césped, blancos y discretos, alineados con una prolijidad casi excesiva. Los mazos descansaban apoyados contra la mesa lateral, listos para ser empuñados. La laguna brillaba a pocos metros, tranquila, como si no pensara interferir en absoluto.

—Yo me quedaré aquí —anunció Leopoldine con naturalidad, acomodándose mejor en su asiento. La realidad era que su estado no era un gran amigo del croquet. Era preferible mantenerse a la sombra en compañía de pasteles. Además, desde ese palco preferencial, tendría la visión perfecta—. Alguien tiene que vigilar que no hagan trampa.

—Y alguien tiene que vigilar el comportamiento del señor O´Rourke —agregó Brett, sentándose a su lado. Le susurró—: No vaya a ser que pierda sus modales de caballero solo por estar entre amigos.

Leopoldine le lanzó una mirada ladeada.

—¿Modales de caballero? —carcajeó. Pero se cubrió la boca para que el pequeño vizconde no creyera que se burlaba de él—. ¿Estamos hablando del mismo hombre, Lord Grenville?

—¿Acaso hay otro? —Con total ingenuidad se volteó a mirar en derredor —. ¿No es acaso él el prometido de mi prima?

Leopoldine le palmeó el hombro con suavidad para recuperar su atención. Aún era demasiado inocente para comprender ciertas expresiones o indirectas.

—Disculpe a esta dama, milord, el pequeño ser que crece en mi interior a veces hace que me confunda... Sí, él es el prometido de su prima. Todavía tengo que acostumbrarme, en mi defensa, me ha tomado por sorpresa su unión. ¿A usted no?

—Por supuesto que me ha tomado por sorpresa —dijo con la seriedad forzada que lo caracterizaba, esa que te provocaba ganas de besuquearlo—. Por eso estoy aquí, para observarlo y evaluarlo por razones puramente... —No se le ocurría cómo finalizar la oración. ¡Rayos!— académicas. —Fue lo que sonó más solemne en su cabeza, acorde a un lord.

—¿Académicas?

—Sociales —corrigió. Se ajustó el corbatín. Volvió a corregirse—. Familiares.... por razones familiares, milady.

—Veo que está muy comprometido con su rol de cabeza de familia, milord.

—Sí, es lo que se espera de mí... —suspiró con lentitud. Leopoldine lo miró de soslayo, controlaba sus ganas de pellizcarle las mejillas—. He oído decir a mí tía que el peso del legado del condado es mucho... por eso practico esgrima.

—¿Esgrima? —Leopoldine frunció el ceño. Le intrigaba la asociación mental del pequeño vizconde. ¿Legado y esgrima?

—Mi espalda se está ensanchando por la práctica... —dijo orgulloso de sí mismo—, una espalda ancha y fuerte va a poder soportar el peso del legado, ¿no lo cree así, milady?

Leopoldine parpadeó. Apretó los labios para esconder su sonrisa.

—No veo fallas en su lógica, milord. Continúe así... lo está haciendo muy bien. ¿Le apetece un té?

—Oh, me encantaría un té, gracias.

Y hablando de té... Desde el salón de té interior, visible a través de los ventanales abiertos, Melissa, Mary Elizabeth Sinclair y Lady Greta Audley tomaban asiento en torno a una mesa baja. El murmullo de la conversación femenina llegaba amortiguado hasta el jardín, como un bullicio constante. Ese partido de croquet tenía casi la misma cantidad de espectadores que de jugadores.

Wayne dio un paso al frente, dispuesto a organizar el juego.

—Bien, entonces... —dijo, frotándose las manos, decidido a iniciar la actividad—. Necesitamos parejas.

—Yo juego contigo —dijo Noreen de inmediato.

Demasiado de inmediato. Wayne parpadeó sorprendido, uno esperaría que la reciente pareja comprometida se uniera en complicidad deportiva, ¿no?

—¿Conmigo?

—Sí —afirmó ella, como si su vida dependiera de esa dupla de juego—. Contigo.

Gail arqueó una ceja, divertido. Era más que obvio que intentaba evitar su cercanía.

—Vamos, cariño —dijo con ese tono suyo, mitad broma, mitad desafío—. Demostremos lo que somos capaces de hacer juntos. Dicen que las parejas comprometidas juegan mejor.

Noreen lo fulminó con la mirada.

—La gente suele decir muchas cosas —replicó ella—. Y la mayoría de esas cosas son falsas.

—Qué decepción —exclamó con actitud teatral—. Tenía tantas esperanzas puestas en nuestro trabajo en equipo.

—Guárdate esas esperanzas para otro día —finalizó ella y, a modo de cierre, tomó un mazo—. Hoy no.

Wayne tosió, incómodo, pero aceptó la decisión sin discutirla. Noreen ya estaba a su lado, marcando territorio como si el césped también necesitara acatar sus órdenes.

—De acuerdo, entonces seremos Noreen y yo.

Gail se encogió de hombros exagerando un gesto de triste derrota. Uno que le duró un par de segundos. Al instante, sonrió de par en par.

—En ese caso... —Giró el rostro hacia Tracie—. Supongo que tú y yo seremos compañeros.

Los ojos de Tracie se iluminaron como si acabaran de concederle un título nobiliario.

—¡Mi cuñado! —proclamó, dando un pequeño salto—. ¡Juego con mi cuñado!

Noreen apretó el mazo con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Todavía no es tu cuñado —le recordó con un murmullo entre dientes apretados.

—Eso es lo que diría una prometida nerviosa, es entendible. El amor puede ser como la marea, cambiante de un instante al otro. Pero mi amor por ti no es comparable con el mar, sino con esa plácida laguna —respondió Gail con

tono poético mientras señalaba la laguna cercana. Wayne carraspeó, casi se ahoga con su propia saliva. Leopold rio a sus anchas, había logrado escuchar sus palabras. Noreen rodó los ojos—. Vamos, cuñada... —cogió un mazo y se lo entregó— enséñame cómo se juega.

—¿Has oído, Noreen? Gail es esa plácida laguna, así que puedo llamarlo cuñado con certeza. ¡Cuñado! —repitió Tracie, encantada, acomodándose a su lado. Codeó a Gail—. ¿Viste? Ya suena bien y todo.

Gail inclinó la cabeza hacia ella.

—Me estoy acostumbrando muy rápido... me agrada ser tu cuñado, cuñada.

Desde el otro extremo del césped, Leopold VIII se acomodaba junto a Francie.

—Tenía pensado jugar con mi cuñado —se mofó ella. Intuía las intenciones de Leopold—. Desde ya te aviso, soy pésima jugando al croquet... Dudo que ganemos.

—¿Quién te ha dicho a ti que quiero ganar? —Fue en busca de dos mazos, regresó y le entregó uno.

—¿Y qué quieres?

—Necesito que alguien me explique qué demonios pasó en Londres —dijo en tono de susurro. Tenían esa confianza, aunque esta pasara desapercibida para todos los demás.

Francie sonrió con una dulzura peligrosa.

—Entonces has elegido muy mal a tu compañera —dijo—. Porque yo jamás explico nada gratis.

—Lo sé, pero quiero información fidedigna, y solo la voy a obtener contigo... así que estoy dispuesto a pagar el precio que sea.

—Hecho... —Francie extendió su mano y él la cogió con un apretón. Trato. Ganar era lo de menos.

Finalmente, Wayne, hizo palmas al aire para captar la atención de los jugadores y espectadores.

—Muy bien. Las parejas quedan así: Francie y Leopold. Noreen y yo. Tracie y Gail.

—¡Mi cuñado! —canturreó Tracie por cuarta vez.

Gail le guiñó un ojo.

—Prometo no avergonzarte.

Noreen evitó mirarlos. Se colocó en posición, concentrada en la bola frente a ella como si fuera el único elemento existente en el mundo.

El primer golpe estaba por darse. Sin que nadie lo dijera en voz alta, todos comprendieron lo mismo: El croquet no iba a ser solo un juego.

A menos de veinte minutos de empezar el juego, el malhumor tomó posesión de Lord Wayne Sinclair. Cuando volvió a ser su turno, se aferró a la empuñadura de su mazo y dio un golpe preciso. La bola atravesó el aro sin rozarlo siquiera.

—¡Bravo, cariño! —Leopoldine, su esposa, aplaudió con euforia. No porque el juego de su esposo mereciera tanto mérito, sino para apoyarlo en su silenciosa queja. Su mirada seria y sus movimientos clamaban por un juego limpio. Algo que no estaba sucediendo—. ¡Así se juega!

—Tienes razón, mi querida esposa —comentó él con tono de evidente reprimenda grupal—. Así se juega, sin trucos.

—Qué aburrido —murmuró Leopold desde su esquina—. No te saltas las normas ni en un juego entre amigos.

—Me salto las normas que merecen ser saltadas, no estas.

Francie golpeó a continuación, su bola rebotó contra la de Wayne, desviándola. El intercambio de miradas con Leopold fue inmediato. Allí había complicidad, una que tenía como propósito crispar los nervios del dueño de la casa.

—¡Eso fue accidental! —dijo ella con una sonrisa que no engañaba a nadie.

—Claro —respondió Wayne, resignado.

—Tan accidental como tus tres golpes anteriores —alegó Noreen con el mismo fastidio que Wayne. A diferencia del anfitrión que tenía que mantener la cortesía, ella contaba con el pase libre para lanzarle a la cara las verdades traicioneras.

Tracie aprovechó que la atención se desviaba hacia la pareja Leopold-Francie, y actuó motivada por Gail. A diferencia de su hermana, ella ni siquiera fingió. Lo que hizo adrede fue más que evidente.

—¡Perdón! —exclamó después de empujar la bola de Noreen con la punta del zapato—. Se me fue el pie.

—No me sorprende de ti, menos aún cuando tienes ese compañero. —Con el fastidio a flor de piel, Noreen alzó el mazo y lo empuñó en dirección a Gail—.

Por lo visto no conoces el reglamento, y si lo haces, para variar... finges desconocimiento.

—¿Hay reglamento? —preguntó Gail con falsa ingenuidad—. Yo pensé que esto era un entretenimiento de intuición y caos.

—No, así es como te desenvuelves en el día a día, contigo todo es caos —replicó ella.

—Y aun así gano —sonrió él, antes de golpear con fuerza exagerada.

Las bolas comenzaron a dispersarse como si el césped fuera un campo de batalla infantil. Leopold silbaba, Francie se movía estratégicamente mal, Tracie reía cada vez que lograba arruinar una jugada ajena.

Wayne observó el marcador improvisado. Le habló a su compañera de juego:

—Estamos perdiendo... y el pronóstico final no es alentador —exhaló con resignación. Su esposa lo seguía alentando desde la comodidad de su silla mientras degustaba una tarta de frambuesas. Sonreía feliz por el hecho de tener visitas y reía a sus anchas en cada momento en que las trampas de los jugadores eran intencionales. La estaba pasando de maravilla y, a él, eso era lo único que le importaba. Sintió el fuego de la mirada de Noreen en su nuca, volteó a verla—. No pasa nada —dijo, tranquilo. Era cuestión de hacer las paces con el marcador y reconocer que solo estaban jugando por el del disfrute compartido.

Noreen apretó los labios.

—Sí pasa... Pasa y mucho. —Si había algo que Noreen detestaba era perder. En especial cuando perdía porque todos los demás rompían las reglas. ¡Y ella no!

—Es solo un juego. —Wayne intentó contagiarle un poco de su resignación.

Ella lo miró como si acabara de decir una obscenidad.

—No para mí, lo entenderías si no fueses hijo único —le dijo dispuesta a ir por todo.

¡Era tiempo de venganza! De disimulada venganza, respiró hondo... y cuando Tracie se preparaba para golpear, movió la bola con la punta del mazo.

—¡Oye! —protestó su hermana—. ¡Eso fue trampa!

¡El colmo del caradurismo!, pensó Noreen.

Tracie miró a Francie, a la espera de que ésta expusiera la jugarreta de su hermana mayor.

—No vi nada —dijo Francie alzando las manos. No iba a delatar las trampas de otros. Menos de Noreen, a ella no la querías ver en modo competidora enemiga. Era despiadada.

La bola de Tracie rodó... rodó... y cayó en la laguna con un *plop* definitivo.

—¡Mi bola! —exclamó—. ¡Noreen! Las jugarretas tienen un límite, y ese límite es el agua.

—Si quieres seguir jugando, ve a buscarla —la provocó. Sabía que iba a odiar el hecho de tener que meterse a la laguna con falda.

Antes de que Tracie reconociera la rendición, Gail ya se estaba quitando las botas.

—Yo voy —dijo—. Cualquier excusa para meterme al agua es bienvenida.

El que hizo palmas al aire en esa ocasión fue Lord Brett, le agradó la actitud de O'Rourke, del prometido, futuro marido. No solo era útil en términos sociales, sino que era un muchacho de resolución rápida. Punto a favor. Alzó el pulgar en dirección a su prima para mostrarle su visto bueno.

—¡Oh, el caballero de brillante armadura de las bolas de croquet! —bufó Noreen.

—El mismo, que calza y viste... Aunque lo del calzado ahora no aplica —finalizó Gail una vez que sus botas quedaron olvidadas en el césped.

Se encaminó a la laguna sabiendo que Noreen no le quitaba la vista de encima.

Sí, iba a ser una imagen de enorme disfrute para ella verlo metido hasta las rodillas en el agua. Así se pagan los castigos de las traiciones, señor O'Rourke, quiso gritar.

Mientras su atención y sus pensamientos iban dirigidos hacia una sola persona en particular, a su espalda, la vida deportiva continuó con su ritmo.

Fue el turno de Tracie. La joven sonrió con dulzura vengativa, golpeó... y la bola que era de Noreen salió despedida hacia el mismo destino que la anterior: la laguna.

—¡Ups... fue sin querer queriendo! —dijo encogiéndose de hombros.

Wayne dio un paso adelante.

—No se preocupe, señorita Plageman, iré yo.

—Oh, no, cariño... —exclamó Leopoldine con dramatismo —, no vaya a ser que cojas una gripa por meterte en la laguna... y luego... luego me contagies a mí... y luego...

—No, iré yo... es mi bola —lo detuvo Noreen. Exhaló—. No es justo que tú te ensucies porque mi hermana se comportó como una niña malcriada y yo... yo le seguí el juego —reflexionó con un murmullo entre dientes.

Dicho eso, se alzó la falda y caminó hacia el agua. No se quitaría los botines, desanudar los cordones era una tarea tediosa.

Brett levantó una ceja desde su asiento.

—Interesante resolución de conflictos —murmuró en dirección a Leopoldine como si esperara la aprobación de esta—, dos mentes que reaccionan rápido y actúan.

—Tal parece, son el uno para el otro, ¿no lo cree así, milord?

—Tal parece... —repitió mientras los seguía con la mirada. Una vez que estuvieron a la orilla de la laguna, los perdió de vista debido a los árboles.

—Supongo que no hay razón para oponerse a esta unión —concluyó por él Leopoldine.

—Supone bien, milady... —Hizo una pausa más larga de lo esperado, Leopoldine volvió su rostro para mirarlo, esperaba no hallar más dudas en el pequeño lord. Y no las halló—. ¿Qué tal esa tarta, milady? Parece muy sabrosa —expresó relamiéndose.

—¡Deliciosa! ¿Le apetece una porción?

—Me encantaría...—sonrió satisfecho. Lo que sucediese en la laguna no era de su interés. Lo que sucediese entre su boca y esa porción de tarta, sí.

Ni bien Noreen llegó a la orilla de la laguna se encontró con un Gail ya agachado, con los pantalones remangados, buscando entre el agua clara. Sin preámbulos, lo imitó en postura. Sus botines se hundieron en el agua.

—Esa es la mía —dijo ella, tratando de capturar la bola visible antes que él.

—No. Es la mía.

Ambos se estiraron y tomaron la bola.

—¡Suéltala! —ordenó ella.

—¡Suéltala tú! —carcajeó él—. Llegué primero y la reclamo como mía.

Ninguno de los dos apartó sus manos. Continuaron hablando en esa posición, doblados y en cuclillas, con las cabezas ladeadas, mirándose.

—Que tú reclames las cosas como tuyas no significan que lo sean...

—Mmm, no sé... tengo pruebas que podrían refutar eso. En especial si esas cosas vienen solas a mí.

—Eso porque no ves el panorama completo... de hacerlo, verías que detrás de... —carraspeó con esmero—, de *esas cosas,* están sus dueños que después reclaman tu pescuezo.

—¿Tú reclamas mi pescuezo? —le sonrió con provocación—. Es todo tuyo si lo quieres.

—No, gracias, solo quiero mi bola.

—Pues, búscala, esta es mía —dijo, y con un movimiento rápido, se la quitó, la extrajo del agua y la proclamó como suya.

Noreen se tambaleó ante la acción repentina de Gail, dio un paso en falso y resbaló.

Gail reaccionó por puro reflejo, la sujetó por la cintura, el choque de cuerpos fue inevitable, el desequilibrio sorpresivo también... y ambos cayeron al agua con un chapuzón que arrancó exclamaciones desde el jardín. Tracie, Francie y Leopold habían contemplado la escena.

El agua era baja, la caída inofensiva... pero fue él quien recibió todo el impacto al caer de espaldas por procurar el bienestar de Noreen. En consecuencia, cuando emergieron, Gail estaba empapado de pies a cabeza. La camisa se le pegaba al torso, el cabello caía desordenado sobre la frente, el agua resbalaba por su cuello.

Noreen se incorporó primero. Se acomodó el vestido como pudo. Solo su falda estaba húmeda, el torso estaba casi seco gracias al resguardo de Gail. Debía de agradecerle, ¿verdad?

Y entonces lo miró.

Y se quedó quieta. Parpadeando como una debutante fascinada. Con la boca apenas entreabierta. Casi se le escapan las mariposas que contenía en su estómago. Mariposas dormidas y amordazadas hasta el momento.

¿En qué momento Gail se volvió tan...? No terminó el pensamiento. *¡Shhhh, mariposas, cállense! Vuelvan a dormir.*

Gail la observó. Sonrió muy lentamente. Conocía el efecto que tenía sobre las mujeres. Uno que nunca había tenido efecto en la señorita Noreen Plageman. ¡Por fin!

—Ah... —dijo triunfal. Sí, no pudo evitarlo, ella era su mayor logro. Quizás, su mayor conquista—. Hasta que finalmente tienes esa mirada.

Noreen intentó recomponerse. Resopló, apartó su mirada, puso su atención en sus botines embarrados.

—No sé de qué hablas.

—Claro que sí. —Gail se acercó un paso más hacia ella—. Si alguna vez te preguntaste cuál es el encanto que hace que mis amantes no se resignen a perderme... —Abrió los brazos, empapado, descarado— ahora lo puedes

comprobar. —Giró sobre sí para que Noreen viera el cuadro completo. Su torso, su espalda.

—Eres insoportable —murmuró ella enojada consigo misma. Sí, maldición... ahora lo comprendía. Gail O'Rourke era endemoniadamente sensual. Pero nunca lo reconocería. ¡Jamás! Regresó a sus cabales, a la expresión de: no me mueves ni un pelo.

—Insoportable, pero efectivo —rio con galantería—. Ellas han visto lo mismo que acabas de ver. —Acercó su rostro al de ella tanto como pudo. Sus narices casi se rozaron—. Me alegra que finalmente tú también lo hayas hecho.

Noreen, sin pensarlo, le empujó y él cayó de nalgas al agua.

—¡Idiota!

Gail soltó una carcajada.

—Eso no te lo discuto —dijo incorporándose entre risas—. Pero disfruto de ser un idiota contigo.

Un coro de risas hizo que Noreen se volteara a ver. Allí estaban Tracie, Francie, Leopold... y Leopoldine, que se había levantado de su silla de preferencia solo para ir a ver el espectáculo de tórtolos enamorados.

—¡Mi cuñado cayó al agua por amor! —exclamó Tracie.

—Sí, por amor... —masculló Noreen— amor a su propio ego idiota.

—Pero amor al fin —susurró él en su oído. Luego, la cogió de la muñeca y, con delicadeza, la guio fuera de la laguna—. Ven, tenemos que cambiarnos... no vaya a ser que cojamos una gripe y contagiemos a medio mundo.

—Solo tú puedes contagiar a medio mundo —bufó ella y chasqueó la lengua. Y por primera vez, desde que fingían ser lo que no eran, sintió enojo... envidia. Sus besos no la contagiarían, eso era un hecho.

Se soltó de su mano y se alejó con rapidez. No alcanzó a oír lo que él murmuró:

—Y, para mi desgracia, ese medio mundo no te incluye a ti.

CAPÍTULO 15



—Carta para ti, Brett —anunció Melissa.

Revisaba el correo en la sala que supo ser de la vizcondesa. La señora Plageman había cambiado muy pocas cosas del lugar, no por nostalgia, sino por sincronía con su hermana. Las dos priorizaron la practicidad y pronto entendió Melissa el porqué de que el escritorio estuviera junto a la ventana. Era un placer en verano dejar que la brisa entrara, al igual que el sol, y la tarea de administrar una casa se hacía más llevadera.

En invierno, aunque el frío se colaba por los cristales, la ladera nevada traía una claridad que el cielo inglés muchas veces se negaba a brindar.

Desde allí podía ver a Tracie acarrear su atril por el césped, cerca de un pajarito al que intentaba retratar. Cuando el pájaro voló, su hija soltó un juramento que merecía una reprimenda en lugar de la sonrisa que se dibujó en los labios de Melissa. Francie estaba en su época poeta, buscaba su propia voz a la hora de expresar sus emociones; a la señora Plageman le agradaba que los volcara en el papel, de lo contrario se ahogaría en esos sentimientos que se afanaba en ocultar. Noreen recogía hierbas, lucía el cabello suelto, cayendo en una maraña desordenada. Era dueña de unos rizos tan prietos que, si no se peinaban, se encrespaba con salvajismo. Parecía que la naturaleza la había dotado de esa maraña inmanejable para que Noreen no pecara de tener todo bajo control. En esos momentos parecía una encantadora hechicera del bosque, recogiendo hierbas con esas pintas.

Brett, hasta recién, había estado jugando con su nuevo perro raza spaniels. Un regalo de Lady Mary Elizabeth, quien ahora, sin su molesto esposo diciéndole qué hacer a cada paso, había descubierto que le gustaba ser la señora de los perros. Era la María Antonieta de los campos ingleses, siempre seguida por una jauría de chuchos encantadores.

—¿Para mí? —preguntó Brett, sorprendido.

—Claro, eres el vizconde.

Brett le sonrió al ver que ni siquiera la había abierto por él. Le agradaba tía Melissa, no era como los anteriores tutores, esos que supieron encargarse de él hasta que ella llegara. Los tutores se metían en sus cosas, le ocultaban información y hasta habían intentado robarle dinero. ¡Y todo eso en los nueve meses que le llevó a las Plageman recibir la noticia, preparar sus cosas y cruzar el océano!

Ahora con Melissa se relajaba. Podía ser un niño, sin que eso implicara dejar de ser un vizconde.

—Es de Lady Honora Kensington.

—Lo es.

—¿No sientes curiosidad, tía?

—¡Me estoy muriendo de la curiosidad, Brett! —lo apremió ella.

El niño se echó a reír, se estaba tardando demasiado en abrir la carta. Lo hizo con solemnidad, al fin de cuentas, no siempre un niño recibe una misiva. Cogió el abrecartas, levantó el sello y extendió ante sus ojos el papel lleno de la prolija caligrafía de Lady Honora.

Estimado Lord Brett Grenville, vizconde de Kinloss,

Me dirijo a usted con la intención de felicitarlo por su labor como nuevo vizconde...

—¡Me felicita, tía! —clamó, sorprendido.

—¿Lady Honora? Oye, Brett, eso es asombroso. Bueno, no tanto, eres un joven vizconde ejemplar. —Le revolvió los cabellos con ternura.

—Dice que mis primas se han comportado *casi* como unas perfectas damas inglesas.

—Casi... —rio Melissa. Brett también.

—Aunque me atribuye a mí el éxito, no sé cómo, si yo no he estado presente.

—Acepta el cumplido con humildad, no tienes por qué corregir a Lady Honora —aconsejó Melissa.

—Dice que mi prima Noreen —continuó leyendo— tuvo la gran sensatez de seguir sus sabios consejos y ese es un rasgo de inteligencia. —Melissa contuvo la sonrisa sardónica, pero Brett era demasiado listo para no darse cuenta—: No halaga a Noreen, se halaga a sí misma.

La señora Plageman carcajeó. Sí, su sobrino era demasiado listo.

—¿Y entonces?

—Uf, sigue hasta el infinito —se quejó Brett—. Me cuenta sobre la salud de personas que no conozco... —leyó por encima las palabras— ¡y luego me habla del clima en Londres!

A su tía le costaba no traslucir la diversión, Brett estaba descubriendo que ser adulto no era tan divertido como parecía. Pronto se vería envuelto en esas dinámicas sociales complejas, de halagos que no son tal, de palabras corteses sobre desconocidos e invitaciones innegables.

—Y se sigue lisonjeando a ella misma, tía... —Brett rodó los ojos—. Escribe que, en Londres, sus conocidos no dejan de remarcar que su guía fue invaluable para mi prima Noreen, y que, dada la insistencia de esos supuestos conocidos, siente la *responsabilidad* —Brett bufó— de ayudar del mismo modo a mis otras primas.

—Bueno, solo tienes que responder del mismo modo, Brett, con muchos halagos y agradecimientos...

—Y nos pone al corriente de un evento en Londres —finalizó el joven, con su rostro pálido—, al que espera que yo asista con mis primas.

—¿Tú?

En general, los niños no eran bien recibidos en los eventos sociales. De hecho, ellas asistieron a uno con Brett y dieron qué hablar. Por fortuna, el beso de Lady Leopoldine con Lord Wayne en los jardines dio mucho más que hablar y el traspié de las Plageman quedó ahogado bajo un escándalo mayor.

—Es un evento al aire libre, dice que será perfecto para que mis primas menores sean vistas en sociedad *antes de una presentación formal*.

—¿Cuál es el evento?

—Una conmemoración al difunto rey Albert en el Royal Albert Hall.

Melissa se tranquilizó al oírlo, era un evento abierto, aunque...

—¿Y tenemos que presentarnos sin más?

—Léelo, tía. No es correspondencia privada.

Brett extendió la misiva con un gesto solemne. Melissa sintió que el corazón se le entibiaba por la diversión y ternura que le despertaba su sobrino.

Aceptó la carta y la leyó para sí.

—Tendremos una invitación para la sección de la alta sociedad.

—¿Quieres que la rechace? Podría hacerlo, acusar mis estudios y... —propuso Brett.

—¿Sabes qué haremos? —redobló Melissa.

—¿Qué?

—Lo que tú quieras. Será tu entera decisión, milord. El vizconde decide si sus primas asistirán o no, porque es el hombre de la casa.

Brett se sintió entusiasmado y abrumado y feliz y nervioso y...

Caminó por toda la sala, con el antebrazo derecho posado en la espalda baja y la mirada fija en sus primas en el jardín.

Sin embargo, el niño prevaleció por sobre el vizconde, y no pudo evitar preguntar.

—¿Crees que habrá fuegos artificiales, tía?

—Estoy convencida de que los habrá.

El niño asintió serio, como si ese dato cambiara por completo el peso de los platillos en la balanza.

—En tal caso, lo mejor será que asistamos.

—Si así lo demanda, milord —dijo su tía.

Brett sonrió. Y ya no pudo contener la emoción, salió corriendo del salón a informarle a sus primas:

—¡Iremos a ver los fuegos artificiales!

El viaje a Londres no fue en absoluto memorable; trasladar a una familia de cinco con sus baúles para unos pocos días en la ciudad en temporada de calor era una experiencia para dejar en el olvido.

Pero una vez arribaron a la ciudad, el temperamento de los integrantes fue otro. Muy distinto a la vez anterior. La emoción de Brett por los fuegos artificiales inundó a sus primas con un entusiasmo renovado, que se vio acompañado por extraños días soleados en Londres.

—Tendremos que hacer compras —anunció Melissa, en tono dudoso. La última vez había recibido un millar de pretextos. En esta ocasión, fue un murmullo de aprobación.

—¡Yo quiero un sombrero nuevo! —clamó Tracie.

—Yo quiero pasar por la librería —dijo Francie.

—Yo ya me hice a la idea de esos sombreros gigantes—reconoció Noreen.

—¡Y yo quiero dulces!

—Tú, jovencito, necesitas un traje nuevo. ¡Se te ven los tobillos! —decretó Melissa.

El pequeño vizconde crecía a pasos agigantados. En unos meses alcanzaría la altura de Tracie y en un año, sobrepasaría a todas las mujeres Plageman.

—Tengo tobillos bonitos —se lamentó él.

—¡Exacto! —coincidió Noreen—, eso hará a las debutantes morir al verte, y se te lanzarán para que te cases con ellas y...

—¡Bien, bien! Me confeccionaré pantalones nuevos. ¡Pero solo pantalones!

—Alza las manos —pidió Melissa. El niño lo hizo, la chaqueta quedó a la altura de sus codos.

—Y chaquetas... —accedió.

—¿Y zapatos?

—Y zapatos...

—Y ustedes también, muchachas —señaló a sus hijas—. Que hemos conseguido sobrevivir con lo traído de América, pero ya quedó en evidencia que no nos consideran de buen gusto.

—Viendo cómo comen el puré, madre, no confiaría en el buen gusto inglés —dijo Francie, las hermanas se echaron a reír.

—A mí me gusta el puré —se quejó Brett.

—Porque ahora lo comes al estilo francés.

—¿Y cómo haremos? —Noreen se dirigió de manera directa al asunto práctico. Brett era un niño, pero su atuendo lo tenía que confeccionar un sastre masculino, mientras que ellas eran damas y debían ir a modistas femeninas.

—Lady Honora ya ha decidido por nosotras —se lamentó Melissa.

—¡Noooo! —corearon las jóvenes—. ¡Nos hará vestir a todas de blanco, con volados!

Melissa rio.

—Por eso, nuestra amiga Lady Mary Elizabeth intervino por nosotras. Pero no consiguió salvar a Brett, con Wayne en el campo, fue incapaz de proponer una solución que lo incluyera.

—¿Entonces? —insistió Noreen.

—Nosotras iremos al salón de madame Élodie, que es donde Lady Mary Elizabeth confecciona su guardarropa, y tú, Brett, irás con Lord Hayden al sastre que emplea el barón.

—¡Oh! —se quejó Tracie—, ¡quedarás aburrido como Lord Hayden!

—Lord Hayden no es aburrido —defendió Noreen, sus hermanas ladearon la cabeza—. Bien, lo acepto, es un poco aburrido...

—Pero viste impecable, que es lo importante —sentenció Melissa y dio el asunto por zanjado—. En cuanto Lord Hayden pase a recoger a Brett, nosotras iremos al salón de madame Élodie.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Francie.

—A las nueve de la mañana, según la nota que me ha enviado el mismísimo barón.

Los cinco pares de ojos fueron al reloj. La manecilla marcó las nueve en ese mismo instante y, antes de que el artefacto soltara la primera campanada, el barón fue anunciado.

—Si esta precisión nos demanda Londres, estamos perdidas —comentó Francie, y las hermanas volvieron a reír.

Un crisol de faldas coloridas, risas y buen ánimo se presentó en la tienda de madame Élodie. Las muchachas no eran vanidosas, pero en cuanto entraron al lugar, se permitieron unos minutos para la ensoñación.

—Madre —Francie arrastró a su madre hacia un busto en el que lucía un corsé lleno de pedrería—, te sentaría perfecto. ¿No lo creen? —preguntó a sus hermanas.

Noreen observaba los sombreros, por supuesto le gustaba el más pequeño, aunque este pudiera sentarle mal con sus rizos. Y Tracie estaba absorta en las faldas de telas livianas, que la hacían sentir como un hada del bosque.

—¡Sí, madre! —clamaron—. Hazte un vestido con pedrería.

—Sería una ostentación.

—Pues seamos ostentosas —insistió Francie—. De todos modos, nos criticarán.

—Además, las que debemos parecer sencillas somos nosotras —agregó Noreen—. Tú ya puedes aprovechar las mieles de ser viuda.

—¿Cuáles son esas mieles? —preguntó Tracie.

—¡Chitón! —las acalló Melissa, sonrojándose. No se imaginaba llamando la atención de un caballero a sus cuarenta y dos años.

Madame Élodie se apersonó en la antesala. Su sonrisa era tensa, y la felicidad de las jóvenes Plageman se aguó de inmediato.

—Señoras...

—Madame Élodie —Melissa tomó la delantera—, nos ha recomendado Lady Mary Elizabeth. Quisiéramos confeccionar algunos vestidos de verano y... —La señora Plageman cogió aire, enderezó la espalda e hizo algo que daba muy buen resultado en América— mi hija —Empujó a Noreen un paso al frente— se casará en breve. Como no somos de aquí, no conocemos mucho las casas de renombre, de modo que unos vestidos de tarde nos pueden dar la idea de si este será el lugar apropiado para un ajuar... —Carraspeó con disimulo— completo.

Esa estrategia no solo solía dar resultado en América. A madame Élodie le brillaron los ojos, pero entonces una nueva figura se asomó por detrás del cortinal.

—Oh, las Plageman —dijo Lady Aalishya Crofton—. Sí, un ajuar burgués, para un matrimonio burgués... si es que se lleva a cabo, claro. ¿Sabe, madame, con quién está prometida nuestra señorita Plageman? —La vendedora palideció —. Con Gail O'Rourke.

—Creo que si vuelven en otro momento... —sugirió la modista.

Melissa enfureció, pero apretó los dientes sin emitir respuesta. Noreen, en cambio, fue invadida por todo su temperamento fogoso.

—No, madame, no volveremos en otro momento. Como bien sabe la condesa, hay oportunidades que pasan una vez en la vida. —Una media sonrisa de parte de la señorita Plageman fue la puñalada final.

—Por eso, es mejor la solidez que da una clientela fiel —insistió Lady Aalishya.

—Ese conservadurismo es el que los está extinguiendo, a veces, hay que correr riesgos...

—Pero cuando se corren riesgos se pueden perder a lo grande —rebatió la condesa. Sin darse cuenta, ambas mujeres daban pequeños pasos al frente ante cada cruce. Ahora, apenas un metro las separaba.

—Y por eso, milady, es tan importante saber perder.

—¿Todo esto es por O'Rourke? —preguntó Tracie en voz bastante alta.

—Cierra tu bocaza —la acalló Francie, pero ya era tarde.

—Lo siento, señora Plageman, señoritas... —Madame Élodie estaba realmente apenada, sabía que perdía unas clientas ricas, pero no quería ganarse a la vengativa condesa como enemiga—, no podré atenderlas hoy.

—Ni nunca —siseó Lady Aalishya.

La furia de Noreen no conoció parangón. Giró sobre sus talones y se marchó hecha una furia. Ella sí sabía perder, pero eso no significaba que

encontrara la sensación agradable. Se dirigió al coche, sin fijarse si su madre y hermanas la seguían y, una vez al resguardo, se cubrió la boca con la tela de la falda y ahogó un grito de guerra.

—¡Maldita condesa del demonio y maldito O'Rourke! No podrías simplemente... simplemente...

Pero de solo pensarlo en brazos de la mujer, la furia fue reemplazada por otro sentimiento, uno que se le parecía demasiado. No, no quería que O'Rourke solucionara *el malestar* de la condesa, aún si eso le traía libertad. ¡Qué demonios!

—¿Noreen? —la llamó su madre y subió a su lado.

—Vayamos a casa, ya encontraremos otra modista —respondió, y puso su mirada en el camino. Si dejaba que Francie estudiara su rostro, su hermana adivinaría lo que ella aún no estaba lista para asumir.

CAPÍTULO 16



«Tenemos que hablar». A eso se había reducido la nota de Noreen, no más detalles. Ni hora acordada, ni lugar de encuentro, ni motivo de la apresurada reunión.

—Noreen —llamó Francie—. Tu prometido está lanzando piedras a nuestra ventana.

—¿Qué?

—Eso, Noreen, Gail está en el jardín, lanzando piedras a las ventanas.

—Maldición.

Noreen abrió la suya, asomó medio cuerpo y se encontró con la figura de Gail en el medio del jardín. La última piedrecilla pasó cerca de la cabeza de su prometida.

—¡Al fin! No quería correr el riesgo de equivocarme de habitación, ya sabes lo mal que terminó la última vez —dijo Gail.

—¿Qué haces aquí?

—Dijiste que teníamos que hablar.

—¡A una hora apropiada!

—Eso no lo decía la nota. Tendrás que ser más específica la próxima vez. ¡Hola, Francie! —saludó a la muchacha—. Perdona lo de las piedras, pero la última vez que me colé en una habitación terminé con un pie torcido y una prometida. Dudo que la sociedad vea bien a un cojo con dos esposas.

Noreen puso los ojos en blanco. Francie rio.

—Perdonado, pero la próxima vez, simplemente llama a la puerta.

—¿A estas horas? Sería inapropiado, mira si un inglés me ve.

Francie se echó a reír. No era tan tarde ni tan descabellado, pero sí inapropiado para una visita de cortesía. De hecho, ya habían cenado y daban inicio a la rutina de irse a la cama. Las dos hermanas ya tenían el cabello suelto, sin cepillar aún. Solían turnarse, una leía en voz alta mientras la otra cepillaba y trenzaba el cabello y luego se intercambiaban.

Noreen apareció en el jardín y Francie cerró la ventana.

—De verdad, no era necesario, con contestar la nota con fecha y hora bastaba, Gail —lo amonestó Noreen.

—Pues no me acuses, fuiste tú la críptica. ¿Puedes pensar en mis pobres nervios? —citó a la señora Bennet de Orgullo y Prejuicio. Noreen contuvo la risa, O'Rourke era como los niños, no había que festejarle las gracias—. ¿De qué tenemos que hablar?

—De romper nuestro compromiso.

El gesto divertido de O'Rourke se evaporó; Noreen pensó que se veía realmente afectado por la noticia.

—Aún no han recibido la invitación a ser presentadas —dijo, tal vez demasiado serio—. Y sabes que es probable que no pase esta temporada. Ya estamos en verano, el invierno suele ser de pocos eventos, de modo que hasta la próxima temporada...

—Lo sé. —Noreen dio un rodeo por el jardín.

Gail aprovechó a observarla. Tenía el cabello suelto, con unos tirabuzones prietos que formaban una melena salvaje. Su rostro se veía más pequeño, más delicado en contraste. Lucía uno de sus vestidos sencillos, sin demasiados adornos ni telas caras. La simpleza le sentaba bien, porque hacía ver a Noreen en su estado más puro. Y él recordaba a Noreen en estado puro, en la cama, con un camisón de algodón, suspirando entre sueños por sus caricias.

Era muy mala idea ir por esos caminos.

—Me he equivocado con este plan —reconoció ella.

—¿Tú, equivocada? ¿Qué ha pasado, Noreen?, venga, suéltalo.

—¡La condesa ha pasado!

A Gail lo inundó una furia atípica en él. Lady Aalishya había sobrepasado los límites de su paciencia, y eso era mucho decir. Nada perturbaba a Gail, y hasta ese momento, hubiera afirmado que nunca una mujer lo había sacado de quicio. Disfrutaba de su lugar de amante pues le gustaban todas las mujeres: altas, bajas, delgadas, con curvas, morenas, rubias... Le gustaban las de carácter

firme y las que eran suaves, que se dejaban llevar. Las que temblaban por sus caricias y las que cogían las riendas. Las osadas y las tímidas. Todas...

Menos Lady Aalishya y su capricho por él.

Todas...

Pero en especial Noreen y sus rizos y sus vestidos sin adornos y su carácter fogoso y su determinación y su...

—Sé más específica —pidió Gail, interrumpiendo sus preocupantes pensamientos.

—Fuimos a una modista que nos recomendó Lady Mary Elizabeth, es la elegida de los nobles.

—Madame Élodie.

—Exacto. Estaba la condesa, y la modista se ha negado a atendernos.

—¿Eso es todo? —Gail soltó el aire aliviado. No iba a indagar por qué, pues terminar esa farsa de compromiso era lo mejor que le podía suceder, ¿verdad? Regresar a sus andanzas, a sus amantes, a los caballos, en lugar de estar en Londres con esos calores asistiendo a aburridos bailes como el prometido enamorado de Noreen Plageman.

Coge la oportunidad, O'Rourke, termina con esto.

—¡Esto es importante!

—Noreen... —dio un paso al frente. Los ojos de la muchacha refulgían de furia.

—¡Nos han humillado! —clamó—. Nos han cerrado la puerta en las narices y ya estoy harta. Estoy cansada, Gail. No hemos hecho nada malo, más que ser americanas. ¿Y?, ¿qué tiene eso de malo?, ¿debo recordarles quiénes colonizaron América? Somos la misma sangre, somos la misma gente.

—No, Noreen, joder, no son lo mismo.

Ella clavó sus furibundos ojos en él.

—¡Estoy hasta la coronilla de mostrarme humilde!, ¡de esconder mis vestidos!, ¡mis aficiones!, ¡mis pasiones! Estoy cansada de ser modosa, cuidada... de no poder reír, no poder cantar, no poder caminar a paso apresurado. ¡Estoy cansada de no poder brillar ni una maldita noche! —confesó, tan enojada que sus ojos se cristalizaron por la emoción.

Gail soltó una risotada. Ella lanzó contra él su furia. O'Rourke la cogió de las muñecas antes de que sus manos, en puños, impactaran sobre su pecho.

—Ese es el problema, Noreen, ¿no lo ves? No eres como ellos, eres mejor. Tú brillas siempre, hasta con el vestido más insulso, tú brillas. Y eso los ofende,

eso los enfada...

—No estoy para tus bromas, Gail —dijo, deshaciendo el agarre—. No estoy de humor para tu juego del prometido enamorado, que me ve hermosa y...

O'Rourke hizo una mueca. Una pequeña sonrisa ladeada que no alcanzó su mirada.

—Bien, nada de juegos. —Sondeó con sus ojos verdes los de Noreen, luego viajó a su boca, al sonrojo de sus mejillas furiosas. El deseo de besarla por poco lo calcina. Ese calor creció más cuando se dio cuenta de que la señorita Plageman escondía una dosis de decepción.

—Terminaremos el compromiso... —dijo ella, apartando la mirada.

—No aún. Tenemos un acuerdo, Noreen, y todavía no hemos conseguido lo que buscábamos. Yo solucionaré el asunto.

¡Joder!, la expresión de dolor de Noreen se le clavó en el pecho y el dolor se mezcló con el deseo de una manera tan tortuosa que solo el marqués de Sade podría describirla.

—No me follaré a la condesa, Noreen...

—¡Gail! —la reprendió ella, ardiendo de vergüenza. Pero su pecho pareció soltar un huracán de aire contedido ante las palabras de O'Rourke—. Solucionaré eso de no brillar, o la tontería que se te ha pasado por la cabeza.

—No es una tontería.

—No me haré responsable si dejas a todo Londres ciego, querida —bromeó él. ¿O no?

—¡Rayos!, vete, vete —lo empujó ella. Las risas volvieron—. Y la próxima llama a la puerta, mi brillo puede soportar el *escándalo* de recibir a mi prometido después de la cena.

—Tu brillo puede soportarlo todo, Noreen. —Le hizo una reverencia. Alzó la vista y Francie volvió a asomarse para saludarlo desde lo alto. Con un ademán de mano, se despidió de la hermana Plageman, y volvió a saltar la medianera como un ladrón furtivo.

«Pasaré a recogerlas a las nueve».

—¿Sabes, Noreen? —se quejó Francie—, tendrán que mejorar sus dotes comunicativas. No pueden ser tan escuetos.

—¿Tú lo dices? —se burló la mayor—. Eres incapaz de decir lo que piensas.

—Pero por decisión propia, no por falta de palabras o negación de las emociones.

—Eso crees tú.

—¡Eso sé yo! —se defendió la mediana.

—¡Dejen de discutir! El señor O'Rourke pasará por nosotras en breve.

—Pues no ha superado la marca de Lord Hayden. Son las nueve y un minuto y no está aquí —resaltó Tracie.

—Dudo que alguien pueda superar la marca de Lord Hayden —rio Noreen.

Nueve y tres minutos, O'Rourke llamó a la puerta. Bien, podía lidiar con tres minutos de demora, pensó la señorita Plageman y palideció al darse cuenta de esa afirmación. No pretendía seguir una relación con Gail, a ella no le tenía que importar su puntualidad.

—Señora —saludó con una reverencia—, señoritas...

—¿Qué planeas? —se adelantó Noreen.

—Sorprenderlas.

Melissa estaba feliz por la propuesta, aún sin saber los pormenores. Le parecía que Gail estaba haciendo un buen trabajo como prometido y se alegraba por su hija. Ya no quedaban dudas para ella de ese compromiso, el cariño era evidente.

El coche aguardaba a por ellas, y Gail, para no incomodar a las damas, decidió montar a la par. Se inclinaba sobre las crines de su caballo para asomarse por la ventanilla abierta y hablar con las damas durante todo el trayecto. Quien más conversó en esa modalidad, por supuesto, fue Tracie; la más pequeña no dudó en asomar medio cuerpo por la ventanilla y gritar por sobre el barullo de la ciudad. Las demás se limitaron a reír y a comentar pequeñas observaciones.

El lugar era una gran casona en la zona comercial de Londres. Al llegar, un lacayo de traje azul y peluca blanca les abrió las puertas y el vestíbulo dejó a las damas sin aliento.

—O'Rourke —saludó una mujer de unos cincuenta años—, ellas deben ser las Plageman. Y tú —Se acercó sin vacilar a Noreen—, la prometida de nuestro muchacho de oro.

Noreen se volvió hacia Gail, vocalizó un: ¿cómo lo supo? La mujer le leyó los labios y rio.

—Oh, porque una no se hace a este negocio sin saber adivinar los gustos de sus clientes, incluso antes de que estos los reconozcan.

—Pero yo sí lo he reconocido, señora Bianchi —dijo él—, en cuanto la vi, supe que era justo lo que mi paladar ansiaba.

Noreen se abstuvo de rodar los ojos, si seguía así, quedaría bizca durante ese compromiso falso. Francie, en cambio, alzó las cejas en dirección a su hermana. Tracie y Melissa suspiraron emocionadas.

—Señora Plageman —La mujer fue hacia la matriarca—, soy la señora Bianchi y estoy a su entera disposición. O'Rourke me ha puesto al tanto de lo sucedido con madame Élodie... Mi competencia... —agregó en voz confidente y le guiñó un ojo.

Melissa sonrió y entendió la dinámica.

—Oh, esa mujer, ¡qué desplante!, ¡qué falta de buen gusto!

—¡Qué terrible será cuando ustedes brillen y pongan tal acto de mala educación al descubierto!

—Aquí nunca se sabe lo que es mala educación —se lamentó Tracie—. Desde que llegamos intentamos adivinarlo.

—Pues no lo intenten más...

Las puertas que daban a la siguiente habitación se abrieron de par en par. Una docena de muchachas la atravesaron, algunas con bandejas, otras con las manos desocupadas. Champán, caviar, canapés de paté, una torre de frutas, quesos, panes. Un festín a sus pies. Y un ejército de costureras a su servicio.

—¿No hay más clientas? —preguntó Francie.

—No. Esta mañana es para ustedes —anunció la señora Bianchi—. El señor O'Rourke se ha encargado de eso.

Noreen ralentizó el paso hasta quedar a la par de Gail.

—¿Qué es esto, Gail?

—Lo que mereces, Noreen. Deja de tratar de apagar tu brillo para no despertar la envidia de Londres y los comentarios venenosos de la condesa. Reluce, encandila... Da qué hablar.

—Gail...

—No te preocupes, te haré llegar la factura —bromeó él.

Noreen se echó a reír.

—Que no incluya el caviar, me parece un despropósito.

—El caviar irá por mi cuenta. —Rio con ella—. Ve, Noreen... —La muchacha se perdió en la habitación de pruebas. A él le trajeron más champán, una selección de libros, el periódico y varios bocadillos por si deseaba esperar a las damas. Una vez a solas, agregó—: déjame hacerte feliz aunque sea este instante.

CAPÍTULO 17



—No contaba con este infierno —se lamentó Melissa, a punto de perder la paciencia.

Los coches se pegaban los unos a los otros, los cocheros se insultaban y las personas avanzaban apenas a dos metros la hora.

Aún era de día, el sol se perdía por detrás de las casas y la brisa era todavía cálida.

—Bajemos —propuso Francie. Abrió la puerta.

—¡Eso daría que hablar! —se lamentó Melissa.

—Pues que hablen, madre —coincidió Noreen y abrió la segunda portezuela. ¡Al demonio las formas!, ya había aceptado que nada de lo que hicieran se consideraría de buen gusto. Entonces, ¿por qué esforzarse? Tal vez fuera el efecto Gail, tal vez sí tenía en sus venas una dosis de rebeldía.

Al descender, un murmullo de voces las recibió. No eran de censura, sino de admiración. Noreen sonrió. O'Rourke tenía un punto, ser auténtico, en ocasiones, daba mejor resultado que jugar bajo las reglas establecidas.

El Royal Albert Hall había sido inaugurado apenas unas semanas atrás por la mismísima reina, este evento era el segundo que se presentaba allí y no solo la crema y nata de la sociedad estaba invitada. La reina tenía presente que gobernaba para todos y que, si se mostraba lejana a su pueblo, las posibilidades de una revuelta cobrarían realismo. Por eso, no solo ella se aseguraba de abrir ciertos espacios a la plebe, sino también de obligar a la nobleza a codearse con ellos.

Esa noche en el Royal Albert Hall, aunque los nobles entrarían y tendrían los asientos privilegiados, algunos plebeyos también lo harían en la parte alta y luego, los fuegos artificiales y la música en los jardines sería para deleite de todos por igual.

El gesto de las americanas no fue mal recibido en ese contexto, al contrario, fue imitado. Los ciudadanos comunes tuvieron un espectáculo extra, el de ver esos vestidos de alta costura, esas damas y esas joyas con las que pocos podían siquiera soñar.

—Hola, hola... —Tracie alzaba la mano y saludaba a quien fuera que le dirigiera la palabra. Melissa sonreía a su hija. Los demás invitados bajaron de sus carruajes y caminaron hacia el ingreso, exponiendo sus trajes y sus modales educados. Más de uno optó por seguir los pasos de Tracie y hasta saludar a los presentes que se agolpaban contra la puerta de ingreso—. Tú también estás muy guapo —le dijo a un niño, que escondió la cabeza tras la falda de su madre.

Noreen sonrió a su hermana.

—Y Gail dice que soy yo la que brilla —murmuró.

La menor de las Plageman era quien parecía haber nacido para deslumbrar. Francie la oyó por sobre el barullo.

—Eso es porque sí, brillas, pero, además, porque él tiene solo ojos para ti, Noreen.

—No es cierto —siseó ella—. Sabes que es una farsa.

—Hay farsas que están hechas para volverse realidad.

Avanzaron hasta la entrada, allí un lacayo de librea constató sus invitaciones y otro, ya de frac, las acompañó a sus asientos. Eran en la parte baja, cerca del escenario.

—Las farsas son farsas —siguió Noreen, sin deseos de reconocer que su hermana podía tener razón.

Gail y ella no estaban hechos para el matrimonio, tenían demasiados prejuicios hacia esa institución. Sería un error abrirse a algo más. Pero... error o no, lo que cabía preguntarse era si podría evitarse.

—No —insistió Francie. Sus faldas apenas pasaban por entre las butacas, mantuvieron la conversación mientras se deslizaban entre ellas—. Es como dormir, primero finges hasta que te quedas dormida. O como estudiar, actúas como que sabes del tema hasta que al fin lo aprendes.

—¿Así crees que es amar?

—No, así creo que es *enamorarse*. Amar ya se aman, eso pasa de repente.

Noreen volvió la cabeza con tanta brusquedad que le sonaron las cervicales. Tuvo un vahído y su hermana la ayudó a sentarse en su sitio.

—Casi me matas con tus sandeces —se quejó Noreen. Melissa atravesó medio cuerpo por sobre Francie para comprobar el estado de su hija mayor—. Estoy bien, estoy bien. Allí viene Lady Honora. —Se valió de la distracción, y una vez que los ojos no estaban en ella, calcinó a su hermana con la mirada.

—Solo digo, no tiene por qué ser un amor romántico, puede ser amistad. Yo amo a Leopoldine y no quiero casarme con ella. —La sonrisa en labios de Francie fue prueba de que no hablaba de ese *tipo de amor*.

—Déjalo estar.

—Por supuesto. Es tu problema, y tu problema viene hacia aquí.

En efecto, Gail O'Rourke se acercaba para saludarlas, pero un mar de gente lo empujaba en otra dirección. Él había recibido una invitación en uno de los palcos altos y no le quedó más remedio que seguir los pasos del acomodador y conformarse con unos aspavientos en dirección a las Plageman.

Tales gestos poco disimulados le granjearon varias miradas, entre ellas, la de la condesa Crofton. El conde y la condesa se encontraban en otro palco, en el mejor, el mismo que empleaba la reina cuando asistía.

—Lady Honora —saludaron con una reverencia a la mujer, pero sin acercarse. Tal movimiento era imposible. De hecho, el miriñaque de Francie golpeó a Noreen cuando las dos se inclinaron. Un par de manotazos y volvieron a acomodarse entre las butacas.

—¡Qué cantidad de gente! —La mujer cogió el abanico y lo blandió como un arma—. Apenas se puede respirar. Joven... Joven... —Llamó al acomodador—, espero que nos reciban con algo más que este barullo.

—Por supuesto, milady.

Como si lo hubiera invocado, un hombre con una bandeja y una destreza encomiable, digna de un circo, les alcanzó unas copas de champán que debieron pasar mano a mano. Una vez satisfechas, se sentaron. Lord Hayden fue el último en hacerlo. Lord Brett quedó aprisionado entre Lady Honora y tía Melissa. Tracie, al otro extremo, permaneció lejos de sus hermanas y pegada al silencioso Hayden.

—Y una tiene que agradecer haber conseguido estos asientos —se quejó Lady Honora.

—Nosotras lo agradecemos —se apresuró a responder Francie, en voz alta, para que su respuesta llegara a oídos de la mujer. Pese al caos y la multitud, el

Royal Albert Hall era una belleza arquitectónica.

—Pues la próxima, milord —dijo la mujer en dirección a su sobrino—, si no conseguimos el palco en donde está la condesa, me negaré a venir.

—Lo tendré en cuenta, tía. —Nunca se sabía si Hayden era amable, sarcástico o evasivo.

La mención de la condesa hizo que los presentes la buscaran con la vista, los ojos de la dama estaban fijos en ellos. Más precisamente, en Noreen, quien lucía un vestido despampanante. Era la primera vez que la muchacha Plageman se atrevía a los hombros al descubierto y le sentaba muy bien. Se lucían su piel perfecta, la forma de la espalda y la clavícula delicada.

—Parece como si ella quisiera nuestros asientos —dijo Brett, ajeno a todo lo sucedido con la mujer. Pobre niño, nadie se había ocupado de ponerlo al corriente.

—Es porque desde aquí se ve mejor el escenario —comentó Hayden, una fragante mentira—, desde allí tiene que ladear la cabeza.

Los presentes estaban más que dispuestos a aceptar la correcta salida que presentaba el barón. Excepto Tracie. Siempre Tracie.

—¿Por qué miente? —preguntó, no en tono de demanda, sino de mera curiosidad. Como si intentara entender los pormenores de esas relaciones sociales.

Las mejillas del barón ardieron de vergüenza. Era la primera vez que mostraba una emoción semejante.

—No mentí, fue una suposición —dijo en su defensa.

—Pues yo supongo —rebatió Tracie, dispuesta a compartir una teoría mucho más certera—, que lo que le sucede es que ha malinterpretado las novelas de folletín.

—Tracie —intervino Melissa—, no es necesario que digas todo lo que piensas. Puedes guardarte algo para ti.

—Pero no en esta ocasión —insistió Lady Honora, su expresión era seria, aunque Melissa adivinó que, en realidad, su hija la divertía—, me interesa saber por qué cree que son las novelas de folletín. Siempre he pensado que son malas para conformar el carácter de una jovencita.

—Y empiezo a concordar con usted, milady —sostuvo Tracie, con la misma seriedad. Solo que en ella no era fingida, le alegraba poder disertar sobre su reciente descubrimiento—. Yo puedo leerlas porque tengo sesos, sé diferenciar la realidad de la ficción, pero evidentemente la condesa no.

—Tracie... —insistió Melissa.

Noreen y Francie hacían muecas, abriendo los ojos y apretando los dientes. Francie hasta simuló cortar un cuello. Nada calló a la menor.

—Las novelas siempre muestran a los hombres como O'Rourke como los héroes, por ser osados y seductores, y a los hombres como el conde como los aburridos que hay que dejar. Pero la realidad es otra.

—Suficiente, Tracie. —Melissa intentó ser tajante. Pero quien la arengó en esa situación no fue Lady Honora, sino Lord Hayden—. Mierda... —soltó entre dientes, inaudible.

—¿No le parece su nuevo cuñado digno de heroísmo? —preguntó el barón. Al fin de cuentas, era su amigo.

—No es el punto, milord. Verá, en las novelas, si se las entiende bien... —remarcó—, los hombres como O'Rourke comienzan siendo osados libertinos, pero terminan siendo dulces cachorros enamorados.

—Supongo que tendré que poner más atención a esa literatura —comentó Hayden.

—¡Debería! Pero no se deje engañar por la parte de los besos y desmayos, estos distraen del verdadero mensaje de la novela.

—Tracie... —clamaron las tres Plageman a coro. ¡Hablaba de besos con el barón!

—El punto es que los libertinos se redimen, milord. Se redimen hasta convertirse en eso. —Señaló el palco de la condesa. Hayden, por puro instinto, le bajó la mano y se la sostuvo desde la muñeca.

La muchacha hizo silencio un segundo, luego alzó la mirada hacia el barón y este soltó su agarre como si quemara.

—Entiendo el punto, señorita Plageman —intervino Lady Honora.

—El conde pone el mundo a los pies de la condesa. Es cierto que es algo regordete y calvo, pero tiene ojos bonitos, ¿verdad? ¡Y le ha conseguido el palco que nosotras queremos! Y la modista ha preferido perderse el dinero americano antes que ofender a Crofton. Y la mira como si fuera la mujer más hermosa del Royal Albert Hall, cuando esa es mi hermana, claramente. ¡La condesa ya tiene su final feliz!, pero cree que necesita a O'Rourke. Tiene razón, milady —sentenció Tracie con dramatismo—, las novelas de folletín afectan el carácter de las jóvenes.

Melissa bebió su champán de un sorbo, deseó ahogarse y morir allí mismo. En cambio, el espectáculo dio comienzo y le otorgó una salida menos

fatal.

Tensos, volvieron su cabeza al escenario y disfrutaron del evento.

CAPÍTULO 18



El espectáculo resultó increíble. Los presentes olvidaron las incomodidades y aplaudieron hasta que sus manos ardieron. Y, sin embargo, el momento cúlmine no había llegado. Salieron de manera desordenada, deteniéndose cada dos pasos a saludar a conocidos, desconocidos y personas que deberían conocer.

O'Rourke por fin pudo alcanzarlos.

—Valió el caviar —comentó junto a Noreen.

—Usted tampoco está mal.

—¿No estoy mal? —rebatió—, me hiere, señorita Plageman. Yo he elegido este chaleco para impresionarla.

Bromeaba, ¿verdad?, no era por eso por lo que lucía un chaleco precioso, que le sentaba de maravillas y que valía su peso en hilos de plata.

—Bien, lo acepto, está muy guapo.

Él acomodó su frac y sonrió.

—No es el frac, es la materia prima.

Noreen soltó una carcajada.

—¡Lo ve!, no sabe recibir cumplidos. Los pide, y cuando se los dan, hace alguna broma para quitar el hierro caliente.

Como conversaban muy absortos, no notaron que la multitud los había separado de los demás. Lady Honora y las Plageman estaban atrapadas en una conversación con la señora Joicey, quien por fin había conseguido una invitación social de peso. Lord Brett se encontraba con Lord Hayden, el pequeño vizconde

quería marcharse, ansioso, mientras que el barón buscaba hacerse uno con el decorado.

—Rayos... —Noreen quiso esperar, pero la avalancha humana la empujó fuera.

—Estarán bien —dijo Gail.

—Nosotros no lo estaremos. ¡Auch!

Alguien la había pisado. Gail no dudó en simular que se movía para dar un par de codazos precisos y abrirle paso a Noreen.

—Ven, conozco un lugar mejor que este.

—¡Pero dijeron que habría fuegos artificiales y...!

—Por eso mismo, ven. —La cogió de la mano y tiró de ella fuera del gentío. En el exterior, la situación no era mejor. Si bien había una valla que separaba a la alta sociedad de la plebe, la cantidad de personas superaba los miles con facilidad—. El cielo sigue siendo dominio de la humanidad —comentó Gail, feliz de que el espectáculo fuera para todos.

—¿Dónde vamos?

—Al verdadero sitio privilegiado. ¡Al cielo!

Noreen dudó apenas un segundo. El sentido común que la caracterizaba la obligaba a quedarse allí, a perderse en esa multitud que le devolvería el anonimato; donde su vestido no fuera tema de conversación, ni sus modales. Ser una más y en esa homogeneidad, ser libre. Pero Gail la tentaba a la rebeldía, a otro camino hacia la libertad. Tal vez fuera la brisa de verano, o quizá el hecho de que esa noche, al fin, se sentía ella misma en Londres... No importaba, esa noche seguiría la receta O'Rourke.

Corrió con él entre la multitud, alejándose del Royal Albert Hall; contra la corriente, como era Gail.

Recordó la sabiduría de su pequeña hermana. ¿Se convertiría O'Rourke en un dócil cachorro? No, no lo haría, y eso no le parecía a Noreen un defecto en absoluto. Le gustaba cómo era, le agradaba el modo en que la cogía de la mano y la llevaba lejos, la forma en que la miraba con deseo contenido, cómo la desafiaba...

¡Demonios!, Francie tenía razón, de fingir dormir estaba soñando. De pretender un compromiso se estaba enamorando. Pero el amor, el amor siempre golpeaba como un rayo.

—¿Gail?

—Ya casi llegamos.

El edificio al que arribaron tras una caminata intensa por las calles fue el Henry Cole Wing. Estaba en construcción, solo una parte se había inaugurado y lo demás eran escombros, andamiaje y más.

—Apresúrate, ya está por comenzar —la animó O'Rourke, tendiéndole la mano.

Noreen se aferró a ella y se dejó elevar por el camino desigual. Nadie les prestaba atención, todos los ojos de la ciudad estaban en dirección al Royal Albert Hall.

—¡Gail!, te recuerdo que tú has pagado este vestido. Que, por cierto, deberías decirme el monto, esto ha sido un exceso.

—¿No he enviado la factura? ¡Qué distraído! —Sonrió—. Déjame decirte que ha valido cada penique.

—Fueron libras —se quejó ella. Consiguió subir un tramo más—. Muchas libras.

—Mejor. —Tiró de ella con fuerza para ayudarla a trepar. La recibió contra su pecho y los dos se quedaron sin aliento—. ¿Lista?

Los ojos de Noreen se clavaron en los labios de Gail. Sí, estaba lista. Las vigas no temblaron, el techo del Henry Cole Wing tampoco. Lo que tembló fue su mundo.

—¿Para qué?

Él la hizo girar. La espalda de ella quedó apoyada sobre el pecho de él. Gail bajó la boca hasta el oído de Noreen:

—Para el verdadero espectáculo.

El sol terminó de esconderse por el horizonte. Lo hizo lento, y, aun así, ni Gail ni Noreen cambiaron de posición. Una vez que el firmamento se oscureció por completo, el primer fuego artificial rompió la espesura y los gritos entusiastas del público le llegaron de manera ahogada.

O'Rourke la sostuvo por la cintura, estaban muy cerca del borde. Del borde de la construcción y del borde de otro acantilado. Del punto de no retorno.

Los dos sintieron el llamado y se prometieron responder, terminar con la farsa. Pero no esa noche, esa noche era de ellos.

—Sentémonos —propuso él, temeroso de que un paso en falso cambiara la noche de perfecta a trágica. Gail la sostuvo todo el tiempo, Noreen era ágil, pero ese amplio vestido le impedía libertad de movimiento—. Lo ves, hay un límite en la libertad que consigues siguiendo las reglas —dijo al verla maniobrar con el miriñaque.

—¿Así convences a las damas de que se quiten las enaguas? —bromeó ella.

—Funciona el ochenta por ciento de las veces —respondió él.

Noreen consiguió sentarse a su lado. El armazón de alambre se aplastó contra su trasero, formando un aro de contención en torno a ella.

—¿Y el otro veinte por ciento?

—Recibo golpes con parasoles.

Noreen se rio. El espectáculo seguía en el cielo, lo teñía de colores increíbles: rojo, azul, amarillo. Las explosiones la hacían dar pequeños respingos y el olor a pólvora no le agradaba del todo, pero valían la pena para apreciar el juego de luces.

Como ambos miraban hacia el cielo, se permitió hablar más en serio. En ocasiones, cuando hacían contacto visual, los ojos revelaban demasiado y ambos huían de lo que se reflejaba en ellos. En cambio, a oscuras, con los destellos coloridos como distracción, el espacio parecía seguro para indagar.

—¿Por qué? —susurró la pregunta Noreen.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no te quieres casar? —Gail recostó su peso sobre las muñecas, sus pies hacia adelante danzaron con las puntas de los zapatos de lado a lado. Noreen sintió que debía insistir un poco más—. Tú también tienes pasta de esposo, aunque pretendas ser un libertino.

—Sabes que soy un libertino —rectificó él.

—Mmm, si lo fueras por completo, no sentirías esa necesidad de justificar tus acciones.

—Yo no me justifico.

—Sí, sí lo haces. —Noreen volvió el rostro, Gail la miraba. Regresó la vista al frente de golpe. Si se miraban a los ojos, los muros emocionales volverían a alzarse entre ellos—. Te presentas como un servidor; en cada ocasión que te pregunto por una de tus amantes, eso dices, que *ayudas* a la llama de su matrimonio.

—Es una broma —rio él, pero su risa no fue genuina—, claro que sus matrimonios no me importan.

—Las bromas tienen algo de cierto, y si no te importan sus matrimonios, sí te importan las opiniones que los demás tienen de ti y por eso blandes ese pretexto.

—Las opiniones suena a plural —susurró Gail—, al parecer, solo me importa *una* opinión. —No sonaba feliz al reconocer eso.

—Si no te importan *las opiniones*, en plural, ni te importan los matrimonios...

—Bien, lo acepto. Sí tengo algunos códigos morales, ¿feliz?

—Sí, feliz. —Noreen giró su rostro para que él viera su sonrisa, se encontró con una expresión bastante adusta en el rostro de Gail. Él no parecía feliz al admitirlo. Volvió a mirar hacia las luces en el cielo, antes de profundizar—: ¿Y cuáles son esos códigos morales?

—Noreen... —suspiró, agotado. Se enderezó, más tenso—. ¿Por qué quieres saber?

—No lo sé —reconoció ella—, porque me interesas, supongo.

—¿Como uno de tus estudios botánicos?

—Tal vez.

—Mentirosa —susurró Gail, demasiado cerca de su oído.

El corazón de Noreen se aceleró un poco al sentirlo tan cerca. Lo miró de soslayo y, con todo el coraje que la hacía ser una Plageman, admitió:

—No miento, Gail, solo no sé por qué me interesas tanto.

Fue el turno del corazón de O'Rourke de acelerarse.

—Mis códigos son sencillos, Noreen. La mayoría de las mujeres no conocen nada de la pasión y la vida marital antes de casarse; los hombres, en cambio, sí. A nosotros se nos deja experimentar nuestro placer, descubrir qué nos gusta, cómo nos gusta... En mayor o menor medida tenemos conocimiento sobre todo lo que hombre y mujer... U hombre y hombre... O mujer y mujer... —enumeró, divertido ante la pudorosa sorpresa de Noreen— pueden hacer. Las mujeres no tienen esa información. Y a los maridos se los ha educado con la idea de que el placer es algo que se consigue fuera del matrimonio, que acariciar y complacer a sus esposas sería *rebajarlas*. Puede que tener un amante sea escandaloso, pero a veces es lo único que esos matrimonios necesitan para...

—¿Para amarse? —completó ella.

—Para amarse —confirmó él—. Los hombres, al ver que sus esposas gozan con otros, que sí tienen esa hambre y es compartida, cambian de actitud. Las mujeres, al descubrir que yacer con un hombre es más que alzarse el camisón a oscuras, se los exigen a ellos. Yo soy un simple maestro de paso. Un rol que disfruto mucho...

—¿Y si esos hombres se ponen violentos?

—Nunca me involucro en esos matrimonios.

—¿Por eso no quieres casarte?, ¿temes que *otro maestro* enseñe a tu esposa? —preguntó Noreen.

La idea hizo a Gail carcajear.

—¡No, Noreen!, si llegara a casarme alguna vez, me aseguraría de que mi esposa esté bien... alimentada.

Las mejillas de la muchacha ardieron, no bastó la brisa nocturna para serenarla.

—Entonces, ¿por qué? Esa fue mi pregunta inicial y no has respondido. ¿Por qué no te casas?, ¿por qué no buscas a esa mujer que se complemente contigo? Yo sé que temo, temo el poder que un esposo tiene sobre una esposa. Pero ¿tú?

—La respuesta es patética, Noreen. Déjalo estar.

—¿Crees que pensaré peor de ti? —inquirió ella. Al demonio los fuegos artificiales, clavó sus ojos en los verdes de él—. ¿Tanto te importa mi opinión?

—¡Joder, sí, Noreen! Tu opinión me importa, tú me importas.

—¡Suéltalo, O'Rourke! —lo instó ella—. ¡Suéltalo, no seas cobarde!

—¡Porque estuve enamorado! ¿contenta?

El silencio fue pesado, el estruendo de los fuegos artificiales ahogó el latido hondo del corazón de Noreen. Sí él había podido admitir su vulnerabilidad, ella le debía lo mismo, ¿verdad?

—No. No estoy contenta —reconoció, casi con un mohín.

Y Gail rio, rio feliz, liviano y... enamorado. Aterradoramente enamorado por segunda vez en su maldita vida.

—¿Celosa?

—No. Claro que no —mintió. Él la dejó ampararse en la mentira—. ¿Aún la amas?

—¡No! Demonios, no. —Gail volvió a recostar su peso en las manos, detrás de su espalda—. Te lo dije, es patético de mi parte. —Intentaba poner un tono de humor, pero fallaba—. Ella era una honorable señorita, hija de un vizconde, y yo quería poner el mundo a sus pies. Sus padres, al principio, aprobaban mi cortejo. Mi dinero siempre supo cómo reemplazar un buen título nobiliario, y hasta es suficiente para disimular mi acento irlandés —dijo, jocoso.

—Se necesita el doble para disimular el americano.

—De modo que todo marchaba bien, hasta que dejó de marchar bien.

—¿Qué pasó?

—Un marqués se interesó en ella. Tenía menos dinero, pero el título no puede comprarse...

—Mmm, permíteme dudar. Mi tía compró uno —bromeó Noreen. Gail rio con ella.

—Mi prometida eligió el título. Yo, ingenuamente... ¿Puedes creer que alguna vez fui ingenuo? —preguntó retóricamente—, pues sí, con la ingenuidad de un jovenzuelo le propuse que nos casáramos igual. Que huyamos, que con mi dinero no necesitaríamos títulos ni aprobaciones...

—Rayos, Gail... ¿Me dices su nombre?

—¿Para qué?

—Mi hermana Tracie suele capturar arañas vivas y...

O'Rourke carcajeó.

—Puede que, en tal caso, le diga su nombre a Tracie.

—¿Y privarme de la venganza? —se quejó Noreen.

—No se puede tener todo en la vida, cariño. Como sea, ya puedes completar el resto. —Quiso dejarlo allí, no pudo. La mirada de Noreen parecía una daga dispuesta a diseccionar su corazón—. Bien, lo acepto, no solo rechazó casarse conmigo, sino que me propuso que fuéramos amantes. *No hay por qué elegir*, fueron sus palabras, *tú me gustas, pero él es marqués.*

La boca de Noreen se abrió por el peso de su mandíbula.

—¡También sabe capturar serpientes vivas! —expuso la señorita Plageman —. Aunque, si soy honesta, deseo que coja pulgas. Y sarna. Y que deba rascarse por debajo de los vestidos elegantes de marquesa. ¡Oye! ¡No hay muchas marquesas! —cayó en cuentas la muchacha—. Demonios, ahora haré una lista de ellas y...

—¿Y le obsequiarás un perro sarnoso?

Noreen compuso un gesto angelical.

—¿Quizá?

—Recuérdame no hacerte enfadar.

Los últimos destellos brillaron en el cielo. Gail se puso de pie y la ayudó a incorporarse.

—Venga, tenemos que regresar.

—Si preguntan... —empezó Noreen.

—Les diremos que no soportamos un segundo más sin besarnos y nos escabullimos a hacer cosas escandalosas lejos de las miradas de una sociedad de estirados.

—¡Gail! —Lo reprendió ella, se ahorró el leve empujón en el pecho por miedo a que cayeran del techo del Henry Cole Wing—. Diremos que estábamos justo ahí, pero que no los veíamos por culpa del gentío.

—¡Aguafiestas!

—Esa soy yo —reconoció Noreen, sacando la lengua.

Gail bajó un tramo con cuidado para ayudarla a descender sin riesgos. Desde esa visión privilegiada, solo pudo murmurar.

—Eres la aguafiestas más divertida y fascinante que he conocido, señorita Plageman.

Y juntos volvieron al evento.

CAPÍTULO 19



El gentío terminó de tragarse el último destello en el cielo y devolvió al suelo a la humanidad con una lentitud pegajosa: empujones, perfumes mezclados, risas que ya sonaban cansadas y el murmullo de miles de personas convencidas de haber presenciado algo histórico.

Noreen todavía sentía pólvora en la garganta. Y la mano de Gail, aunque ya no la sostenía.

—Aquí están —dijo una voz masculina familiar—, los hemos estado buscando más tiempo del necesario.

Lord Hayden emergió como un fantasma bien vestido entre la marea humana. Ceja arqueada y mueca de labios ladeada. No se sabía si su gesto era de reprimenda o de complicidad masculina. A su lado, Brett, con los ojos grandes y vidriosos.

—¡Los fuegos artificiales! —exclamó el pequeño vizconde, como si todavía los tuviera flotando en las pupilas—. ¿Los vieron...?

—Sí, los vimos, desde un lugar... más elevado —respondió Gail, sin dar detalles.

El resto de las mujeres Plageman se hicieron presentes. Por lo visto, todos estaban embarcados en la misma tarea, una titulada: búsqueda implacable de tórtolos comprometidos en una posible situación indecorosa.

Francie inclinó apenas la cabeza, notó el cambio de tonalidad en las mejillas de su hermana. Es más, casi oyó el ritmo frenético de su corazón. Mmmm... el ritmo frenético en los corazones de ambos.

Tracie abrió la boca, lista para preguntar lo vergonzoso, pero Melissa le puso una mano en el antebrazo sin mirarla siquiera. Ese gesto bastó para apaciguar a esa bestia devoradora de novelas de folletín.

—Volvamos —ordenó Melissa con una calma que le costaba mantener. Había tenido que lidiar con las críticas de Lady Honora cuando la joven pareja desapareció—. Es tarde. Y mañana... —no dijo «mañana hay consecuencias», pero el silencio forzado y repentino lo completó de manera tácita.

Lady Honora apareció dos pasos detrás, abanicándose como si hubiera pasado la noche peleando contra el mismísimo infierno.

—Una conmemoración impecable —decretó como cierre final. No expondría el comportamiento inadecuado de la pareja, esa tarea le correspondía a la señora Plageman —. Aunque hay demasiada plebe cerca, el aire se hace irrespirable, pero supongo que hasta el aire tiene que compartirse de vez en cuando.

Tracie sonrió con dulzura angelical. Aunque de ángel solo tuviera el tono de cabello.

—Milady, hoy hasta la plebe tuvo el privilegio de mirar el cielo luminoso. Fue... casi poético.

—Tal parece, señorita Plageman, usted y yo no compartimos el mismo sentido poético de la vida.

—Nadie comparte su mismo sentido poético, tía —intervino Lord Hayden, fue hasta ella y le brindó su brazo para que caminaran juntos de regreso al coche —. Creo que podemos dar por finalizada la noche.

—Tienes razón, querido... siempre la tienes. Vámonos, el gentío me ha quitado hasta las ganas de opinar.

—Toma nota, cariño —susurró Gail al oído de Noreen—, el gentío le quita las ganas de opinar. La próxima vez la invitaremos a un paseo en las tiendas comerciales Evans.

Melissa enredó su brazo al de Noreen y la alejó de él.

—No, como que continúen así, la próxima vez será en el altar —masculló entre dientes. Comprometidos o no, daba igual, tenían que mantener el decoro ante la sociedad londinense, sino irían a parar al altar con una patada en el trasero para calmar los cotilleos.

Las Plageman y Brett se dirigieron hacia su carruaje, Gail caminó junto a ellos, como si le correspondiera. Como si ya fuera parte de ese grupo familiar.

—¿Usted... nos acompaña? —preguntó Melissa.

Noreen desplegó un armamento de gestos. Ceja en lo alto, ceño fruncido, mueca de labios, cabeceo, parpadeo. Nada funcionó. Gail no interpretó su mensaje: *No, ni se te ocurra.*

—Si no le incomoda, señora Plageman —respondió él—. Londres se vuelve más amable cuando uno se retira con buena compañía.

—No, incomodar no... pero puede que no sea cómodo —alegó la mujer considerando las dimensiones del carruaje.

—¡Lo haremos cómodo, no te preocupes madre! —exclamó Tracie apretando su miriñaque, dispuesta a subir primero y apretujarse—. El coche es amplio...

Noreen la fulminó con la mirada.

Francie decidió actuar como cómplice indirecta. Sabía que era cuestión de tiempo, la bomba de falso compromiso detonaría de un instante al otro, y era su deber filial recordarle a su hermana que ya se oía el... tic tac...tic tac.

—Imposible decirle que no a nuestro futuro cuñado, ¿verdad? —dijo imitando a Tracie. Esta asintió con el mentón. Se pegaron cuerpo contra cuerpo —. Con buena voluntad todo se logra.

—Sin duda, he sido bendecido... —Gail ayudó a Melissa a subir al carruaje. Luego hizo lo mismo con Noreen—, una prometida única y amorosa —apretó sus labios para no reír cuando esta le clavó las uñas en la palma de su mano—, al igual que su familia.

Noreen se acomodó en la butaca de la cabina con una rigidez que nada tenía que ver con el corsé y el miriñaque. *Única y amorosa*, repitió por dentro. Y resopló con fuerza, tan fuerte que todos las miraron.

El único amoroso y feliz en ese coche, era Brett. Estaba encantado. Por los fuegos artificiales, y también por la presencia masculina. Le resultaba una variable interesante, estaba acostumbrado a estar rodeado de mujeres.

—¿Usted vio el fuego azul? —le preguntó al instante, apoyándose en la ventanilla ni bien el carruaje se puso en marcha—. ¡El que explotó como... como una flor rara!

—Lo vi —dijo Gail, y lo dijo como si lo hubiera visto con los ojos de Brett, no con los suyos. No había lugar para la inocencia y la fascinación en él—. Era uno que no se olvida. ¿Le gustó, milord?

—¡Mucho! —Brett se giró hacia sus primas—. ¿Ustedes vieron el azul?

—Lo vimos, milord —respondió Francie, y el «milord» le salió cargado de ternura, porque Brett ya no era solo un niño emocionado: era un niño

emocionado con responsabilidades absurdas a cuestas.

Tracie se estiró como un gato relajado, y acercó su rostro al de él.

—Mi parte favorita fue cuando todos miraron hacia arriba al mismo tiempo. Por fin Londres hizo algo sincronizado sin que Lady Honora lo pidiera.

—Yo no estaba mirando hacia arriba —murmuró Noreen, sin pensar.

Francie giró el rostro un milímetro, apenas lo justo para verle la cara.

—No aclares que oscurece Noreen... podemos imaginar hacia dónde mirabas.

Gail no dijo nada... pero su sonrisa apareció igual. Puro deleite.

Melissa carraspeó.

—Brett —dijo, para cambiar el tema de conversación—, mañana escribirás una carta de agradecimiento a Lady Honora por la invitación.

—¿Y por los fuegos artificiales? —preguntó el niño, serio.

—Si tú quieres, agradécele por eso también.

En cuanto llegaron a destino, Gail se encomendó a la tarea de ayudar a descender a cada uno de los miembros de su futura familia política... *falsa*. Noreen fue la última, por supuesto. Todos coincidieron en darle un instante de privacidad a la pareja, considerando que, durante el recorrido, el intercambio entre ellos fue solo de miradas.

Miradas furibundas de Noreen que pretendían atravesar el cráneo de O'Rourke. El pobre burgués libertino tendría una jaqueca que le duraría días después de esa noche.

—De verdad... —susurró entre dientes apretados Noreen, sin saber cuál de todas las verdades estaba a punto de decir.

—¿De verdad, qué? —respondió Gail con suavidad, y antes de que ella eligiera la «verdad» de la que se quejaría, la detuvo—. No, mejor no lo digas. No ahora. Estás cansada. Todos lo estamos —extendió su mano hacia ella para ayudarla a bajar del carruaje.

—No estoy cansada. ¿Luzco cansada para ti?

—No, luces furiosa —corrigió él, sin perder la calma—. Y es peor. La furia te da energía para decir cosas inteligentes y crueles.

—Yo no digo cosas crueles.

Gail ladeó la cabeza.

—Bueno, tú no. Tu lengua sí.

Tracie soltó una risa, desde la escalinata. La conversación era oída por todos, aunque ellos se esforzaron en mantener el tono bajo.

—Mi cuñado tiene razón. La lengua de Noreen tiene vida propia. Deberíamos ponerle un sombrero y presentarla en sociedad.

—Claro, porque tu lengua es muy tranquila y sumisa, ¿verdad? —la pinchó Francie entre risas.

—Tracie... Francie —advirtió Melissa, pero no sonó demasiado convencida de querer detenerlas.

—Te recuerdo que todavía no es tu cuñado —dijo Noreen, entre dientes.

—Eso es lo que diría una prometida nerviosa —canturreó Tracie, imitando el tono de Gail.

Gail se llevó una mano al pecho, con gesto de emoción.

—Mi cuñada me entiende.

Noreen quiso fulminarlo con la mirada una vez más, y que esa vez fuese letal. No pudo, el borde de su botín se incrustó en uno de los peldaños de la escalerilla de descenso y, por un segundo, su cuerpo se inclinó hacia adelante. No habría pasado nada más que eso... pero Gail, por reflejo, extendió la mano y le sostuvo la muñeca para evitar que se golpeara.

Fue un gesto mínimo. Pero la piel de Noreen ardió como si la hubieran tocado con un hierro caliente. Ella se soltó de inmediato.

—Estoy bien, no era necesario que me sostengas, no iba a caer.

—Lo sé —dijo Gail, sin burlarse—, no ibas a caer, pero quería que supieras que, de hacerlo, yo puedo ser tu sostén si me lo permites.

Melissa miró a ambos como quien contempla un incendio contenido en una lámpara de aceite. Antes de que el incendio personal de esos dos se extendiera por las calles londinenses, intervino:

—Señor O'Rourke, gracias por acompañarnos... Buenas noches.

Sí, esas palabras fueron comparables a una cubeta de agua helada. Lo invitó a marcharse con toda la cortesía que le fue posible.

—Buenas noches, señora Plageman. Señoritas. Milord —agregó hacia Brett, que ya caminaba como sonámbulo hacia la puerta, se había pasado su hora de dormir.

Gail se quedó un segundo más.

Noreen volteó a verlo antes de ingresar al hall del apartamento.

—Te veré mañana —le dijo él con un tono suave y cálido. Como si hubiese un verdadero anhelo en su voz.

—No hay nada que ver mañana —respondió ella con aires de mujer superada. Dentro de su pecho, el corazón le latía con desesperación.

—De ser así, cuando tú quieras verme, envíame una nota... de esas que tanto me gustan, y aquí estaré.

—Espera sentado, O'Rourke —finalizó ella cerrando la puerta. Apoyó la espalda contra la madera y sonrió. Sabía que no se había marchado. Que aún estaba ahí fuera.

Lo oyó decir:

—Lo haré...

CAPÍTULO 20



Despertaron tarde, todos fueron víctimas del agotamiento. Menos los empleados, por supuesto.

Después de haber absorbido risas, fuegos artificiales y una cantidad excesiva de emociones no declaradas, los cuerpos dijeron basta y decretaron: ¡Hoy se descansa hasta media mañana!

Y lo hicieron. Lo que resultó peor. La sensación de adormecimiento los acompañó durante horas.

El sol entraba con timidez por los ventanales del salón principal, filtrado por las cortinas claras. No había música, ni pasos apresurados, ni discusiones matinales. Solo el leve tintinear de una cuchara contra la porcelana.

Melissa estaba sentada a la mesa, con una taza de té que había rellenado dos veces sin beberla del todo. Tenía el cabello recogido sin demasiada prolijidad y una expresión concentrada que no lograba disimular el cansancio acumulado. No era físico. Era social. ¡Estaba hasta la coronilla de la vida citadina!

Francie ocupaba un sofá cercano a la ventana, con un libro abierto sobre el regazo... que no estaba leyendo. Cada tanto levantaba la vista, como si esperara que algo ocurriera.

Tracie dormía aún. Ese era el verdadero milagro de la mañana. La razón del silencio.

Brett estaba en el escritorio. Con la espalda recta, demasiado recta para un niño de su edad. Sostenía en la mano una pluma como si esta fuese el último

bastión en pie. Frente a él, una hoja en blanco, el tintero abierto y un aire de responsabilidad que pesaba más que el propio mueble.

—Muy bien... —murmuró para sí—. «Estimada Lady Honora...»

Escribió despacio, pronunciando las palabras en silencio antes de dejarlas caer en el papel.

«Deseo expresarle mi más sincero agradecimiento por la gentil invitación a la conmemoración de anoche...»

Frunció el ceño.

—¿Gentil o generosa? —se preguntó en voz baja.

—Generosa —respondió Francie sin levantar la vista—. "Gentil" suena a obligación social.

Brett asintió y corrigió la palabra.

«*...y por la maravillosa velada que permitió a mis primas y a mí disfrutar de un evento tan significativo para la sociedad londinense.*»

Hizo una pausa.

—¿Eso suena... vizcondil?

Melissa levantó la vista.

—Suena correcto —dijo—. Y honesto, que es más de lo que muchos adultos logran.

Brett sonrió, satisfecho, y volvió a la carta.

«*...Los fuegos artificiales fueron memorables...*»

—¡El azul! —exclamó con demasiada efusividad.

—Brett —lo reprendió Melissa.

—Lo siento, tía —aclaró la garganta y continuó escribiendo—. «...y quedarán en nuestra memoria como un momento muy especial.»

Estaba por firmar cuando se oyó el golpe seco del llamador de la puerta. Todos levantaron la vista al mismo tiempo. Era demasiado temprano para tener visitas.

Desde el pasillo llegó el murmullo breve de una conversación formal. Un intercambio rápido. Un «gracias». El sonido del papel al cambiar de manos.

El mayordomo se hizo presente en el salón con una carta en la mano. Se la entregó a Melissa.

Leyó el remitente y exhaló con desgano. Parecía que el cansancio se había intensificado ante el simple hecho de leer ese nombre. Se tomó su tiempo, no la abrió de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Francie.

Melissa observó el sobre unos segundos más.

—Es de Lady Honora.

Brett abrió los ojos.

—¡Pero...! —miró su carta a medio terminar—. Yo estaba escribiéndole... con mucho esmero y dedicación.

—Lo sé —respondió Melissa con cierto tono de fastidio. Por el esfuerzo en vano de Brett, y porque... porque no tenían ni un instante de paz con esa mujer respirándoles en la nuca—. Como siempre, ella se nos ha adelantado.

Rasgó el sobre, desplegó la hoja. Leyó en silencio.

Una vez.

Dos veces.

Francie dejó el libro a un lado.

—No me gusta tu cara —comentó yendo hacia ella—. Es la misma que pones cuando alguien pretende decirnos que debemos hacer algo... algo que no queremos hacer.

Melissa alzó la vista.

—Nos invita a tomar el té mañana por la tarde.

—¿Solo eso? —preguntó Brett.

—Para tratar «ciertos asuntos vinculados a los sucesos de anoche» —leyó en voz alta.

—Ah... —Francie chasqueó la lengua—. Vemos que algo le ha quitado el sueño, pobre mujer. ¡Oh, la señora espectro madrugó por nuestra culpa!

Brett tragó saliva.

—Tía, ¿hice algo mal?

Melissa se acercó y apoyó una mano sobre el hombro del niño.

—No, milord. Nada en absoluto. Esto no tiene que ver contigo.

—Tiene que ver con «anoche» —dijo Francie con suavidad—. Con que dos personas comprometidas decidieran mirar el cielo... sin supervisión.

Brett miró la carta que había escrito.

—¿Entonces... ya no tengo que enviarla?

Melissa negó con la cabeza.

—No. Se lo dirás mañana. En persona.

—¿Eso es bueno o malo?

Francie ladeó la cabeza, pensativa.

—Ni una cosa ni la otra, solo es como un maldito grano en el trase...

—¡Francie! —la interrumpió su madre—. Es demasiado temprano para ese tipo de comparaciones.

En ese instante, Noreen apareció en el umbral del salón.

Tenía el cabello suelto, no muy peinado, y la expresión de alguien que no había dormido lo suficiente... ni soñado cosas lindas.

—No es demasiado temprano, es media mañana —dijo sin siquiera decir un: buen día.

Melissa, Francie, y Brett, giraron sus rostros en perfecta sincronía. La observaron con detenimiento.

—Espero que hayas descansado bien. —No fue una inquietud sincera, fue una advertencia por parte de Francie. ¡Quién avisa no traiciona, ¿verdad?!

—¿Por qué siento —dijo cuando notó que continuaban mirándola— que alguien acaba de decidir el rumbo de mi vida mientras yo estaba dormida?

Melissa fue hasta ella, la besó en la frente, y le entregó la carta.

—Porque así ha sido.

Noreen la leyó.

—Té... —murmuró—. «Ciertos asuntos»... —rodó los ojos—. Es mi idea, o esta mujer pretende fijar la fecha de la boda.

Nadie lo contradijo. Es más, Melissa y Francie asintieron.

Brett bajó la vista a su hoja, todavía en blanco al final.

—¿Puedo firmarla igual? —le preguntó a su tía—. Como práctica... solo me faltaba eso. Iba a ser mi primera firma.

Melissa sonrió, cansada y orgullosa.

—Sí, milord. Firme. Ponga todo de sí en esa firma.

Porque, en ese momento, eso era lo importante. Ya conocían a Lady Honora, nada resultaba sorpresivo de esa mujer. Aunque nadie lo dijera en voz alta, todos lo sabían:

El té no era una invitación. Era una sentencia vestida de porcelana fina.

Y el reloj de esa bomba de tiempo —ese que Francie siempre oía— había empezado a sonar con claridad.

Tic. Tac... Noreen y Gail... Tic. Tac...

CAPÍTULO 21



Volvieron a despertar tarde. No por desidia, sino por consenso familiar.

Melissa fue la primera en levantarse, como siempre. Se movía despacio, con esa dignidad fatigada de las mujeres que no pueden permitirse el lujo de caer rendidas.

Brett apareció poco después, vestido de punta en blanco. Demasiado de punta en blanco para la hora que era.

El pequeño vizconde llevaba el cabello prolijamente peinado, la chaqueta cerrada hasta el último botón y una expresión concentrada. Caminaba con cuidado, como si temiera arrugar la ropa.

—Buenos días, tía —saludó, con una inclinación de cabeza que había ensayado frente al espejo.

Melissa alzó la vista de su taza y sonrió.

—Buenos días, milord. —Dejó la taza a un lado—. Estás... impecable.

—Es mi primer té social —dijo él, como si estuviera anunciando un evento canónico—. No puedo presentarme como si fuera un niño.

Melissa reprimió el impulso de abrazarlo.

—Y, por lo que veo, no lo harás. Lady Honora apreciará tu esfuerzo.

Tracie se hizo presente arrastrando los pies, con el cabello apenas recogido y un bostezo sin culpa ni disimulo.

—Dudo mucho que Lady Honora aprecie algo y, de hacerlo, sería un milagro.

Francie la siguió, lucía ojeras que delataban que tampoco había dormido mucho. Se dejó caer en una silla y estiró los brazos.

—¿Falta alguien? —preguntó, sabiendo la respuesta. Noreen se tramaba algo, lo intuía.

Melissa miró el reloj.

—Noreen debería haber bajado ya.

Pasaron unos minutos. Se sirvieron café, untaron un par de tostadas y... nada. Ni noticias de la mayor de las hermanas.

—Alguien se ha olvidado de la hora, del día, y del desayuno tardío —balbuceó Melissa, dirigiéndose al pie de la escalera—. ¡Noreen!

No hubo respuesta.

Tracie levantó la mano.

—Yo voy a por ella —dijo mientras se encomendaba a la tarea. Subió al trote—. Siempre soy la mensajera... la mensajera eficiente. —Desapareció escaleras arriba.

Brett carraspeó. No quería ni beber ni comer por temor a que su imagen perfecta se viera afectada.

—¿Está bien mi corbatín? —preguntó, inseguro.

—Perfecto —respondió Francie—. Y si no lo estuviese, tenemos tiempo para acomodarlo.

Eso lo tranquilizó... apenas.

Al cabo de unos minutos, Tracie bajó, con una expresión un tanto seria. Algo poco habitual en ella.

—Dice que se siente mal —informó—. Que le duele la cabeza y tiene frío. Que tal vez cogió una gripe.

Melissa se puso de pie de inmediato.

—¿Gripe? —repitió, alarmada—. Oh, no... no, no, no. Anoche había demasiada gente, demasiado aire frío... —Ya estaba calculando el nuevo plan del día—. Cancelamos. Por supuesto que cancelamos.

—¡No! —La voz de Noreen resonó desde la escalera.

Todos giraron la cabeza. Allí estaba ella.

Pálida. O, al menos, estratégicamente pálida. Con el cabello suelto, el gesto cansado y una mano apoyada en la baranda como si sostenerse fuera un esfuerzo titánico.

—No cancelen —pidió, con voz débil pero firme—. Lady Honora detesta que se cancelen compromisos a último momento. Eso sería... imperdonable.

Melissa avanzó hacia ella.

—Noreen, cariño, si estás enferma...

—No es nada grave —aseguró con un lento parpadeo—. Solo... cansancio. Quizás un poco de fiebre. —Se llevó una mano a la frente—. Pero estaré bien. Ustedes vayan. Justifiquen mi ausencia. Eso es todo.

—¿Fiebre? —repitió Tracie, subiendo un escalón—. A ver... —Tenía complejo de auxiliar de medicina. Siempre tenía que comprobar todo.

—No hace falta —protestó Noreen. ¡Por los cielos, no la dejaban fingir en paz!

Francie se atravesó en el camino de Tracie y llegó antes hasta Noreen. Le apoyó la mano en la frente. Mmmm... si eso era fiebre, ella era un monje tibetano. Las hermanas se miraron y el operativo complicidad dio inicio.

—Está caliente —dictaminó —. Tiene fiebre... no fiebre preocupante, pero fiebre al fin.

Melissa frunció el ceño.

—Entonces no puede ir.

—Exacto —asintió Francie con absoluta seriedad—. Y no sería prudente que se acerque a Lady Honora. Ya sabemos lo sensible que es con... todo.

—¡Imagínate contagiarla! —agregó Tracie, horrorizada y fascinada en partes iguales—. Convertiría eso en un nuevo escándalo... ¡Oh, las Plageman son la peste!

Y las Plageman se miraron entre sí. La idea estaba mal... pero no tan mal. Americanas y peste combinaban perfecto. Era como obtener la vía libre para regresar al campo y vivir en paz.

Pero no... miraron a Brett. Por él tenían que seguir formando parte de ese macabro y agotador juego social.

Noreen bajó la mirada, actuando vencida. Jamás en su vida representó el papel de víctima hasta ese día. Nadie lo esperaría de ella. Bueno, de ninguna de las Plageman. Así que todas aceptaron la actuación.

—No quiero causar problemas —dijo con fingido tono de pena.

Francie la miró de soslayo. Y en esa mirada hubo un pacto silencioso.

—No los causas —le susurró Francie—, esta maldita sociedad lo hace. —Luego alzó la voz—. Es mejor que se quede en casa, y descanse. Lo necesita.

Melissa dudó. Eso de dejar a su hija en estado convaleciente le sentaba pésimo. ¡Rayos! Exhaló con fuerza. Era en vano repetir en su mente que estaba hasta la coronilla de Londres... porque ya había sobrepasado ese nivel. Estaba en

un nivel mucho más elevado, el de querer subirse a un buque cualquiera con destino al fin del mundo. Bien lejos de la nobleza.

—Haremos lo siguiente, de momento, regresa a la cama. Todavía contamos con un par de horas. Si por la tarde te encuentras igual... se terminó, cancelamos. Ya pensaré la cordial negativa que le escribiré.

—¡No! —exclamaron todos. Cada uno tenía sus motivos, para ir o no ir.

¡Cielo santo! Casi le provocan un sobresalto a Melissa. ¿Desde cuándo había tanta efusividad en esa casa?

—No... es verdad, «no» dejaré a mi hija si se siente mal por el simple hecho de encajar.

—Mamá, puedo cuidarme sola, no tienes que...

—¡Chitón y a la cama! —le dijo. Miró al resto del grupo familiar—. ¡Y ustedes también, chitón! Terminen de desayunar como Dios manda, que aquí la comida no se desperdicia. —Hizo palmas al aire—. Y eso, en especial, va para usted, milord...—lo reprendió con dulzura—. Nadie se cree el cuento de que no tienes apetito. Come tus huevos revueltos ahora mismo.

—Pero... ¿si me mancho?, ¿si arrugo la ropa?

—Pues la cambias o la volvemos a planchar... ¡A comer, ya, todos! —Miró a su hija mayor—. Te enviaré gachas con leche a la habitación —le informó a Noreen—. ¡Te las comes!

Noreen asintió, con una expresión agradecida que poco y nada tuvo de actuación. No era que quisiera las gachas, sino que le daba gusto saber que su madre seguía siendo su madre. Poco le importaba el qué dirán, los rumores o lo que sea. Primero la familia, siempre la familia.

El reloj del salón dio las tres campanadas con una puntualidad casi ofensiva.

Todo estaba listo.

Melissa se ajustaba por cuarta vez los guantes, Francie revisaba que el cierre de su vestido no se hubiera torcido y Tracie daba vueltas por el recibidor como un colibrí nervioso. Brett, en cambio, permanecía quieto. Todavía inmaculado, intacto desde la mañana.

—No me senté —anunció con orgullo—. Ni me apoyé. Ni bebí nada que pudiera manchar mi chaqueta.

—Eres un prodigio —dijo Tracie—. O un maniático.

—Ambas cosas pueden coexistir —sentenció Francie—. Esas suelen ser las dos caras de la moneda de los genios, así que no te preocupes.

Melissa miró la escalera.

—¿Noreen?

Como invocada por la palabra, Noreen apareció en el último escalón. Vestía sencillo, el cabello recogido sin esmero, el rostro aún algo pálido... pero erguida. Tan erguida y firme que el estado de convalecencia parecía haberse quedado durmiendo en la cama.

—Bajo a despedirlos, no quiero que lleguen tarde por mi culpa —anunció con tristeza, como si le pesara no poder asistir a esa hermosa velada vespertina ¡Ja!—. Las gachas tibias y el descanso me hicieron bien, pero creo que descansar más sería lo correcto.

Melissa la examinó con el ojo clínico de las madres que no creen en milagros repentinos. Ni en las enfermedades repentinas.

—¿Estás segura?

—Sí, mamá, estoy bien. —Sonrió con satisfacción. ¡Ya casi lo había logrado!—. Prometo no desmayarme en el recibidor mientras ustedes se marchan.

—Eso sería muy dramático incluso para ti —opinó Francie con una ceja arqueada. Ni en su peor momento, Noreen, se permitiría desfallecer de esa manera. Esa fue su forma de decirle, no exageres con tu rol de pobrecilla, estás a punto de perder la credibilidad.

Melissa dudó un segundo más. Luego asintió al ver un rubor auténtico en sus mejillas. Tan pálida no estaba.

—De acuerdo. Quédate descansando. En cuanto volvamos, veremos cómo sigues. De ser necesario, llamaremos a un médico.

Noreen respiró aliviada. ¡Sí, lo había conseguido!

Para sorpresa de todos, llamaron a la puerta.

Tres golpes firmes y fuertes. La clase de golpes que provienen del impacto caballeroso de unos nudillos masculinos.

—¿Esperan a alguien? —preguntó Francie.

—No —respondieron todos al unísono.

Una de las doncellas se encomendó a la tarea de abrir.

¡Rayos! Gail O’Rourke estaba al otro lado de la puerta.

¡Y vestido para la ocasión!

Traje entallado, guantes en la mano, el cabello domado a fuerza de voluntad y aceite de macasar. Demasiado bien vestido para alguien que había recibido una nota matutina de su prometida en la cual le indicaba una tarea a

cumplir: *si también has recibido la invitación de Lady Kensington, inventa una excusa para tu ausencia, algo como... estaré ocupado con asuntos urgentes e imposibles de posponer. ¡Lo que sea! Yo hallaré una excusa también.*

Noreen lo miró. Frunció el ceño, los labios. Cada extremidad de su cuerpo parecía dispuesta a convulsionar de furia. Su mirada escribía en el aire una pregunta que solo Gail pudo leer: ¿Qué demonios haces aquí?

Él sonrió. Pues se encontró con aquello que esperaba hallar... esa mirada. Que fulminaba todo a su paso. La que no pedía permiso. La que desarmaba estrategias. La que parecía odiarlo con todas sus fuerzas. Esa mirada que él comenzaba a anhelar. A extrañar cada noche, cada mañana.

—Buenas tardes —saludó—. Espero no llegar demasiado temprano.

—No llegas temprano —murmuró con fastidio Noreen—. Llegas... y eso es lo que está mal.

—Buenas tardes para ti también, cariño —respondió él amorosamente, y con esa expresión suya, mezcla de serenidad y desastre inminente.

Melissa dio un paso al frente.

—Señor O'Rourke... no lo esperábamos...

—Lo sé —completó él—. Pero como se imaginarán, Lady Honora tuvo la gentileza de invitarme también. Pensé que sería apropiado ir juntos.

Noreen apretó la mandíbula. Le habló entre dientes apretados.

—Te envié una nota esta mañana.

—La recibí.

—Entonces sabes que este té es una emboscada social.

Gail se inclinó apenas hacia ella y murmuró, solo para sus oídos:

—No te preocupes —susurró—. Tengo un plan, confía en mí.

Eso fue peor. Mucho peor. ¿Confiar en él? Ella apretó los labios. Respiró hondo.

—Yo... —tosió manteniendo el ritmo coherente en su actuación—. Creo que me siento mejor ahora...

Todas las cabezas se giraron hacia ella.

—¿Mejor? —repitió Melissa. Arqueó una ceja.

—Sí. Un poco mejor, lo suficiente como para ir a casa de Lady Kensington.

—Es increíble lo que hace... el descanso, ¿verdad? —Francie siempre sería el soporte de los planes de su hermana. Eso implicaba intervenir en el momento justo.

—Y la motivación adecuada —añadió Gail sin apartar la mirada de Noreen. Es más, le acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Sí...sí... —masculló ella y, con gentileza, apartó su mano—, más te vale que sea adecuada.

—¡Y aquí lo vemos, damas y caballeros! —exclamó Tracie con esa fascinación romántica tan propia de ella—. ¡La magia del amor! Es verdad lo que dicen, el amor cura.

—Tracie... —advirtió Francie que sabía muy bien que el amor, allí, era igual de falso que en las novelas que su hermana leía.

—¿Qué? Es un hecho científico no comprobado pero muy popular.

Noreen cerró los ojos un segundo. La fresa del pastel de ese día era: el hecho científico no comprobado. ¡El amor! Pufff... Sí, Gail la amaba con toda su alma. ¡Vaya broma! Y ella lo amaba con toda su alma y corazón. ¡Un gran sin sentido!

—Subiré a cambiarme —dijo añorando que el plan de Gail valiera la pena. De lo contrario, sería ella la encargada de retorcerle el pescuezo. Ese mismo pescuezo que salvó semanas atrás.

—No te demores mucho, prima... —Brett consideró prudente recordarle la necesidad de ser puntuales—, no queremos que Lady Honora espere mucho. Eso no sería muy cortés de nuestra parte.

El que no podía esperar mucho más era él. Como buen niño, estaba inquieto y ansioso.

—Me cambiaré lo más rápido que pueda... Eso sí, no esperen perfección. —Se defendió antes de que vieran el resultado final.

—No importa, cariño —dijo Gail con total serenidad—. Tú eres perfecta tal como eres, tu atuendo es lo de menos. Es un privilegio para mí ser tu acompañante.

Brett abrió los ojos con admiración absoluta.

—Eso fue muy galante —susurró el niño.

—Lo sé... toma nota, pequeño —Gail le palmeó el hombro—, así es como se le debe hablar a la mujer que amas.

Noreen lo miró como si acabara de traicionarla. Como si expusiera la verdad de su plan con esas palabras melosas y mentirosas. Subió la escalera sin mirar atrás.

—Cinco minutos —anunció ella—. No más.

Fueron exactamente... cuatro minutos y cuarenta y seis segundos. ¡La mujer más rápida de la historia! Aplausos para ella.

El trayecto se organizó sin debate. Melissa, Tracie y Francie fueron en el carruaje familiar. Brett, por decisión propia y muy razonada, se acomodó en el carruaje de Gail junto a Noreen.

—Alguien tiene que vigilar que no hagan nada inapropiado —declaró con su habitual tono solemne—. Como vizconde, es mi deber.

—Por supuesto, milord —dijo Gail con su mismo tono de solemnidad—. Su presencia nos honra.

El pequeño se acomodó entre ambos como si fuese una muralla moral... una que duró muy poco. El traqueteo suave del carruaje, el balanceo constante y el agotamiento acumulado hicieron su trabajo. Su cabeza se inclinó hacia atrás hasta quedar apoyada contra el respaldo. Respiraba profundo. Se había dormido.

Noreen lo observó con ternura.

—Creo que no pegó un ojo en toda la noche —susurró para no despertarlo —. Su primer té social lo mantuvo inquieto.

—Ha sobrevivido al fuego azul, multitudes y a Lady Honora —agregó Gail para sumar razones—. Merece descansar.

—Sí, lo merece. Dejémoslo dormir.

El silencio se instaló. Uno bastante incómodo. Tan incómodo que hizo que Gail se cambiara a la butaca de enfrente. Quizás, si la miraba al rostro, el silencio dejara de ser la única alternativa.

Y dejó de serlo. Noreen fue... Noreen. Su boca volvió a la vida. Gail contuvo sus ganas de sonreír. Sus reproches, sus quejas, órdenes, era una melodía para él.

—Te dije que inventaras una excusa.

—Lo intenté.

—¿Cuánto lo intentaste? ¿Uno... dos minutos?

—Más de lo que tú tardaste en cambiarte...

Noreen arqueó ambas cejas.

—Viniendo de ti, reconozco que ha sido un gran esfuerzo.

—Gracias, cariño... por conocerme tanto, para ti no soy más que un libro abierto. —Se llevó ambas manos a su pecho, haciendo presión sobre su corazón.

—Déjate de tonterías, no está Tracie para seguirte el juego.

—Entonces tú sigue mi juego...

—No es eso lo que he estado haciendo estas semanas... cariño —masculló y sonrió con exageración.

—Tienes razón, tú sigues mi juego y yo sigo el tuyo.

—Para variar, podríamos unificar el juego, ¿no lo crees así? —Él asintió—. Dime, tan difícil te resultó encontrar una excusa. ¡Yo me enfermé de un instante a otro!

—No, no se me ocurrió ninguna excusa convincente —admitió, en verdad lo había pensado. Pero todos sus pensamientos y excusas decantaban en lo mismo: Noreen. Quería disfrutar de su compañía un día más—. Mentirle a Honora requiere talento creativo, y hoy no desayuné lo suficiente.

—Hubieses venido a desayunar a casa —resopló ella. Le parecían absurdas sus razones de relleno argumental.

—¿Es eso una invitación? ¿Puedo ir a desayunar con ustedes?

—¿Acaso no desayunas en tu casa?

—No.

—¿Por qué? —preguntó Noreen a la espera de oír alguna tontería de su parte.

—Porque no me gusta desayunar solo —dijo desviando su mirada. Prefirió contemplar la calle antes que la mirada de Noreen.

¡Maldición, O'Rourke, eso ha sido un golpe bajo!

Uno que hizo que el corazón de Noreen se encogiera de tristeza. Nunca se había tomado la molestia de indagar en la vida de Gail, solo había hecho presunciones. Era un libertino, un apostador, un bueno para nada con dinero. ¿Verdad?

Jamás lo había pensado como un joven hombre sin más compañía que el servicio doméstico. Y eso era... desolador. ¡Maldición! Quería abrazarlo, consolarlo... quería...

—Entonces... ¿sí tienes un plan? —retomó lo importante. Así de fría y distante se comportó.

Gail suspiró.

—Sí. No. Más o menos.

Ella lo miró con los primeros indicios de fuego en su mirada.

—Eso no es tranquilizador, Gail.

—Es que esa es la cuestión fundamental aquí, más cuando se trata de ti... El plan es no alarmarse.

—Lo dices como si fuera sencillo... Si fuese por Lady Honora, nos casaría ella misma, hoy, usando la mesa de té como altar.

—Por eso vine bien vestido —bromeó él.

—¡Gail! —Alzó la voz.

—Shhh... —La mandó callar señalando con la cabeza a Brett.

Ella resopló. Se contuvo, apretó los dientes:

—Cielo santo, tómate las cosas en serio, por favor.

—Lo hago, pero no sucumbo al pánico como tú... repito, el plan más adecuado es no alarmarse.

—¿Y cómo se supone que haremos eso?

—Siguiéndole la corriente... —Se encogió de hombros—. No sabemos qué va a pasar, Noreen. Quizá solo se limite a lanzar indirectas bien directas, sabes que esa es su mayor estrategia.

—¿Y si nos presiona, si cambia de estrategia? —La angustia tomó control de su voz. Detestaba tener que caminar a ciegas en terreno incierto. Estaba acostumbrada a tener el control. Y desde que Gail había aparecido en su vida, el control era cada vez más caótico.

—Discutimos —propuso él—. Por la primera tontería disponible. Algo creíble. Celos. Diferencias irreconciliables. Tú prefieres el café y yo el té.

—¿Prefieres el té? —preguntó ella con auténtico espanto.

—Solo en sueños, pero para Lady Honora, preferir el café es considerado un factor excluyente.

—Entonces... lo del café puede funcionar —dijo sin estar del todo convencida. Quería estarlo, debía pensarlo de esa manera para mantener la calma.

—Exacto...Y rompemos el compromiso ahí mismo.

—Rompemos el compromiso —repitió ella.

—Es lo mejor... es lo que planeamos desde un principio. —Gail volvió a esquivar la mirada de Noreen. Miró hacia la calle de nuevo. ¡Imbécil!, se dijo a sí mismo.

—Nadie sale herido —agregó Noreen como argumento indispensable para la separación de mutuo acuerdo.

—Porque no hay sentimientos —agregó él rápido. Y aunque quería evitarla, ya no pudo, tuvo que mirarla. Tuvo que indagar en su verdad.

—Nunca los hubo —dijo Noreen sin apartar su mirada de la de él. Ella también quería indagar...

—Siempre fue un pacto —recordó Gail.

—Un acuerdo práctico —recordó Noreen.

—Racional... Sin ninguna emoción de por medio.

No podían apartar la mirada el uno del otro. Sus corazones se pusieron inquietos. Sus exhalaciones ruidosas. Los parpadeos fueron frenéticos.

—Ni una emoción —sentenció ella.

—Ni una, es más, si te besara... —Acercó su rostro al de ella—, puedo garantizar que ni un solo pelo de mi cuerpo se erizaría por ti.

—Los míos tampoco —rebatió ella—. Ni siquiera generarías expectación en mí... —El carruaje dio un pequeño salto al pasar por un adoquín. Y el rostro de Noreen se acercó más al de Gail. La distancia era mínima entre ellos, lo sabían, y aun así, la mantuvieron—. Si te soy sincera, tus labios no me tientan...

—Los tuyos tampoco... Me resultan insulsos —Cogió su rostro entre sus manos—, sin gracia, para nada apetecibles.

Al demonio todo, iba a besarla. Quería besarla. Ansiaba besarla. Pero por ella y con ella, era y siempre sería un caballero. El libertino moría a sus pies. Se tomó un segundo para obtener su permiso, sus ojos buscaron los de ella. El brillo ardiente que la caracterizaba, ese que siempre era el previo aviso al estallido, en esa ocasión, brillaba con otra intensidad. Con otro color. Con miles de colores diferentes... era como ver fuegos artificiales en su mirada.

¡Joder, quedó paralizado!

La espera le quemó el cuerpo a Noreen.

—Gail, bésame de una vez —le susurró. Él sonrió, ella siempre quería el control, y él se lo entregaba con gusto.

Sus labios se encontraron, se rozaron. Fue como una caricia, lenta y delicada, como si ambos necesitaran comprobar algo... y negarlo al mismo tiempo.

Y la caricia se convirtió en danza. Con dos perfectos bailarines, que sabían cuando avanzar y retroceder. Ella enredó los dedos en su nuca, y abrió sus labios para llevar el beso al siguiente nivel. Uno de absoluto descontrol... descontrol compartido.

Brett se movió en sueños. Gimió. Se enderezó de repente.

Se separaron con brusquedad. Resoplaron para recuperar la compostura.

—¿Llegamos? —balbuceó Brett mientras se estiraba en la butaca.

—No, aún falta un poco —respondió Gail.

—¿Me he perdido de algo? —indagó el pequeño mirando a ambos.

—No, de nada... No ha sucedido nada —dijo Noreen acomodándose el cabello.

—Nada en absoluto —confirmó Gail.

Volvió a sentarse junto a Brett, necesitaban a esa pequeña muralla de por medio. ¡Bendita seas, pequeña muralla! Sí, todo seguía bajo control.

El silencio se hizo pesado, agobiante. Muy extenso.

—Comer... esa es la estrategia perfecta —dijo Brett, rompiendo el silencio incómodo.

Noreen y Gail fruncieron el ceño a la par. No entendían qué pretendía decir.

—¿Estrategia para qué? —interrogó ella.

—Para no hablar... cuando me preguntan algo que no puedo o no quiero responder, me meto comida en la boca y soluciono el problema. No es de buena educación hablar con la boca llena.

—Es verdad, no lo es —coincidió Gail, aunque no sabía bien porque había mencionado eso el niño.

—Si Lady Honora los presiona, no discutan... solo coman. ¿De acuerdo? —Volteó su rostro a Gail. Él asintió. Volteó su rostro hacia Noreen. Ella asintió—. Así nadie sale herido... —susurró.

Nadie saldría herido... no en su familia. Era su deber, era parte de las responsabilidades del condado. El peso del legado sobre su pequeña espalda. No permitiría que su prima sufriera. Tampoco el señor O’Rourke. Le agradaba.

CAPÍTULO 22



—Por favor, quédense a cenar —insistió Lady Honora tras el té—. En breve llegará mi sobrino y algunas amistades de primerísimo nivel.

Gail y Noreen compartieron miradas de pánico, la estrategia de Brett les había funcionado. Un scone por aquí, un emparedado por allá... galletas de mazapán. Oh, pasteles. Oh, higos acaramelados. Tendrían que canonizar al chef que había contratado la anfitriona, les sirvió de excusa perfecta. Cada vez que la mujer llevaba la conversación al camino que ellos no deseaban, se atragantaban dulces. ¿Pero cuánto más podían resistir sus estómagos? Como mucho, un par de eclairs más.

—Es usted muy amable, Lady Honora —agradeció Melissa con una reverencia. Un evento así, más íntimo, con personas de influencia era exactamente lo que le abriría el mundo a Lord Brett. Un pequeño vizconde que estaba más interesado en jugar con los gatitos de la lady en el jardín.

—No queremos abusar —dijo en cambio Noreen. Su madre le lanzó una mirada asesina.

—Si fuera abuso, no lo hubiera propuesto. —La respuesta de la mujer dio por zanjado el asunto, rechazar o insistir en que no era de buen gusto sería ofenderla—. Además, tienes que aprender a vincularte con esta clase de personas, querida. Algún día tu futuro esposo se involucrará más en los negocios O'Rourke y te verás obligada a relacionarte con gente exigente...

—¿Alguna marquesa, tal vez? —sugirió.

—Cariño, no somos tan importantes —siseó Gail—. ¿Viene Lord Hayden? —cambió rápidamente de tema.

—¡Cómo no son tan importantes! Recuerdo muy bien que tenías una estrecha amistad con la honorable señorita Jade. ¿No es ella ahora una marquesa?

—Lo tengo —murmuró Noreen, conforme con haber averiguado quién era la mujer que le había roto el corazón a Gail.

O'Rourke rodó los ojos, pero una pequeña sonrisa asomó en sus labios.

—Resultaste ser muy rencorosa, Noreen —le susurró al pasar camino al salón.

—En definitiva, una buena esposa tiene que ayudar a su esposo a brillar.

—¿Y por qué no al revés? —preguntó Tracie.

Lady Honora la calcinó con la mirada.

—¡Porque las damas no llevan negocios, llevan hogares!

—Bueno, eso tendría que cambiar —intervino Francie—, mi madre siempre fue mejor administrativa que mi padre, tanto en el hogar como en los negocios.

Lady Honora empezó a ponerse roja. Golpeó con su bastón el suelo.

—¡Vaya trabajo darán ustedes dos! —gruñó.

—Pero, milady... —insistió Francie—, usted misma lleva adelante una gestión encomiable de su hogar, se le dan bien las relaciones sociales y se basta sin su difunto esposo. Es usted quien inspira estos pensamientos rebeldes en nosotras.

El sonrojo pasó de ser iracundo a halagüeño.

—Sé que soy una mujer extraordinaria, señorita Plageman, pero creo que ha entendido mal mi enseñanza.

—Yo creo que la has entendido perfectamente —murmuró Noreen a su hermana.

—Como sea, con mi guía podrán convertirse en mujeres de valor. Por desgracia, pese a mis muchas habilidades, no soy capaz de estar en más de un sitio a la vez. ¡Por eso es tan importante que las hermanas de una familia se presenten por separado! Nadie puede poner atención a cada detalle si son tres. En cuanto la señorita Noreen se case, podré enfocarme en usted, señorita Francie.

—¡Oh, gracias!, pero no se apresure, por favor —rogó Francie, y buscó con sus ojos cargados de pánico alguien que la rescatara. No sería su madre; Melissa sonreía divertida ante las consecuencias de la bocaza de su hija.

—Los tiempos los da Dios, ya veremos si tienes el éxito de tu hermana mayor. Y hablando de tiempos... —Iba a soltar la insistente pregunta sobre fechas de matrimonio.

—Milady... —El mayordomo se apersonó en ese instante—, su sobrino, Lord Hayden Kensington está aquí.

—¡Amigo! —clamó Gail al verlo, fue a su encuentro de inmediato. Sería la nueva estrategia de evasión.

—Me ha dicho mi tía que, con suerte, esta noche anunciarás la fecha de boda. No podía perdérmelo —dijo el barón, palmeando la espalda de O'Rourke.

—No tú, por favor, no tú también.

Si Lord Hayden fuera de los que soltara sonoras carcajadas, una risa estridente hubiera sonado en el salón de su tía. En cambio, sus dientes blancos apenas asomaron por entre sus labios.

—En mi caso no es con el objetivo de atribuirme el éxito social de una dama, sino por el de preocuparme por la felicidad de un amigo. Hay fortunas que uno tiene que apresurarse a tomar.

Lord Hayden era conocedor del pasado de Gail, del golpe que resultó el rechazo. Volvía a verlo enamorado, quizás incluso más que aquella vez, y temía que un golpe más convirtiera al divertido libertino en uno cínico... La peor clase de granuja.

O'Rourke asintió, fingiendo una sonrisa similar a la de su amigo. Iba a perder a Noreen, pero no por otro hombre, no por las normas sociales ni los rangos... Iba a perderla porque Noreen tenía alas y él era incapaz de encerrarla en esa jaula matrimonial.

Antes de que la nostalgia pudiera traslucirse en su mirada, el mayordomo anunció a Lady Simona Carrington, la mejor amiga de Lady Honora. Lady Simona entró con una jovialidad que no mostraba su edad. Llena de joyas hasta el mal gusto y con un vestido colorido que solo usaría una cortesana, se manejaba con una gracia que compensaba su imagen. Era provocadora, y Lady Honora la adoraba.

—Milady, venga, quiero que conozca a las Plageman —insistió la anfitriona. Mientras hacía las presentaciones, los últimos dos invitados fueron anunciados:

—Lady Aalishya Crofton y Lord Fergus Crofton.

El juramento de Gail quedó ahogado por los saludos enfáticos. Noreen ni siquiera soltó un juramento, para eso tendría que ser capaz de separar los

dientes y estos estaban decididos a rechinar.

—Noreen —insistió su madre—, Lady Honora no lo ha hecho adrede, desconoce lo sucedido.

—Lady Honora no desconoce lo sucedido, madre —murmuró Francie. Tracie estaba demasiado ocupada lanzando chispas por los ojos como para prestar atención a la conversación—. Lady Honora quiere ver sangre correr...

—No es así —intentó conciliar Melissa.

—Sí, sí es así. Por un extraño motivo, Lady Honora ha desarrollado afecto por nosotras, madre. Esta es su forma de clavar una daga en la condesa. Noreen... —llamó la atención de su hermana, que seguía tensa.

—Dios, nos obligará a poner una fecha de matrimonio sí o sí —coincidió la mayor de las Plageman—, quiere que lo hagamos enfrente de la condesa.

—Bueno, no sería tan grave, ¿verdad? —preguntó Melissa.

Francie y Noreen intercambiaron miradas. Si ponían fecha y *luego* cancelaban el compromiso, sí sería un poco escandaloso. ¿Podrían superarlo?

—Prefiero otras formas de venganza... —reconoció Noreen, al saberse atrapada.

—Arañas —dijo Tracie, quien se sumaba en ese momento a la conversación —, arañas enormes de patas peludas...

—A este ritmo, tendré que conseguir todas las arañas de Australia —suspiró Noreen, y la cena fue anunciada.

—Oh, no, no, señor O'Rourke, no puede sentarse junto a su prometida. Lord Fergus, cambie con el señor O'Rourke, por favor. Lord Hayden, ocupa el lugar junto a la condesa —ordenó Lady Honora.

Cuando los presentes terminaron de jugar al juego de la silla y ella estuvo satisfecha, hizo sonar la campana para que los criados se acercaran con la cena.

—Tiene usted un hermoso vestido, milady —inició Lady Simona la conversación—, ¿es de madame Élodie?

—Sí —dijo la mujer—, el conde me ha mandado a confeccionar un guardarropa nuevo.

—Es que una mujer a cierta edad necesita adaptar sus atuendos —comentó Lady Honora.

Melissa casi suelta el vino por la nariz.

Gail vocalizó desde su lugar enfrentado a Noreen: «Es más vengativa que tú». Ella le respondió del mismo modo: «le faltan arañas». Los dos escondieron las risas tras las servilletas.

—Yo pienso que mi esposa se ve cada día más hermosa —la defendió el conde—, es como un buen vino, solo sabe mejorar.

—Es usted muy amable, milord —dijo su esposa, con una mueca. No le gustaba que la llamaran vieja.

—Tiene usted razón —intervino Melissa, quien aún tenía la espinilla clavada—, su esposa se ve radiante. Es evidente el buen gusto de madame Élodie, un gusto sobrio, algo... conservador. Ideal para una mujer casada, asentada, que tiene otros intereses además de la moda. A mí me la recomendó Lady Mary Elizabeth Sinclair.

—¡Qué buen gusto tiene esa mujer! —coincidió Lady Honora.

—En cambio, para mis hijas que son jóvenes, radiantes... que tienen que brillar si quieren captar la atención de un caballero con su buena posición, milord, nos pareció más apropiado la señora Bianchi.

—He escuchado que está en auge —comentó Lord Hayden.

Su tía alzó las cejas.

—¿Y desde cuándo sabes de moda femenina, sobrino?

Las mejillas del barón apenas se elevaron un tono. Gail alzó una ceja.

—Eso, milord, ¿desde cuándo sabe tanto?

El barón era muy discreto a la hora de *atender* sus necesidades.

—Pues, tendré que buscar esposa —respondió él, sin perder la compostura —, y estos temas son tan importantes como los demás.

—¡Aleluya! —clamó Lady Honora—. Oh, oh... —Hizo sonar la campanilla, el criado se posicionó a su lado—. ¡Asegúrese de que haya champaña! ¡Cómo amo las bodas!

—Tía, solo he manifestado el evidente interés en el matrimonio —dijo Hayden en su defensa—, soy un barón, debo casarme eventualmente. Lord Crofton entiende mi posición.

—¡Y le deseo la dicha de encontrar una esposa tan bella como la mía! —respondió el aludido.

Francie tosió. Tracie se mantuvo en prudencial silencio, para variar. Las mujeres Plageman no se confiaron, de seguro pensaba en cómo colar insectos en la alcoba de la condesa. Lord Brett daba de comer con disimulo al gatito que, sabiamente, se había dispuesto junto a su silla. Noreen llevaba bastante bien su

reacción alérgica, se preguntó si era por la higiene del animal o si con los años comenzaba a desarrollar anticuerpos.

—Hablando de bodas...

Oh, oh. Gail y Noreen cruzaron miradas. Su último intento de definir un plan de contingencia terminó en un beso. En un beso que aún ardía en los labios de ambos, un beso que clamaba ser repetido...

—Milady... —empezó O'Rourke.

—Ni milady ni milord, señorito O'Rourke, que usted no será noble, pero ¡vaya patrimonio! —lo reprendió Lady Honora—. ¡Más de uno quisiera poseer lo que usted heredará! ¡Y sin hermanos!

Noreen bajó la mirada. No lo había pensado, siempre creyó que O'Rourke no se casaría con nadie, pero ahora comenzaba a contemplar la posibilidad de que *para siempre* durara tan solo un par de años más. Imaginar a Gail casado, en brazos de otra dama le revolvió el estómago.

—Tía —intervino Hayden—, es evidente que O'Rourke no se toma el asunto a la ligera. Hacer las cosas bien, lleva tiempo.

—Como encontrar un lugar donde confeccionar el ajuar de la prometida —bromeó Gail. Hayden arqueó las cejas, en un gesto que transmitía: «intento ayudarte, capullo».

—Esas son sandeces —insistió Lady Honora—. La señorita Plageman es tan bella y a la vez tan sencilla que podrá empezar su labor de esposa con tan solo cinco vestidos. Es algo que no muchas damas pueden hacer.

Si las miradas asesinaran, Noreen estaría muerta. La condesa quería apuñalarla con su tenedor.

—Se lo agradezco, milady... —respondió con humildad. El sonrojo pasó desapercibido por ese mismo motivo—. Respecto a la boda... —Buscó con sus ojos a Gail, se mordió apenas el borde del labio para contener el deseo de gritar que era una farsa, pero que no quería que lo fuera más. Que lo había besado y que ahora quería jugar a la probabilidad con él, que ya no creía que las matemáticas estuvieran en su contra, ¡estaba segura de que con O'Rourke llevaba las de ganar! Era una escalera real, era un póker, era un veintiuno exacto... Era todo lo que nunca se atrevió a soñar—. Queremos que el señor O'Rourke padre esté presente y...

—Y ahora está de viaje —completó Gail—, pero en cuanto regrese, pondremos fecha.

—Oh, ese hombre, que viaja tanto. ¿Cómo lo lleva su madre?

—De maravilla —reconoció en tono bromista y los presentes se echaron a reír. El ambiente se alivianó de inmediato y la conversación fluyó por otros derroteros.

Necesitaba aire. Lady Honora y Lady Simona insistían en traer champaña, en brindar por las inminentes bodas, las cuales eran tan inexistentes como el deseo de Gail de permanecer un segundo más ante las miradas expectantes.

Cogió un cigarro como pretexto, nadie molesta a un hombre cuando se aleja a fumar. Las damas estaban algo alborotadas, dando instrucciones a los criados para el brindis. Las conversaciones eran caóticas, se daban casi a los gritos, y en esa confusión aprovechó para escapar a los jardines.

—¡Al fin solo! —suspiró.

No tenía real deseo de fumar, pero debía encenderlo si quería usarlo como una excusa. Buscó las cerillas en los bolsillos de su chaqueta, palpándose el pecho algo ansioso.

Mentía. No quería estar solo. Los golpes se hicieron más enérgicos.

—¿Dónde coño metí las cerillas? —gruñó con el cigarro entre los labios.

No, no quería estar solo, quería estar con Noreen, deseaba desafiarla a fumar de nuevo y reír de su expresión de asco. Ansiaba compartir más licor de naranja con ella, y beber el dulzor de sus labios inocentes. Deseaba volver a besarla, más hondo, más profundo, más, más, más...

—¡Al fin, joder! —dijo, cogiendo las cerillas.

Anhelaba besar a Noreen, pero ya no a hurtadillas. Fijar su boca a la de ella ante diez testigos, mil, un millón... Arrastrarla a un escándalo. Obligarla a casarse con él...

Por sus hermanas.

Por su primo Brett.

¡Por el maldito motivo que sea!

Pero suya.

La primera cerilla se rompió. La segunda consiguió su cometido, pero antes de que pudiera encender el cigarro, una voz rompió su furiosa y tortuosa soledad.

—O'Rourke... ¿cansado de fingir?

Gail se volvió lentamente, enfrentó a la condesa. La llama se apagó de inmediato. Y pensar que supo hallarla atractiva. Ya no, ya no veía más que su

verdadera esencia.

—Cansadísimo.

—Lo sabía. Han llevado esto del compromiso falso muy lejos.

—Demasiado... Demasiado lejos.

—Imagino que estarás hasta la coronilla de pretender que te interesa la señorita Plageman...

O'Rourke rio. Una risa amarga, carente de humor, que recorrió la noche, se hizo brisa y alcanzó a Noreen. Esta se hallaba medio oculta por un álamo del jardín. Había salido a advertirle que en el salón advirtieron su ausencia y preguntaban por él. Ahora estaba paralizada en las sombras, testigo accidental de la conversación con la condesa.

—Sí, milady, estoy cansado de pretender que me *interesa* la señorita Plageman —repitió, sus ojos brillaron en la espesura.

Noreen sintió que esas palabras viajaban como dardos y se clavaban en su pecho. Jamás había experimentado un sentimiento tan hondo, tan devastador. Dio un paso atrás, para irse sin ser vista, cuando el resto de la declaración de Gail llegó a sus oídos como una dulce medicina para su alma:

—Es absurdo llamarle *interés* al hondo afecto que tengo por ella. Al deseo de convertir lo falso en real.

La sorpresa afectó a la condesa. Noreen, en cambio, quedó paralizada. La mujer rio, rio como si aquello fuera una broma de mal gusto, pero cuando él no la acompañó en risas entendió que hablaba en serio. Se negaba a aceptarlo, se negaba a perder ante la joven americana.

—Si eso fuera cierto, ya te hubieras casado con ella —conjeturó. Su voz dudó, el peso de la verdad era demasiado como para ignorarlo.

—¿Sabes por qué no me caso con ella? —preguntó, la mujer negó con la cabeza—, por gente como tú. Por personas como tú, que le han hecho creer que en el matrimonio hay más probabilidades de ser desdichado que feliz. Por parejas como tú, que teniendo todo para ser feliz, eligen dañar. Porque Noreen no quiere casarse, y aunque yo fantasee con usar mi poder, mi influencia, para retenerla a mi lado, la quiero tanto, ¡joder!, la quiero tanto que no podría hacerle eso, aunque fuera para pasar el resto de mi condenada vida compensándola. ¡Por eso, Lady Aalishya, es que mi compromiso es una farsa! Y, sin embargo, es más real que su maldito matrimonio.

La furia y la impotencia habían hecho temblar cada una de esas palabras que salieron de entre sus dientes apretados.

Noreen dio un paso al frente, quiso ir a su encuentro, pero había estado tan absorta que no vio al conde que había notado la ausencia de su esposa y fue en su búsqueda. El hombre estaba también en las sombras, posiblemente con la misma intención que ella, la de advertirle a su esposa que los presentes habían notado la ausencia. Las palabras de O'Rourke habían tenido en él otro impacto que en Noreen. Igual de devastador, también transformador, pero distinto.

—Milord... —La condesa vio a su esposo y palideció.

Gail, él... Él simplemente se prendió el cigarro.

—Si he de morir, que se me permita un último deseo —dijo a modo de excusa.

—¿Por qué habría de morir? —El conde tenía los ojos fijos en su esposa—, no es usted quien ha roto el juramento hecho en el altar, no es usted quien burla el amor que siento...

—Cariño, no significa nada...

—Lo sé. Nada es significante para ti.

Gail dio un paso atrás, ya no era el centro de esa escena.

—Cariño... —La condesa intentó coger el brazo de Lord Crofton.

—Siempre te quise, siempre —confesó él—. Estaba enamorado de ti y decidido a hacerte feliz. Supe que había fallado cuando vi la nota, el encuentro en el invernadero, y pensé... pensé que tenía otra oportunidad para salvar nuestro matrimonio cuando O'Rourke se alejó de ti. Un susto... —dijo, soltando el aire—, un susto que pone las cosas en su sitio. Me prometí que te amaría el doble, que montaría un altar para ti y te adoraría hasta que no necesitaras nada más...

La condesa no pudo contener más el hastío. Bufó por lo bajo ante lo aburrido que le resultaban esas declaraciones de amor. ¡Eran dos hombres patéticos!

—Terminemos con esto —pidió Lady Aalishya. Tanto el amante como el esposo habían perdido todo encanto.

—Hace bien, O'Rourke, en no obligar a la señorita Plageman. Solo si lo elige libremente sabrá que tiene una esposa, sino tendrá una prisionera. Una prisionera que hoy me veo en la obligación de liberar.

—¡Rayos, Fergus! Cierra el pico de una vez —se quejó la mujer—, ese acto de solemnidad y falso dolor empieza a dar pudor. —Se dio la vuelta para regresar a la casa, recoger sus cosas e irse. Esa panda de imbéciles la tenían cansada. ¡Era una condesa, demonios!, ¿quiénes se creían? ¡El idiota de O'Rourke debía besar

sus pies por el simple hecho de haberlo considerado para amante!, y ¿Lord Hayden?, pff, apenas era un barón. Un barón que si seguía juntándose con americanos perdería el único valor de su título. ¡Y esas viejas arrugadas...!

—Pues tendrás que acostumbrarte a la vergüenza, Aalishya, porque de la libertad que hablo es del divorcio —sentenció el conde.

Gail aspiró tan fuerte de su cigarro que consumió la mitad de una pitada. En las sombras, Noreen tuvo que taparse la boca para no delatar su posición.

Los pies de la condesa se clavaron en el césped del jardín, se volvió con lentitud.

—¿Qué has dicho?

—Que quiero el divorcio, Aalishya. Que ya me has roto el corazón y la sensación no es agradable. Que te amo, sí, pero me he cansado de ser el único en amar. Y que yo, a diferencia de ti, no pienso buscar por fuera del matrimonio lo que debe existir dentro. Tú nunca me apreciarás, pero tal vez, allí fuera, sí haya quien me quiera. Y ¿sabes qué? —insistió, acercándose a su esposa—, merezco que me quieran y me respeten. De modo que sí, *milady*, acostúmbrate a la vergüenza, porque daremos qué hablar.

Tras lo cual, él dio dos zancadas y sobrepasó a su esposa. Al llegar al salón de Lady Honora no se disculpó, ni pidió su abrigo, solo dijo:

—Sumo una nueva razón para brindar. —Y cogió una de las copas con champaña, la alzó—. ¡Salud! —y la bebió de un sorbo.

Noreen se alegró por el hombre.

—Salud —le respondió desde allí, con el corazón aún acelerado por las emociones de la noche.

CAPÍTULO 23



—¡Oh, por Dios! Esto no da para más —se quejó Noreen. Sus ojos seguían fijos en Gail.

¡Demonios!, necesitaba hablar con él de manera urgente. Por fin entendía el concepto de las mariposas en el estómago, y, a su ver, era una experiencia horrible. Sentía que toda ella era una cuerda de violín demasiado tensa, que ese vibrar en la boca del estómago era la mano de un violinista experto que la hacía sonar, pero que también la haría romper.

Y ese violinista estaba al otro extremo del salón, componiendo melodías con sus ojos verdes.

—¡Se lo suplico, milord! —se escuchaban los clamores de la condesa.

La pareja estaba en la biblioteca de Lady Honora, la discusión había pasado por todos los matices y volvía a repetirse: súplica, enfado, extorsión, confesiones, súplica, enfado...

—Será mejor que nos marchemos —dijo Melissa por enésima vez.

Brett bostezaba a su lado, y su tía no le decía que dejara de hacerlo, por el contrario, lo instaba a bostezar más y más. A abrir enormemente su boca y dejar en evidencia que se caía de sueño.

—¡Oh, no, por favor! —insistió Honora. Iba por su tercera botella de champaña—, no me imagino qué hacer con esa pareja. ¡Lord Hayden, le suplico, vaya a ver qué sucede!

Noreen rodó los ojos. No, a Lady Honora le importaba un pimiento la pareja, lo que le interesaba era el cotilleo. Francie se acercó a ella para darle

apoyo moral.

—Esto podría ser divertido a la hora del té, ahora solo quiero que se reconcilien o se maten, pero como sea, ¡que terminen con esto! —se quejó su hermana. Noreen no podía estar más de acuerdo.

Brett fue el primer soldado en caer. Cogió el gato de Lady Honora, se lo llevó al sillón que le pareció más cómodo y allí, con la excusa de solo descansar la vista un segundo, se entregó a un profundo sueño.

—Lady Honora, nos marchamos —insistió Melissa. Fue a despertar al joven vizconde.

—¡Señora Plageman, no lo despierte, pobre niño! Podremos darle habitación aquí y que descanse...

—Tía... —Lord Hayden mostró pudor por primera vez en la noche.

—Sería de mal gusto echarlo así, medio dormido. ¡Es un vizconde después de todo!, no quiero que cuando crezca considere mis modales inadecuados.

—¡Debemos insistir! —persistió Melissa.

—¡Y yo también! —Hizo sonar la campanilla. El criado llegó con más champaña, Lady Honora hizo un gesto con la mano—. Es para que prepare una habitación para Lord Brett. Estos... ¡No tengo palabra para definir al conde y la condesa! —se quejó—, estos han montado un espectáculo que nos tiene a todos aquí atrapados.

—Pues no —intervino Lord Hayden—, lo que suceda entre el conde y la condesa es su asunto. No nuestro.

—¡Por fin un poco de seso! —murmuró Gail.

—Usted se calla, O'Rourke, que ha sido la llama que comenzó el incendio en mi propiedad —se quejó Lady Honora—, ¡por segunda vez!

—¿Yo? —fingió inocencia.

—Tía...

—¡No y no!, me parece de muy mal gusto dejarme a solas con este escándalo.

—¡Rayos! —siseó Noreen en dirección a su hermana Francie—, lo que es de buen gusto o de mal gusto tiene más vaivenes que barco en el mar ártico.

Francie rio.

—Es sencillo, Noreen. Nuestra madre tiene razón —comentó la hermana del medio. Delante de ellas, Hayden insistía en poner sentido común y Lady Honora en no quedarse a solas. Lo cierto era que la mujer disfrutaba demasiado

de los escándalos... cuando les sucedían a otros, y era incapaz de admitirlo, porque eso sería de *mal gusto*—. No es muy distinto a Nueva York.

—¿A qué te refieres?

—A que lo que es buen gusto y mal gusto no depende de los modales, sino del dinero y la influencia. Si Lady Honora lo hace, siempre será aceptable; en cambio, una persona de bajos recursos, por muy correcta que sea, será juzgada como inapropiada haga lo que haga.

—¡Vaya! Te has vuelto muy sabia en Inglaterra.

—Pues sí —reconoció Francie con una sonrisa—, porque aquí encontré las novelas de Anne Brontë, la hermana olvidada. Es quien mejor explica este asunto.

El segundo soldado que pereció fue Tracie, y Melissa ya no tuvo argumentos para plantear una retirada. El reloj marcó la medianoche y los gritos parecieron acallar con las campanadas. Cuando Lord Hayden fue a ver, se encontró solo con Lord Fergus, sentado, con la vista en la ventana. La condesa se había marchado por la ventana, para no enfrentar a los anfitriones, sumando escándalo al asunto. Al regresar de la biblioteca, Hayden estaba furioso con su tía, pero era demasiado amable para hacerlo notar:

—Supongo que pasaremos la noche aquí, tía —gruñó—, ahora sí sería de mal gusto hacer marchar a nuestros invitados.

—¡Claro, querido!, ¡claro! No se me ocurriría hacerlos marchar.

—No —susurró Francie al oído de Noreen—, porque siempre fue su intención que nos quedáramos. ¡Así se debe sentir que te secuestre un pirata!

Noreen contuvo la risa.

—Creo que prefiero el pirata —comentó Melissa, que había escuchado el último retazo de conversación—. Esta mujer no puede soltar un cotilleo ni que la vida se le vaya en ello.

—Bueno... —Noreen intentó ser pragmática como siempre, incluso optimista—, al menos hemos aprendido algo: ¡que no dejaremos que ningún otro inglés nos dicte el buen gusto!

—Así se habla —dijeron las tres mujeres.

Tracie abrió los ojos, no la despertó el ruido, sino el repentino silencio. Miró a su madre, a sus hermanas y quiso llorar de frustración. ¡No soportaba más a los Kensington! De algo estaba segura, cuando llegara su turno en sociedad, se mantendría lo más lejos de esa familia de lo que fuera capaz.

—Ya están dispuestas las habitaciones —anunció Lord Hayden, sus ojos lanzaban chispas de ira hacia su tía, unas chispas que se apagaron apenas al ver a la menor de las Plageman abrir los ojos somnolientos—. Lo siento, señorita —se disculpó con voz rasposa, como si él fuera quien recién despertara—. Esto ha sido muy descortés de parte de mi tía.

—¡Hayden! —se ofendió la mujer, pero su amiga Simona la detuvo. El barón rara vez se enfadaba, pero cuando lo hacía, era mejor mantenerse alejado.

Las damas Plageman hicieron una reverencia, recogieron a sus caídos: Lord Brett, y se marcharon a las habitaciones designadas. Una vez quedaron los demás a solas, Hayden miró a su amigo y no necesitó decir nada más.

—Tengo cigarros —aceptó Gail.

—Y yo tengo whisky —completó Hayden.

Se marcharon a los jardines, dejando en evidencia cómo funcionaba esa silenciosa y dispar amistad.

A Noreen le tocó compartir la habitación con Tracie, que apenas podía mantenerse en pie por el sueño. La mayor la ayudó con premura a quitarse el vestido y meterse en la cama.

—Hoy Lady Honora se ha sobrepasado, de verdad —se quejó la menor—. Juro que prefería cuando nos odiaba.

—No estoy segura de que haya dejado de odiarnos.

Una vez en enaguas, Tracie se metió bajo las mantas. Era una noche agradable, pero tenía tanto sueño que empezaba a sufrir temblores de frío.

—¿Te imaginas tenerla de pariente? —preguntó—. Metiéndose en cada aspecto. A esa mujer no le interesa el buen gusto, lo que le interesa es mandar, digitar la vida de cada persona que se cruza en su camino.

—Por suerte, nosotras no lo sabremos jamás —la animó Noreen. La arropó y le apartó el cabello del rostro. Mañana su hermana tendría una maraña indómita en la cabeza, pero estaba demasiado cansada para ocuparse de ello—. Somos americanas, jamás estaremos a la altura de su familia, mucho menos del barón. Si una de nosotras lo pretendiese, volveríamos directo a la lista de personas despreciables.

—Pues estamos seguras, Lord Hayden jamás se fijaría en alguien tan imperfecto como nosotras.

—Lo estamos —afirmó Noreen, no tan convencida como su hermana, pero sin ánimos de discutir.

Hayden era amigo de Gail; Hayden, esa noche, se había cabreado de manera inesperada, un espectáculo digno de ver... Hayden, al igual que todos, no era un autómata, sino un hombre de carne y hueso, con un corazón que latía en su pecho. Y bien sabía ella que nadie es capaz de dictarle al corazón cómo sentir.

—Ve... —le dijo Tracie, en trance entre el duermevela y el sueño profundo —, yo estoy muy cansada, no notaré que no te has metido en la cama de inmediato.

—¿Tracie?

—Ve... —insistió, y cayó rendida por el cansancio.

Noreen se quitó el miriñaque y la enagua que lo recubría, dejando solo la interior, antes de salir de la habitación. Sintió la libertad del vestido, la tela rozarla y arrastrarse un poco por el piso. La casa ya estaba en silencio, hasta los criados habían desaparecido de la vista. Lady Honora se excedió esa vez, se valió de su autoridad para disfrutar del cotilleo. Tracie tenía razón, era peor su afecto que su desprecio.

Y eso la hizo cambiar de parecer. Sonrió y, en lugar de seguir por el corredor, salió a los jardines.

—¡Al demonio! —La sonrisa se hizo más amplia. Rodeó la casa, contando las ventanas, hasta dar con la indicada. El estómago se le llenó de cosquillas, la piel se le erizó. Encontró la que buscaba y analizó el terreno—. Bien, allá vamos.

Un árbol estaba dispuesto a unos dos metros, de modo que las raíces no intervinieran con los cimientos de la casa. Sus ramas, por el contrario, se extendían como brazos hasta la ventana. Trepó con una agilidad que recordaba de niña. Su vestido era un impedimento, pero sin el miriñaque, consiguió su cometido. Reptó por la rama más ancha hasta casi el extremo en que no sostenía su peso. En ese punto, se puso de pie cogiéndose de la rama superior. Era más fina, pero para sus manos era suficiente. Un pie, luego otro, hasta que solo bastó una zancada para alcanzar el alféizar. Se aferró a la mampostería y, con cuidado, descendió su trasero hasta quedar sentada en el borde de la ventana. Golpeó el cristal con los dedos.

—¡Joder, Noreen! —Gail abrió la ventana y ella por poco cae de espaldas dentro de la habitación. No fue así, el pecho de O’Rourke, más específicamente,

el pecho desnudo de O'Rourke recibió su peso.

—Así se entra por una ventana, Gail. Alguien tenía que enseñarte.

Consiguió pasar las piernas al interior. Una vez dentro, el impacto de verlo usando solo los calzones la hizo sonrojar.

—Tendrás que mirar hacia otro lado si no quieres que el momento se vuelva... más bochornoso —le advirtió él.

La mirada de Noreen estaba en el punto exacto en que su cuerpo empezaba a despertar.

Bochornosa no era la palabra que acudía a la mente de la señorita Plageman. Acató la sugerencia, aunque de muy mala gana, debió reconocer.

—Gail... —Rayos, cómo empezaría—. Yo... Te escuché. Te escuché cuando hablabas con la condesa.

O'Rourke asintió. Esperó a ver la reacción de Noreen antes de dar un paso; de pronto, tenía miedo. Un miedo irracional, que se parecía más a herida del pasado que a pruebas del presente. Porque Noreen se había colado por la ventana, porque Noreen estaba a solas con él en esa habitación a riesgo de arruinar su reputación...

Porque Noreen quería con actos, no con palabras. Y sus acciones eran una declaración más firme que la que él hizo delante de la condesa.

—Yo... —balbuceó ella—. ¡Puedes vestirte! —se enfadó ante la falta de palabras—. Me distraes.

—No.

—¿No?

—No, tú te has metido aquí, son los riesgos que una corre. ¿O debo recordarte nuestro primer encuentro en una habitación?

Las mejillas de la señorita Plageman se encendieron aún más.

—El problema es que me estoy acordando demasiado de ese encuentro —masculló.

—Bien, porque detesto ser el único.

—¡Ese es el punto! No eres el único. Listo, ya lo dije. —Noreen buscó la ventana para marcharse, hasta allí había llegado su osadía. Gail la detuvo, la cogió de la muñeca con suavidad y la atrajo hacia él.

—¿A eso has venido?

—Sí.

—Entonces, hazlo bien —la desafió él.

Noreen inhaló profundo, se volvió y lo enfrentó con coraje y un deseo que empezaba a hacerse pesado en su vientre bajo. Y más abajo. Y quizá demasiado dentro de sí. Tragó saliva.

—Sé que dije que no quería casarme, Gail, y sigo pensando igual respecto al matrimonio. Creo que es una institución muy desigual. Pero estoy segura de que, con nuestros respectivos caracteres, tu rebeldía y mi necesidad de libertad, y el afecto mutuo, podremos conseguir que funcione. Y si tus sentimientos son los que manifestaste más temprano, me gustaría dejar en claro que mis reparos sobre el matrimonio no serán un impedimento.

—¿Bromeas? —Gail contuvo una sonrisa apretando los labios.

—¡No! De hecho, he hablado muy en serio.

—¡Demasiado en serio!

—¡Como sea! ¿Te casarás conmigo sí o no? —demandó Noreen, cruzando los brazos a la altura del pecho.

Gail tuvo que esforzarse en no carcajear.

—No.

—¿No? —repitió, sorprendida.

—No. Tendrás que ser más romántica.

—¡Gail!

—Esfuérzate. He sido un libertino toda la vida, y para tener todo esto... —Señaló su cuerpo semidesnudo—, para ti, solo para ti, por el resto de la vida, deberás trabajar por él.

Noreen se mordió el labio.

—Te quiero, Gail. ¿Vale?

—Quita el *vale*, no sonó muy bien. Va de nuevo.

—Basta... —rio Noreen—. No sé cómo se hace.

—Algo como —se aclaró la garganta—: Si sus sentimientos respecto al matrimonio hubiesen cambiado, señor O'Rourke... O podrías agregar un «increíble señor O'Rourke», «apuesto señor O'Rourke» —La señorita Plageman contuvo la risa— y ahí sigues: tendría que decirle que me ha hechizado en cuerpo y alma y lo amo, lo amo, lo amo; no quiero estar sin usted otro día...

—¿Te sabes de memoria los pasajes de Orgullo y prejuicio?

—Qué decirte... Soy un romántico.

—Yo no —reconoció ella.

Gail sonrió.

—Ya lo sé, y sabes lo más extraño del asunto —Se acercó a ella, la estrechó en brazos sin pudor—, que me fascina. Porque las palabras se las lleva el viento, pero las acciones no. Este compromiso falso que hiciste por amor a tu familia, el riesgo de ser atrapada, el esfuerzo que empleas en que de tus labios salga poesía... Todo eso es tu forma de querer, y aunque no se escuche, se siente. Me siento querido...

Noreen quiso darle otra demostración de amor, besarlo, probarle que su ausencia de palabras sería compensada. Gail llevó su mano al mentón de ella, le alzó el rostro y la miró con profunda adoración:

—Tienes ojos bonitos. Los ojos más bonitos que vi... —le confesó.

—¿Mis ojos?

—En tu casa de Londres lo reconociste, hasta a las damas pragmáticas les gustan los halagos.

—Gail... —Noreen quería repetir su pregunta, sabía que ahora O'Rourke le diría que sí. Pero él también se merecía palabras bonitas, aunque a ella no se le dieran bien—, no puedo perderte. Solo eso se me ocurre decir, que pensar la vida sin ti, ahora que sé cómo es contigo, se me presenta infernal. Y...

—¿Y? —Le pasó el pulgar por los labios, temblaban ansiosos de besos.

—Y que me pongo celosa al pensarte con otra mujer.

Gail ahogó la carcajada en un beso hondo. Profundo. Que supo a victoria.

—Si lo pides así —respondió él, separando apenas las bocas—. Sí, me casaré contigo, Noreen.

Y volvió a besarla. Su esposa no tendría que volver a sentir celos jamás, desde ese instante en adelante, solo una mujer tendría el poder de tentarlo. Ella. Siempre ella.

El beso se intensificó. Al principio, no tenía intenciones de ser más que una forma de sellar confesiones. De demostrar que ese afecto no eran palabras bonitas en el aire. Pero Noreen sin enaguas era una tentación demasiado grande para Gail. Y Gail sin ropa era una invitación a la exploración para Noreen.

Las manos se sumaron tímidas al intercambio. Dejaron de estar en las zonas permitidas: el cuello de él, la mejilla de ella... Para viajar por el cuerpo de ambos. Los hombros, la cintura, la espalda.

Gail bajó con la boca por el mentón femenino, buscó el punto en donde latía el pulso de Noreen. Besó la piel suave, aspiró su perfume cítrico. Noreen sintió un escalofrío, una corriente fría y caliente que puso sus vellos de punta y alcanzó zonas prohibidas de su anatomía. No se dio cuenta de que reaccionaba

clavando las uñas en los hombros de O'Rourke, ni mucho menos que eso lo hacía gruñir de placer.

—Joder, Noreen —siseó Gail.

Ella no recordaba haberlo visto así, ni siquiera en el encuentro equivocado la primera noche. Sí, la pasión quizá fuese la misma, la respuesta física... pero la emocional era otro cantar. O'Rourke contenía su deseo por respeto a la inocencia de su prometida y eso, en lugar de hacerlo obrar más frío, lo hacía sentir como un volcán, cuya lava clamaba con la fuerza misma de la tierra salir por cada uno de sus poros.

—Lo siento —se disculpó ella. Separó sus uñas de la piel.

—No era a eso a lo que me refería —rio Gail. Noreen entendió entonces que no era la única en experimentar ese ardor en la piel. Probó deslizar las uñas por la espalda desnuda y recibió como respuesta un beso todavía más hondo. La lengua masculina profanó su boca, la clamó como suya. Tras el impulso inicial, violento casi, Gail trazó círculos con su lengua en torno a la de Noreen hasta que el aire se hizo escaso entre los dos—. Demonios —gruñó—, sé que debo dejarte ir. —Posó su frente en la de ella—. Pero antes, por favor, suéltate el pelo.

—¿Qué?

—Me gusta tu cabello, me vuelve loco, me desquicia, me...

—¿Mi cabello? —Noreen le sonrió, acató la orden sin comprender qué encontraba él de bello en eso. Alzó sus manos hasta la cabeza, rebuscó entre sus rizos hasta hallar las horquillas y las quitó una a una hasta dejar su cabellera libre. Rio—. Si esperabas que cayera como una cascada, lamento decepcionarte. —Sintió pudor, para ella no era su mejor atributo.

—No quiero cascadas, Noreen... —Enredó sus dedos entre los rizos de ella y acercó su rostro al de él—. Quiero este lado salvaje que solo delata tu cabello. —La besó, mordisqueando apenas sus labios—. Ya sabía yo que alguien con estos rizos no podía ser dócil.

Lo que la señorita Plageman no sabía era que las palabras de Gail curarían cualquier inseguridad, si podía hallar bello el rasgo que menos le gustaba de sí, ¿cómo encontraría el resto? Se sintió tan segura, tan despampanante, que fue su turno de tomar la delantera.

Fue su lengua la que invadió la boca de Gail, fueron sus dientes los que rozaron su piel generando fricción y volvió a pasar las uñas por la espalda masculina, marcando senderos rojizos entre los músculos firmes.

Quería darle placer, quería sentirse poderosa. No imaginó que ello le gustaría tanto. Gail, en cambio, sentía que siempre lo supo. Desde la primera vez, desde el encuentro equivocado... Noreen sería siempre una amante generosa. Disfrutaba de dar tanto como de recibir. Igual que él. Entre ambos iniciarían un incendio en casa de Lady Honora si no ponían fin.

Noreen pareció percibir la duda en O'Rourke, no lo hizo con la mente, sino con el cuerpo. Notó cómo el hombre buscaba contener su fuego antes de alcanzar el punto de no retorno. Fue ella quien tomó la decisión descabellada esa vez, quien jugó con el riesgo. Se pegó más a él, sus senos se apretaron contra los pectorales de Gail y venció.

—Puedes detenerme cuando quieras —le prometió él, como último gesto de generosidad. Porque no sería su conciencia la que lo pusiera en su sitio, esa maldita se había tomado vacaciones en cuanto sintió los pezones de Noreen a través de la tela.

Los dedos de Gail deshicieron la línea de botones del vestido de Noreen con eficiencia. Bastó con deslizarlo por los hombros para que cayera por su propio peso, revelando el cuerpo de Noreen enfundado en camisola, pololos y corsé.

—Sí, Noreen, sí. Hasta que la muerte nos separe —juró ante la imagen de su futura esposa en ropa interior.

Era la clase de platillo que un hombre quiere comer el resto de su vida. Su cabello rizado enmarcaba el rostro y alcanzaba hasta la altura de sus senos, los cuales pujaban por encima del corsé y revelaban sus rozados pezones a través de la blanca tela de su camisola.

Ella se encargó de los lazos del corsé, porque él estaba demasiado concentrado en besar su esternón, el valle entre sus senos y hundir su rostro entre ambos.

Una vez quitada esa prenda, Noreen volvió a aferrarse de los hombros de Gail, esta vez sin las uñas; él la cogió desde el trasero, la instó a rodearlo con las piernas y, así, la llevó hasta la cama.

Las últimas prendas no tardaron en irse. La piel se encontró con la piel. Las bocas respiraban el aire de la otra. Las manos buscaron los puntos de placer.

Gail deslizó sus dedos por entre los labios vaginales, halló el sitio exacto y la acarició con suavidad. Su lengua replicaba el mismo movimiento circular en la boca de Noreen. Ella empezó a perder la cordura, a alzar la pelvis hacia él, y O'Rourke la recompensó introduciendo un dedo en su interior.

—Gail. —Noreen lo detuvo, demasiado sorprendida por la respuesta de su cuerpo. Él pudo leer en su mirada que estaba muy cerca del orgasmo.

—No seas avara, Noreen, no ahorres en placer. —La abrió con otro dedo y, con el pulgar, siguió el estímulo. Ella clavó sus talones en el colchón, alzó las caderas y alcanzó la cima en un grito. Un grito que O'Rourke se aseguró de acallar con un beso—. Así me gusta, generosa, ostentosa, jactanciosa, fastuosa y presumida. Así, Noreen, siempre así.

Ella lo miró entre sus párpados entreabiertos, con la languidez de una mujer satisfecha. Él lo hizo con reverencia, era la mujer más hermosa que había visto.

—El único generoso has sido tú. —Sonrió. Clavó su codo en el colchón y se incorporó a medias.

—Noreen...

—Conozco los riesgos —dijo ella. Le acarició el pecho, bajó por su vientre y vaciló un poco antes de alcanzar su miembro—. Lo que no conozco es lo que te gusta.

—Tú. Tú me gustas.

Ella rodeó la erección con cautela, tal vez demasiado cuidado. A Gail, sin embargo, le pareció la caricia más ardiente de su vida. Una última advertencia asomó de sus ojos verdes, fue acallada por Noreen, que lo rodeó con las piernas por la cintura y lo instó a acomodarse sobre ella.

Las palabras sobraron. Gail se abrió paso lentamente, construyendo un nuevo orgasmo en ella, uno que esa vez no estallaría solo, sino a coro con el de él. Porque no era el dinero lo que a ese matrimonio lo haría pecaminosamente opulento, sería el derroche de placer.

CAPÍTULO 24



Lady Honora seguía extasiada con el cotilleo la mañana siguiente. El desayuno se sirvió más temprano de lo habitual, lo que las Plageman agradecieron. No solo porque así podrían poner fin a esa interminable visita, sino porque solían desayunar a esas horas. En Inglaterra, era considerado horario de criados y, sí, pensaron las mujeres:

—De mal gusto —repitieron en un coro hastiado.

Pero el malhumor de Noreen no respondía al horario del desayuno, ni a los ánimos afanosos de la anfitriona, que no callaba un segundo de relatar cada detalle del escándalo de la noche anterior. No. Lo que a Noreen la tenía aplacada era que no se lo veía a Gail por ningún lado.

Intentó disimular su malestar. Nada mejor que café, huevos y salchichas para conseguirlo. Las alubias las apartó, no se acostumbraría jamás a comerlas en el desayuno.

Ni en la cena.

Ni nunca.

Cuando pensó que sus nervios estallarían, que se pondría de pie, golpearía la mesa y le demandaría a Lady Honora que cerrara el pico de una maldita vez, la figura de O'Rourke montado en su caballo la dejó sin aliento.

Estaba algo desalineado, como si hubiera dormido poco. El malhumor pasó a ser sonrisa de inmediato. Sí, habían dormido poco. Ella había regresado antes del primer rayo de sol a su habitación, ¿y él?, él se había mantenido

despierto, admirándola y, sobre todo, asegurándose de que el cansancio no les jugara una mala pasada.

Hayden vio a su amigo. Negó con la cabeza, feliz por él. Sabía a dónde había ido y, si fuera un hombre dado a las humoradas, hubiera colocado una guirnalda en la puerta para recibirlo, junto al letrero «se dio cuenta». Porque sí, Lord Hayden podía ser callado, parco, demasiado atenido a las reglas, pero era el único que se había percatado de lo que pasaba bajo sus narices: que un compromiso iniciado como una farsa, se convertía en la más innegable de las verdades.

—¡O'Rourke! —lo llamó Lady Honora al verlo—. ¿Qué lo ha llevado a salir al amanecer? ¡Espero que no tenga nada que ver con el escándalo de anoche!

—En absoluto, solo algo importante me podría sacar de la cama a tan tempranas horas —respondió, dando por zanjado el asunto de la condesa. Para él no tenía ningún valor ni era digno de segundos pensamientos.

—¿Y qué es eso tan importante?

Gail fue sin detenerse hasta Noreen. Ella se puso de pie y lo miró a los ojos. Le costaba contener el sonrojo, el recuerdo de la noche anterior se traslucía en el nerviosismo de la muchacha.

Él sacó un paño de terciopelo negro de debajo de su chaqueta y lo extendió ante Noreen. Frente a ella, brillaron siete alianzas matrimoniales.

—¡Oohhh!

Hasta Lady Honora olvidó a la condesa. Lady Simona miró las piezas de joyería con clara admiración. Las Plageman sonrieron ante la sorpresa de Noreen. Justo ella, que era la más sencilla de las hermanas, le tocaba el más ostentoso de los maridos.

—Te dije, Noreen, quiero que seas ostentosa, pretenciosa, puro derroche. —Su voz sonó ronca, como solo lo hacía cuando hablaba en serio.

—Si tuviera que elegir... —murmuró ella, mirando las alianzas.

—¿Elegir? —Gail carcajeó—. ¡Ya son todos tuyos!

Las risas contenidas se sumaron al momento. La reacción horrorizada de Noreen, la jactanciosa de Gail... Hasta el barón soltó una risita baja.

—Gail...

—Solo debes elegir uno como el oficial, pero los demás son tuyos.

Los estudió una vez más.

—¡Este no! —O'Rourke cogió el más pequeño, justo por el que ella iba a optar.

—¡Oye!, era el más práctico —se quejó.

—Por eso. Otro —rio él.

Melissa estaba tan feliz que le dolían las mejillas de sonreír. Veía a su hija dichosa por esas atenciones que rara vez aceptaba recibir.

—En tal caso... este —eligió al fin. Cogió uno ovalado, con una esmeralda central rodeado de diamantes, incrustados en oro blanco—. Al menos no tiene piedras filosas que se enganchan en todos lados y no necesitaré hacer ejercicio para cargarlo —expuso, sonrojada por la terrible suntuosidad de esas joyas. Alzó la vista demasiado complacida hacia su prometido y agregó en un murmullo—: Y porque la esmeralda me recuerda al color de tus ojos.

—¿Cómo dices? —Él puso la oreja en su dirección—. No te oí.

—Que es práctico.

—Noreen —amenazó él, ella sonrió.

—¡Que la esmeralda me recuerda a tus ojos!

Otro coro de «ooohhh» acompañó a la declaración, seguida de varias risas y de las mejillas de Noreen tan rojas que pensó que se le incendiarían.

Gail cogió el anillo elegido, se puso de rodillas y fue su turno de hacer el pedido:

—¿Noreen Plageman, te casarías conmigo?

—Sí.

—¿Acaso no habías hecho esa pregunta ya, jovencito? —lo reprendió Lady Honora.

Lord Hayden sorbió su taza de té con una rectitud encomiable.

—Un hombre tiene derecho a declararse cuantas veces quiera, ¿no es así, amigo?

Fue el turno de O'Rourke de sonrojarse. ¿Cómo lo supo el barón? Rio. Claro que el muy maldito siempre lo supo. Él y Lord Leopold lo conocían como nadie, y del mismo modo que siempre supo que ese compromiso era falso, también siempre fue sabedor de que terminaría de ese modo.

—Pues muchas declaraciones y pocas fechas —insistió Lady Honora.

—Por mí, me casaría mañana —reconoció O'Rourke.

—¡Patrañas! Un vestido de novia lleva al menos dos meses en confeccionarse —se quejó la dama—. Pongan fecha de una vez —demandó.

Los dos jóvenes abrieron la boca para decir una fecha al azar, Melissa se puso de pie y clamó un rotundo:

—¡No!

Todas las miradas se posaron en ella.

—¿Señora Plageman? —preguntó O'Rourke, aterrado.

Lady Honora la miró con sorpresa, nunca había escuchado a Melissa con ese tono, el mismo que la había hecho llevar una familia ella sola, educar a un vizconde y salvar una empresa de porcelana.

—Noreen, acompáñame, querida —ordenó.

Noreen tragó saliva, echó una última mirada a Gail y salió tras los pasos de su madre. Ella la condujo a la sala de música, cerró la puerta y se volvió con firmeza ante su hija.

—Madre...

—Anoche Tracie estaba muy cansada... demasiado cansada para notar que su hermana no durmió con ella... —Noreen volvió a tragar saliva—. Demasiado cansada para advertirte que yo pasé a ver cómo estaban y me encontré con una única hija en la cama.

—Madre...

—Como una madre que siempre se ha preocupado por el decoro de sus hijas, debo decirte, Noreen, que estoy muy decepcionada.

—Lo siento. —La muchacha bajó la mirada, apenada de verdad. Su madre le alzó el mentón y sondeó la mirada de su hija.

—Pero como una madre que quiere la felicidad de su hija, lo acepto y me alegro.

—¿Qué? —Por fin fijó sus ojos en los de Melissa y vio que allí no había censura, sino el más profundo amor maternal.

—Sé que mi matrimonio con tu padre te ha pesado mucho, te ha hecho pensar mal del amor, y por eso, me alegro de que hayas encontrado en el señor O'Rourke no solo una persona con la que quieres pasar el resto de tu vida, sino con quien ¡no puedes esperar a pasar el resto de tu vida! —Ladeó la cabeza con expresión de: «tú y yo sabemos de qué estoy hablando».

El sonrojo volvió a las mejillas de la joven. Su madre le secó la única lágrima de emoción que había escapado de la comisura de los ojos de Noreen.

—Entonces, ¿por qué no quieres que nos casemos?

—No dije eso. Dije que no pongan fecha aún... —Al ver que su hija no entendía, suspiró—. Si anunciamos una boda para otoño y luego la *tenemos que adelantar por miedo a que nazca un bebé ochomesino* daremos qué hablar.

—¡Oh!

—Sí, oh. —Sonrió su madre—. Por eso, tu prometido y tú se mantendrán bien alejados el uno del otro, ya que al parecer la cercanía les resulta tan irresistible, hasta dentro de un mes. Si tienes la regla, anunciamos el matrimonio para otoño. Si no... diremos que el amor es así de intempestivo.

Noreen se mordió el labio para contener la risa vergonzosa.

—Me parece una buena idea.

—¡Es una excelente idea! —Bajó la cabeza y alzó la mirada, una advertencia de que más le valía comportarse.

Las dos damas volvieron al salón y Noreen miró a Gail, antes de soltar tímidamente:

—Mejor esperamos para anunciar la fecha. Pero a más tardar en otoño.

—A más tardar en otoño —repitió él, mirándola con extrañeza.

Antes de dejar la casa de Lady Honora, Gail consiguió apartar a Noreen y conducirla a los jardines.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó.

—Pues que mi madre ha descubierto que pasamos la noche juntos.

—¿Oh? —exclamó en tono de pregunta. Era el pecador menos arrepentido de la tierra.

—Y quiere asegurarse de que... ya sabes... no haya...

—¿Un pequeño O'Rourke de ojos verdes y modales exquisitos en camino? —completó él.

—Exacto.

—¿Y hay posibilidad?

Noreen se sentía extraña de hablar algo tan femenino con Gail, luego recordó las cosas que Gail había hecho en esos sitios tan femeninos y dejó el bochorno atrás.

—Siempre la hay, pero, según mi calendario, todavía es muy pronto para... para mis días de fertilidad. —O'Rourke hizo un mohín—. Es una buena noticia, Gail.

—No, no lo es. Ahora tendré que esperar a otoño para hacerte mi esposa. O...

—¿O?

Le cogió la mano, le sonrió y tiró de ella.

—O conozco un sitio donde podemos volver a repetirlo hasta que la probabilidad esté a nuestro favor.

—¡Gail! —se quejó ella, entre risas. Él la cogió en brazos.

—Siempre quise secuestrar a una damisela —bromeó, llevándola en brazos hacia el invernadero. Noreen carcajeó.

Las risas se cortaron cuando en la puerta del invernadero, con las manos en la cintura, los esperaba Melissa.

—O'Rourke —dijo en tono amenazante—, has esquivado muchos maridos celosos, pero nada te ha preparado para una madre americana. Sé disparar y no dudaré en hacerlo —desafió.

O'Rourke bajó a la novia, aún risueña, y alzó las manos en son de paz.

—Justo eso me estaba diciendo, madre, qué le encantaría una boda en otoño —lo defendió Noreen, apenas conteniendo las carcajadas.

Melissa miró a su hija lanzando chispas por los ojos, pero igualmente divertida.

Gail cogió a Noreen desde la cintura e hizo caer todo el peso de la muchacha en su antebrazo, como un eximio bailarín.

—Cuando los árboles se desnuden de sus hojas, querida Noreen, yo desnudaré mi corazón ante ti, y así, cariño, haremos juntos del otoño la mejor época del año —declaró, con una exagerada afectación.

Las risas fueron tan fuertes que Noreen cayó al suelo, Gail por intentar cogerla también y terminaron los dos riendo sobre el césped ante la mirada decidida de Melissa.

La matriarca se acercó, los miró desde arriba y repitió:

—Boda en otoño.

Y el futuro de Noreen y Gail quedó felizmente sellado.

EPÍLOGO



Cuatro meses después…

El carruaje avanzaba con un ritmo pausado, como si también supiera que no había prisa.

El cielo estaba encendido en tonos de cobre y lavanda, ese tipo de atardecer que vuelve poético incluso al paisaje más ordinario. Pero allí no había nada ordinario: colinas suaves, prados verdes que parecían recién peinados, y el perfil familiar del condado de Kinloss recortándose a lo lejos.

Noreen apoyó la frente en el marco de la ventanilla.

Suspiró.

La mano de Gail se posó sobre la suya. La cubrió, cálida, firme, transmitiendo esa sensación de seguridad que ella comenzaba a disfrutar. La clase de seguridad que uno siente cuando encuentra a la persona que está dispuesta a dar cada paso a tu lado.

—Si sigues suspirando así —murmuró él—, pensaré que prefieres Irlanda a Inglaterra.

Noreen giró apenas el rostro hacia él.

—Irlanda fue… más tuya de lo que imaginé —admitió ella.

Gail arqueó una ceja, divertido.

—¿Eso es un cumplido?

Noreen sonrió sin responder de inmediato.

Recordó los acantilados, el viento golpeándole el rostro, la gran mansión de su familia, la risa grave de la señora O’Rourke al recibirla, los silencios

cómplices entre madre e hijo.

—Sentí que te entendía mejor allí —dijo finalmente—. Como si hubiera visto otra capa tuya.

—Con esa otra capa te refieres a ser un...

—Un niño grande consentido por su madre —lo interrumpió—. Sí, me refiero a eso.

—En mi defensa, de pequeño también he sido consentido —carraspeó orgulloso—, mi madre es una mujer de mucha constancia y perseverancia.

—Me he dado cuenta luego de compartir una larga estadía con ella... de lo contrario, nadie imaginaría que una mujer con un porte tan serio y modales perfectos se tomaría la molestia de bordar los calcetines de su hijo.

Gail se alzó la botamanga del pantalón y exhibió sus calcetines bordados con espadas.

—Serán la envidia de Brett, ¿verdad?

—Oh, sí, dalo por hecho, lo serás, cariño. Un hombre casado de veinticinco años será la envidia para un nene de once años. —Contuvo las ganas de reír al notar que a él le fascinaba la idea.

—No te preocupes, le he pedido a mi madre que borde unos calcetines para él también, se los he traído de obsequio.

Noreen hizo palmas al aire exagerando el festejo.

—¡Perfecto, cariño, tú sí que sabes cómo conquistar corazones!

—No lo creas, no me fue tan sencillo contigo. Si hasta tuve que fingir ser tu prometido para que te tomarás el tiempo de conocerme.

—Es verdad, en mi defensa, diré... —Apretó los labios, rodó los ojos con actitud risueña. Hizo una pausa más larga de lo esperado por Gail.

—¿Qué? Vamos, dilo...

—Que nunca había visto tus calcetines... —finalizó ella, con tono burlón.

—Tienes razón, mi culpa, cariño. —De pronto, Gail sonrió con picardía. Mucha picardía—. En compensación... —carraspeó, acercó sus labios a la oreja de su esposa, y susurró—, le he pedido a mi madre que borde también mis pantaloncillos de dormir. Le dije que te gustaba la botánica, así que hizo diseños pensando en ti.

—¡Gail! —exclamó sonrojándose—. ¿En qué cabeza cabe pedirle eso a una madre? —Desplegó el abanico para darse aire.

—En la mía, por supuesto. —Se encogió de hombros.

—No sé ni para qué pregunto... —Miró hacia fuera, luego sonrió—. En fin, dime, ¿qué ha bordado tu madre? —La intriga había ganado por sobre el pudor.

—Lo sabrás esta noche —dijo, le guiñó un ojo.

—¡Gail O'Rourke, no te hagas el enigmático conmigo! Dímelo...

—No. Ahora te la aguantas.

—Dímelo, quiero saberlo.

—No...

—No te comportes como un crío... Estamos por llegar, dímelo, no pretenderás que lleguemos así a la casa y piensen que discutimos.

—De ser así, averígualo tú misma —la provocó con una sonrisa en los labios. Arqueó una ceja—. Tú decides, esperas a la noche, o... —Miró en dirección a la cinturilla de su pantalón.

Afuera, el cochero chasqueó las riendas y el carruaje dio una leve sacudida. Noreen volvió a mirar por la ventana. Kinloss estaba más cerca.

—¡Rayos, nos ha tocado el cochero más rápido de la historia! —masculló entre dientes Noreen.

Tendría que esperar hasta la noche. Gail rio a carcajadas.

El carruaje se detuvo sobre la grava del sendero principal de la residencia Grenville. Antes de que Gail pudiera abrir la puerta, esta se abrió sola.

Tracie saltó dentro del carruaje sin protocolo alguno.

—¡Han vuelto! —exclamó, con los ojos brillantes—. ¡Cuéntenlo todo ahora mismo!

Gail apenas tuvo tiempo de bajar antes de que Tracie lo tomara del brazo como si fuera una reliquia irlandesa recién desembarcada.

Francie apareció detrás, cruzada de brazos, pero con una sonrisa imposible de ocultar.

—No se ven deshechos, como si Irlanda los hubiese devorado de un solo bocado. Lo cual es decepcionante —comentó—. Esperaba historias de tormentas, mares embravecidos y carruajes volcados.

Noreen rodó los ojos.

—Lamento arruinar tus fantasías.

Melissa se acercó con paso sereno, pero su mirada estaba cargada de emoción contenida.

—Bienvenidos a casa —dijo simplemente. Con verlos bien y felices, le bastaba.

Gail hizo una leve inclinación respetuosa, más íntima que formal.

—Gracias, señora Plageman. Irlanda fue generosa con nosotros... pero este lugar se siente como nuestro verdadero hogar.

Melissa sostuvo su mirada. No sonrió de inmediato. Hubo un segundo, apenas perceptible, en el que su expresión se suavizó de verdad.

Y en ese instante, Gail comprendió que acababa de recibir la aprobación silenciosa de Melissa Plageman. No solo como esposo de su hija, sino como un miembro más de la familia.

Brett apareció entonces, espada de madera en mano.

—¿Trajeron algo para mí? —preguntó sin rodeos.

Gail sonrió.

—Siempre hay algo para un futuro vizconde —respondió con complicidad.

Tracie lanzó un suspiro emocionado. No esperaba menos del nuevo integrante familiar.

—¡Oh, mi cuñado es perfecto! Trae regalos incluso sin que se los pidan.

Francie ahogó una risa. Melissa carraspeó.

Le había provocado jaquecas a Gail de tanto sugerirle, de manera indirecta, que trajera obsequios.

—Dejemos que descansen y tomen un refrigerio —intervino Melissa—. Ya habrá tiempo para lo demás.

La familia se dispersó hacia la casa entre murmullos y risas. Noreen y Gail se quedaron unos pasos atrás.

Gail apoyó una mano en la baranda del porche.

—No sé tú —dijo—, pero yo casi había olvidado lo ruidosa que puede ser tu familia.

Noreen lo miró de reojo.

—Muy ruidosa, tendrás que acostumbrarte... Esta fue mi dote para ti.

Gail giró el rostro hacia ella.

—Lo sé—respondió sin titubear—. Y la acepto con gusto. ¿Crees que aquí también me consentirán como en Irlanda?

—Eso depende...

—¿De qué?

—De si les gustan tus regalos.

El salón principal de Kinloss olía a café recién filtrado y a bollería dulce recién horneada.

Melissa estaba de pie junto a la repisa, observando con calma el movimiento de los criados que descargaban los baúles. Gail se acercó con una pequeña caja de terciopelo oscuro en la mano.

—Señora Plageman —dijo con voz baja—. Permítame darle algo que encontré en Irlanda, lo vi y pensé... es perfecto para mi suegra.

Melissa lo miró con curiosidad contenida. Era la primera vez que la llamaba de esa manera. ¡Vaya! Le agradaba.

Gail abrió la caja. Dentro había un relicario celta de plata, delicado, con un trébol grabado y una pequeña inscripción en gaélico que Melissa no podía leer.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Significa pertenencia. Mi madre siempre me ha dicho que algunos lazos no se construyen con sangre, sino con elección. Y estos son los más importantes y necesarios.

Melissa tomó el relicario con cuidado.

—Entonces... —dijo ella—, ¿esto no es solo un obsequio?

Gail negó con la cabeza.

—Es mi más profundo agradecimiento. Gracias por confiarme a su hija y por permitirme formar parte de este... —Miró en derredor. Allí estaba el resto de la comarca Plageman-Grenville—, de este clan familiar.

Melissa lo observó con más atención. Lo miró con un afecto genuino.

—No me atribuya tanto mérito, señor O'Rourke, usted solo se ha ganado su lugar. Ahora... —Ella también miró en derredor—, hágase cargo.

El bullicio familiar se acrecentó. Todo fue caos, el caos habitual cuando te acostumbras a convivir con una familia como esa.

—Cuñado, ven, no quiero parecer interesada, pero... —Tracie ansiaba su regalo.

—Termina con eso de «cuñado», llámalo por su nombre, ahora puedes hacerlo...—Francie ya hasta soñaba con la voz de su hermana repitiendo: cuñado, cuñado.

—¿Y yo cómo debo llamarlo? —Brett quería definir eso antes de recibir su regalo, así le agradecía como correspondía.

—Es tu primo político... —le aclaró Francie.

—Oh, es mi primer primo —exclamó fascinado.

Gail miró de soslayo a Noreen, su mente rumiaba, sus labios hacían muecas. Parecía melancólica.

—¿En qué piensas? —le preguntó en complicidad.

—¿Tú qué crees?

—Mmm... Supongo que te acabas de dar cuenta de lo mucho que extrañabas el hogar.

—Tú eres mi hogar —le susurró ella con dulzura exagerada.

—No te hagas la romántica conmigo, los dos sabemos que no se te da bien. Dime, ¿en qué piensas?

—En tus pantaloncillos bordados, en eso pienso, ¿feliz?

—Muy feliz... —Y la besó en la mejilla. Luego le susurró—, ayúdame con el resto de los regalos. Trabajo en equipo, cariño. Terminamos rápido y...

—Y nos retiramos a descansar —concluyó ella. Y ahí develaría el misterio del bordado botánico en los pantaloncillos de su esposo—. ¡Trabajo en equipo será!

Desde el día en que iniciaron la farsa. Desde el día en que confesaron sus sentimientos. Desde el día en que proclamaron «sí» en el altar. Desde el primer segundo en el que sus caminos se cruzaron... conformaron un equipo.

Sí, todo comenzó con un pacto. Pero no el pacto de una muchacha con un libertino. Sino el pacto de dos almas decididas a encontrarse y reconocerse.

Y lo hicieron...

Una americana que cruzó el océano.

Un irlandés que se vio forzado a echar raíces en otras tierras.

El destino... bueno, hizo lo que sabe hacer. Esperó por el momento oportuno, movió sus piezas en el instante perfecto, y... Booom. La historia comenzó:

—No nos han presentado, pero supongo que, si estamos aquí, en este lugar tan... reducido... podemos saltarnos esa norma. Soy la señorita Plageman.

—O'Rourke —dijo él.

ÚLTIMAS PUBLICACIONES



SERIE PROMETHEUS



SÍGUENOS EN LAS REDES SOCIALES

Cuenta oficial de Scarlett O'Connor

 /scarlettoconnores

Cuentas de Lune Noir

 /lune.noir.libros

 https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial

 /LuneNoir7

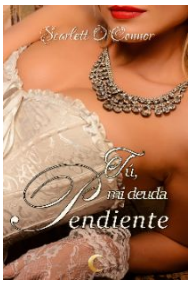
Icons made by: flaticon
https://www.flaticon.es/autores/freepik
www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.
https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir

OTRAS OBRAS DE SCARLETT O'CONNOR

Serie Señoritas de Shakespeare



Tú, mi deuda pendiente



Serie Señoritas Americanas



Serie Señoritas británicas



Serie Familia Evans



Serie Floreros y Canallas



Serie Caballeros desdeñados



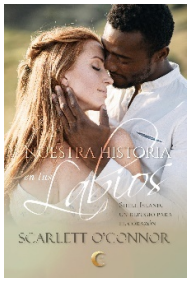
Serie Corazones de Escocia



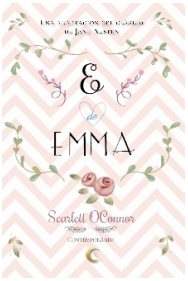
Contemporáneo

Serie Shell Island





Contemporáneo







OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL LUNE NOIR



